FLAVIO JOSEFO

LA GUERRA DE LOS JUDÍOS

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JESÚS M.ª NIETO IBÁÑEZ



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 264

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

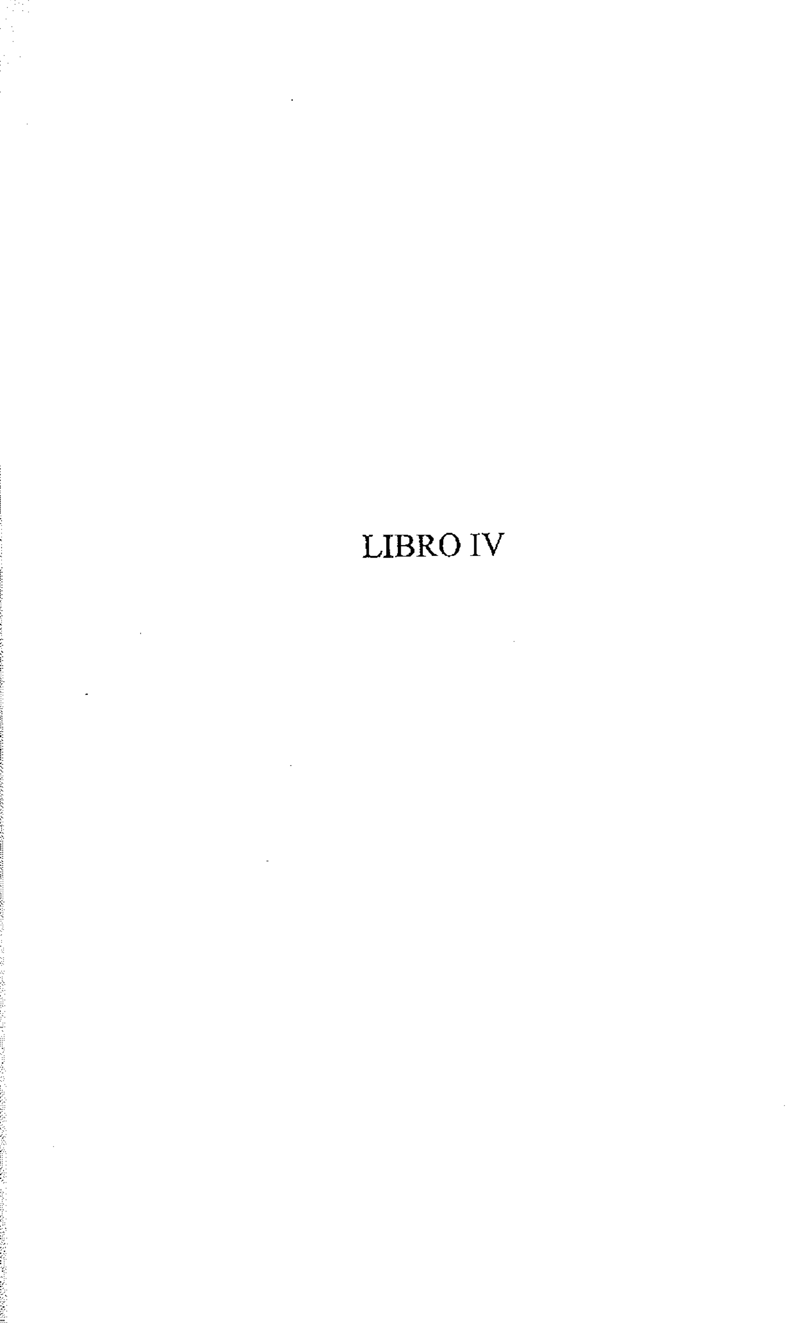
Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por FRANCISCO JAVIER GÓMEZ ESPELOSÍN.

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 1999.

Depósito Legal: M. 42515-1997.

ISBN 84-249-1885-1. Obra completa.
ISBN 84-249-1998-X. Tomo II.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 1999.



LIBRO IV

NOTA TEXTUAL

EDICIÓN DE NIESE[1]	NUESTRO TEXTO
40 (9) δαπανᾷ δ' ἡ τύχη τι καὶ	παλίμπους δ' ἡ τύχη *L'*
58 (13) παρακλήσεως	παρακλήσει *L'*
96 (11) † γνωσθήσεσθαι	γνώσεσθαι *AM*
146 (3) προφάσεις	πρόφασιν *L'VRC*
164 (21) † εἰ δεῖ μὴ	εἰ δὲ δεῖ coni. Thackeray
164 (1) εἰμὶ	εἶμι Destinon, Thackeray
193 (20) ἐλπίσαντας	ἀπελπίσαντας Destinon,
213 (5) ὅπλοις	ὅλοις *MLVRC, Versio Latina*
367 (8) [ἡμῖν]	om. *Versio Latina*, Thackeray
388 (23) † ἔνθα	ἐνθέων Holwerda
517 (22) Ναΐν	'Αΐν Destinon
547 (1) Φρηγδίακον	Βηδριακὸν Hudson
551 (12) Βήθηγά	Βηθηλά *VRC*
552 (17) Χαραβὶν	Καφαραβὶν *Berol. 223, m. 2 Lips. gr. 37*
569 (20) ὧν ἐκεῖ	ᾤκει Destinon
598 (14) συνετηρήσαμεν	ἀλλὰ καὶ συνεργήσειν *C*

[1] Citamos el pasaje con el número del párrafo y, entre paréntesis, con el de la línea de la edición de NIESE.

SINOPSIS

DESDE EL ASEDIO DE GAMALA HASTA LA PARTIDA DE VESPASIANO A ROMA
(otoño del 67 – primavera del 70 d. C.)

1. La conquista de Galilea. Gamala. – 11. Vespasiano en la toma de Gamala. – 54. Conquista del monte Itabirion. – 62. Final de la ciudad de Gamala. – 84. Rebelión de Giscala. Tito entra en acción. – 97. Huida de Juan de Giscala a Jerusalén. – 112. Caída de Giscala. Sumisión total de Galilea. – 121. Juan de Giscala en Jerusalén. – 128. Revueltas en Judea. – 135. Los zelotes en Jerusalén. Sus crímenes. – 158. Reacción del pueblo. Anano y su discurso. – 193. Anano se enfrenta a los zelotes. – 208. Traición de Juan de Giscala. – 224– Los zelotes piden ayuda a los idumeos. – 233. Los idumeos en Jerusalén. El discurso del sumo sacerdote Jesús. – 270. Respuesta de Simón, jefe de los idumeos. – 283. Los idumeos acampan ante los muros de Jerusalén. – 288. Los zelotes permiten la entrada de los idumeos en la ciudad. – 305. Ataque de idumeos y zelotes contra Anano. – 314. Muerte de Anano y Jesús. Otras matanzas. – 334. Falsos tribunales. El caso de Zacarías. – 345. Retirada de los idumeos. – 353. Aumenta la crueldad de los zelotes. Muerte de Gorión y Níger. – 366. Vespasiano retrasa la toma de Jerusalén. – 377. Deserciones judías. Respuesta de los zelotes. – 389. Juan de Giscala y su tiranía. – 398. – Los sicarios ocupan Masadá. Su vandalismo en Judea. – 410. Vespasiano ocu-

pa Gadara. – 419. Plácido en Jericó. – 437. Plácido somete toda Perea. – 440. Insurrección de la Galia. Vespasiano somete Judea e Idumea. – 451. La región de Jericó y el valle del Jordán. La fuente de Eliseo. – 476. El lago Asfaltitis. La región de Sodoma. – 486. Toma de Gerasa. – 491. Muerte de Nerón. Crisis política en Roma. Nuevo retraso del ataque a Jerusalén. – 503. Simón, hijo de Giora, en Masadá. Se enfrenta a los zelotes. – 529. Devastación de Idumea. La ciudad de Hebrón. – 538. Los zelotes capturan a la mujer de Simón. – 545. Guerra civil en Italia. – 550. Vespasiano concluye la conquista de Judea. – 556. Contínúan las atrocidades de los zelotes. – 566– Discordias entre los zelotes. Los idumeos frente a Juan de Giscala. – 577. Simón se hace dueño de la situación. – 585. Vitelio en Roma. Vespasiano es proclamado emperador. – 605. Vespasiano en Egipto. Descripción de Alejandría. – 616. La aclamación de Vespasiano recibe más apoyos. – 622. Liberación de Josefo.– 630. Muciano acude a Italia. – 633. Antonio Primo y Cecinna. Derrota de los hombres de Vitelio en Cremona. – 645. Guerra civil en Roma. Muerte de Vitelio. – 656. Vespasiano regresa a Roma desde Alejandría. Tito aume el ataque a Jerusalén.

La conquista de Galilea. Gamala

Después de la derrota de Tariquea[2] se 1
rindieron todos los galileos que, tras la
conquista de Jotapata[3], aún seguían en-
frentados con los romanos. Estos últimos
se apoderaron de todas las fortificaciones
y de las ciudades, excepto Giscala[4] y las que se hallaban en
el monte Itabirion[5]. A éstas se unió la ciudad de Gamala[6], 2
situada frente a Tariquea al otro lado del lago[7]. Esta pobla-

---

[2] El asedio y conquista de Tariquea, la bíblica Migdal o Magdala, al norte de Tiberíades, ha ocupado el final del libro III.

[3] La toma de esta ciudad de la Galilea Superior, al noroeste de Séforis, ha sido narrada en III 141-398.

[4] Ciudad situada al norte de la Galilea Superior.

[5] Tanto Tariquea, como Giscala, Sogane, Seleucia y la región del monte Itabirion habían sido fortificadas por el propio Josefo; cf. II 573-575 y *Autobiografía* 187. El monte Itabirion o Tabor, al sudeste de Nazarat, era una de las montañas sagradas del Judaismo.

[6] Ciudad situada en la Gaulanítide Inferior, frente a Tariquea, en el lado oeste del lago Gennesar. Su ubicación exacta sigue aún discutida; cf. E. Schürer, *Geschichte des jüdischen Volkes im Zeitalter Jesu Christi* = *Historia del pueblo judío en tiempos de Jesús,* Madrid, 1985, II, pág. 633. Según relata *Autobiografía* 46-61, este enclave se mantuvo en un principio fiel a los romanos.

[7] Lago Gennesar.

ción estaba dentro del territorio de Agripa[8], junto con Soga-
ne[9] y Seleucia[10], que pertenecían ambas a la Gaulanítide:
Sogane formaba parte de la llamada Gaulanítide Superior y
Gamala de la Inferior, mientras que Seleucia estaba al lado
3 del lago Semeconitis[11]. La anchura de este lago es de trienta
estadios y su longitud de sesenta. Sus terrenos pantanosos
llegan hasta Dafne[12], un lugar encantador sobre todo por te-
ner unas fuentes que abastecen al llamado Pequeño Jor-
dán[13], que discurre por debajo del Templo del Becerro de
4 Oro[14] hasta desembocar en el gran Jordán. Agripa se había
atraído a los habitantes de Sogane y Seleucia por medio de
de tratados al comienzo de la revuelta, si bien Gamala no se
rendía, pues estaba confiada más que Jotapata en las difi-
5 cultades de su terreno. En efecto, desde una alta montaña se
extiende un estrecho escabroso que en la mitad tiene una
cresta, cuya elevación se prolonga tanto por delante como

---

[8] Los límites de este reino han sido definidos en II 247 y 252.

[9] En la Gaulanítide Superior, a 9 kilómetros al nordeste del lago de Gennesar.

[10] También en la Gaulanítide Superior, cerca del lago Semeconitis.

[11] Es el lago pantanoso de El-Hule, al norte del lago de Gennesar, donde desemboca el río Jordán. Sus dimensiones actuales, poco más de 11 kilómetros, hacen imposible los 60 estadios de largo mencionados aquí.

[12] Actual Khirbet Dafne, en el norte de Galilea, al sur de Dan, donde nace uno de los afluentes del Jordán; cf. F. M. Abel, *Geógraphie de la Palestine*, Paris, 1933-1938, I, pág. 444.

[13] El pequeño Jordán es la parte de este río que discurre desde sus fuentes, en Cesarea de Filipo, hasta el lago Semeconitis. El gran Jordán es el resto de su curso, hacia el sur de este lago. Una descripción de estos lugares la ha hecho ya Josefo en III 509 ss.

[14] *I Reyes* 12, 29, y *Antigüedades* 8, 226, mencionan los dos templos levantados por Jeroboam en Dan y Betel, en los que colocó dos becerros de oro.

por detrás, de modo que presenta la forma de un camello.
De aquí procede su nombre, pues los habitantes de esta zona
no pronuncian el sonido exacto de esta palabra[15]. Por los 6
laterales y por delante está rodeada por barrancos intransita-
bles; en cambio presenta menos dificultades de acceso en la
parte de atrás, por donde se une a la montaña. Sus habitan-
tes hicieron también complicado este paso mediante un fo-
so, que excavaron allí en sentido transversal. Las casas que 7
había en la parte escarpada de la montaña estaban pegadas
las unas a las otras de un modo asombroso. Parecía que la
ciudad estaba suspendida en el aire y que desde arriba iba a
desplomarse sobre sí misma. Estaba orientada hacia el sur y 8
el promontorio que miraba a este lado y que alcanzaba una
inmensa altura constituía la ciudadela de esta población.
Debajo había un precipicio sin muralla que llegaba hasta un
barranco muy profundo y en el interior de la muralla había
una fuente, donde acababan los límites de la ciudad.

Josefo amuralló y fortificó con galerías subterráneas y 9
con fosos[16] esta localidad, que ya por la naturaleza era difí-
cil de atacar. Sus habitantes estaban más seguros que los de 10
Jotapata por la propia naturaleza del lugar, aunque el núme-
ro de sus combatientes era inferior, pues, confiados en el te-
rreno, no aceptaban a otras personas. A causa de la seguri-
dad que proporcionaba la ciudad, ésta estaba llena de
refugiados y por ello hizo frente durante siete meses a las
tropas que Agripa había enviado para sitiarla[17].

---

[15] Esta afirmación esta hecha desde el punto de vista griego, pues los habitantes de Gamala hablaban arameo, no griego. En aquella lengua camello es *gamlā'*, en clara relación etimológica con Gamala.

[16] Cf. II 574.

[17] Estos mismos hechos son narrados en *Autobiografía* 114.

Vespasiano en la toma de Gamala

11 Vespasiano salió de Amato (el nom-
bre de esta ciudad podría traducirse por
«baños termales», ya que en ella hay una
fuente de agua caliente con propiedades
curativas)[18], donde tenía instalado su
12 campamento frente a Tiberiades[19] y llegó a Gamala. Dada la
posición de la ciudad, no fue capaz de rodearla totalmente
de guardias, por lo que colocó guarniciones donde pudo y
13 ocupó la montaña que dominaba la población. Una vez que
las legiones establecieron su campamento, tal y como suelen
hacer habitualmente[20], Vespasiano empezó a construir te-
rraplenes por la parte de atrás. En el este, donde estaba la to-
rre más alta de la ciudad, se hallaba la legión décima quinta,
en el centro de la ciudad actuaba la legión quinta y la déci-
14 ma cubría los fosos y los barrancos. Entonces uno de los
honderos dio al rey Agripa con una piedra en el codo dere-
cho, cuando éste se acercaba a las murallas para intentar
parlamentar sobre la rendición con los que estaban dentro.
15 Inmediatamente le rodearon sus hombres. La indignación
por lo sucedido a su rey y el temor que sentían por sí mis-
mos hizo que los romanos se dedicaran con mayor ahinco al
16 asedio, puesto que eran conscientes de que los que se han
comportado de una forma salvaje contra una persona de su

---

[18] Actual Hammat, entre Tiberias y Tariquea. Las propiedades curativas de sus aguas termales han sido y son famosas; cf. II 614 y *Antigüedades* XVIII 36. No obstante, el nombre de estos baños presenta algunas variantes textuales, como *Ammaoûs, Amathoûs* o *Ammathoûs*.

[19] Esta ciudad fue levantada en honor de Tiberio, protector de Herodes Antipas, en la orilla derecha del lago Gennesar, que por ello recibirá también el nombre de lago de Tiberíades.

[20] En el *excursus* del libro III sobre el ejército romano, Josefo dedica un espacio importante al campamento romano; cf. III 77 ss.

misma raza, que les daba un consejo en su propio interés, no escatimarían crueldad contra extranjeros y enemigos[21].

Cuando se concluyeron con gran rapidez los terraplenes, 17
debido a la gran cantidad de manos y a la costumbre que tenían en hacerlo, los romanos acercaron las máquinas. Los 18
hombres de Cares y de Josefo[22], que eran los más importantes de la ciudad, pusieron en orden de batalla a los soldados, a pesar de que éstos estaban asustados, pues pensaban que no iban a aguantar el asedio mucho tiempo al no tener suficiente agua y otras provisiones. No obstante, consiguie- 19
ron llevarlos a la muralla con muchas voces de ánimo, y durante poco tiempo hicieron frente a los enemigos que se aproximaban con las máquinas. Sin embargo, al ser alcanzados por las catapultas y las balistas[23], se retiraron al interior de la ciudad. Los romanos se acercaron y atacaron la 20
muralla por tres puntos con los arietes. A través de las brechas abiertas penetraron no sin hacer mucho ruido con las trompetas y con las armas, y con gritos de guerra entraron en combate con los que defendían la ciudad. De momento 21
los judíos resisten la entrada de los primeros romanos, impiden que éstos avancen más dentro y les hacen frente con valor. Sin embargo, forzados por la muchedumbre que les 22
salía al encuentro por todos los sitios, se dirigen a las zonas altas de la ciudad y, como los enemigos les perseguían, se volvieron contra ellos, los empujaron por la pendiente y allí,

[21] Un espíritu filorromano subyace en ésta y en otras expresiones de nuestro autor, que apunta a los propios judíos, en especial a sus disensiones y enfrentamientos internos, como verdaderos culpables del desatre de su pueblo.

[22] Josefo de Gamala, que morirá en la toma de esta ciudad; cf. IV 66.

[23] En griego *lithobóla* o *petrobóla*, «lanzadoras de piedras», aunque este artefacto también servía para arrojar otro tipo de materiales contundentes, como podía ser el plomo.

acorralados por la estrechez y la dificultad del lugar, los
23 mataron. Y, al no poder defenderse de los que venían por
arriba ni pasar a través de los suyos que los empujaban hacia adelante, se refugiaron en las casas de sus enemigos, que
24 tenían los techos pegados al suelo[24]. Pero, cuando se llenaron de gente y ya no podían soportar el peso, enseguida se derrumbaron. Con que se cayera una de ellas, hacía que se desplomaran otras muchas que estaba debajo, y éstas, a su
25 vez, hacían los mismo con otras. Esto acabó con la vida de un gran número de romanos; ante las dificultades saltaron sobre los tejados, a pesar de que veían hundirse la casas. Muchos fueron sepultados por los escombros y un gran número de ellos pudo escapar, aunque con heridas en alguna parte del cuerpo; la mayoría murió asfixiada por el polvo
26 que se levantaba. Los habitantes de Gamala creyeron que esto era obra de Dios y, sin tener en cuenta el daño que se hacían a sí mismos, continuaron su estrategia: empujaban a los enemigos hacia los tejados, mientras disparaban desde lo alto y mataban a los que resbalaban por las empinadas calles
27 y a todos los que caían. De los escombros sacaban gran cantidad de piedras, y los cadáveres enemigos les proporcionaban armas. Con las espadas de los que ya habían falle-
28 cido remataban a los que tardaban en morir. Muchos romanos perdieron su vida al arrojarse desde las casas que se
29 venían abajo. No era nada fácil huir, ya que por no tener idea de las calles y al no reconocerse entre ellos mismos por la densa polvareda, volvían hacia atrás y caían los unos sobre los otros.

30 Los que a duras penas encontraron la salida se alejaron
31 de la ciudad. Vespasiano, que siempre estaba junto a los su-

[24] Como se acaba de decir en IV 7, las casas estaban construidas de forma escalonada en la parte escarpada de la montaña.

yos cuando se hallaban en una situación comprometida, se llenó de una gran pena al ver que la ciudad se había derrumbado sobre su ejército. Se olvidó entonces de su propia seguridad y, sin darse cuenta, poco a poco llegó a la parte más alta de la ciudad, donde se vio totalmente solo ante el
peligro con un pequeño grupo de soldados. Su hijo Tito no 32
estaba en ese momento con él, pues lo había enviado a Siria
junto a Muciano[25]. A pesar de ello, no le pareció seguro ni 33
conveniente volverse atrás. Al contrario, por el recuerdo de los esfuerzos que había soportado desde su juventud[26] y de su propia valentía personal, como si estuviera poseído por Dios[27], hizo que sus hombres se protegieran sus cuerpos y
sus armaduras con los escudos. Así aguantó el ataque que se 34
precipitaba desde lo alto sin temer la gran cantidad de soldados ni de flechas, hasta que los enemigos redujeron su embestida, al ver que el valor de su alma tenía un origen
sobrenatural. Como entonces disminuyó el ataque, Vespa- 35
siano retrocedió lentamente sin dar la espalda, hasta que se
vio fuera del muro. Muchos fueron los romanos que pere- 36
cieron en este combate. Entre ellos se encontraba el decurión Ebucio, personaje que no sólo se distinguió en esta lucha, sino que también lo había hecho antes en otras partes[28] y había ocasionado innumerables males a los judíos.
Un centurión llamado Galo, rodeado en medio del tumul- 37
to, se introdujo en una de las casas con diez soldados. Como 38

[25] C. Licinio Muciano fue Legado de Siria del año 64 al 69, cuando Vespasiano se hizo cargo de la guerra judía; cf. Suetonio, *Vespasiano* IV y Tácito, *Historias* I 10 y II 5.

[26] Se insiste en la mismas virtudes de Vespasiano expuestas en III 4.

[27] La idea de que Dios, la Fortuna en el sentido clasico, está de parte de los romanos se materializa sobremanera en la persona de Vespasiano, cuya elección estuvo ya inspirada por el propio Dios; cf. III 404.

[28] Por ejemplo en la toma de Jotapata; cf. III 144.

el propio Galo y sus hombres eran sirios, entendieron lo que sus ocupantes hablaban durante la cena acerca de lo que el pueblo planeaba contra los romanos y en su propia defensa. Por la noche este centurión salió contra ellos, los mató a todos y con sus soldados se refugió sano y salvo en el campamento romano.

39 Vespasiano consolaba a su ejército, que, sin conocer las
desgracias, se hallaba desanimado por el hecho de que hasta
entonces nunca había sufrido una derrota tan grande y, so-
bre todo, porque estaba avergonzado de haber abandonado a
40 su general solo ante los peligros. Vespasiano, sin hacer nin-
guna referencia a sí mismo, para que de ningún modo pare-
ciera que les criticaba, les dijo que era preciso soportar va-
lientemente los males que son comunes a todos, pues había
que tener en cuenta la naturaleza de la guerra, ya que nunca
se obtiene la victoria sin derramamiento de sangre y la For-
41 tuna es inconstante[29]. Sin embargo, tras haber matado a
tantos miles de judíos, ellos habían pagado a la divinidad[30]
42 sólo un pequeño tributo. Y así como es propio de personas
vulgares ensoberbecerse en exceso ante la prosperidad, así
también es propio de gente débil hundirse ante las desgra-
cias. «Pues el cambio de una situación a otra es rápido y es
mejor aquel que se mantiene sobrio incluso en la buena
suerte, para que pueda también enfrentarse con arrojo a la
43 adversidad. Sin embargo, los hechos de ahora no han ocu-
rrido por vuestra debilidad ni por el valor de los judíos, sino
que las dificultades del terreno han sido la causa de su éxito

[29] El original griego *palímpous* literalmente significa «que vuelve sobre sus propios pasos». Este término, utilizado aquí por Josefo como un epíteto poético de la Fortuna, sólo está atestiguado en Licofrón, *Alejandra* 126 y 893 y en Meleagro de Gadara, *Antología Palatina* V 163.

[30] Esta divinidad podría ser tanto el dios de la guerra como la propia Fortuna, según la opinión de Thackeray, en su edición *ad loc.*

y de vuestra derrota. En relación con ello alguien os podría 44
echar en cara vuestro descontrolado coraje, pues, cuando los
enemigos se refugiaron en la parte elevada de la ciudad, te-
níais que haber retrocedido y no ir detrás de los peligros que
os sobrevenían desde arriba. Os debíais haber apoderado de
la zona baja de la ciudad y desde un lugar seguro haber pro-
vocado poco a poco a entrar en un combate con garantías a los
que habían huido arriba. Sin embargo, al perseguir la victo-
ria sin mesura os habéis olvidado de vuestra seguridad. No es 45
propio de los romanos obrar irreflexivamente en la guerra y
atacar a lo loco, pues nosotros hacemos todo según un orden
y de acuerdo con la experiencia. En cambio, este compor-
tamiento es algo propio de gente bárbara y en ello es en lo
que precisamente más destacan los judíos[31]. Por tanto, he- 46
mos de volver a nuestra propia virtud e indignarnos antes
que desanimarnos por esta derrota inmerecida. Que cada 47
uno busque el mejor alivio con su propia mano, pues de esta
forma vengaréis a los que han muerto y castigaréis a los que
les dieron muerte. Yo por mi parte, como he hecho ahora, 48
intentaré en todas las batallas ir contra el enemigo delante
de vosotros y ser el último en retirarme».

Con estas palabras reanimó al ejército. Los habitantes de 49
Gamala se llenaron de confianza durante un pequeño espa-
cio de tiempo a causa de la inesperada e importante victoria
que habían obtenido. Pero después, cuando se dieron cuenta 50
de que no tendrían ni siquiera la posibilidad de llegar a un
acuerdo y cuando comprendieron que no podían huir, pues
ya faltaban las provisiones, se llenaron de un terrible des-
ánimo y se quedaron con el espíritu decaído. A pesar de to- 51
do no se olvidaban, en la medida de lo posible, de su salva-

---

[31] Este mismo rasgo se destaca como uno de los secretos del éxito del ejército romano frente al de otros pueblos; cf. III 98 ss.

ción, sino que los más valientes custodiaban las partes derribadas de la muralla y los demás permanecían en las zonas
52 que aún quedaban en pie. Cuando los romanos levantaron los terraplenes y de nuevo intentaron el ataque, la mayoría de los judíos salió corriendo de la ciudad por impracticables barrancos, donde precisamente no había guardias, y por ga-
53 lerías subterráneas[32]. Todos los que se quedaron dentro de la ciudad por miedo a ser cogidos, murieron de inanición, ya que todas las provisiones habían sido requisadas para los que podían combatir.

Conquista del monte Itabirion

54 Los habitantes de Gamala resistían tales calamidades, mientras[33] que Vespasiano, como un hecho más del asedio, se puso también en acción contra los que habían ocupado el monte Itabirion, que está entre la Gran
55 Llanura[34] y Escitópolis[35]. Este monte tiene una altura de treinta estadios y es casi inaccesible por el lado norte. En su cima hay una planicie de veintiséis estadios fortificada por todos sus la-
56 dos[36]. Josefo había levantado en cuarenta días estas murallas tan

[32] Cf. IV 9.

[33] La narración de estos acontecimientos de Gamala se interrumpe en este punto y se reanuda en IV 62.

[34] Normalmente Josefo se refiere con esta denominación a la Gran Llanura de Esdrelón (por ejemplo, II 232), si bien en *Autobiografía* 207 se trata de la llanura de Asoquis (cf. I 86). Por los lugares geográficos citados en este pasaje, monte Itabirion y Escitópolis, es más factible la segunda de estas localizaciones.

[35] Sobre esta ciudad de la Decápolis de gran importancia estratégica en la ribera oeste del Jordán, conocida tanto por el nombre helenístico de Escitópolis como por el semítico de Betsán, véase la nota a I 65.

[36] Estas cifras no son reales. Según consigna Abel, *Geógraphie...*, I, págs. 353-357, su altitud sobre el nivel del mar es de 588 metros y su altura sobre las regiones circundantes es de 455 metros. La llanura que hay en su cima alcanza una extensión de 1.200 metros de largo por 400 de ancho.

grandes[37] y les había provisto de agua y otros recursos traídos de abajo, ya que sus habitantes no disponían más que del agua de la lluvia. Como se había reunido allí mucha gente, Vespasiano en- 57
vió a Plácido con seiscientos jinetes. Al ser imposible entrar en el 58
lugar, exhortó a la mayoría de sus habitantes a llegar a un acuerdo de paz con la esperanza de que iban a obtener un buen trato y con el consejo de que lo aceptaran. Los de Gamala bajaron con malas 59
intenciones. Plácido[38] les hablaba con gran afabilidad, pues pretendía capturarlos en la llanura, mientras que los judíos, por su parte, descendían como si realmente le fueran a hacer caso, pero su intención era caer sobre él cuando estuviera desprevenido. Sin 60
embargo fue la artimaña de Plácido la que triunfó. Cuando los judíos iniciaron el combate, él fingió huir, arrastró a sus perseguidores un gran trecho por la llanura y volvió contra ellos su caballería. Así les obligó a huir, acabó con la vida de la mayoría de esta gente y al resto le cortó el camino y le impidió la retirada. Los que 61
habían abandonado el monte Itabirion se refugiaron en Jerusalén, mientras que la gente del lugar aceptó las propuestas de Plácido, pues ya les faltaba el agua, y se entregaron ellos mismos y el monte a Plácido.

Final de la ciudad de Gamala

Los habitantes de Gamala más auda- 62
ces consiguieron huir sin ser vistos, mientras que los débiles murieron de hambre. Los combatientes resistieron el asedio has- 63
ta que el día veintidós del mes Hiperbereteo[39] tres soldados de la décimoquinta legión se arrastraron durante la guardia

[37] La enumeración de los lugares fortificados por Josefo puede verse en II 573 y en *Autobiografía* 188.

[38] Es el tribuno encargado de las tropas de Galilea antes y después de la llegada de Vespasiano; cf. III 59, 110-111, y *Autobiografía* 213 y 411.

[39] Mes del calendario macedónico, que se corresponde con el hebreo Tišrí y con parte de nuestros meses de octubre y noviembre.

del amanecer[40] hasta la torre que tenían frente a ellos y la
64 minaron en secreto. Los centinelas que estaban sobre ella no
se dieron cuenta de que estos soldados se acercaban, ya que
era de noche, ni de que ya estaban allí. Los tres individuos,
sin hacer ruido, echaron a rodar las cinco piedras más gran-
65 des y se retiraron de un salto hacia atrás. La torre se vino al
suelo súbitamente con gran estruendo. Los guardias se pre-
cipitaron abajo junto con ella, mientras que los demás centi-
66 nelas huyeron llenos de miedo. Los romanos aniquilaron a
muchos de los que se atrevieron a abrirse paso, entre los que
se encontraba Josefo[41], al que un soldado hirió y mató
67 cuando se escapaba por la parte derribada de la muralla. Los
que estaban dentro de la ciudad, asustados por el ruido, co-
rrían agitados sin parar de un lado para otro, como si todos
68 los enemigos estuvieran ya en el interior. Entonces murió
también Cares, que yacía enfermo, pues un gran temor ha-
bía contribuido a que su enfermedad desembocara en la
69 muerte. Sin embargo, los romanos, que recordaban el de-
sastre anterior[42], no entraron hasta el día veintitrés de dicho
70 mes.

Tito, que ya estaba presente[43], airado por la derrota que
los romanos habían sufrido en su ausencia, reunió doscien-
71 tos jinetes, además de algunos soldados de infantería, y pe-
netró en silencio en la ciudad. Los centinelas, cuando se
percataron de ello, corrieron a gritos por las armas. Tan pron-
to como la gente de la ciudad se enteró de su llegada, unos

[40] Se trata del último de los turnos de guardia, cuando los centinelas estaban más cansados y era más fácil sorprenderles. Sobre las horas de guardia, véase la nota a III 319.

[41] Es Josefo de Gamala citado en IV 18.

[42] Cf. IV 13-30.

[43] Habia regresado después de haber llevado a cabo una misión en Siria con Muciano; cf. IV 32.

cogieron a sus hijos y mujeres y los arrastraron para refugiarse en la ciudadela con llantos y gritos, mientras otros, que salieron al encuentro de Tito, perecían sin parar. Todos 72
los que no pudieron correr a la parte alta cayeron desconcertados en los puestos de guardia de los romanos. En todos los sitios se oían los innumerables gemidos de los que morían, y la sangre que fluía por las pendientes cubría toda la ciudad. Ves- 73
pasiano vino con todos sus hombres para colaborar en el ataque contra los que se habían refugiado en la ciudadela. La cima era 74
por todos los lados rocosa y de difícil acceso, pues tenía una inmensa altura y estaba llena de abismos que la rodeaban por todos los sitios y abierta a los precipicios[44]. Desde allí los judíos 75
atacaban a los enemigos que se acercaban con diversos proyectiles y con piedras, que hacían rodar desde arriba. Ellos, en cambio, al estar en una posición alta, no podían ser alcanzados por los disparos de los legionarios. Pero para su desgracia so- 76
brevino contra ellos una milagrosa tormenta que les atraía las flechas de los romanos, mientras que daba la vuelta a las suyas y las desviaba hacia otro lado. Los judíos en su posición escar- 77
pada, por la fuerza del viento y la falta de suelo firme, no podían mantenerse en pie ni ver a los enemigos que se aproximaban a ellos. Los romanos subieron la cima, rodearon a los 78
hebreos y acabaron con la vida de los que se defendían y de los que les tendían sus manos en actitud de rendición. El recuerdo de los que habían perecido en el primer ataque[45] a Gamala encendió la ira romana contra todos. Muchos judíos, que habían perdido la esperanza de salvación, al verse rodeados por todas 79
partes se arrojaron ellos mismos, junto con sus hijos y mujeres, al barranco que debajo de la ciudadela se había abierto con una

[44] El pasaje no está exento de problemas textuales.
[45] Cf. IV 13-30.

80 gran profundidad[46]. En consecuencia, la cólera de los romanos parecía más suave que locura de los vencidos contra sí mismos. Cuatro mil judíos fueron degollados por los romanos, mientras que se vio que fueron más de cinco mil los que se precipitaron
81 por el barranco. No se salvó nadie, excepto dos mujeres[47]; ambas eran hijas de la hermana de Filipo[48]. Este Filipo era hijo de un tal Jácimo, un varón ilustre que había sido comandante del
82 rey Agripa. Estas mujeres se salvaron porque escaparon al furor romano en la toma de la ciudad, ya que no perdonaron ni siquiera a los niños pequeños, sino que en varias ocasiones cogieron a muchos de ellos y los arrojaron desde la ciudadela. De
83 esta forma fue tomada Gamala el día veintitrés del mes de Hiperbereteo[49], cuando su revuelta se había iniciado el día veinticuatro del mes de Gorpieo[50].

Rebelión de Giscala. Tito entra en acción

84 Solamente faltaba por someter Giscala[51], una pequeña población de Galilea. Sus habitantes deseaban la paz, pues en su mayor parte eran agricultores y siempre tenían puestas sus esperanzas en las cosechas. Sin embargo, para su desgracia, se había introducido entre ellos una pandilla no pequeña de bandidos[52], a los que

[46] Seguramente también puede tratarse de las galerías y fosos excavados por Josefo, según se ha relatado en IV 9 y 13.

[47] En la toma de Masadá también ocurrirá lo mismo, sólo se salvarán dos mujeres; cf. VII 404.

[48] Sobre este personaje, véase nota a II 421.

[49] Es decir, el día 10 de noviembre del año 67; cf. la edición de Niese, *ad loc.*

[50] El día 12 de octubre del 67; cf. la edición de Niese, *ad loc.*

[51] Ciudad de la Galilea Superior.

[52] No son bandidos en el sentido estricto del término, sino, en la terminología habitual de nuestro autor, los rebeldes o facciosos, esa pequeña minoría judía culpable de toda la guerra contra Roma.

se habían unido también algunos ciudadanos. A este grupo lo 85
dirigía e incitaba a la revuelta Juan, hijo de Leví, persona falaz, de un carácter muy astuto, dispuesto a tener grandes esperanzas y hábil para realizar sus ambiciones. Todos sabían que
quería la guerra para obtener el poder[53]. Él fue el creador de 86
un grupo de sediciosos entre los habitantes de Giscala, que hizo que el pueblo, que tal vez habría enviado embajadores para negociar la rendición, esperara la llegada de los romanos
en actitud hostil. Vespasiano envió contra ellos a Tito con mil 87
jinetes y se llevó la décima legión a Escitópolis. Mientras, él 88
mismo con dos de las legiones que le quedaban regresó a Cesarea[54] para que descansaran de sus múltiples fatigas y porque creía que de esta forma, con la abundancia de bienes de estas ciudades, revitalizaría sus cuerpos y sus ánimos para las lu-
chas futuras. Pues veía el gran esfuerzo que aún le quedaba 89
por hacer en Jerusalén, una ciudad real, capital de toda la na-
ción, donde acudían todos los que huían de la guerra. La soli- 90
dez natural de esta ciudad y la construcción de sus murallas hacía que su preocupación no fuera casual. Pensaba, además, que el valor y la audacia de sus habitantes serían difíciles de
vencer, aun sin tener en cuenta las murallas. Por ello entrena- 91
ba a sus soldados como atletas antes del combate.

A Tito, que se había aproximado a Giscala con la caba- 92
llería, le era fácil tomar por asalto la ciudad. Sin embargo, como sabía que, si se apoderaba de ella a la fuerza, toda su gente sería ejecutada por los soldados, prefería más bien ga-

---

[53] Esta presentación de Juan de Giscala está expresada en términos similares a los ya expuestos en el retrato de este personaje en II 585 ss.

[54] En III 412 se ha dicho que Vespasiano dejó en Cesarea la legión V *Macedonica* y la X *Fretensis*, si bien allí se precisó que envió a Escitópolis la XV *Apollinaris*, no la X. Sobre esta importantísima ciudad refundada por el rey Herodes en la antigua Torre de Estratón puede verse la nota a I 80, con bibliografía al respecto.

nar la ciudad mediante un acuerdo, pues él estaba ya harto de muertes y se apiadaba de la mayor parte del pueblo que era aniquilado sin distinción juntamente con los culpables[55].
93 Por ello, dado que la muralla estaba repleta de hombres, que en su mayor parte pertenecían al grupo criminal, les dijo que se preguntaba con asombro en quién tendrían puestas sus esperanzas para hacer frente a las armas de los romanos ellos solos, cuando toda la ciudad había sido ya conquista-
94 da. Pues habían visto cómo ciudades mucho más sólidas habían sucumbido con un único ataque, y cómo disfrutaban seguros de sus propios bienes todos los que habían confiado en los pactos con los romanos, precisamente los que ahora
95 él les ofrecía sin guardarles rencor por su insolencia. Se podía perdonar la esperanza de libertad, pero no la insistencia
96 en empresas imposibles. Si no confiaban en sus palabras amistosas ni en las pruebas de fidelidad que les daba, probarían la dureza de sus armas y pronto verían cómo las máquinas romanas abatirían la muralla, pues al confiar en ella demostrarían ser, ellos solos entre los galileos, unos prisioneros de guerra insolentes.

Huida de Juan de Giscala a Jerusalén

97 No sólo no se permitió a nadie del pueblo responder ante estas palabras, sino ni siquiera subir al muro, ya que todo había sido ocupado antes por los bandidos. Había también centinelas en las puertas para que nadie saliera a negociar y para que no dejasen en-
98 trar en la ciudad a ninguno de los soldados de caballería. El propio Juan dijo que le parecían bien estas propuestas y que

[55] Éste es uno de los rasgos de Tito más destacados por Josefo, a saber, su compasión humana ante las desgracias judías; cf. también III 64 y V 316.

convencería u obligaría a aceptarlo a los que se oponían a ello. Sin embargo, era preciso que Tito les respetara aquel 99
día, que era sábado, pues en esta jornada la ley judía prohibía hacer uso de las armas así como concertar un tratado de paz[56]. Los romanos no desconocían que, cuando llegaba el 100
séptimo día de la semana, los judíos no realizaban ningún trabajo, y que en este incumplimiento de la ley pecaba tanto el que obligaba a cometer tal impiedad como el que se veía forzado a ello. El retraso no produciría ningún daño a Tito, 101
pues por la noche qué otra cosa podrían emprender sino la huida, cuando, además, le era posible impedírselo si rodeaba la ciudad con su campamento. Para los judíos, en cambio, 102
tenía mucha importancia no transgredir la leyes sagradas, y convenía que la persona que les ofrecía una paz salvadora, que no se esperaban, respetara sus costumbres. Con estos 103
razonamientos Juan engañó a Tito, pues su mayor interés no era el respeto del sábado, sino su propia salvación. Tenía miedo de ser capturado nada más caer la ciudad y por ello ponía sus esperanzas de conservar la vida en huir por la noche. Era una obra de Dios[57], que salvó a Juan para ruina de 104
Jerusalén, no sólo el hecho de que Tito se dejara persuadir con el pretexto de este retraso, sino el que acampara más lejos de la ciudad, cerca de Cidasa[58]. Era ésta una aldea for- 105

---

[56] Las estrictas normas que regulaban la observancia del descanso sabático abarcaban también al ámbito bélico. La guerra judía testimonia el respeto por esta norma (cf. II 634), aunque también el hecho de que los enemigos se aprovechen de esta ventaja (cf. I 146).

[57] Se insiste de nuevo en el tema de la Providencia divina, que dispuso desde un principio todos los acontecimientos bélicos para la destrucción de Jerusalén; cf. el apartado 5 de la Introducción.

[58] Por lo que a continuación se indica, seguramente se trata de Cadasa, ciudad de los tirios, citada en II 459. La denominación bíblica de Quedes (*Jueces* 4, 6 ó *I Macabeos* 11, 63) convive con la forma helenizada de *Kýdisos* (Eusebio de Cesarea, *Onomástico* CXVI 2); cf. Abel, *Geógraphie...*,

tificada, en el interior del territorio de los tirios, que siempre había mantenido una actitud bélica y de odio contra los galileos. La base de las diferencias con la nación judía era su gran número de habitantes y su posición fortificada.

106 Por la noche Juan, al ver que no había ningún guardia romano alrededor de la ciudad, aprovechó la ocasión y huyó hacia Jerusalén no sólo con soldados, sino también con nu-
107 merosas personas no armadas junto con sus familias. Pudo llevar con él a una multitud de mujeres y niños a lo largo de veinte estadios, a pesar de estar angustiado por el miedo de ser capturado y de perder la vida. Sin embargo, cuando hubo avanzado más adelante, aquella gente fue dejada atrás y eran terribles los gemidos de los que se vieron abandonados.
108 Pues cada uno de ellos, cuanto más se alejaba de los suyos, tanto más cerca creía estar del enemigo. Llenos de miedo pensaban que ya estaban próximos a ellos los que les iban a hacer prisioneros y se daban la vuelta al oír el ruido que ellos mismos producían en su carrera, como si ya estuvieran
109 encima los enemigos de los que huían. La mayoría fue a parar a lugares infranqueables y la rivalidad por adelantarse
110 unos a otros en el camino acabó con muchos de ellos. Era digna de lástima la muerte de mujeres y niños. Algunas mujeres tuvieron el valor de llamar a sus maridos y familiares
111 con súplicas para que las esperaran. Pero prevaleció la orden de Juan, que les gritaba que se salvaran a sí mismos y que huyeran allí donde pudieran vengarse de los romanos en el caso de que éstos capturaran a los judíos dejados atrás. Así pues, la multitud de los fugitivos se dispersó según la fuerza y rapidez de cada uno.

II, pág. 416. De acuerdo con el comentario de la edición de Schalit, *ad loc.*, *Kýdasa* sería la versión tiria del nombre de esta ciudad.

Caída de Giscala. Sumisión total de Galilea

De día, Tito se presentó ante las mu- 112
rallas para concluir el tratado. El pueblo 113
le abrió las puertas, acudió allí junto con
sus familias y le aclamó como benefactor
y libertador de la guarnición que domina-
ba la ciudad. A la vez le informaron de la huida de Juan, le 114
pidieron que les perdonara y que dentro castigara a los rebel-
des que aún quedaban. Tito dejó en un segundo plano las 115
peticiones del pueblo y envió una unidad de caballería en
persecución de Juan. Los soldados no le capturaron, pues se
había dado prisa en refugiarse en Jerusalén. Sin embargo
mataron a unos seis mil hombres de los que habían escapa-
do con él y apresaron a poco menos de tres mil mujeres y
niños después de haberlos rodeado. Tito se sintió disgustado 116
por no haber castigado inmediatamente a Juan por el enga-
ño, si bien fue suficiente consuelo para su decepcionado
ánimo el tener un destacado número de prisioneros y de
muertos. Entró en la ciudad entre aclamaciones y, una vez 117
que dio a sus soldados la orden de derribar una pequeña
parte de la muralla en señal de que había sido sometida, re-
frenó más con amenazas que con un castigo a los que revo-
lucionaban la ciudad. Muchos habrían delatado a inocentes 118
por odios personales y diferencias particulares, en el caso de
que Tito buscara a los merecedores de una sanción. Por ello,
era mejor dejar al culpable en la inseguridad del miedo que
ejecutar con él a alguno de los que no lo merecían[59]. Pues 119
tal vez aquél, por miedo al castigo, podría ser sensato, al
sentirse avergonzado por los males cometidos, mientras que
el suplicio aplicado injustamente ya no tiene remedio. Se 120

[59] Como ya hemos expuesto en nuestra Introducción, apartado 5, Tito es uno de los principales puntos de atención de la obra de Josefo y es, sobre todo, su carácter compasivo el más repetido; cf. II 64, V 59, 310 y VI 184-185.

aseguró de la ciudad con una guarnición con la que pudiera reprimir a los sediciosos y llenar de valor a los partidarios de la paz. De esta forma fue tomada toda Galilea, que con muchos sudores sirvió de entrenamiento a los romanos para la toma de Jerusalén.

Juan de Giscala en Jerusalén

121 Con la entrada de Juan en Jerusalén todo el pueblo salió a la calle. Una innumerable multitud se agrupó en torno a cada uno de los fugitivos y les preguntaba sobre las desgracias que habían padecido
122 en el exterior. Su respiración aún ardiente y fatigada evidenciaba el sufrimiento. Sin embargo, a pesar de estas desgracias, ellos seguían fanfarroneando, pues decían que no habían huido de los romanos, sino que habían venido para
123 luchar contra ellos desde una posición segura. Pues era ilógico e inútil arriesgarse con temeridad por Giscala y por poblaciones débiles, cuando era necesario reservar armas y
124 fuerzas para la defensa de la metrópoli. De esta manera dieron a entender que Giscala había sido tomada, y la mayoría de la gente entendió como huida lo que ellos por decoro
125 llamaban retirada. Cuando se conoció la noticia de lo acaecido a los prisioneros, se apoderó del pueblo una tremenda confusión y consideró estos hechos como claros indicios de la
126 toma de su propia ciudad[60]. Juan no se ruborizó lo más mí-

[60] *Perì halóseōs*, es el título con que aparece esta obra en la mayor parte de los manuscritos y en la tradición cristiana. Flavio Josefo emplea indistintamente este término *hálōsis*, «conquista», «toma» o el de *pólemos*, «guerra», para referirse a su escrito. No obstante, tanto en este pasaje como más adelante (IV 134 y 318) se insiste en esta «conquista» de Jerusalén por parte de los romanos, lo que evidentemente indica que nuestro autor está adoptando en el relato concreto de estos acontecimientos un punto de vista romano.

nimo por los que habían sido abandonados atrás, sino que acudía a unos y a otros y les incitaba a la guerra con esperanzas. Les hacía suponer que los romanos eran débiles y exageraba su propia fuerza. Se burlaba de la gente inexperta 127
al afirmar que los romanos no podrían atravesar las murallas de Jerusalén, ni aunque tuvieran alas[61], pues habían tenido dificultades en las aldeas de Galilea[62] y habían estropeado sus máquinas en el derribo de sus fortificaciones.

Revueltas en Judea

Con estas palabras arrastró a la mayo- 128
ría de los jóvenes y los empujó a la guerra. Sin embargo, no había ningún anciano ni persona sensata que no previese lo que iba a ocurrir y no llorase como si ya
se hubiera perdido la ciudad. El pueblo se hallaba en tal 129
confusión, mientras que la gente del campo se había adelantado a la revuelta de Jerusalén[63]. Tito había partido de 130

[61] La confianza judía en la inexpugnabilidad de la ciudad de Jerusalén es un tópico ya desde *Jeremías* 7, 4, consagrado más tarde por *Daniel* 7, 9-27 y 2, 44. Durante la dominación romana se hacen más intensas estas esperanzas, en consonancia con el auge del mesianismo, del que parecen aprovecharse los movimientos revolucionarios antirromanos. La literatura apócrifa de este período testimonia esta tendencia, como vemos por ejemplo en el *Libro I de Henoc* 53, 6.

[62] Realmente pocas habían sido estas «dificultades», habida cuenta de la campaña en Galilea, hasta la caída de Tariquea en el otoño del año 67, según se relata a lo largo del libro III. No obstante, Juan de Giscala puede referirse de nuevo al ataque fallido de los romanos contra Gamala (cf. IV 13-30).

[63] La insurrección que estalló por primera vez a comienzos del verano del año 66 fue básicamente urbana (cf. II 411-418), si bien ahora tras la caída de Galilea se produce una masiva participación de la población del campo galileo que se refugia en Jerusalén. El movimiento de revuelta contra Roma se intensificó con la aportación de los típicos grupos de

Giscala a Cesarea, y Vespasiano de Cesarea a Jamnia[64] y a Azoto[65]. Conquistó estas dos ciudades, estableció guarniciones y se retiró con un destacado número de individuos
131 que se habían unido a él por un acuerdo[66]. En cada una de las ciudades se produjeron disturbios y luchas civiles[67]. Cuando los judíos se tomaban un respiro de la guerra con los romanos, se enzarzaban entre sí. Era muy dura la contienda entre los partidarios de la guerra y los que anhelaban
132 la paz. En primer lugar surgieron disputas en familias que antes habían estado en armonía, y, en segundo lugar, personas que eran muy amigas se rebelaron unas contra otras y cada uno se unía a aquellos que tenían sus mismas preten-
133 siones, de modo que así se enfrentaban por grupos. Por todos los sitios había sedición; los rebeldes y los que deseaban luchar predominaban por su juventud y por su audacia sobre
134 los ancianos y personas sensatas. Primero se dedicaron, cada uno por su parte, al pillaje entre los habitantes de su zona, luego, organizados en grupos, hicieron bandidaje por el resto de la región, de tal forma que sus compatriotas no veían ninguna diferencia entre éstos y los romanos a causa

---

bandidos y bandoleros de carácter rural, que ya venían actuando, según Josefo, desde hacía tiempo.

[64] La bíblica Yabneel (cf. *Josué* 15, 11), famosa por su importante puerto en la costa palestina, al sur de Jope; cf. Estrabón, V 15, 2, y Plinio, *Historia natural* V 86.

[65] Azoto es la forma griega del importante centro helenístico de la costa cananea, Asdod, que desde época de los Macabeos contaba con una destacada población judía; cf. *I Macabeos* 14, 34 y *Antigüedades* XIII 395.

[66] Este número 130 constituye un paréntesis en la narración de las sublevaciones producidas en Judea.

[67] Thackeray, edición *ad loc*, ve aquí una descripción típica de los efectos de una revolución y pone como modelo a Tucídides, III 81-84, y su relato de los acontecimientos de Corcira.

de su crueldad y su injusticia, y a los que lo sufrían les parecía mucho más soportable la sumisión a Roma.

Los zelotes en Jerusalén. Sus crímenes

Las guarniciones de las ciudades poco 135
o nada ayudaron a la gente afectada por estas calamidades, ya sea por temor a tener problemas o por odio hacia los judíos[68]. Hasta que los jefes de los malhechores de todos los lugares, hartos de hacer rapiñas en la región, se reunieron, formaron una banda del mal y penetraron en Jerusalén para llevarla a la ruina. La ciudad no tenía 136
jefe militar y, de acuerdo con una costumbre de sus antepasados, acogía sin tomar precauciones a todos los de su raza[69]. En aquel momento sus habitantes pensaban que todos los que venían lo hacían como aliados con buenas intenciones. Esto es lo que más tarde hundió a la ciudad, incluso sin 137
tener en cuenta la revuelta. Pues esta multitud de gente inútil y vaga consumió antes de tiempo las provisiones que habrían sido suficientes para los soldados, y así, además de la guerra, atrajo sobre la ciudad la discordia y el hambre[70].

---

[68] Este odio hacia los judíos se debía al hecho de que las guarniciones de estas ciudades estaban formadas por extranjeros y, en su mayor parte, por sirios.

[69] En efecto, Jerusalén es la «ciudad de todos», el lugar del culto nacional y la metrópoli de la patria común. En la Diáspora se hace más intensa esta afirmación, ya que la dispersión de los judíos busca afianzar su pertenencia a una misma nación mediante la referencia al lugar donde se ubica el Templo de su Dios. Así lo expresa FILÓN DE ALEJANDRÍA, *Contra Flaco* 46, al referirse a los judíos de Alejandría que, en palabras suyas, consideran su metrópoli la ciudad sagrada, donde se levanta el Templo santo del Altísimo, si bien cada uno de ellos tiene como patria la tierra en la que ha nacido y crecido. Un poco más adelante, IV 272-281, se narrará el caso de los idumeos que, como miembros del judaísmo, también reivindicarán su derecho a entrar en Jerusalén.

[70] La llegada de esta población del campo de Judea aumentó considerablemente el número de los habitantes de Jerusalén, que antes de la re-

138 Cuando llegaron a Jerusalén otros bandidos del campo y se unieron a los de dentro[71], que eran peores que ellos, no
139 hubo iniquidad que no cometieran. No sólo se limitaron a rapiñas y robos, sino que llegaron incluso a asesinar, no por la noche, a escondidas y al primero que se encontraran, sino
140 abiertamente, de día y a personalidades distinguidas. En primer lugar cogieron y encerraron a Antipas[72], miembro de la familia real y uno de los más poderosos de la ciudad, hasta el punto de que se le había confiado el tesoro público.
141 Luego hicieron lo mismo con Levia, uno de los notables, con Sifa, hijo de Aregetes, que también eran ambos de linaje regio, y después con los que ocupaban puestos destaca-
142 dos en el país. Un espanto terrible se apoderó del pueblo y, como si la ciudad hubiera sido ya tomada al ataque, cada uno buscaba su propia salvación.

143 No les bastó con encadenar a los prisioneros ni les pareció seguro custodiar así durante mucho tiempo a personajes im-
144 portantes. Pues sus familias, que no disponían de pocos hombres, podrían vengarse y, además, tal vez el pueblo se opon-
145 dría y se alzaría contra estos crímenes. Cuando decidieron acabar con ellos, enviaron para este fin a un tal Juan, que era el más experto asesino. En la lengua del país se llamaba «Hijo de Dorcas»[73]. Con él penetran en la prisión diez hombres ar-

---

vuelta podían llegar a ochenta y cinco mil aproximadamente, según el cómputo de M. Broshi, «La population de l'ancien Jérusalem», *Revue Biblique* 82 (1975), 5-14.

[71] Cf. nota a IV 129.

[72] Este relato había sido ya anticipado por Josefo en II 557, cuando este familiar de Agripa II se quedó en Jerusalén después de la derrota de Cestio.

[73] El original griego *Dorkás*, que es una forma femenina que significa «gacela», en arameo es *Tabitha*. *Hechos de los Apóstoles* 9, 36 mencionan a una mujer de Jope con este nombre. Para los problemas del uso del

mados con espadas y degollan a los cautivos. Para un crimen 146
tan grande fingieron una gran mentira y excusa: decían que ellos habían negociado con los romanos la entrega de Jerusalén y que habían ejecutado a los traidores de la libertad común. En resumen, se jactaban de sus audaces crímenes como si fueran bienhechores y salvadores de la ciudad.

El pueblo[74] llegó a tal punto de abatimiento y de terror, y 147
los malhechores a tanta soberbia que incluso estuvo en sus ma-
nos el elegir a los sumos sacerdotes. Dejaron sin vigor el dere- 148
cho de las familias, de las que se nombraban por sucesión a los sumos sacerdotes, y pusieron en este cargo a personas desconocidas y sin linaje noble, para que fueran cómplices de sus im-
piedades[75]. Pues la gente que consigue un alto cargo sin mere- 149
cérselo está obligada a obedecer a los que les han concedido tal
honor. Con todo tipo de maquinaciones y calumnias provoca- 150
ron enfrentamientos entre las autoridades, pues así sacaban provecho de las disensiones internas de los que podían ser un obstáculo para sus empresas. Hasta que, hartos ya de cometer injusticias contra los hombres, volvieron su insolencia contra Dios y entraron en el santuario con sus sucios pies.

Entonces el pueblo se levantó contra ellos. Le dirigía 151
Anano[76], el más anciano de los sumos sacerdotes, un hom-

---

matronímico en lugar de patronímico, que era lo habitual, véase la nota de la traducción de PELLETIER al respecto.

[74] Flavio Josefo distingue siempre entre el pueblo judío en su conjunto, que queda libre de culpa, y esa minoría que por su actitud hostil hacia Roma ha provocado esta guerra; véase el apartado 5 de la Introducción.

[75] Durante la presencia romana en Judea los sumos sacerdotes perdieron parte de su autoridad anterior. Solían ser elegidos en el seno de unas pocas familias privilegiadas, de modo que el sumo sacerdocio formaba como una especie de disnastía hereditaria o de aristocracia influyente. En ningún caso se designaban a suertes estos cargos, como harán en esta situación de «anarquía» los zelotes; cf. SCHÜRER, *Historia...*, II, págs. 306-316.

[76] Sobre este sumo sacerdote nombrado por Agripa II véase II 563.

bre muy sensato que tal vez habría salvado la ciudad si se hubiera librado de las manos de los conspiradores. Éstos convirtieron el Templo de Dios en su propia fortaleza y en un refugio contra las revueltas del pueblo. El lugar santo fue
152 para ellos el centro de su tiranía. A estos males se añadió la
153 burla, que era más insoportable que sus crímenes. Para probar el abatimiento del pueblo y hacer alarde de su fuerza se dispusieron a elegir por sorteo a los sumos sacerdotes, cuando, según hemos dicho[77], la elección era por sucesión
154 hereditaria. La excusa para esta artimaña era una antigua costumbre, pues decían que ya antes la elección del sumo sacerdocio era por sorteo[78]. Sin embargo, en realidad se trataba de la eliminación de una norma muy consolidada y una estratagema para obtener el poder y ser ellos mismos los que designaran los cargos.

155 Mandaron llamar a una de las tribus pontificales[79], llamada Eniaquím[80], y eligieron a suertes al sumo sacerdote. El

[77] IV 148.

[78] Esta afirmación no es exacta, ya que en *I Crónicas* 24, 5-18, se habla de la elección a suertes no de los sumos sacerdotes, sino del orden de las veinticuatro clases sacerdotales para el servicio del Templo. No obstante, la práctica del sorteo es algo bastante habitual en los textos bíblicos, como una forma clara de manifestación de la voluntad divina (cf. *I Crónicas* 24, 31; *Salmos* 22, 19; *Ezequiel* 47, 22).

[79] La clase sacerdotal se subdividía en veinticuatro tribus pontificales, que se correspondían con otros tantos turnos que se alternaban en el servicio del Templo (cf. *I Crónicas* 24, 7-19; *Lucas* 1, 5). El propio Josefo pertenecía a la primera de estas veinticuatro clases, la de Jehoyarib. *Antigüedades* VII 366 confirma este número, si bien *Contra Apión* II 108 sólo menciona cuatro tribus, las que regresaron del destierro con Zorobabel. Los esenios, por su parte, distinguían veintiséis clases sacerdotales, debido a razones de calendario (cf. *1 Qumrán* 2, 2).

[80] La tribu de Eniaquim no está incluida en esa lista de doce clases en que David dividió la tribu sacerdotal de Leví, ni tenemos ninguna referencia sobre ella (cf. *I Crónicas* 24, 7). Véanse las propuestas para subsanar este posible error en el comentario *ad loc.* de THACKERAY y PELLETIER.

azar seleccionó a la persona que mejor puso en evidencia la ilegalidad de esta gente, un tal Fani[81], hijo de Samuel, de la aldea de Aftia[82], que no sólo no descendía de sumos sacerdotes, sino que por su incultura ni siquiera sabía con claridad qué era el sumo sacerdocio. A este individuo lo sacaron 156
del campo, en contra de su voluntad, como si estuviera en el teatro le pusieron una máscara que no le correspondía, una vestimenta sagrada y le enseñaron lo que era necesario hacer en tal ocasión[83]. Esta impiedad tan grande fue para ellos 157
motivo de risa y de juego, mientras que los demás sacerdotes, que observaban desde lejos esta burla de la ley, se pusieron a llorar y se lamentaban por la profanación de los honores sagrados.

Reacción del pueblo. Anano y su discurso

El pueblo no aguantó esta audacia, si- 158
no que todos se alzaron como si fueran a destruir una tiranía. Los que eran consi- 159
derados ciudadanos principales, Gorión, hijo de José[84], y Simeón, hijo de Gamaliel[85], incitaron a la gente, cuando estaba reunida en asambleas, y de forma individual, cuando acudían a visitarla, pa-

[81] Flavio Josefo ofrece varias formas para el nombre hebreo de este personaje, *Pynḥs: Phannías, Phánasos* o *Pháni;* cf. *Antigüedades* XX 227.

[82] Lugar que aún permanece sin identificar con certeza.

[83] Esta comparación con una actuación teatral le sirve a Josefo para demostrar el carácter falso e hipócrita de las acciones de los zelotes; cf. también la «representación del juicio contra Zacarías, el hijo de Baris» en IV 336.

[84] Parece que se trata de aquel José, hijo de Gorión, que en II 563 detentaba junto con Anano el poder de Jerusalén al principio de la revuelta.

[85] *Autobiografía* 190-195 se extiende en la caracterización de este personaje. En este pasaje, así como en 216-227 y 309 ss., Josefo reproduce esta exhortación de las autoridades al pueblo para acabar con la actividad de los zelotes.

ra que castigara de una vez a los destructores de la libertad y
160 para que limpiara el Lugar Santo de estos homicidas. Los sumos sacerdotes más famosos, Jesús[86], hijo de Gamala, Anano, hijo de Anano, que muchas veces en las asambleas habían reprochado al pueblo su apatía, le instigaban contra
161 los zelotes. Estos malhechores se habían dado este nombre como si tuvieran celo por realizar buenas acciones, y no por los tremendos crímenes que llevaron a cabo en exceso[87].

162 Se reunió, entonces, el pueblo en una asamblea y todos se indignaron por la ocupación del recinto sagrado, por las rapiñas y por los asesinatos, aunque no se decidieron a vengarse porque pensaban que los zelotes eran muy difíciles de derrotar, lo que realmente era cierto. Se levantó en medio de ellos Anano y, después de dirigir su mirada muchas veces
163 hacia el Templo, dijo con los ojos llenos de lágrimas: «Para mí hubiera sido mejor morir antes que ver la casa de Dios llena de tantos sacrilegios y los lugares impenetrables y sa-
164 grados ultrajados por pies homicidas. Sin embargo, vestido

---

[86] Es el amigo de Josefo citado en *Autobiografía* 193-194 y 204. Más adelante, en IV 316 ss, se relatará su muerte junto con la de Anano.

[87] Josefo centra en el término «celo», que los zelotes se aplican a sí mismos por su afán por Dios y por el Templo, la noción básica para la comprensión del significado religioso y social del movimiento (cf. también VII 269-270). No es fácil distinguir todos los grupos de la resistencia antirromana que se engloban bajo este apelativo, sicarios, partidarios de Juan de Giscala, secuaces de Simón, hijo de Giora, los compañeros de Eleazar y los seguidores de Judas el Galileo. Nuestro autor confunde en ocasiones a los zelotes con los sicarios, aunque también diferencia a estos últimos de los génericamente llamados por él «rebeldes» o «facciosos» (cf. II 650-651). Sin embargo el común denominador de estos elementos revolucionarios era su pasión por la libertad, cuya doctrina parece estar inspirada por lo que Josefo llama cuarta filosofía o secta, después de los fariseos, saduceos y esenios (cf. *Antigüedades* XVIII 23-25); sobre los zelotes sigue siendo fundamental el libro de M. HENGEL, *Die Zeloten*, Leiden-Colonia, 1961.

con la túnica de sumo sacerdote y llamado con el más vene-
rable de los nombres[88], estoy vivo y sigo apegado a la vida,
sin esperar para mi vejez una muerte gloriosa. Si es necesa-
rio, iré sólo y como en un desierto yo seré el único que en-
tregue mi vida a Dios[89].¿Por qué hay que vivir con un pue- 165
blo que no atiende a las desgracias y en el que ya no existe
forma de oponerse a los males que han caído sobre ellos?
Cuando os saquean, no os oponéis a ello, cuando os golpean,
os calláis. Nadie se lamenta públicamente por los que han si-
do asesinados.¡Ay, amarga tiranía! ¿Pero por qué critico a los 166
tiranos? ¿No han crecido éstos por culpa de vuestra resigna-
ción? Pues vosotros no hicisteis caso de sus primeras reunio- 167
nes, cuando aún eran pocos, y así aumentasteis su número con
vuestro silencio. Al dejar que se armaran habéis vuelto sus ti-
ros contra vosotros mismos, cuando debíais haber reprimido 168
sus primeras embestidas, en el momento que atacaban con ul-
trajes a sus compatriotas. Con vuestra despreocupación habéis
incitado a los malvados a las rapiñas, sin que hubiera una pa-
labra de protesta por las casas saqueadas. Por ello cogieron
también a sus mismos dueños y, cuando los arrastraron por
medio de la ciudad, nadie se opuso a ello. Ultrajaron con cade- 169
nas a aquellos que vosotros les entregasteis, y no quiero decir
cuántos y quiénes fueron. Pero nadie salió en ayuda de estas
personas que habían sido encadenadas sin ser acusadas ni con-
denadas. La consecuencia de ello fue que llegamos a ver ase- 170
sinada a esta gente. Observamos los hechos, como cuando de un

[88] El nombre de sumo sacerdote.

[89] La retirada al desierto es un tópico de los movimientos mesiánicos que rodeaban la revuelta contra Roma, como vimos en el caso de la banda de malechores y del falso profeta egipcio de II 258-265. En este caso concreto podría también aludir al chivo expiatorio, que con los pecados del pueblo será enviado solo al desierto, según la prescripción de *Levítico* 16, 10 y 20-24.

rebaño de animales irracionales se elige siempre al mejor para el sacrificio y nadie levanta la voz ni, mucho menos, alza la
171 mano. Por tanto, soportad, soportad el ver pisoteados los lugares sagrados y no sufráis por sus excesos, vosotros que habéis facilitado a esta gente impía los escalones de sus audaces crímenes. Pues, sin duda, ahora abordarían empresas mayores, si tuvieran para destruir algo más importante que el Templo.
172 Dominan la parte más fortificada de la ciudad, ya que ahora se ha de considerar el Templo como una ciudadela o como una fortaleza. ¿Cuáles son vuestros planes y contra quiénes vais a encender vuestra cólera, si tenéis una tiranía tan bien protegida y veis que los enemigos están por encima de voso-
173 tros? ¿Es que esperáis que los romanos vengan en auxilio de vuestros lugares sagrados? ¿Tan extrema es la situación de la ciudad y a tantas calamidades hemos llegado, para que incluso los enemigos se apiaden de nosotros? ¿Vosotros, los más
174 desdichados de todos los hombres, no os vais a levantar, ni os vais a revolver contra los golpes, como vemos que ocurre con los animales, ni a defender de los que os atacan? ¿No os olvidaréis ninguno de vosotros de vuestras propias desgracias y, cuando tengáis delante de los ojos todo lo que habéis sufrido,
175 no aguzaréis vuestras almas para vengaros de ellos? ¿Ha muerto entre vosotros el sentimiento más honorable y más natural de todos, el deseo de libertad? ¿Nos hemos convertido en amantes de la esclavitud y de nuestros dominadores, como si hubiéramos heredado de nuestros antepasados el estar so-
176 metidos? Pero nuestros padres sostuvieron muchas y largas guerras por la independencia y no sucumbieron ni ante el poder de los egipcios ni ante el de los medos[90] por no cumplir

[90] Los hebreos no han estado nunca bajo el poder directo de los medos. Debe tratarse aquí más bien de los persas, que en el 550 a. C., con Ciro a la cabeza, depusieron al último rey medo, Astiages. Esta nueva monarquía e imperio unificados aparecen en diversas ocasiones en la Bi-

sus órdenes.¿Y por qué hay que hablar de nuestros antepasa- 177
dos? La guerra que ahora existe contra Roma, omito decir si es o no útil y beneficiosa, ¿qué finalidad tiene? ¿No es la libertad? Si no soportamos a los amos del mundo, ¿vamos a 178
tolerar a los tiranos de nuestra propia nación? Sin embargo se 179
podría achacar a la Fortuna, que de una vez por todas nos ha sido adversa, el hecho de obedecer a poderes extranjeros, si bien es propio de personas cobardes que han optado por esta actitud el someterse a unos compatriotas criminales.

Ya que he mencionado una vez a los romanos, no omi- 180
tiré deciros lo que vino a mi mente cuando pronunciaba mis palabras, a saber, que en el caso de que fuéramos vencidos por los romanos, ¡ojalá que estas palabras no lleguen a realizarse!, no tendremos que tolerar ya nada más duro que los males que esta gente nos está haciendo. ¿No es dig- 181
no de llanto el ver en el Templo las ofrendas de los roma-

---

blia (cf. *Ester* 10, 2, *Daniel* 5, 28). El libro de *Daniel* ha podido contribuir a este imprecisión de Flavio Josefo, ya que en él se habla de los «reyes de los medos y de los persas» *(Daniel* 8, 20) e incluso de Darío el medo *(Daniel* 6, 1 y 9, 1), que no parece haber existido en la realidad, sino en una ficción y visión apocalíptica de la historia. La literatura pseudoepígrafa sí hace, en cambio, más referencias al poder de los medos, ya que este pueblo se incluye entre las naciones que dominarán a los hebreos: así ocurre con el *Testamento de Neftalí* V 8, que sitúa a los medos entre los asirios y los persas, o con diversos pasajes de los *Oráculos Sibilinos,* IV 54, 62 y 63. Entre estos últimos testimonios hay que destacar el del historiador judeo-helenístico Eupólemo (en Eusebio de Cesarea, *Preparación evangélica* IX 39, 2-5), que narra la invasión de Palestina, incluida Jerusalén, en tiempos del rey Jonaquim y del profeta Jeremías, por parte de Nabucodonosor y su aliado el rey medo Astibaras. Este monarca y esta colaboración de los medos no aparecen en las fuentes bíblicas. Sólo Ctesias de Cnido menciona a Astibaras y a su hijo Astiages en su *Historia de Persia* (cf. Diodoro de Sicilia, II 34, 6) como los últimos reyes de Media, mientras que Heródoto, I 74, 103 y 106-107, habla de Ciaxares y Astiages.

nos[91] junto con los despojos de los saqueos y de las matanzas de la nobleza de nuestra capital llevados a término por nuestros compatriotas? A estas personas que aquéllos han asesinado, los romanos las habrían perdonado, aunque
182 las hubieran vencido. Estos últimos nunca han cruzado el límite[92] de los profanos ni han transgredido ninguna de las leyes sagradas, sino que desde lejos han contemplado, lle-
183 nos de un temor religioso, el recinto del Templo. Mientras que algunos, que han nacido en este país, que han sido educados en nuestras costumbres y que se llaman judíos, deambulan en medio de los lugares sagrados con las ma-
184 nos aún calientes por los homicidios de compatriotas. ¿Tal vez alguien sienta miedo por una guerra contra un enemigo extranjero y por unas personas que son mucho más moderadas que los de nuestra propia raza? Pues si hay que llamar a cada cosa por su nombre, se podría ver cómo los romanos son los protectores de nuestras leyes, mientras
185 que sus enemigos están dentro de nuestro pueblo. Pero creo que todos vosotros, antes de venir de casa, ya estabais convencidos de que estos conspiradores de la libertad son unos depravados y que no se podría discurrir contra ellos un castigo adecuado a sus crímenes, y me parece que antes de que yo hablara ya estabais encendidos contra ellos por
186 los sufrimientos que os han hecho pasar. Quizá la mayoría

[91] Sobre el culto romano en el Templo de Jerusalén véase nota a II 197. Los gentiles también aportaban ofrendas votivas. Por ejemplo, los monarcas Ptolomeos habían hecho numerosas ofrendas, según lo testimonian *II Macabeos* 3, 2 y 5, 6, *Carta de Aristeas* 42, *Antigüedades* XIII 74-79 y *Contra Apión* II 48-49. Destacados romanos, como Sosio, Marco Agripa, Augusto o Calígula (la cadena de oro que donó a Agripa I) dejaron objetos particulares en el Templo judío; cf. FILÓN, *Embajada a Cayo* 157; *Antigüedades* XIV 488, XIX 294; *Guerra* V 462-563.

[92] En V 193-194 se describirá la balaustrada que separaba terminantemente a los gentiles de los judíos en el culto del Templo.

de vosotros estará aterrado ante su número y su audacia, así como también ante la superioridad del lugar en el que
están asentados. Pero de la misma manera que estos he- 187
chos han sucedido por vuestra desidia, así también ahora se agravarán si aplazáis más el problema. Cada día su grupo se hace más numeroso, pues todo individuo malvado se
pasa a ellos para unirse a sus iguales. Hasta ahora ningún 188
obstáculo ha impedido inflamarse su osadía. Desde su posición elevada se servirán de ese lugar y de su armamento,
si nosotros les damos tiempo para ello. Tened confianza 189
en que, si vamos contra ellos, serán más humildes por su mala conciencia y el pensar en sus crímenes eliminará la
ventaja de estar en un lugar alto. A lo mejor la Divinidad, 190
airada, vuelve contra ellos sus golpes y los impíos serán destruidos por sus propias flechas[93]. Sólo con que nos vean quedarán deshechos. En caso de que nos sobrevenga 191
algún peligro, es hermoso morir delante de las puertas sagradas y entregar la vida, no en defensa de nuestros hijos y
mujeres, sino por Dios y por el Templo. Yo os ayudaré 192
con mi consejo y con mi mano, y no dejaremos de preocuparnos por vuestra seguridad ni veréis que yo escamotee mi propia persona»[94].

[93] Así había ocurrido en el ataque a Gamala, cuando se levantó un huracán sobrehumano que desvió las flechas; cf. IV 76.

[94] Este discurso del sumo sacedote Anano presenta llamativos aspectos que entran en contradicción con las ideas expuestas por Agripa II en el Xisto de Jerusalén (II 345-404) para persuadir a los judíos de la revuelta. El diferente programa político de ambos mandatarios, así como sus intereses opuestos en esta guerra, les lleva a hacer un hábil ejercicio retórico del concepto de libertad.

Anano se enfrenta a los zelotes

193 Con este discurso Anano dio fuerzas a la multitud para ir contra los zelotes, sin ignorar que éstos eran difíciles de vencer por su número, su juventud, la obstinación de su espíritu y, sobre todo, porque eran conscientes de sus actos. Pues en esta situación extrema no iban a rendirse, al haber perdido toda esperanza de
194 obtener el perdón por sus crímenes. Sin embargo, Anano prefería cualquier tipo de sufrimiento antes que abandonar
195 los asuntos públicos en tal estado de confusión. La muchedumbre gritaba para que les condujera contra aquella gente a quien él les había exhortado combatir, y todos ellos estaban dispuestos a ser los primeros en exponerse al peligro.

196 Mientras Anano seleccionaba y ordenaba a los que eran aptos para la lucha, los zelotes se enteraron de este plan, pues entre ellos había algunos que les contaban todo lo que ocurría en el pueblo, se enfurecieron, salieron del Templo en masa y en grupos y no perdonaron a ninguno de los que
197 se encontraron. Rápidamente Anano reunió una fuerza popular, superior a los zelotes en número, pero inferior en ar-
198 mas y en adiestramiento. No obstante, en ambos bandos el ardor suplía las deficiencias: la gente de la ciudad estaba provista de una pasión más fuerte que las armas, y la del Templo de una audacia superior a cualquier número de per-
199 sonas. Los primeros, porque pensaban que la ciudad sería inhabitable, si no acababan con los bandidos, y los zelotes, por su parte, al darse cuenta de que no se librarían de ningún tipo de castigo, si no obtenían la victoria. Así se en-
200 frentaron en la lucha empujados por estos sentimientos. En un principio, en la ciudad y delante del Templo, se lanzaban flechas y piedras recíprocamente desde lejos. Pero luego, cuando algunos huían en retirada, los vencedores sacaban sus espadas. Hubo muchas muertes en ambos bandos y tam-

bién fueron numerosos los heridos. Sus allegados llevaban a 201
los heridos del pueblo a sus casas, mientras que los zelotes volvían a subir al Templo y ensangrentaban el pavimento sagrado. Se podría decir que solamente la sangre de los zelotes ha
mancillado el Templo. En los combates siempre dominaban 202
los bandidos con sus incursiones. Las fuerzas del pueblo, que cada vez eran más, irritadas increpaban a los que se daban la vuelta, y los que estaban en la retaguardia hacían fuerza para impedir la retirada a los que escapaban; así hacían volver to-
dos sus efectivos contra los enemigos. Éstos ya no resistieron 203
más la presión y poco a poco se retiraron al Templo, donde
entraron con ellos los hombres de Anano. Los zelotes se lle- 204
naron de miedo al perder el primer recinto[95], y, tras refugiarse
en el de más adentro[96], rápidamente cerraron sus puertas. A 205
Anano no le pareció bien asaltar las puertas sagradas[97], sobre todo cuando aquéllos les disparaban desde arriba. Pensó que sería un sacrilegio, aunque venciera, meter dentro a la multi-
tud sin haberse purificado[98]. De entre todos eligió a sorteo a 206
seis mil soldados y los puso como guadianes de los pórticos.
Otros tomaban el relevo a éstos y todos estaban obligados a 207
hacer guardia por turnos. Muchas judíos de clase alta, con el permiso de los que eran considerados sus jefes, pagaban a gente pobre y los enviaban a montar guardia en lugar de ellos.

---

[95] Es el atrio de los gentiles; cf. V 193-194.

[96] El atrio de los israelitas; cf. V 193-198.

[97] Cf. V 200-26.

[98] Como se repetirá en IV 218 se insiste en la purificación previa a la entrada en el Templo. Son muchos los rituales de purificación practicados entre los hebreos, como extensamente prescribe *Levítico* 11-17 y *Antigüedades* III 261: abluciones para la purificación de objetos y de personas, que han estado en contacto con algo impuro, etc.

Traición de Juan de Giscala

208 El culpable de la ruina de todos estos hombres fue Juan, que, como dijimos[99], había huido de Giscala, persona muy astuta que tenía en su interior un terrible deseo de tiranía y que desde hacía tiempo
209 maquinaba contra el Estado[100]. Entonces, aunque fingía estar de parte del pueblo, iba con Anano cuando deliberaba cada día con los poderosos y cuando recorría por la noche los puestos de guardia. Contaba a los zelotes los secretos y por su culpa todos los planes del pueblo eran conocidos entre los enemigos antes de que hubieran sido plenamente decidi-
210 dos. Maquinaba para no despertar sospechas: mostraba des-
211 medidas atenciones con Anano y los jefes del pueblo. Pero con esta actitud consiguió lo contrario de lo que esperaba, pues por sus ilógicas adulaciones se hizo más sospechoso y el hecho de estar en todos los sitios, sin ser llamado, hizo
212 creer que contaba los secretos al enemigo. Se dieron cuenta de que los enemigos estaban enterados de todos sus proyectos, y nadie era más proclive a ser tenido por sospechoso
213 de estas revelaciones que Juan. No era fácil librarse de un hombre que era poderoso por su perversidad y, además, era una persona famosa que estaba rodeada de mucha gente de la que formaba parte de los Consejos Supremos[101]. Por ello

[99] IV 106-111.

[100] De nuevo nuestro autor vuelve a hacer una breve caracterización de Juan de Giscala en términos similares a los expuestos en II 585 ss. y en IV 85. En este caso THACKERAY, comentario *ad loc.*, señala algunas correspondencias con el retrato de Catilina en SALUSTIO.

[101] Los manuscritos PAL^2 ofrecen la variante *toîs hóplois*, «asuntos militares», en lugar de *toîs hólois*. No obstante, la presencia del término griego *synedreúō* parece hacer referencia al Sanedrín o Consejo judío de Jerusalén. Después de la insurrección siguen funcionando las instituciones anteriores y, a pesar de la presión de los rebeldes y zelotes, los notables judíos, entre los que se encontraba Anano, siguen controlando los

pareció conveniente que jurase su fidelidad. Inmediatamente 214
Juan juró que sería leal al pueblo, que no revelaría a los enemigos ningún plan ni ninguna actividad, y que colaboraría, tanto con su mano como con su consejo, a repeler al enemigo. Los hombres de Anano confiaron en sus promesas 215
y aceptaron en sus deliberaciones a Juan sin sospechar nada. Incluso lo enviaron como embajador ante los zelotes para llegar a un acuerdo, pues se esforzaban para que, por su culpa, no se mancillara el Templo ni muriera en él ninguno de sus compatriotas.

Juan, como si hubiese prometido lealtad en favor de los 216
zelotes, en lugar de en su contra, pasó al interior del Templo, se sentó en medio de ellos y les dijo que muchas veces había afrontado peligros para informarles de todo lo que los soldados de Anano tramaban en secreto contra ellos. Pero 217
que ahora corría junto con ellos el mayor de los riesgos, a no ser que le sobreviniera una ayuda divina. Pues Anano ya 218
no tenía más paciencia, sino que había convencido al pueblo para que enviara embajadores ante Vespasiano y pedirle que viniera rápidamente a tomar la ciudad. Y que además había proclamado contra ellos para el día siguiente una purificación[102], a fin de que sus soldados entrasen en el Templo, ya sea bajo la excusa de este rito o a la fuerza, y se enfrentaran a los zelotes. Por ello, no veía cómo soportarían el asedio o 219
resistirían a tantos enemigos. Añadió que por la Providencia divina él había sido enviado como embajador para llegar a un acuerdo, pues Anano les hacía estas propuestas para pillarles desprevenidos en el ataque. Para salvar la vida era 220
necesario que hicieran súplicas a los que les sitiaban o que

órganos de gobierno. Sobre las funciones del Sanedrín puede consultarse el trabajo de V. TCHERIKOVER, «Was Jerusalem a 'Polis'?», *Israel Exploration Journal* 14 (1964), 61-78.

[102] Cf. IV 205.

221 obtuvieran alguna ayuda del exterior. Los que estaban llenos de esperanza por conseguir el perdón, en el caso de que fueran derrotados, se olvidaban de sus propias temeridades o creían que debía producirse también la reconciliación de sus víctimas con ellos tan pronto como los culpables mos-
222 traran su arrepentimiento. Pero muchas veces la contricción de la gente injusta resulta odiosa y la ira de los ofendidos se
223 hace más cruel cuando tienen poder. Los amigos y familiares de los muertos, así como una población numerosa, irritada por la abolición de las leyes y de los tribunales de justicia, acechaban a los zelotes; y, aunque una parte de ellos tuviera compasión, sin embargo este sentimiento sería eliminado por la indignación de la mayoría.

Los zelotes piden ayuda a los idumeos

224 Con estas astutas palabras produjo un miedo general, y no se atrevía a hablar claramente de la ayuda externa, aunque insinuaba que se trataba de los idumeos[103]. En concreto, para irritar a los jefes de los zelotes acusó a Anano de crueldad y dijo que éste expresaba
225 amenazas sobre todo contra ellos. Estos individuos eran Eleazar, hijo de Gión[104], que era el que más autoridad tenía entre ellos cuando planeaba lo que había que hacer y lo lle-

[103] Los idumeos, habitantes del bíblico país de Edom, descienden de Esaú, por lo que son un pueblo hermano de los hijos de Jacob, a pesar de sus enfrentamientos constantes con Israel. Los idumeos habían sido obligados, caso raro en el judaísmo, a circuncidarse y a seguir la ley judía por parte de Juan Hircano, después de la conquista de Adoreon y Marisa; cf. I 62-63 y *Antigüedades* XIII 254-258. Decenios más tarde de esta conversión Idumea contribuyó a la historia judía con dos figuras políticas de primer orden, Antípatro y su hijo Herodes el Grande.

[104] Tal vez habría que seguir aquí la lectura de los códices MV, «Eleazar, hijo de Simón», el famoso zelote mencionado en II 564-565 y V 5-7.

vaba a la práctica, y un tal Zacarías[105], hijo de Anficaleo. El uno y el otro pertenecían a una familia sacerdotal. Cuando 226
estos dos personajes oyeron, además de las amenazas generales, las que en particular iban contra ellos, y que los hombres de Anano llamaban a los romanos para mantener ellos el poder, pues también Juan había dicho esta mentira, estuvieron durante mucho tiempo sin saber qué hacer al sentirse agobiados en esta situación tan complicada. Efectivamente, 227
el pueblo estaba preparado para ir contra ellos de un momento a otro, y el hecho de que el ataque fuese tan rápido anulaba la llegada de ayudas del exterior, puesto que sufrirían todos los males antes de que ninguno de sus aliados se enterara de ello. Sin embargo, decidieron llamar a los idumeos. Inme- 228
diatamente les escribieron una carta donde se decía que Anano había engañado al pueblo y que iba a entregar la metrópoli a los romanos, mientras que ellos se habían sublevado en defensa de la libertad y estaban sitiados en el Templo. En muy poco tiempo se decidiría su salvación: si 229
los idumeos no venían en su ayuda con rapidez, ellos caerían enseguida en manos de Anano y de los enemigos y la ciudad en poder de los romanos. Por su parte, transmitieron también a los mensajeros muchos recados para que se los comunicaran de palabra a los jefes idumeos. Para llevar la 230
misiva fueron seleccionados dos hombres activos que tenían dotes para la elocuencia y para la persuasión en lo referente a los asuntos públicos y, lo que era más útil de todo, sobresalían por la rapidez de sus pies. Sabían que los idumeos se 231
dejarían convencer inmediatamente, pues era un pueblo levantisco e indisciplinado, que siempre estaba abierto a la rebelión, que disfrutaba con las revueltas, y que sólo con una simple adulación estaba dispuesto a tomar las armas e ir

[105] Josefo no vuelve a citar a este personaje en ningún lugar más.

232 a la guerra, como si se tratara de una fiesta[106]. Se necesitaba actuar con prontitud en esta misión. De esta forma, los dos emisarios, que ambos se llamaban Anano, pusieron todo su afán para presentarse enseguida ante los jefes de Idumea.

Los idumeos en Jerusalén. El discurso del sumo sacerdote Jesús

233 Los idumeos se quedaron sorprendidos ante la carta y las palabras de los emisarios y, como locos, fueron corriendo por el pueblo y proclamaron públicamente la expedición militar.
234 La muchedumbre se había reunido antes de que se hubiera dado la orden y todos cogieron las armas con el convencimiento de
235 que iban a luchar por la libertad de la capital. Formaron un ejército de veinte mil hombres y se dirigieron a Jerusalén bajo el mando de cuatro jefes: Juan, Jacobo, hijo de Sosas[107], junto con Simón, hijo de Taceas[108], y Fineas, hijo de Clusot.

236 La salida de los mensajeros pasó inadvertida a Anano, así como a los centinelas, pero no ocurrió lo mismo con la llegada de los idumeos. Como tenía conocimiento previo de ello, les cerró las puertas y puso guardias en las murallas.
237 No le pareció totalmente conveniente entrar en combate con ellos, sino convencerles con palabras antes de llegar a las
238 armas. Jesús, el más anciano de los sumos sacerdotes, después de Anano, se situó en la torre[109] que estaba enfrente de

[106] El ardor belicoso de los idumeos era bien conocido, según lo atestigua la promesa de Isaac a Esaú, cuya descendencia serán los edomitas, es decir, los ascendientes de los idumeos: «Merced a tu espada vivirás» (*Génesis* 27, 40).

[107] Niese conjetura que más bien este Sosas es el padre de los dos anteriores, Juan y Jacobo.

[108] Existen variantes textuales sobre este nombre: otros manuscritos dan la forma *Klathā* y *Kathlā;* cf. la edición de Niese.

[109] Se trata de la torre Psefino, que se describirá con detalle en V 147.

los enemigos y dijo: «Entre los muchos y diversos desórdenes que dominan la ciudad no hay nada que me asombre más de la Fortuna que el hecho de que ésta colabore con la gente malvada incluso en las situaciones desesperadas. Vo- 239
sotros habéis venido para ayudar en contra nuestra a unos hombres de una gran perversidad con un ardor tan grande que no sería apropiado ni siquiera cuando la ciudad os llamara para ir contra los bárbaros[110]. Si yo viera que vuestro 240
ejército está formado por gente de la misma calaña que aquellos que os han llamado aquí, no sería para mí ilógico vuestro ardor, pues no hay nada que produzca tanta concordia entre los hombres como la similitud de caracteres. Y si ahora alguien examinara a estas personas una por una, se demostraría que cada uno se merece mil muertes. Son el de- 241
secho y la inmundicia de toda la ciudad[111], que tras derrochar sus propios bienes y practicar su locura en las aldeas y ciudades de los alrededores, han acabado por penetrar en la Ciudad Santa furtivamente. Son bandidos que por su tre- 242
menda impiedad han profanado incluso el suelo que no está permitido pisar[112]; ahora se los puede ver impunemente borrachos dentro de los lugares sagrados y con sus insaciables estómagos llenos de los despojos de la gente asesinada por ellos. El número de vuestras tropas y el buen aspecto de 243
vuestras armas es el que debería verse en el caso de que la

[110] En lugar del término habitual en la literatura judeo-helenística para designar a los no judíos, *allóphylos,* Josefo utiliza el genérico *bárbaros,* cuyo uso está plenamente consolidado en la historiografía grecorromana, ya que engloba también a los idumeos, que en sentido estricto no son judíos.

[111] Otros manuscritos dan la lectura *chôras,* «región».

[112] La parte interior del Templo, acotada por esa balaustrada que separaba a los gentiles de los israelitas; cf. V 193-194.

metrópoli os hubiera llamado por decisión del Consejo[113] como aliados contra los extranjeros. ¿Qué otra cosa se le podría llamar a esto si no un agravio de la Fortuna, cuando se observa que una nación entera se arma para ayudar a una
244 panda de criminales? Llevo mucho tiempo sin saber qué es lo que os ha movido con tanta rapidez, pues sin una causa importante no habríais emprendido una guerra contra un
245 pueblo de vuestra misma raza en favor de unos bandidos. Y puesto que hemos oído hablar de los romanos y de una traición, ya que algunos de vosotros hace un momento lo gritaban y decían que estabais aquí para liberar a la metrópoli, ante estas palabras nos ha sorprendido más la invención de esta mentira por parte de estos malhechores que sus otras
246 osadías. No era posible que unos hombres, que por naturaleza aman la libertad y que sobre todo por ella están dispuestos a luchar contra los enemigos extranjeros, se alzaran contra nosotros por otro motivo que no fuera el hecho de
247 haber inventado una traición de la deseada libertad. Pero es preciso que vosotros penséis en quiénes son los calumniadores y contra quiénes dirigen sus ataques, y que lleguéis a la verdad no a partir de historias ficticias, sino de la realidad
248 de la situación política. ¿Qué es lo que pasa ahora para que nos entreguemos a los romanos, cuando desde el principio podíamos o bien no habernos rebelado contra ellos o, en caso de haberlo hecho, reconciliarnos enseguida, mientras aún
249 no habían sido devastadas las regiones de los alrededores? En cambio ahora, ni aunque quisiéramos, sería fácil hacer la paz, pues el sometimiento de Galilea[114] ha hecho soberbios

[113] Sobre el funcionamiento de esta institución durante la revuelta, cf. nota a IV 213.

[114] Narrado a lo largo del libro III.

a los romanos y tratar de reconciliarnos con ellos, ahora que
ya están cerca, sería una vergüenza peor que la muerte. Yo, 250
por mi parte, preferiría la paz a la muerte, pero, una vez que
ha empezado la guerra y las hostilidades, opto por morir en
lugar de vivir como prisionero. ¿Qué dicen, que nosotros, los 251
jefes del pueblo, hemos enviado embajadores en secreto a
los romanos o que el pueblo lo ha decidido por común vota-
ción? En el caso de que nos acusen a nosotros, que nombren 252
a los amigos que hemos enviado, a los emisarios que han
negociado la traición en nuestro nombre. ¿Han cogido a al-
guien cuando salía de la ciudad? ¿Le han sorprendido cuan-
do regresaba? ¿Se han apoderado de las cartas? ¿Cómo íba- 253
mos a pasar inadvertidos a tantos ciudadanos, con los que es-
tamos en todo momento, mientras que unos pocos, que esta-
ban sitiados y que no podían salir del Templo para ir a la
ciudad, conocían lo que se tramaba en secreto en el lugar?
¿Se han enterado de ello ahora, cuando deberían ser casti- 254
gados por sus audacias, y, mientras han estado en una situa-
ción segura, ninguno de nosotros ha caído bajo la sospecha
de ser un traidor? Y si lanzan su acusación contra el pueblo, 255
sin duda el plan se decidió públicamente, sin que nadie fal-
tara a la asamblea, de forma que la noticia os habría llegado
con más rápidez y claridad que su denuncia.¿Qué pasa? ¿No 256
era necesario enviar también embajadores, dado que se ha-
bía decidido por votación llegar a un acuerdo? ¿Quién fue
nombrado para ello? ¡Que se diga! Pero esta actitud es un 257
pretexto de unos individuos que están a punto de morir y
que intentan evitar el castigo que se les avecina. Si el Desti-
no ha decidido que la ciudad sea traicionada, sólo podrían
atreverse a ello los que nos han calumniado, pues a ellos
únicamente les falta añadir la traición al conjunto de sus
crímenes. Puesto que habéis venido aquí con las armas, es 258
necesario, y esto es lo más justo, que defendáis la metrópoli y

que colaboréis con nosotros para acabar con los tiranos que han abolido los tribunales[115], que pisotean las leyes y que
259 imparten justicia con sus espadas. Han apresado en medio de la plaza a hombres ilustres, totalmente inocentes, los han ultrajado con cadenas y los han matado sin atender a sus pa-
260 labras ni a sus ruegos. Es posible que cuando vosotros entréis en la ciudad, no por el derecho de la guerra, veáis las pruebas de lo que estoy diciendo: casas devastadas por los saqueos de aquella gente, mujeres y familiares de los muertos vestidos de luto[116], llantos y gemidos por toda la ciudad, pues no hay nadie que no haya sido objeto de los ataques de estos impíos.
261 Han llegado a tal extremo de locura que no sólo han traído su audaz bandolerismo desde el campo[117] y desde las ciudades de alrededor hasta la cara y la cabeza de toda la nación, sino que también lo han hecho desde esta ciudad hasta el Templo.
262 Este lugar es su base de operaciones, su refugio y el arsenal donde se preparan las armas que utilizan contra nosotros. Este Templo, venerado por todo el mundo habitado y honrado, por su fama, por los extranjeros de los confines de la tierra[118], es

[115] Esta medida, que en principio podría parecer pupular (cf. nota a IV 302), se convertirá en una forma de actuar despóticamente, ya que se fingirán juicios legales, que en realidad son meras pantomimas, como en el caso del proceso a Fani, el hijo de Samuel (IV 156) y el de Zacarías, hijo de Baris (IV 334).

[116] Éste es el color del atuendo de luto, que suele ser un saco, en la tradición judía (cf. *Isaías* 50, 3), no el blanco, como se ha visto en el caso de Arquelao en los funerales de Herodes ; cf. nota a II 1.

[117] Cf. nota a IV 129.

[118] Sobre el culto de los gentiles en el Templo de Jerusalén, véase nota a II 197. Como el autor recuerda en II 409, la ruptura con los romanos empezó precisamente con la prohibición de aceptar ofrendas y sacrificios extranjeros en el Santuario. Esta medida era la consecuencia más

ahora pisoteado por bestias nacidas entre nosotros. Desespe- 263
rados tratan imprudentemente de enfrentar a pueblos contra pueblos y ciudades contra ciudades y de meter en la guerra a la nación contra sus propias entrañas. En consecuencia, como 264
he dicho, lo más hermoso y lo que más os conviene es que luchéis con nosotros contra los criminales y que os venguéis de su engaño, pues os llamaron como aliados, cuando debían teneros miedo como personas que les iban a castigar. Si sentís 265
repeto por la llamada de gente de esa calaña, aún os es posible deponer las armas, entrar en la ciudad como parientes suyos, asumir un papel intermedio entre aliados y enemigos para así convertiros en jueces de este caso. Y tened en cuenta lo que 266
ganarán al ser juzgados por vosotros por unos crímenes tan evidentes y tan graves, ellos que no permitían ni siquiera hablar a personas totalmente inocentes. ¡Qué consigan ese favor con vuestra llegada! Pero si no tenéis que compartir nuestra 267
indignación ni actuar como jueces, os queda una tercera vía: abandonarnos a unos y a otros, no meteros en nuestras desgracias ni ayudar a los que conspiran contra nuestra capital. Si 268
tenéis sobre todo la sospecha de que hemos negociado con los romanos, podéis vigilar las entradas, y si de verdad se descubre alguno de los hechos de los que se nos ha acusado, venid entonces a defender la metrópoli y castigad a los culpables que descubráis. Pues los enemigos no se os podrán adelantar, dado que vosotros estáis acampados junto a la ciudad. Si ninguna de 269
esta propuestas os parece razonable y adecuada, no os extrañéis de que se os cierren las puertas mientras estéis armados».

clara del nacionalismo judío, que reivindicaba su tradicional exclusividad religiosa frente a esa tendencia sincretista que había dominado anteriormente en la mayor parte de los hebreos bajo la dominación helénica.

Respuesta de Simón, jefe de los idumeos

270 Esto es lo que dijo Jesús. Pero la multitud idumea no hizo caso, sino que se enfureció al ver que aún no podía entrar en la ciudad. Además los generales se indignaron por el hecho de que se les pidiera deponer sus armas, pues para ellos desarmarse, cuando al-
271 guien se lo ordenara, equivalía a ser prisioneros. Simón, hijo de Caata[119], uno de sus jefes, tras calmar a duras penas el alboroto de sus hombres y situarse en un lugar desde donde
272 le pudieran oír los sumos sacerdotes, dijo que no se asombraba de que estuvieran sitiados en el Templo los defensores de la libertad, pues algunos cerraban entonces al pueblo el
273 acceso a la ciudad, que es de todos, y se preparaban para recibir inmediatamente a los romanos, con las puertas adornadas con guirnaldas, mientras que parlamentaban con los idumeos desde las torres y les ordenaban entregar las armas que llevaban en
274 defensa de la libertad. Sin confiar la custodia de la capital a hombres de una raza emparentada con ellos[120] los hacen jueces de sus diferencias internas. Y mientras acusan a algunos de ejecutar a ciudadanos sin haberlos juzgado, ellos mismos conde-
275 nan a toda nuestra nación al deshonor. Ahora habéis cerrado a vuestros compatriotas una ciudad que antes había estado abierta
276 al culto para todos los extranjeros[121]. En efecto, nos hemos apresurado para acudir a las matanzas y a la guerra contra nuestros compatriotas, nosotros que nos hemos dado prisa con
277 el fin de salvaguardar vuestra libertad. Tales son las injusticias que habéis sufrido por parte de los judíos que están sitiados en

[119] Este nombre se presenta bajo diversas variantes, Catlá, Clatá o Caata. Incluso este Simón es identificado en la traducción de THACKERAY con Taceas, citado en IV 235.

[120] La raza de los idumeos, que había sido obligada a convertirse al judaísmo; cf. nota a IV 218.

[121] Cf. nota a IV 262.

el Templo y creo que así de verosímiles son las sospechas que
vosotros tenéis contra aquéllos. Además vosotros, que tenéis 278
recluidos a todos los que se encargan de los asuntos públicos,
que habéis cerrado la ciudad a un pueblo que está muy emparentado con vosotros y que habéis dado unas órdenes tan desvergonzadas, decís que os tiranizan y dais el nombre de déspotas a los que sufren vuestra tiranía. ¿Quién podría aguantar la 279
ironía de vuestras palabras, cuando se la compara con vuestros actos? A no ser que ahora os echen de la ciudad los idumeos, a los que vosotros mismos habéis apartado de los ritos de la patria[122]. A los que están sitiados en el Templo habría que repren- 280
derles con razón por haberse atrevido a castigar a los traidores, de los que vosotros por complicidad decís que son hombres insignes e irreprochables, y por no haber empezado con vosotros y así haber cortado las partes más vitales de la traición. Pero si aquéllos han sido más blandos de lo que era 281
necesario, nosotros, los idumeos, guardaremos la casa de Dios y combatiremos en defensa de la patria común contra los enemigos, tanto contra los que nos ataquen desde fuera como contra los traidores de dentro. Nos quedaremos aquí, 282
delante de las murallas, con nuestras armas hasta que los romanos se cansen de escucharos o vosotros os convirtáis en partidarios de la libertad».

Los idumeos acampan ante los muros de Jerusalén

La multitud idumea aclamó estas pa- 283
labras, mientras Jesús se retiró con el ánimo abatido, pues veía que los idumeos no tenían una actitud de moderación y que la ciudad iba a luchar dividida en dos facciones. Aquéllos no tenían sus ánimos tranquilos, pues 284

[122] Las autoridades de Jerusalén, con Jesús y Anano a la cabeza, no les abrían las puertas de la ciudad y, por tanto, no les dejan acceder al Templo, donde se encontraban refugiados los zelotes.

estaban indignados por el hecho de que no se les había dejado entrar en la ciudad, no sabían qué hacer y muchos se arrepintieron de haber venido cuando vieron que los zelotes no salían a ayudarles, a pesar de que creían que disfrutaban
285 de una posición fuerte. Pero la vergüenza de darse la vuelta sin haber realizado absolutamente nada prevaleció sobre el arrepentimiento de haber venido, de modo que se quedaron
286 allí, acampados de mala manera delante de la muralla. Por la noche estalló una inmensa tormenta, con fuertes vientos, lluvias torrenciales, continuos relámpagos, violentos truenos
287 y con unos terribles temblores de tierra. Esta confusión de los elementos del universo era una prueba evidente de la destrucción de los hombres y se podría conjeturar que era la señal premonitoria de una gran catástrofe[123].

Los zelotes permiten la entrada de los idumeos en la ciudad

288 Los idumeos y los que estaban dentro de la ciudad solamente tenían una idea: para los primeros Dios estaba irritado por la expedición militar y no podrían escapar de él por haber empuñado sus armas contra la capital, mientras que los hombres de Anano pensaban que ya habían vencido sin luchar y que Dios dirigía el com-
289 bate en su favor. Sin embargo hicieron mal sus predicciones sobre el futuro y profetizaron a sus enemigos aquello que
290 iban a sufrir sus propios hombres. Los idumeos estaban pegados unos a otros y así se daban calor con sus propios

---

[123] Josefo está recurriendo constantemente en su relato a la intervención de fuerzas sobrenaturales, que se manifiestan en determinados fenómenos atmosféricos, como es este caso, como un claro ejemplo de la intervención divina en el desarrollo de la historia. La Providencia divina se sirve de estos signos premonitorios, prodigios, señales, sueños y otros elementos proféticos para manifestar su voluntad; sobre la importancia de las profecías en nuestro autor, véase la nota a I 80.

cuerpos y aminoraron el efecto de la lluvia al poner sus escudos unidos sobre sus cabezas. Los zelotes estaban más 291
preocupados por los idumeos que por el peligro que ellos mismos corrían. Se reunieron y consideraron la posibilidad
de algún tipo de ayuda. Los más exaltados opinaban que ha- 292
bía que atacar violentamente con las armas a los centinelas, luego entrar en medio de la ciudad y a la vista de to-
dos abrir las puertas a los aliados. Pues los guardias no re- 293
sistirían, atónitos por la sorpresa de su ataque y, en especial, porque la mayoría de ellos estaban desarmados y no tenían experiencia en la lucha, y sería difícil reunir a toda la multitud de la ciudad que se había visto obligada a
encerrarse en sus casas a causa de la tormenta. Además, 294
aunque surgiera algún peligro, era más conveniente cualquier tipo de sufrimiento antes que permitir vergonzosamente que un número tan grande de gente muriera por su
causa. En cambio, los más prudentes rechazaban la vio- 295
lencia, pues no sólo veían que era muy numerosa la guardia que les vigilaba, sino que también la muralla de la ciudad estaba custodiada con esmero a causa de los idumeos.
Creían, además, que Anano estaba presente en todos los 296
sitios y que en todo momento pasaba revista a los puestos
de guardia. Esto sucedía en las noches anteriores, si bien 297
en aquella ocasión se relajó la vigilancia, no por desidia de Anano, sino porque el Destino[124] había ordenado que mu-
riera aquel hombre y la totalidad de los guardias. El hado 298
hizo que al avanzar la noche y al arreciar la tormenta se durmieran los centinelas que estaban en el pórtico, y que

---

[124] Al igual que en otros pasajes, aquí también Josefo mezcla el concepto clásico de Destino, Fortuna, con su fe en la Providencia divina, que interviene en los actos humanos, tal como hemos visto poco antes en IV 190; sobre estas cuestiones véase el apartado 5 de nuestra Introducción.

los zelotes tuvieran la idea de coger las sierras sagradas[125]
299 y cortar los barrotes de las puertas. El silbido del viento y el continuo resonar de los truenos colaboró también a que no se oyera su ruido.

300 Salieron del Templo sin que nadie se diera cuenta, llegaron junto a la muralla y con las mismas sierras abrieron la
301 puerta que daba a los idumeos. Al principio éstos se llenaron se temor, pues creían que les atacaban las tropas de Anano, y todos echaron mano a las espadas para defenderse. Pero tan pronto como reconocieron a los que se les acerca-
302 ban, pasaron al interior de la ciudad. Si se hubieran extendido por la ciudad, nada hubiera impedido matar a todo el pueblo, pues tan grande era su cólera. En primer lugar se apresuraron por sacar de la prisión a los zelotes[126], pues éstos, que les habían hecho entrar, les habían pedido que no se olvidaran de aquéllos por los que habían venido en medio de los peligros y que no les expusieran a un riesgo aún más
303 grave. Si capturaban a los guardianes, les sería más fácil atacar la ciudad, pero si, en cambio, los movilizaban, aunque fuera mínimamente, ya no sería posible imponerse so-
304 bre los judíos del interior, pues cuando estos últimos se enteraran se pondrían en orden de batalla y cerrarían los accesos a las zonas altas de la ciudad.

---

[125] Estas sierras pueden ser tanto las utilizadas por los leñadores que reparaban las construcciones del Templo (cf. *Josué* 9, 21), como las que servían para despedazar las víctimas y los leños del fuego de los sacrificios.

[126] La liberación de los encarcelados es una de las primeras medidas típicas de toda insurrección, que junto con la abolición de las deudas (cf. II 427), el sorteo de los cargos (cf. IV 148 ss), la eliminación de los tribunales de justicia (cf. IV 258) y las actuaciones contra los ricos (cf. IV 138-146 y 335) recuerda la narración de las matanzas de Corcira de Tucídides, III 69 ss; cf. Y. Baer, «Jerusalem in the Times of the Great revolt», *Zion* 36 (1971), 127-190 (en hebreo con resumen en inglés).

Ataque de idumeos y zelotes contra Anano

A los idumeos les pareció bien esta 305
idea y a través de la ciudad subieron al Templo. Los zelotes, desde arriba, esperaban con ansiedad su llegada, y cuando llegaron los idumeos salieron del interior del Templo llenos de valor. Los zelotes se mezclaron con 306
los idumeos y atacaron a los centinelas. Degollaron a algunos de los que estaban en los primeros puestos, que entonces dormían, y ante el griterío de los que estaban despiertos toda la multitud se puso en pie y, asustada, cogió sus armas y corrieron a defenderse. Mientras creían que los 307
zelotes venían solos a atacarles, se sentían animados pues tenían la confianza de que eran superiores en número. Pero cuando vieron que venían otros desde fuera, se dieron cuenta de la entrada de los idumeos. La mayoría de ellos 308
depuso sus armas, al mismo tiempo que se sintió desanimada, y empezó a lamentarse. Unos pocos jóvenes, formando una barrera unos con otros, hicieron frente con valor a los idumeos y durante un largo espacio de tiempo protegieron a la multitud, que había permanecido inactiva. Esta gente, con sus gritos, dio a conocer sus desgracias a 309
los que estaban en la ciudad, aunque ninguno de ellos se atrevió a ayudarlos, cuando se enteró de que los idumeos habían entrado allí. Dieron gritos y lamentos inútiles, y estalló un gran llanto entre las mujeres, pues cada una de ellas tenían algún pariente en peligro entre los guardianes. Los zelotes daban su grito de guerra al unísono de los 310
idumeos y la tormenta hizo que el clamor de todos fuera más terrible [127]. Los idumeos no perdonaron a nadie, dada

[127] En términos similares se describe el efecto del grito de guerra en la toma de Jotapata (III 247 ss.) y en la caída de Jerusalén (VII 272 ss.).

su natural crueldad para matar[128], y, maltratados por la tormenta, descargaron su furia contra los que les habían
311 cerrado las puertas. Hacían lo mismo con los que les suplicaban que con los que se defendían, y con sus espadas degollaban a muchas personas que les recordaban su parentesco y que les pedían que respetaran el Templo co-
312 mún. No había ningún lugar por donde huir ni ninguna esperanza de salvación. Eran despedazados, amontonados unos sobre otros. La mayoría, como no tenía sitio para escaparse y los asesinos estaban ya encima de ellos, se vio obligada por la falta de perspectivas a arrojarse a la ciudad desde arriba. De esta forma, en mi opinión, sufrieron voluntariamente una muerte más terrible que aquella de la
313 que huían. Toda la zona exterior del Templo se llenó de sangre y el día siguiente se encontró allí con ocho mil quinientos muertos[129].

Muerte de Anano y Jesús. Otras matanzas

314 La cólera de los idumeos no se sació con estos hechos, sino que se volvieron a la ciudad, saquearon todas las casas y
315 mataron a todo el que se encontraron. Les parecía un esfuerzo inútil ir contra el resto de la población, por lo que buscaban a los sumos sacerdotes y la mayoría de ellos se dedicaba a atacar a estas
316 personalidades. Nada más capturarlos los mataban. Subidos sobre sus cadáveres se burlaban de Anano, por su benevolencia para con el pueblo, y de Jesús por sus palabras pro-
317 nunciadas desde la muralla[130]. Llegaron a tal extremo de impiedad que incluso dejaban los cuerpos sin enterrar, a pe-

[128] Cf. nota a IV 230.

[129] En IV 206 se ha dicho que sólo eran seis mil los hombres armados los que hacían guardia en los pórticos.

[130] Cf. el discurso reproducido en IV 238-269.

sar de que los judíos se preocupan tanto de las sepulturas[131] que aun a los que han sido condenados a la crucifixión[132] los descuelgan y los entierran antes de la puesta del sol. No 318
me equivocaría si dijera que la muerte de Anano fue el comienzo de la toma de la ciudad[133] y que desde aquel día fue derribada la muralla y aniquilado el Estado judío[134], cuando

---

[131] En Israel, como en todo el antiguo Oriente Próximo, los ritos funerarios eran de gran importancia. Enterrar a los muertos se tenía por un acto de misericordia, que debía llevarse a cabo el mismo día de la defunción por razones higiénicas y de pureza (cf. *Números* 19, 11-14 y *Deuteronomio* 21, 23). La privación de sepultura era considerada como una de las más graves maldiciones, por lo que no estaba permitido dejar un cadáver insepulto (cf. *Jeremías* 8, 2 o *I Macabeos* 7, 17); cf. R. de Vaux, *Les institutions de l'Ancien Testament*, París, 1958, I, págs. 97-100.

[132] Como muy bien señala Reinach en su comentario *ad loc.*, la crucifixión no era conocida en el derecho judío, si bien se practicaba en la región desde la llegada de los romanos. Incluso antes, según se relató en I 97, Alejandro Janeo sometió a este tipo de muerte a ochocientos judíos y Antíoco IV Epífanes hizo otro tanto (cf. *Antigüedades* XII 156). Herodes había suprimido este castigo, que luego volvió a imponerse, según lo demuestra el caso de Judas el Galileo (cf. *Antigüedades* XX 102 y *Hechos de los Apóstoles* 5, 37) o de los dos mil rebeldes crucificados por orden de Varo (cf. *Antigüedades* XVII 295).

[133] Cf. nota a IV 125.

[134] A pesar de los problemas que esta denominación encierra, sí que se puede hablar durante los años de la revuelta contra Roma de un Estado judío. Éste seguía manteniendo los órganos de gobierno del régimen anterior (cf. nota a IV 231), pero, a juicio de Josefo, el protagonista es el *dêmos* y la «democracia» (cf. II 449, 538; IV 158, 251; V 11, 25), términos que en esta obra hacen referencia, según la acepción helenística, a los notables judíos y a las instituciones no monárquicas. Los insurgentes adoptan una serie de medidas de tipo económico y social propias de un Estado (cf. nota a IV 302), e incluso entre los años 66 y 70 los jefes de Jerusalén acuñaron cinco series de monedas de plata, cuyos símbolos y leyendas manifestaban su libertad e independencia, «Libertad de Sión» o «Redención de Sión» entre otros; sobre este respecto puede consultarse el completo trabajo de K. Kadman, *The coins of the Jewish War of 66-73*, Jerusalén, 1960.

vieron que se degollaba en medio de la ciudad al sumo sacerdote que luchaba a la cabeza por su propia salvación.
319 Pues, además de ser un hombre venerable y de una gran justicia, le gustaba tratar a las personas más humildes como si fueran sus iguales, a pesar de la importancia de su noble-
320 za, de su dignidad y de su honor. Amaba sobremanera la libertad y era un enamorado de la democracia: ponía siempre el interés público por delante de sus beneficios personales y prefería la paz por encima de todo. Sabía que era imposible vencer a los romanos. Y, sin embargo, se vio obligado a preparar la guerra para que, en caso de que los judíos no
321 llegaran a un acuerdo, pudieran luchar con dignidad[135]. En resumen, se podría decir que, si Anano hubiera vivido, se habría llegado a un pacto, ya que era hábil para hablar y para persuadir al pueblo y ya estaba convenciendo incluso a sus adversarios. O bien, en el caso de que se hubiera continuado la guerra, los judíos habrían producido a los romanos un gran retraso a las órdenes de un general de esta naturale-
322 za. Junto a él estaba Jesús, que era inferior en comparación
323 con Anano, pero superior a los demás. Creo que Dios, que había decidido la destrucción de la ciudad, ya contaminada, y que quería purificar con fuego el santuario[136], quitó de en

[135] THACKERAY, en su comentario, ve en este encomio de Anano huellas del elogio a Pericles por parte de TUCÍDIDES en II 65.

[136] Aquí descansa uno de los puntos capitales de la teología flaviana, que explica la guerra judía contra Roma como el cumplimiento de un plan divino; cf. P. BILDE, «The causes of the Jewish war according to Josephus», *Journal for the Study of Judaism* 10 (1979), 179-202. El fuego como forma de purificación o castigo es de sobra conocido por los textos bíblicos (cf. *Salmos* 50, 3, *Isaías* 26, 11, etc.). El fuego es el anuncio escatológico de la llegada de Dios para juzgar a los hombres, según opinión extendida entre los escritos apocalípticos y proféticos de la época, tanto canónicos como aprócrifos (cf. *Apocalipsis* 8, 8, *I Henoc* 10, 6-13 y *Oráculos Sibilinos* I 87-103).

medio a los que estaban consagrados y amaban al Templo. A los que poco antes habían llevado las vestiduras sagra- 324
das[137], habían presidido el culto universal[138] y habían sido venerados por gente que de todo el mundo había venido a la ciudad, se los veía tirados, desnudos, para servir de comida a perros y bestias salvajes. Me parece que la misma Virtud 325
se lamentó de aquellos hombres, y deploró el hecho de que fuera vencida hasta tal extremo por la maldad. Tal fue el final de Anano y Jesús.

Tras ellos, los zelotes y la multitud idumea se lanzaron 326
contra el pueblo como una manada de animales impuros y provocaron una matanza. La gente corriente era degollada 327
en el sitio donde era sorprendida, mientras que a los nobles, que eran jóvenes, los cogían y los encerraban encadenados en la prisión. Aplazaban su ejecución por la esperanza de atraerse para sí a algunos de ellos. Ninguno les hizo caso, 328
sino que todos prefirieron la muerte a formar parte de un ejército de malvados en contra de su patria. Por su negativa 329

---

[137] Flavio Josefo describirá estas vestiduras de los sacerdotes en V 231-237 y *Antigüedades* III 161-179.

[138] El propio Flavio Josefo en V 212 ss. y en *Antigüedades* III 123 y 179 ss. se esfuerza por dar un significado universal y cósmico a la religión judía, en especial a través del simbolismo de las vestiduras de los sumos sacerdotes y de la disposición del Templo. Este sincretismo universalista se dejó notar entre diversos autores de la Diáspora de lengua griega, como muy bien testimonia la *Carta de Aristeas* 16 o Filón de Alejandría, *Sobre las leyes especiales* I 172-173. Algunos autores paganos incidían también en esta idea de universalidad divina en la que se integraba el Dios de los hebreos: en el siglo III d. C. Cornelio Labeo *(De Oraculo Apollonis Clarii,* en Macrobio, *Saturnalia* I 18, 18-21) presenta un oráculo de Claros cuyo tema central es la identificación del Dios Supremo Yaó, que no es otro sino Yavéh, Hades, Zeus, Helios y Dioniso. A este respecto puede servir de ejemplo la disertación que Plutarco hace sobre la identidad del Dios judío, a quien compara con el Dioniso griego *(Charlas de sobremesa* IV 6).

soportaron ultrajes terribles, fueron azotados y torturados, y cuando sus cuerpos ya no servían para los tormentos a duras penas se les consideraba dignos de morir a golpe de espada.
330 Los que por el día eran detenidos eran ejecutados por la noche. Llevaban y arrojaban fuera los cadáveres para que hu-
331 biera sitio para otros prisioneros. El miedo del pueblo era tan inmenso que nadie se atrevía a llorar públicamente a sus familiares muertos ni a enterrarlos, sino que vertían lágrimas a escondidas, encerrados en sus casas, y gemían con cuidado para que no los escuchara ninguno de los enemigos.
332 Pues el que lloraba iba inmediatamente a sufrir los mismos padecimientos que aquéllos de los que ahora se lamentaba. Por la noche cogían un poco de polvo y lo echaban con las dos manos sobre los cadáveres, y también de día, si alguno
333 tenía la osadía de hacerlo. De esta manera murieron doce mil jóvenes de la nobleza[139].

Falsos tribunales. El caso de Zacarías

334 Cuando se cansaron de asesinar libremente, fingieron instituir tribunales y
335 juicios. Determinaron ejecutar a una de las personas más ilustres, a Zacarías[140], el hijo de Baris[141]. Les provocaba el excesivo odio de este hombre al mal y su amor a la libertad. Además era una persona rica, de modo que no sólo anhelaban

[139] Las cifras siguen siendo exageradas, ya que sólo se ha hablado de seis mil armados que hacían guardia contra los zelotes; cf. IV 206.

[140] Este Zacarías ha sido identificado con Zacarías, hijo de Baraquías, citado en *Mateo* 23, 35 y *Lucas* 11, 51, que fue asesinado «entre el Santuario y el altar»; cf. los datos al respecto referidos por THACKERAY y RICCIOTTI en sus comentarios *ad loc.*

[141] El nombre no ha sido totalmente identificado y las variantes griegas de los manuscritos, *Baroúchou* y *Bariskaîou*, parecen apuntar a un compuesto arameo con el elemento *bar*, «hijo de».

apoderarse de sus bienes[142], sino también librarse de un individuo que era capaz de acabar con ellos. A través de una 336
orden convocan en el Templo a setenta ciudadanos notables[143]. Como si estuvieran en un teatro[144], éstos representaron el papel de jueces, aunque sin autoridad, y acusaron a Zacarías de haber entregado el Estado a los romanos y de haber enviado una embajada a Vespasiano para acordar la 337
traición. No existía ninguna prueba ni ningún indicio de estas acusaciones, sino que ellos decían estar plenamente convencidos y consideraban que esto era prueba suficiente de verdad. Zacarías, sabedor de que no le quedaba ninguna es- 338
peranza de salvación, pues le habían convocado con engaños ante una prisión, no ante un tribunal, renunció a la vida, pero no a expresarse con libertad. Se levantó, ridiculizó la verosimilitud de las acusaciones y en pocas palabras se deshizo de los cargos que le imputaban. A continuación di- 339
rigió el discurso contra sus acusadores y expuso una por una todas sus ilegalidades y expresó un gran número de lamentos por el deterioro de los asuntos públicos. Los zelotes se 340

---

142 Los insurgentes se sirven de este tipo de medidas populares, como es el ir contra los ricos, para atraerse a las masas; cf. nota a IV 302.

143 Josefo había establecido también o, quizá mejor, había aceptado una organización preexistente con este número de magistrados en la administración de Galilea (cf. II 570 y *Autobiografía* 79), según el modelo del consejo de ancianos de la época de Moisés *(Éxodo* 24, 1, 9; *Números* 11, 16-17, 24-25), para los asuntos más importantes, mientras que para los menores nombró en cada población un consejo de siete hombres. No obstante, el Consejo o Sanedrín de Jerusalén estaba compuesto por setenta y un miembros (así lo dice la *Misná, San.* 1, 6). En cualquier caso no hay que perder de vista la importancia que el número siete y setenta han tenido siempre en el judaísmo (cf. *II Reyes* 10, 1 o *Jueces* 9, 2).

144 Esta comparación de los hechos con una representación teatral se ha utilizado ya en el caso de Fani, hijo de Samuel (cf. IV 156). Realmente se trata de una pantomima de juicio para dar apariencia de legalidad a unas actuaciones deplorables.

alborotaron y a duras penas pudieron dejar quietas sus espadas. Prefirieron representar hasta el final el papel y la parodia del juicio, pues, además, querían comprobar si los jueces actuarían con justicia a pesar del peligro que les acechaba.
341 Los setenta votaron todos a favor del acusado y prefirieron morir con él a ser tenidos por responsables de su muerte.
342 Ante la absolución se produjo un griterío entre los zelotes y todos se irritaron contra los jueces por no haber comprendido que se les había concedido esta autoridad de forma ficti-
343 cia. Dos de los más osados se presentaron en medio del Templo, mataron a Zacarías y, una vez caído, se burlaron de él con estas palabras: «Tienes nuestro voto y la más firme absolución». Seguidamente lo arrojaron desde el Templo
344 por el barranco que había debajo[145]. Llenos de soberbia golpearon a los jueces con sus espadas y los echaron fuera del recinto, les perdonaron la vida solamente con el fin de que al dispersarse por la ciudad anunciaran su esclavitud a todos sus habitantes.

Retirada de los idumeos

345 Entonces los idumeos se arrepintieron de haber venido y manifestaron su des-
346 contento por lo sucedido. Uno de los zelotes los reunió y en privado les fue explicando las ilegalidades que habían cometido en colaboración con los que les habían llamado y les expuso la
347 situación de la capital. Aquéllos estaban preparados para luchar porque pensaban que la metrópoli iba a ser entregada a los romanos por los sumos sacerdotes, y, en cambio, se habían encontrado con que no había ninguna prueba de la traición y que los que fingían ser los defensores de la ciudad se
348 atrevían a cometer actos bélicos y tiránicos contra ella. Por

[145] El valle de Tiropeón o de los Queseros.

tanto, los idumeos tenían que haberse opuesto a ello desde el principio. Pero, dado que habían venido a participar en la guerra civil, debían poner límite a sus errores y no seguir prestando ayuda a los que destruían las leyes patrias. Y si algunos 349
estaban indignados porque se les habían cerrado las puertas y no se les había permitido entrar con sus armas, que sepan que los autores de estos hechos ya han sido castigados: Anano estaba muerto y en una noche había sido ejecutado casi todo el pueblo. Sabían que muchos de sus compatriotas estaban 350
arrepentidos de estas acciones y veían que la crueldad de los que les habían llamado era desmesurada y que no respetaban ni siquiera a sus salvadores. Ante los ojos de sus aliados se 351
atrevían a las más vergonzosas acciones y sus crímenes recaerían sobre los idumeos, mientras alguno no lo impidiera o no se apartase de sus delitos. Por ello, ya que era evidente que el 352
tema de la traición era una calumnia, que no se esperaba la llegada de los romanos y que el poder sólidamente establecido en la ciudad estaba bien protegido, era preciso que regresaran a casa, pues, si no participaban ya más con estos malvados, se les disculparía de todas las fechorías en las que se habían visto inmiscuidos con engaños.

Aumenta la crueldad de los zelotes. Muerte de Gorión y Níger

Los idumeos se convencieron ante 353
estos razonamientos: en primer lugar liberaron a unos dos mil prisioneros que estaban en la cárcel[146], que inmediatamente huyeron de la ciudad y acudieron a Simón, persona de la que hablaré un poco más tarde[147]. A continuación abandonaron Jerusalén y se retiraron a su

[146] Sobre la liberación de los presos como acto revolucionario véase nota a IV 302.

[147] IV 503.

354 país[148]. Su marcha fue una sorpresa para los dos bandos. El pueblo, que no sabía nada del arrepentimiento de los idumeos, se reanimó un poco, como si se hubiera librado de los
355 enemigos. Los zelotes, por su parte, se enardecieron aún más, no por haber sido abandonados por sus aliados, sino por verse libres de personas que les reprobaban y que les
356 apartaban de sus crímenes. Ya no hubo dilación ni reflexión en sus delitos, sino que se ideaban rapidísimos planes para cada una de sus acciones y llevaban a cabo sus decisiones
357 antes de tenerlas pensadas. Sus crímenes iban dirigidos en especial contra la valentía y la nobleza, en el primer caso lo hacían por envidia y en el segundo por temor, pues creían que sólo estarían seguros si no dejaban vivo a ninguno de
358 los poderosos. Entre muchos otros fue ejecutado también Gorión[149], persona ilustre por su dignidad y por su origen noble, de carácter demócrata y lleno de amor por la libertad como nunca lo fue ningún otro judío. Sobre todo acabó con él su franqueza en el hablar, además de otras cualidades que
359 le destacaban. Ni tampoco Níger[150], el de Perea, escapó a sus manos, un hombre que había sido muy valiente en los combates contra Roma. Fue arrastrado por medio de la ciudad mientras daba numerosos gritos y mostraba sus heridas.
360 Cuando fue llevado fuera de las puertas y perdió toda esperanza de salvarse, pidió que le enterrasen. Pero ellos le mataron, después de dejarle claro que no le iban a dar la tierra

[148] En realidad no se retiraron todos, ya que se vuelve a hacer referencia a los idumeos en IV 566 y en V 248-249 se dirá que éstos eran cinco mil.

[149] Seguramente sea Gorión, hijo de José, mencionado en IV 159 y II 563.

[150] Este individuo participó en el ataque contra Cestio (II 520) y, más tarde, contra Ascalón (III 28).

que tanto deseaba[151]. Durante su ejecución Níger les amenazó, 361
aparte de con la guerra, con la venganza de los romanos, con el hambre y con la peste y, además de todo esto, con luchas civiles entre ellos. Todo esto lo había decidido Dios contra los impíos, 362
e incluso lo que era todavía más justo, a saber, el hecho de que no mucho tiempo después iban a probar las locuras de unos contra otros en sus mutuas rivalidades. La muerte de Níger di- 363
sipó los temores de los zelotes por ser derrotados y no había una parte del pueblo para la que no se forjara un pretexto de acabar con ella. Pues eran asesinados los que ya antes habían tenido di- 364
ferencias con alguno de ellos, y a los que en tiempo de paz no se les habían enfrentado les imputaban acusaciones de acuerdo con las circunstancias del momento: el que no se les acercaba nunca era tenido por un soberbio, por el contrario, el que trataba con ellos con franqueza parecía que les menospreciaba, y quien les trataba con solicitud era sospechoso de conspirador[152]. La 365
muerte era el único castigo para las acusaciones, tanto para las más graves como para las más leves. Nadie podía escapar de ella, a no ser que uno fuera de una condición muy baja, ya sea por la clase social de su familia o por lo que la suerte le ha deparado.

Vespasiano retrasa la toma de Jerusalén

Todos los demás generales romanos, 366
que consideraban estas rivalidades internas de los enemigos como un prueba de su buena Fortuna, deseaban atacar la ciudad e instaban a ello a Vespasiano, pues él era el jefe de las operaciones. Le decían que la Providencia divina era aliada suya al hacer que los enemigos se en-

[151] Sobre la importancia de la sepultura entre los judíos véase nota a IV 317.

[152] THACKERAY ve aquí huellas del texto de TUCÍDIDES, III 82, sobre las consecuencias de las luchas civiles en Corcira.

367 frentaran entre sí. Pero que este cambio de situación era pasajero y rápidamente los judíos se reconciliarían o por can-
368 sancio de los males internos o por arrepentimiento. Sin embargo Vespasiano les dijo que la mayoría de ellos se equivocaban sobre lo que había que hacer, pues, como si estuvieran en un teatro[153], deseaban ardientemente, no sin correr peligro, hacer demostración de su fuerza física y de sus armas, sin tener en cuenta la utilidad y la seguridad de esta
369 acción. En efecto, si emprendiese el ataque contra la ciudad, provocaría la reconciliación entre los enemigos y volvería contra sí mismo las tropas de los judíos que aún contaban con fuertes recursos. En cambio, si esperaba, se enfrentaría con menos rivales, ya que éstos habrían disminuido a causa de
370 las luchas civiles. Dios era mejor general que él al poner a los judíos en manos romanas sin ningún esfuerzo y regalar
371 la victoria al mando del ejército sin ningún riesgo[154]. De modo que, mientras los enemigos se destruían con sus propias manos con el peor de los males, como es el de la guerra civil, ellos, más bien, debían permanecer apartados de los peligros, como espectadores[155], y no poner su mano sobre hombres que se matan y que están furiosos unos contra
372 otros. Si alguno cree que el honor de la victoria obtenida sin lucha tendrá menos lustre, que sepa que el éxito adquirido con tranquilidad es más útil que el que se debe a la incerti-
373 dumbre de las armas. Pues no hay que considerar menos

[153] De nuevo se utiliza el símil de una representación teatral.

[154] Dios, la Providencia, es el motor de los acontecimientos humanos y es el que ha decidido esta guerra como el cumplimiento de un plan preestablecido. Esta concepción plenamente judía de la historia la repite nuestro autor en varios pasajes, como por ejemplo II 390 o III 484; cf. el apartado 5 de la Introducción.

[155] Seguimos con el símil del teatro, si bien en este caso concreto puede pensarse en un espectáculo de circo, donde los espectadores observaban, sin riesgo, las cruentas luchas de los gladiadores.

dignos de elogio que los que sobresalen por su fuerza a los que obtienen idénticos resultados mediante el control de sí mismos y la inteligencia. Por otra parte, a la vez que los enemigos iban disminuyendo, su propio ejército se iba recuperando de las continuas fatigas y ganaba nuevas fuerzas.
Además no era ésta la ocasión para aspirar a la gloria de la 374
victoria. Los judíos no se preocupaban de preparar las ar- 375
mas, ni de las murallas ni de conseguir aliados, y si esto no fuera así el retraso sería en detrimento de los que se lo permitieran. Por el contrario, inmersos en la guerra civil y en la discordia sufren cada día males peores que los que les producirían los romanos si les atacasen y tomasen la ciudad.
Por tanto, si hay que mirar por nuestra seguridad, es preciso 376
dejar que los judíos se aniquilaran a sí mismos, y si hay que tener en cuenta un éxito muy glorioso para nuestra empresa, no es necesario atacar a enemigos que están enfermos en su propia casa, ya que se diría con razón que la victoria no es de los romanos, sino de la discordia interna de Jerusalén.

Deserciones judías. Respuesta de los zelotes

Los generales estuvieron de acuerdo 377
con estas palabras de Vespasiano y enseguida se demostró la importancia militar de esta propuesta, pues todos los días llegaban huyendo judíos que desertaban de
los zelotes. Era difícil escapar, dado que habían cubierto to- 378
das las salidas con centinelas y al que cogieran en ellas le
mataban por pasarse al bando romano. No obstante, se per- 379
mitía pasar al que pagaba dinero y sólo era un traidor el que no daba nada, de modo que el resultado fue que, como los
ricos compraban su huida, sólo los pobres morían. Innume- 380
rables cadáveres se amontonaban a lo largo de todos los grandes caminos y muchos de los que querían desertar preferían volver y perecer dentro de la ciudad, pues la esperan-

za de ser enterrados allí hacía que la muerte en su patria les
381 pareciera más tolerable. Los zelotes llegaron a tal extremo de crueldad que no permitieron sepultar en su tierra ni a los que fueron ejecutados en el interior de la ciudad ni a los que
382 acabaron su vida en los caminos[156]. Y dejaron a los muertos pudrirse al sol, como si hubieran acordado destruir a la vez las leyes de la patria y las de la naturaleza y ultrajar a Dios[157], además de cometer crímenes contra los hombres.
383 La muerte era el castigo para los que enterraban a alguno de sus allegados, lo mismo que para los desertores: el que había dado sepultura a alguien, inmediatamente necesitaba
384 otra para él. En una palabra, en las desgracias de entonces no hubo un honroso sentimiento positivo que no se hubiera perdido tanto como la compasión. Irritaba a los malvados aquello que debería provocarles lástima, y pasaban su odio
385 de los vivos a los muertos y de los muertos a los vivos. Era tan exagerado el miedo que el que sobrevivía consideraba feliz a los que habían perecido, pues de esta forma habían puesto fin a sus males, y los que eran vejados en las cárceles creían que, en comparación con ellos, eran dichosos incluso
386 los que se quedaban sin ser enterrados. Toda ley humana fue pisoteada por los zelotes, lo divino fue objeto de burla y los oráculos de los profetas fueron ridiculizados como si de
387 invenciones de charlatanes se tratara. Estos profetas habían dado numerosos vaticinios sobre la virtud y el mal, que los zelotes, al transgredirlos, hicieron que se cumpliera la pre-
388 dicción sobre su patria. En efecto, existía un antiguo oráculo de hombres inspirados por Dios que decía que la ciudad se-

[156] La impiedad que supone para un judío dejar insepulto un cadáver ha sido señalada en nota a IV 317.

[157] El sol como representación y símbolo de Dios ha sido ya comentado en el caso de los esenios, que también evitaban «molestar» a los rayos del sol; cf. II 128 y 148.

ría tomada y que el Templo sería quemado por la ley de la guerra, cuando estallara la discordia interna y manos de la propia patria profanaran el santuario de Dios. Los zelotes, a pesar de que habían creído en estas profecías[158], se convirtieron ellos mismos en los artífices de su cumplimiento.

Juan de Giscala y su tiranía

En aquel momento[159] a Juan, que quería convertirse en un tirano, le pareció poco importante tener el mismo honor que sus iguales. Se atrajo poco a poco a la peor gente y se separó del resto del grupo. No 389
hacía caso de las opiniones de los demás e imponía las su- 390
yas despóticamente, de modo que era evidente que aspiraba a un poder unipersonal. Unos se sometieron a él por miedo, 391
otros por simpatía, pues tenía habilidad para atraerse a la gente a través de la palabra y del engaño, y muchos también, porque pensaban que era más seguro para ellos que la responsabilidad de los delitos cometidos recayera sobre uno solo en lugar de sobre todos. La energía de su fuerza física y 392

[158] Las profecías sobre la destrucción del Templo y de Jerusalén aparecían ya en *Zacarías* 14, 12 y en *Daniel* 9, 24 ss., entre otros. El propio Jesucristo predecirá esta catástrofe *(Mateo* 24, 15, *Marcos* 13, 14-23 y *Lucas* 21, 20-24), cuyos rumores se extendían con intensidad en los círculos mesiánicos judíos. La literatura apócrifa del período intertestamentario insistirá sobremanera en este aspecto, aunque en esta ocasión con *vaticinia ex eventu:* los *Salmos de Salomón* (II 1-22; VIII 16-20), el *Testamento de Moisés* (VI 8), la *Vida de Adán y Eva* (29) y algunos de los *Oráculos Sibilinos* (IV 115-119). Para los zelotes la instauración del reino de Dios en la tierra estaría precedida por diversas catástrofes apocalípticas, típicas del final y del comienzo de una época nueva, entre las que destacan estas profecías; sobre la importancia y preocupación del movimiento de los zelotes por los elementos proféticos véase HENGEL, *Die Zeloten...*, págs. 235-350.

[159] Después de la narración de los hechos relativos a los idumeos, Josefo reanuda el relato de las actividades de Juan de Giscala de IV 223.

393 de su espíritu atrajo no pocos seguidores. Sin embargo, le abandonó un importante número de opositores, entre los que predominaba la envidia, pues les parecía humillante someterse a alguien que antes había sido igual a ellos. Si bien, la mayor parte de esta gente lo hizo por su temor al régimen
394 monárquico[160]. Pues pensaban que sería difícil acabar con él si se hacía dueño del poder absoluto y que él tendría un pretexto para estar en su contra por el hecho de que se le habían opuesto ya desde el principio. En consecuencia todos preferían sufrir lo que sea en la lucha antes que ser esclavi-
395 zados voluntariamente y morir en la servidumbre. Por ello los rebeldes se dividieron en dos facciones y Juan se con-
396 virtió en señor absoluto en contra de sus adversarios. No obstante entre ellos se mantenían bajo vigilancia y, si alguna vez se llegaron a enfrentar con las armas, lo hicieron durante poco tiempo. A costa del pueblo ellos rivalizaban y
397 reñían por ver quién se llevaría más botín. En un momento en que la ciudad estaba inmersa en la tormenta de los tres peores males, la guerra, la tiranía y la discordia interna, en comparación con lo demás la guerra resultaba lo más leve de todo para la población[161]. Como consecuencia de ello, los judíos huían de sus compatriotas, se refugiaban entre los extranjeros y con los romanos obtenían la salvación que no podían conseguir entre los suyos.

---

[160] Los zelotes buscaban, con un sentido mesiánico, instaurar el reino de Dios sobre la tierra, pero sin querer sustituir la autoridad romana por la anterior monarquía nacional judía, habida cuenta de los malos recuerdos que se tenía de los últimos reyes. Por otra parte, éstos participan también del común sentimiento antimonárquico de los movimientos revolucionarios de la época.

[161] Josefo insiste en disculpar a los romanos de una guerra, que, a su juicio, había sido provocada por los propios conflictos sociales internos del judaismo; cf. apartado 2 y 5 de la Introducción.

Los sicarios ocupan Masadá. Su vandalismo en Judea

Un cuarto y diferente mal vino a con- 398
tribuir a la destrucción de la nación. No 399
lejos de Jerusalén había una fortaleza muy sólida, llamada Masadá[162], que había sido construida por los reyes anteriores para guardar en ella sus riquezas en tiempos de guerra y para se-
guridad de sus propias personas. Se habían adueñado de esta 400
fortaleza los llamados Sicarios[163], que hasta entonces habían hecho correrías por las regiones cercanas sin robar más que lo que necesitaban, ya que por miedo se abstuvieron de
mayores rapiñas. Cuando se enteraron de que el ejército ro- 401
mano estaba inactivo y de que los judíos de Jerusalén estaban divididos por la sedición y por la tiranía internas, se de-
dicaron a cometer crímenes más atrevidos. En la fiesta de 402
los Ácimos[164], que los judíos celebran para recordar su salvación, cuando liberados de la esclavitud de Egipto llegaron a su tierra patria, por la noche, para que así no se enterara nadie y no pudieran impedírselo, saquearon una pequeña al-
dea llamada Engadí[165]. Dispersaron y expulsaron de la ciu- 403
dad a todos los que podían hacerles frente, antes de que echasen mano a las armas y les diese tiempo para reunirse, y a los que no eran capaces de huir, mujeres y niños, los de-
gollaron en un número superior a setecientos. Luego hicie- 404

[162] Los detalles de esta fortaleza, situada en el margen occidental del Mar Muerto, se recogerán en VII 252 ss.

[163] Sobre estos individuos véase nota a II 254.

[164] Antigua fiesta cananea adoptada por los hebreos, que se celebraba entre el 15 y el 21 del mes de Nisán, entre nuestros meses de marzo y abril. Desde el atardecer del día anterior estaba prohibido tener levadura en casa y comer pan fermentado durante los días de la celebración, de ahí el nombre de fiesta de los Ácimos, además del de la Pascua; cf. *Éxodo* 12, 15 y 19.

[165] Ciudad a orillas del Mar Muerto, identificada con Tell el-Jurn, a 28 kilómetros al este de Hebrón; cf. ABEL, *Geógraphie...*, II, págs. 316 ss.

ron saqueos en las casas y regresaron a Masadá tras llevarse
405 los frutos más maduros. Desvalijaron todas las aldeas de los alrededores de la fortaleza y arrasaron con la totalidad de la región, pues cada día se les unía un nutrido grupo de gente
406 de todos los sitios. Los bandidos[166], que hasta entonces habían estado inactivos, empezaron a moverse también en los demás lugares de Judea, como ocurre en el cuerpo, donde se ponen enfermos todos sus miembros cuando se inflama el ór-
407 gano más importante. Los malhechores que había por todas las regiones, a causa de las disensiones internas y de la revuelta de la metrópoli, tenían impunidad para sus saqueos y todos hacían rapiñas en sus propias aldeas y luego se retiraban al de-
408 sierto[167]. Se reunieron y por medio de un juramento se agruparon en compañías, inferiores en número a un ejército, pero mayores que una banda de ladrones, y así cayeron sobre los lu-
409 gares sagrados[168] y sobre las ciudades. Aquellos a los que atacaban sufrían las mismas consecuencias que si hubieran sido hechos prisioneros en una guerra, y, por el contrario, ellos se libraban de las represalias, dado que se escapaban con su botín,

---

[166] Uno de los muchos nombres dados a los rebeldes; véase el apartado 2 de la Introducción.

[167] El desierto, que puede identificarse en este contexto con el mundo rural, es el punto de partida y el refugio de los movimientos revolucionarios y de bandolerismo que emergen contra el poder opresor. Así ocurrió también en la revuelta Macabea, cuando Matias se alzó contra Báquidas y luego huyó al desierto (I 36). Como indica Josefo (cf. *Antigüedades* XVIII 285), Judea estaba llena de bandidos que arrastraban al pueblo hacia el desierto: el caso de Teudas (*Antigüedades* XX 97) o el falso profeta egipcio (II 258-263)

[168] Estos lugares sagrados no tienen por qué ser templos, sino otros lugares de culto, como podrían ser las sinagogas, a pesar de que esta institución apenas es citada en la obra de Josefo; véase nota a II 285. En el judaismo sólo existía el Templo de Jerusalén, dado que según la legislación deuteronomista de los tiempos de Josías todos los santuarios, salvo el de Jerusalén, fueron declarados ilegítimos y el culto quedó centralizado de forma exclusiva en el Templo jerosolimitano.

como hacen los ladrones. No había ninguna zona de Judea que no hubiera sufrido una destrucción similar a la de la capital.

Vespasiano ocupa Gadara

Vespasiano conocía estas noticias por 410
los desertores. Aunque los rebeldes vigilaban todas las salidas y ejecutaban a cualquiera que se acercara a ellas[169], sin embargo algunos se refugiaban sin ser vistos en el bando romano y pedían al general que acudiera para defender la ciudad y para salvar lo que quedaba del pueblo. Pues 411
por su afecto hacia los romanos muchos habían sido asesinados y los que quedaban se hallaban en una situación peligrosa. Vespasiano, que ya se había compadecido de sus desgracias, 412
se puso en marcha, en apariencia para asediar Jerusalén, aunque en realidad era para liberarla del asedio. Era necesario 413
conquistar antes los enclaves que aún quedaban, para que no hubiera ningún obstáculo externo que se opusiera a la toma de la ciudad. Fue contra Gadara[170], capital[171] fortificada de Perea[172], y penetró en la ciudad el cuarto día del mes de Dis-

[169] Cf. IV 378.

[170] Es la ciudad de Gadara o Gadora de Perea, la actual Es-Salt. No puede ser la Gadara citada en I 86, 155, etc., ubicada en la Decápolis, ya que este contexto parece situarla más al sur; cf. ABEL, *Geógraphie...*, II, págs. 323-324.

[171] Josefo, al igual que otras fuentes de la época, no mantiene una terminología constante a la hora de referirse a la situación administrativa de las principales ciudades, que unas veces son descritas como *pólis*, otras como *kṓmē* y otras como *mētrópolis*. En realidad sólo serían *póleis* aquellas localidades que tuvieran una constitución griega, en el caso de Judea únicamente Jerusalén, por lo que sería más exacto darles el nombre de *kōmópolis* o *mētrokōmía*, como centros administrativos de un distrito o una toparquía, como sería este caso de Gadara; cf. SCHÜRER, *Historia...*, II, págs., 256-257, con abundante bibliografía específica al respecto.

[172] Josefo ha descrito con detalle en III 44-45 esta región judía de la Transjordania, en el margen oriental del Mar Muerto.

414 tro[173]. Los notables del lugar, sin que los sediciosos se enteraran, le habían enviado una embajada para negociar la rendición, porque deseaban la paz y querían conservar sus bienes,
415 pues eran muchos los ricos que habitaban Gadara. Los rebeldes no sabían nada de la embajada y se enteraron cuando Vespasiano estaba ya cerca de ellos. Perdieron la esperanza de poder conservar ellos mismos la ciudad, pues eran inferiores en número a los enemigos de dentro y veían que los romanos no estaban lejos de allí. Decidieron huir y no les pareció bien hacerlo sin derramar sangre y sin vengarse de los
416 culpables. Cogieron a Doleso, pues éste no era sólo el más destacado de los ciudadanos por su dignidad y su nobleza, sino que además parecía ser el responsable de la embajada. Lo mataron y en su exceso de furor ultrajaron su cadáver, tras de
417 lo cual huyeron de la ciudad. Cuando llegó el ejército romano, el pueblo de Gadara acogió con aclamaciones a Vespasiano, recibió de él garantías de seguridad y una guarnición de soldados de caballería e infantería para hacer frente a las incur-
418 siones de los fugitivos. Sus habitantes habían demolido la muralla, antes de que se lo hubieran pedido los romanos, como prueba de que deseaban la paz y de que, aunque quisieran, no podrían luchar.

Plácido en Jericó

419 Vespasiano envió contra los que habían huido de Gadara a Plácido[174] con quinientos jinetes y con tres mil soldados de infantería, mientras que él se volvió a Ce-
420 sarea con el resto de sus tropas. Los fugitivos, cuando de repente vieron que les perseguía la caballe-

[173] El 21 de marzo del año 68. Distros es en el calendario macedónico, seguido por Josefo en su relato, el equivalente del mes judío Adar y de parte de nuestros febrero y marzo.

[174] Es el tribuno mencionado en IV 57.

ría, antes de entrar en combate, se refugiaron en una aldea llamada Betenabris[175]. Allí se encontraron con una gran 421 cantidad de jóvenes, a los que armaron como pudieron, a unos voluntariamente y a otros a la fuerza, y salieron contra las tropas de Plácido. Los romanos cedieron un poco ante el 422 primer ataque y al mismo tiempo se las ingeniaron para llevar a los judíos lejos de las murallas. Entonces, cuando los 423 tuvieron en un lugar adecuado, los rodearon y los atacaron con flechas. Los jinetes cortaban el paso a los que huían y la infantería acababa enérgicamente con las masas de combatientes. Los judíos morían sin hacer otra cosa que mostrar su 424 audacia. Se arrojaban contra los romanos, que mantenían compactas sus filas, y cuyas armaduras eran como una muralla; no encontraban por donde lanzar sus flechas ni tenían fuerza para deshacer las líneas de los adversarios. Caían 425 atravesados por los disparos enemigos y de un modo muy similar al de las bestias más salvajes se arrojaban sobre el hierro. Unos perecieron golpeados de frente por las espadas y otros por detrás al ser dispersados por la caballería.

Plácido se encargaba de cerrarles el paso a la aldea. 426
Su caballería cabalgaba sin cesar en aquella dirección, lue- 427
go, cuando los sobrepasó, se dio la vuelta y con flechas mató con buena puntería a los más cercanos, a los que estaban lejos les hizo retroceder llenos de miedo, hasta que los más valientes se abrieron paso a la fuerza y se refugiaron en la muralla. Los centinelas no sabían qué hacer, pues no se 428 atrevían a cerrar el paso a los que habían huido de Gadara, a causa de sus compatriotas[176], y, por el contrario, si los recibían les esperaba la muerte junto con ellos. Esto es lo que 429

[175] Ciudad situada a unos 23 kilómetros al sur de la Gadara de Perea, en el camino de Jericó.

[176] Como se ha precisado en IV 21, entre los fugitivos de Gadara había también jóvenes reclutados en la propia Betenabris.

sucedió. Por poco la caballería romana no se precipitó dentro de la ciudad con los fugitivos judíos, que fueron empujados hasta el muro. No obstante, aunque les dio tiempo a cerrar las puertas, Plácido les atacó y, después de luchar valerosamente hasta el atardecer, se apoderó de las murallas y de los que estaban en la
430 aldea. Fue masacrado el vulgo que no les servía para nada; los más capaces se dieron a la fuga y los soldados saquearon las ca-
431 sas y quemaron la aldea. Los que habían escapado de Betenabris incitaron a la revuelta a los habitantes de la región: al exagerar sus propias desgracias y decir que todo el ejército romano venía contra ellos hicieron temblar de miedo a la totalidad de la gente en todos los sitios. Huyeron a Jericó cuando consiguieron
432 reunir un número mayor de efectivos. Porque ésta era la única ciudad que alimentaba sus esperanzas de salvación, fuerte como
433 era, al menos, por la gran cantidad de habitantes. Plácido, que estaba lleno de confianza por su caballería y por sus éxitos anteriores, los persiguió hasta el Jordán y mató a todos con los que se topó. Empujó hacia el río al resto de la muchedumbre y alineó sus tropas frente a ellos, cuando aquélla se tuvo que detener a causa de la corriente, que no se podía atravesar al haber au-
434 mentado por las lluvias. La necesidad les llevó a luchar, dado que no podían huir por ningún sitio. Se extendieron lo más posible por las orillas[177] y así soportaron las flechas y las embestidas de la caballería, que hirieron a muchos y los arrojaron a la
435 corriente. Quince mil murieron a manos de los romanos, mientras que fue incalculable la cantidad de judíos que se vieron
436 obligados a tirarse voluntariamente al Jordán. Fueron capturados unos dos mil doscientos y un abundante botín de asnos, ovejas, camellos y bueyes.

[177] Realmente sólo se trata de una orilla, ya que no se ha cruzado el río Jordán.

Plácido somete toda Perea

Esta derrota que sufrieron los judíos 437
fue muy importante y parecía mayor de lo que era, por el hecho de que no sólo toda la región por la que huían se había llenado de muerte y el Jordán se podía cruzar pasando por encima de los cadáveres, sino también porque el lago Asfaltitis[178] estaba también repleto de cuerpos que en gran cantidad había arrastrado el río hasta allí. Plácido se 438
sirvió de este golpe favorable de la Fortuna y atacó las aldeas y pequeñas poblaciones de alrededor. Una vez que se apoderó de Abila[179], Julia[180], Besimot[181] y todas las localidades que había hasta Asfaltitis, estableció al frente de cada una de ellas a los desertores que le parecieron más idóneos. A continuación hizo embarcar a sus soldados y acabó con 439
los que se habían refugiado en el lago. Así, toda la zona de Perea hasta Maqueronte[182] se sometío o fue conquistada.

[178] El Mar Muerto. Sobre las diversas denominaciones de este lago véase la nota a I 657.

[179] De las, al menos, tres ciudades con este nombre, esta Abila, que no cita el *Onomástico* de Eusebio de Cesarea, parece que estaba situada cerca del Jordán, frente a Jericó; cf. *Antigüedades* IV 176.

[180] La ciudad de Julia de Perea recibió también el nombre de Livia, en honor de la mujer de Augusto (cf. nota a II 59). Antipas la reconstruyó sobre al antigua Bataramata, denominación que siempre se mantuvo entre los judíos, pues incluso tras la conquista de Plácido el nuevo nombre romano no pudo suplantar al original, como también ocurrió con Cesarea de Filipo, es decir, Panias. Por ello, llama aún más la atención el hecho de que Flavio Josefo mantenga la denominación de Julia en la narración de la etapa de control por parte de los rebeldes judíos sobre esta ciudad.

[181] Betha-Jasimoth, al sur de Julia; cf. Abel, *Geógraphie...*, II, pág. 69.

[182] En los montes de Moab, ya en la frontera con el pais de los nabateos.

Insurrección en Galilea. Vespasiano somete Judea e Idumea

440 Mientras tanto llegó la noticia del levantamiento de la Galia y de que Víndex, con los jefes del lugar, se había alzado contra Nerón[183], acontecimientos sobre los que existen escritos más detallados[184].
441 Este anuncio llevó a Vespasiano a hacer más intensa la guerra, pues ya preveía los conflictos civiles que iban a tener lugar y el peligro que caería sobre todo el Imperio. Creía que cuando pacificara el Oriente aliviaría los temores que ame-
442 nazaban a Italia. Durante el invierno aseguró con guarniciones las aldeas y pequeñas poblaciones sometidas: nombró decuriones para las aldeas y centuriones para las ciudades. También reconstruyó muchas localidades que habían sido
443 devastadas. Cuando empezó la primavera, cogió la mayor parte de su ejército y se lo llevó desde Cesarea a Antípatris[185], donde restableció el orden de la ciudad en dos días, y al tercero reanudó su camino devastando e incendiando to-
444 das las aldeas del entorno. Tras someter la toparquía de Tamna se dirigió a Lidia y a Jamnia[186], que ya habían sido subyugadas, y dejó para que habitara en ellas un número suficiente de judíos de los que se habían entregado a los ro-
445 manos. Luego se marchó a Emaús[187]. Cuando se adueñó de

[183] Como se indicó en I 5, Víndex se alzó con los galos contra Nerón en el año 68; cf. Dion Casio, LXIII 22-25 y Plutarco, *Galba* IV-VI.

[184] Evidentemente las obras de los historiadores romanos, de los que hablaremos en nota a IV 496.

[185] En la llanura de Cafarsaba, al noroeste de Jerusalén, donde levantó Herodes una ciudad en honor de su padre; cf. nota a I 99 y I 417.

[186] Sobre estos distritos de Judea se ha hablado en III 54-55.

[187] La actual Amwas, a unos 16 kilómetros al sur de Lida. La importancia estratégica de esta ciudad, conocida también como Nicópolis, la convirtió en al capital de una de las toparquías de la administración judía (cf. II 67).

los caminos que llevaban a la capital[188], fortificó el campamento, dejó en él la legión quinta y se fue con el resto de
sus tropas a la toparquía[189] de Betletefa[190]. Destruyó este 446
lugar con fuego, así como la región vecina y los alrededores de Idumea. Luego levantó fortalezas en los lugares adecuados. Tomó dos aldeas del centro de Idumea, Betabris[191] y 447
Cafartoba[192], ejecutó a más de diez mil de sus habitantes e
hizo prisioneros a más de mil. Al resto de la población la 448
expulsó de allí y estableció en el lugar una parte importante de sus propias tropas, que recorrían y devastaban toda la región montañosa. Vespasiano se volvió a Emaús con sus 449
otros efectivos militares, desde donde a través de Samaria, cerca de la llamada ciudad de Neápolis[193], que los habitan-

188 Jerusalén.

189 Es éste el nombre de la unidad administrativa en que se dividía el territorio judío. Como se ha expuesto en III 54-55, Judea llegó a contar con once toparquías.

190 Uno de los distritos o toparquías en que estaba dividido el territorio judío. En la enumeración de los once distritos que Josefo hace en III 54-55 menciona Pela en lugar de Betletefa, que, en cambio, sí aparece en la lista de PLINIO, *Historia natural* V 14, 70. No obstante, el nombre de este lugar presenta numerosas variantes; cf. el aparato crítico de la edición de NIESE.

191 Ciudad idumea, tal vez la capital de esta toparquía, al suroeste de Jerusalén. Es la que Ptolomeo (V 15, 5) llama Betogabris, conocida luego como Eleuterópolis y que actualmente es Beth Gubrin; cf. ABEL, *Geógraphie...*, II, pág. 272.

192 También en Idumea, entre Betabris y Hebrón; cf. ABEL, *Geógraphie...*, II, pág. 294.

193 Es la actual Nabulus, donde Vespasiano fundó la Flavia Neápolis sobre la antigua Mabarta, en el paso entre los montes Hebal y Garizim, en el año 72. Por tanto, en este momento la ciudad, que en el período imperial se convirtió en una de las poblaciones más importantes de Palestina (cf., por ejmplo, AMIANO MARCELINO XIV 8, 11), aún no había recibido esta denominación; cf. ABEL, *Geógraphie...*, II, pág. 396.

tes del lugar denominan Mabarta, llegó hasta Corea[194] y
450 acampó allí el segundo día del mes de Daisio[195]. Al día siguiente se presentó en Jericó, donde se reunió con él uno de sus generales, Trajano[196], con el ejército de Perea, cuando ya estaban sometidos los territorios del otro lado del Jordán.

La región de Jericó y el valle del Jordán. La fuente de Eliseo

451 Antes de la llegada de los romanos, la mayor parte de la población de Jericó se había refugiado en la región montañosa que hay frente a Jerusalén. Los que permanecieron en la ciudad, que no eran po-
452 cos, fueron masacrados. Los romanos se apoderaron de una localidad desierta, que estaba situada en una llanura y dominada por una gran montaña desnuda y
453 árida. Por el norte se extiende hasta el territorio de Escitópolis y por el sur hasta la región de Sodoma y los límites del lago Asfaltitis. Toda esta zona tiene una superficie irregular y está deshabitada a causa de su esterilidad. En frente se al-
454 zan las montañas que bordean el Jordán y que desde Julia[197], en el norte, llegan al sur hasta Somora[198], en la frontera de Petra en Arabia. Allí está la llamada «Montaña de

---

[194] Al sur de Escitópolis, exactamente en la frontera entre Samaria y Acrabatene; cf. nota a I 134.

[195] Mes del calendario macedónico que corresponde al hebreo Siván y a parte de nuestros mayo y junio.

[196] Es el padre del futuro emperador Trajano, a quien Vespasiano envió como legado de la décima legión; cf. III 289.

[197] Sobre esta ciudad de la orilla septentrional del lago Gennesar, conocida en la Biblia como Bet-Saida y que Augusto rebautizó en recuerdo de su hija Julia, véase nota a II 168.

[198] La actual Gebel Samra, al sudeste del Mar Muerto; cf. Abel, *Géographie...*, I, pág. 384.

Hierro»[199], cuya extensión alcanza al país de Moab. Entre 455
las dos cordilleras se encuentra la región conocida por el nombre de Gran Llanura[200], que va desde la aldea de Sennabris[201] hasta el lago Asfaltitis. Su longitud es de mil dos- 456
cientos estadios y su anchura de ciento veinte[202]; la cruza por el medio el río Jordán y posee los lagos de Asfaltitis y de Tiberiades, que son de naturaleza opuesta, pues el primero es salado y estéril y el segundo es de agua dulce y fructífero. En verano la llanura arde de calor y por el exceso de 457
sequedad posee un aire malsano. Toda la región carece 458
de agua, salvo el Jordán, por lo que las palmeras que crecen en sus orillas están más floridas y tienen más frutos que las que nacen lejos del río.

No obstante, cerca de Jericó hay una fuente[203] abun- 459
dante y muy rica para el riego, que nace en las proximidades

---

[199] ABEL, *Geógraphie...*, I, págs. 384-385, localiza esta montaña en la cordillera que se extiende desde Julia hasta Petra de Arabia, en la región del barranco del Wadi Zerqa Main. Su nombre parece proceder de las aguas termales que producían exhalaciones de color férreo, que la creencia popular comparaba con la Gehenna.

[200] No es la Gran Llanura de Esdrelón, a la que suele referirse normalmente Josefo con esta denominación, sino la zona del valle del Jordán que hoy se llama Ghor.

[201] Al suroeste del lago de Gennesar, entre Tiberias y Tariquea (cf. III 447). Algunos manuscritos presentan las variantes *Ginnabrín* y *Ennabrín*.

[202] La longitud de 1.200 estadios, unos 222 kilómetros, parece incluir, además del valle del Jordán, el lago de Tiberíades y el Mar Muerto. La anchura varía entre los 3 kilómetros, al sur del lago de Tiberíades o Mar de Galilea, y los 20, al norte del Mar Muerto.

[203] Es la Fuente árabe del Sultán, situada al norte de la ruta de Jerusalén, en el valle del Jordán cerca de Jericó. En los textos bíblicos aparece como la Fuente de Eliseo (*II Reyes* 2, 19-22 y 4, 1-7), ya que este profeta llevó a cabo aquí uno de sus milagros, cuando hizo potable el agua de la ciudad. Esta taumaturgia concreta es relativamente frecuente en el Ciclo de Elías y de otros personajes famosos, dada la importancia de las fuentes de agua en una país acostumbrado a largas sequías.

de la ciudad antigua, el primer enclave del país de Canaán que el jefe de los hebreos, Jesús, el hijo de Nun[204], con-
460 quistó con las armas. Hay una leyenda que dice que al principio esta fuente no sólo echaba a perder los frutos de la tierra y de los árboles, sino que también provocaba abortos entre las mujeres y, por decirlo en pocas palabras, causaba enfermedades y muerte, pero el profeta Eliseo convirtió en dulce su agua y la hizo muy propicia para la salud y muy fecunda.
461 Éste era discípulo y sucesor de Elías. Como fue acogido con hospitalidad por los habitantes de Jericó y tratado con un gran afecto, les recompensó a ellos y a la región con un re-
462 galo que les durara siempre. Se acercó a la fuente y arrojó a la corriente una vasija de barro llena de sal, luego levantó hacia el cielo su santa mano derecha y derramó sobre el suelo libaciones propiciatorias. Pidió a la tierra que mitigara el amargor de la corriente de la fuente y abriera arterias más
463 dulces. Al cielo le suplicó que mezclara con las aguas un aire más fructífero y al mismo tiempo que concediera a los habitantes de la región abundancia de frutos y descendencia de hijos y que, mientras se comportasen con justicia, no les faltara esta agua prolífica. Además de estas súplicas Eliseo
464 hizo muchos movimientos rituales de manos, propios de su saber, y así transformó la fuente: el agua que antes había sido causa de orfandad y de hambre, desde entonces pasó a suministrar una gran descendencia y abundancia de bienes.
465 Esta fuente tiene tanta fuerza en el riego que con sólo tocar la tierra hace que sea más fértil que una gran cantidad de
466 agua que ha permanecido allí durante mucho tiempo. Por ello esta última agua tiene un rendimiento pequeño, por muy

---

[204] Es Josué, hijo de Nun, y el relato de la toma de Jericó de *Josué* 6, 1-21. Flavio Josefo sigue aquí el uso de la *Septuaginta* griega en el empleo del término Jesús por el de Josué.

abundante que sea, mientras que el de la fuente es muy provechosa, aunque sea exigua la cantidad que se utilice. Riega 467
un terreno mayor que todos los demás: recorre una llanura de setenta estadios de largo por veinte de ancho y sustenta en ella jardines muy hermosos y floridos. Son muchos los tipos 468
de palmeras que reciben el agua de esta fuente, diferentes entre sí por su sabor y por sus propiedades medicinales. Las palmas más gruesas, cuando se las machaca con los pies, producen una abundante miel no de peor calidad que la auténtica[205]. La región es rica en abejas, también tiene opobál- 469
samo[206], el más preciado de los frutos de la zona[207], el ciprés y el mirobálano[208], de tal manera que uno no se equivocaría si dijera que es una región divina[209] en la que florecen en abundancia los frutos más raros y bellos. Por el resto de los 470
productos que nacen en ella tampoco sería sencillo compararla con ninguna otra zona del mundo habitado, pues tanto es lo que produce lo que allí se siembra. Me parece que la 471
causa de ello es el calor del aire y la energía del agua: el aire estira y abre las plantas, mientras que la humedad da fuerza a

---

[205] En I 138, 361 y en *Antigüedades* 14, 54 y 15, 96 se ha destacado esta característica de Jericó, que los propios textos bíbilcos ya mencionaban *(Deuteronomio* 34, 3 o *Jueces* 1, 16). Autores ajenos al judaísmo también recogen esta peculiariedad de la zona, así TEOFRASTO, *Historia de las plantas* IX 6, 1; DIODORO SÍCULO, II 48 y XIX 98; TÁCITO, *Historias* V 6; PLINIO, *Historia natural* XIII 9, 44 y ESTRABÓN, XVI 2, 41.

[206] Una descripción del proceso de obtención de este jugo se encuentra en I 138.

[207] En *Antigüedades* 8, 174 se recoge la tradición de que el opobálsamo fue uno de los regalos que la reina de Saba hizo a Salomón en su mítica visita a Jerusalén (cf. *I Reyes* 10, 10 y *II Crónicas* 9, 9).

[208] Árbol de la familia de las combretáceas, que produce una especie de bellota, negra, roja o amarilla, con propiedades aptas para el perfume y para la medicina; cf. DIOSCÓRIDES, I 109.

[209] La fertilidad de esta llanura del lago Gennesar se ha descrito en III 516-521.

sus raíces y las proporciona vigor durante el verano, época en la que en esta zona hace tanto calor por todos los sitios que no
472 es fácil que la gente salga al exterior. El agua que se recoge antes de salir el sol, cuando luego se la expone al aire, se vuelve muy fría y adopta un estado contrario a la atmósfera que le rodea. En cambio, en invierno ocurre lo contrario, el agua se calienta y resulta muy agradable para los que se ba-
473 ñan en ella[210]. El clima del lugar es tan cálido que sus habitantes se visten con lino, mientras que en el resto de Judea
474 nieva. Jericó está a ciento cincuenta estadios de Jerusalén y a sesenta del río Jordán[211]. Hasta Jerusalén el paisaje es desierto y pedregoso, y hasta el Jordán y el lago Asfaltítis el territorio
475 es menos elevado, aunque también es desértico y yermo. Pero ya se ha hablado bastante sobre la buena situación de Jericó.

El lago Asfaltitis. La región de Sodoma

476 Es conveniente también describir la naturaleza del lago Asfaltitis, que es, como dije[212], de agua salada y éstéril. Gracias a su ligereza[213] mantiene en la superficie los objetos que se arrojan en ella, por muy pesados que sean, y es difícil sumergirse hasta el
477 fondo, aunque se intente con fuerza. Cuando Vespasiano acudió allí para verlo, ordenó que algunos de los que no sa-

[210] Las cualidades del agua del lago de Gennesar se han mencionado ya en III 507-508.

[211] En realidad, Jerusalén dista de Jericó 37 kilómetros, y esta ciudad está a 9 kilómetros del Jordán.

[212] IV 456.

[213] Esta peculiariedad del lago Asfaltitis o Mar Muerto, a saber, su salinidad seis veces mayor que las aguas del Océano, lo que permitía la flotación sobre sus aguas, era de sobra conocida por los autores de la Antigüedad, como Estrabón, XVI 2, 42 o Tácito, *Historias* V 6; cf. nota a I 657.

bían nadar fueran arrojados al fondo, con las manos atadas a la espalda, y el resultado fue que todos salieron a flote como si un viento les hubiera empujado hacia arriba. Además es 478
también digno de admiración su cambio de color, pues todos los días transforma tres veces su aspecto externo y refleja con una gran variedad los rayos del sol. En muchos 479
lugares el lago desprende trozos negros de asfalto, que flotan en la superficie y se asemejan, por su aspecto y tamaño, a toros sin cabeza[214]. Los obreros del lago se acer- 480
can, cogen este conglomerado de betún y lo meten en sus embarcaciones. Cuando éstas están repletas, no es fácil despegar el asfalto, sino que a causa de su elasticidad la barca queda pegada a los filamentos de esta masa asfáltica, hasta que la separan con sangre menstrual de mujeres y orina, que es lo único ante lo que cede[215]. El asfalto es útil 481
no sólo para la juntura de las naves, sino también para la curación del cuerpo humano. Por ello forma parte de muchos compuestos medicinales. La longitud del lago es de 482
quinientos ochenta estadios, hasta Zoara[216] en Arabia, y la anchura de ciento cincuenta[217]. Cerca de él se encuentra 483

[214] Como indica PELLETIER, en su comentario *ad loc.*, quizá haya que ver aquí una denominación habitual entre la gente del lugar, a tenor de la referencia recogida por DIODORO SÍCULO, II 48, 7, según la cual los bárbaros de la zona llaman «toro» a una masa grande de asfalto que se forma en este lago y «ternero» a otra masa más pequeña.

[215] Esta leyenda también la recogen ESTRABÓN, XVI 2, 42, y TÁCITO, *Historias* V 6. El propio Josefo mencionará en la descripción de Maqueronte (VII 181) las propiedades curativas de la orina y la sangre menstrual de la mujer.

[216] Es la ciudad bíblica de Soar, al sudeste del Mar Muerto, donde se asentó la familia de Lot tras separarse de Abraham (*Génesis* 13, 10; 19, 22-23).

[217] Las cifras vuelven a ser exageradas, si tenemos en cuenta que en la actualidad mide 85 kilómetros de largo por 15 de ancho.

Sodoma[218], tierra que antaño fue próspera por sus productos y por la riqueza de cada una de sus ciudades, pero que ahora
484 está totalmente quemada. Dicen que a causa de la impiedad de sus habitantes fue fulminada por los rayos[219]. Todavía hay señales del fuego divino y se pueden ver los restos de cinco ciudades, y aún hoy vuelve a salir ceniza en los frutos, que por su aspecto se parecen a productos comestibles, pero cuando son cogidos con las manos se convierten en humo y
485 ceniza[220]. La leyenda sobre Sodoma puede confirmarse por estas pruebas visibles.

Toma de Gerasa

486 Para rodear a los habitantes de Jerusalén por todos los sitios, Vespasiano levantó campamentos en Jericó y en Adida[221] y puso guarniciones en ambas ciudades con soldados de las tropas romanas y de los
487 aliados. Envió a Gerasa[222] a Lucio Annio, al que entregó un destacamento de caballería y un nutrido grupo de infantería.
488 Éste tomó al asalto la ciudad y mató a mil jóvenes que no

---

218 En *Antigüedades* V 81 se denomina al Mar Muerto lago de Sodoma; cf. también *IV Esdras* 5, 7. La ubicación de esta ciudad legendaria, perteneciente a la Pentápolis cananea, parece localizarse en el suroeste del Mar Muerto, quizá en la moderna Gebel Usdum, a pesar de las divergentes y ambigüas referencias de los autores antiguos (cf. ESTRABÓN, XVI 2, 44 o EUSEBIO, *Onomástico* XLII 1-5); ABEL, *Geógraphie...*, II, págs. 467-468.

219 Sin duda se refiere al relato bíblico de la destrucción de Sodoma y Gomorra por el fuego, contenido en *Génesis* 19, 23 ss.

220 TÁCITO, *Historias* V 7, se hace eco de esta tradición.

221 Es la bíblica Jadidá o Adid de *Esdras* 2, 33 o *Nehemías* 7, 37, actual El-Hadite, al este de Lida y al noroeste de Jerusalén; cf. ABEL, *Geógraphie...*, II, págs. 340-341.

222 Ciudad helenística, a 36 kilómetros al norte de Filadelfia (Ammán), que fue fundada por Alejandro Magno e incorporada por Pompeyo a la Decápolis.

tuvieron tiempo de huir, hizo prisioneras a sus familias y dejó a sus soldados que hicieran pillaje con sus bienes. Después de haber incendiado sus casas, se dirigió a las aldeas
de los alrededores. La gente que tenía fuerza huyó y los dé- 489
biles fueron aniquilados. Todo lo que dejaron fue pasto de
las llamas. Al extenderse la guerra por la totalidad de la zo- 490
na montañosa y la llanura, los habitantes de Jerusalén tenían cortadas todas sus salidas. Los zelotes vigilaban a los que pretendían desertar y el ejército, que rodeaba la ciudad por todos los sitios, impedía la salida de los que no eran favorables a los romanos.

Muerte de Nerón. Crisis política en Roma. Nuevo retraso del ataque a Jerusalén

Cuando Vespasiano regresaba a Cesa- 491
rea y se preparaba para ir con todas sus tropas contra la mismísima Jerusalén, le llegó la noticia de que Nerón había sido asesinado, tras reinar durante trece años y
ocho días[223]. No voy a hablar de cómo 492
este personaje abusó del poder al confiar los asuntos públicos a los más depravados individuos, Ninfidio[224] y Tigeli-
no[225], los más indignos de sus libertos; cómo fue abandona- 493

[223] El cómputo no es exacto, pues entre el 13 de octubre del año 54 al 9 de junio del 68 han pasado trece años, siete meses y veintiocho días. Tal vez habría que entender aquí «ocho meses» en lugar de «ocho días», lo que coincidiría con la referencia de DIÓN CASIO, LXIII 29; véanse al respecto las conjeturas de NIESE en su edición.

[224] Ninfidio Sabino es uno de los más activos protagonistas de los últimos días del reinado de Nerón. Murió a manos de los partidarios de Galba, ya que intentó, desde su puesto de prefecto del pretorio y por ser hijo bastardo de Calígula (cf. TÁCITO, *Anales* XV 72 y PLUTARCO, *Galba* IX), ser proclamado emperador; cf. TÁCITO, *Historias* I 5, SUETONIO, *Galba* XI, y PLUTARCO, *Galba* VIII-XIV.

[225] Ofonio Tigelino, el siniestro y cruel favorito de Nerón que fue prefecto del pretorio en el año 63. TÁCITO, *Historias* I 72, pinta un oscuro

do por todos sus guardianes, cuando fue objeto de una conspiración por parte de dichos personajes, y en su huida con cuatro libertos[226] de su confianza se suicidó en los suburbios de Roma; y también cómo los que le habían derrocado fue-
494 ron castigados no mucho tiempo después. Cómo llevó a término la Guerra de la Galia, cómo Galba fue proclamado emperador y regresó desde España a Roma, cómo fue acusado por sus soldados de vileza y asesinado a traición en medio del Foro Romano[227], cómo fue nombrado emperador
495 Otón; ni tampoco mencionaré su expedición contra los generales de Vitelio y su destitución[228], ni los disturbios que hubo luego contra Vitelio ni el combate en torno al Capitolio, ni cómo Antonio Primo[229] y Muciano, después de aniquilar a Vitelio y las legiones germánicas, acabaron con la
496 guerra civil[230]. No he querido narrar con detalle todas estas cuestiones, pues son conocidas por todos y han sido contadas por muchos autores griegos y romanos[231], sino que indi-

---

retrato de este personaje, que acabó suicidándose cuando fue entronizado Otón. Esta muerte, aplaudida por el pueblo, que tuvo lugar en el balneario de Sinuesa, es detallada por PLUTARCO, *Otón* II.

[226] SUETONIO, *Nerón* XLVII-XLIX y DIÓN CASIO, LXIII 27-29, hablan sólo de tres libertos: Faón, Epafrodito y Esporo.

[227] Una amplia narración de estos acontecimientos puede leerse en SUETONIO, *Galba* XII 14-16.

[228] Cf. IV 545-549, 585-587 y 645-655.

[229] Este personaje volverá a aparecer más adelante, en IV 633, cuando se enfrente y venza a Vitelio; cf. TÁCITO, *Historias* II 86, *Anales* XIV 40, y SUETONIO, *Vitelio* XVIII.

[230] Cf. IV 645-655.

[231] El reinado de Nerón y de sus tres efímeros continuadores del año 68 y 69 aparece relatado en los pasajes citados de DIÓN CASIO, LXIII ss., TÁCITO, *Historias*, y SUETONIO, *Nerón, Galba, Otón, Vitelio, Vespasiano, Tito* y *Domiciano*, así como en PLUTARCO, *Galba* y *Otón*. En este y en otros puntos se plantea el problema de las fuentes de estos autores y del propio Josefo, que es anterior a todos ellos. Las coincidencias que se ob-

co cada uno de estos acontecimientos de forma breve para que los hechos estén relacionados entre sí y para no interrumpir la historia.

En primer lugar Vespasiano dejó para más tarde la ex- 497
pedición contra Jerusalén, pues esperaba con impaciencia ver sobre quién recaería el poder después de Nerón. Luego, 498
cuando se enteró de que Galba era emperador, no hizo nada, antes de que aquél le diera alguna orden relativa a la guerra, sino que envió ante él a su hijo Tito para presentarle sus saludos y recibir las disposiciones acerca de los judíos. Por este motivo el rey Agripa viajó con Tito a ver a Galba. Mientras navegaban a través de Acaya[232] en embarcaciones 499

---

servan entre estos autores permiten deducir el grado de dependencia en una fuente común para unos y otros, sin poder precisarla exactamente. Seguramente haya que pensar en los *Comentarios* y las *Memorias* de los emperadores que participaron en la contienda bélica y los escritos de otros autores precedentes o contemporáneos recordados y despreciados por Josefo. Tácito y Plutarco citan las *Historias* de Cluvio Rufo, que abarcaban desde Augusto hasta la proclamación de Vespasiano. La imagen que nos ha llegado de estos acontecimientos de la historia romana se debe fundamentalmente a la anécdota de las biografías de Suetonio y a la más profunda presentación de los personajes protagonistas del momento hecha por Tácito. Sus *Historias* narran las guerras civiles del año 69 y, en caso de haberse conservado completas, habrían llegado hasta la muerte violenta de Domiciano en el 96, mientras que los *Anales* concluían con Nerón. Flavio Josefo constituye, por tanto, una fuente a tener también en cuenta a la hora de completar el panorama y la síntesis de estos años, sobre todo en lo referente al acceso de Vespasiano; cf. M. Hadas-Lebel, «Flavius Josephus, Historian of Rome», en F. Parente y J. Sievers (eds.), *Josephus and the History of Greco-Roman Period,* Leiden-Nueva York, 1994, págs. 99-106. En general, para las fuentes historiográficas de este período véase S. A. Cook, F. E. Adcock y M. P. Charlesworth (eds.), *The Cambridge Ancient History,* Cambridge, 1976 (=1934), X, «Appendix», págs. 866-876.

[232] El pasaje presenta problemas textuales y la expresión «a través de Acaya» resulta poco clara, ya que el canal de Corinto, iniciado por Nerón

de guerra, pues era invierno, antes de concluir su viaje, fue asesinado Galba, tras haber reinado durante siete meses y el mismo número de días[233]. A continuación se hizo con el Imperio Otón,
500 que ya antes había aspirado al mando. Agripa se decidió por continuar hasta Roma, sin sentir miedo por la situación de
501 inestabilidad. En cambio, Tito, movido por un impulso divino[234], se embarcó desde Grecia a Siria y en poco tiempo llegó a
502 Cesarea junto a su padre[235]. Ambos, que sentían inquietud por la situación del Estado y porque el Imperio romano se tambaleaba, pusieron fin a la expedición contra los judíos y, por el miedo que sentían por su patria, creyeron que no era conveniente atacar a gente extranjera.

Simón, hijo de Giora, en Masadá. Se enfrenta a los zelotes

503 Pero otra guerra estalló entre los habitantes de Jerusalén. Había un tal Simón[236], hijo de Giora, natural de Gerasa; un joven inferior en astucia a Juan, que ya entonces era dueño de la ciudad, pero superior
504 a él en fuerza física y audacia. Por este motivo había sido expulsado por el sumo sacerdote Anano de la toparquía de Acrabatene[237], que estaba bajo su dominio, y se había unido

(cf. III 540), no se había llevado a término; cf. el comentario de THACKERAY al respecto.

[233] En esta ocasión el cálculo es exacto, desde que Galba llegó al poder, el 9 de junio del año 68, hasta su muerte el 15 de enero del 69.

[234] Sobre la intervención del Destino, en sentido clásico, y de la Providencia divina, en sentido bíblico, en los asuntos humanos puede verse la nota a I 370 y el apartado 5 de la Introducción.

[235] Este viaje es relatado también por SUETONIO, *Tito* V, y TÁCITO, *Historias* II 1-2.

[236] Este cabecilla de los zelotes ha sido citado ya en II 521 y 652. DIÓN CASIO, LXVI 7, 1, y TÁCITO, *Historias* V 12, le llaman Bargioras, es decir, «hijo del prosélito».

[237] Acrabata o Acrabatene se hallaba en el centro de Samaria, al sudeste de Siquem; cf. I 191 y III 55.

a los bandidos que ocupaban Masadá. Al principio éstos 505
sospecharon de este individuo. Por eso, le permitieron entrar junto con las mujeres que había traído con él solamente hasta la parte inferior de la fortaleza[238], mientras que ellos habitaban la zona superior. Más tarde, a causa de su afini- 506
dad de costumbres y porque parecía digno de confianza, le acompañaron en sus salidas a saquear y devastar las regiones próximas a Masadá. A pesar de sus exhortaciones no les 507
convenció a llevar a cabo acciones más importantes, pues estaban acostumbrados a permanecer en la fortaleza y tenían miedo de separarse mucho de ella, como si de su guarida se tratase. Sin embargo Simón, que aspiraba a la tiranía y a 508
realizar grandes empresas, cuando se enteró de que Anano había muerto[239], se fue a la región montañosa y, como prometió públicamente la libertad a los esclavos[240] y una recompensa para los hombres libres, consiguió reunir a los malhechores de todos los sitios.

Cuando tuvo unos sólidos efectivos, hizo incursiones en 509
las aldeas de la montaña y, como cada vez se le iba uniendo más gente, se llenó de valor para bajar a la llanura. Por el 510
miedo que provocaba a las ciudades muchos de sus insignes personajes se dejaron atraer por su fuerza y por el éxito de sus acciones, de modo que ya no se trataba sólo de un ejército de esclavos y bandidos, sino también de un gran número de ciudadanos que le obedecían como a un rey. Recorrió 511
la toparquía de Acrabatene y el territorio que hay hasta la

[238] Tal vez esta «fortaleza inferior» sea la torre, situada a unos mil codos de la cumbre, y que se menciona en VII 293.

[239] Cf. IV 316.

[240] La liberación de los esclavos no tuvo lugar en Jerusalén, sino la excarcelación de presos (cf. IV 302). Simón hace esta proclama desde Masadá para radicalizar aún más sus medidas populistas frente a los rebeldes de Jerusalén.

Gran Idumea[241]. En una aldea llamada Aín[242] levantó una muralla y se sirvió del lugar como una fortaleza para su se-
512 guridad. En el valle de Ferete[243] amplió un gran número de cuevas y encontró otras muchas adecuadas, que utilizó para
513 guardar sus tesoros y como almacen para sus botines[244]. En ellas colocaba también los frutos que cogía en sus rapiñas y allí tenía su residencia la mayoría de sus grupos de bandidos. Era evidente que ejercitaba a sus tropas y que hacía preparativos para ir contra Jerusalén.

514 Por consiguiente, los zelotes, que temían un ataque de Simón y querían adelantarse a un individuo que iba aumentando sus efectivos para ir en contra suya, salieron la mayoría de ellos con las armas en la mano. Les hizo frente Simón, quien tras entablar combate, mató a un gran número de zelotes y obligó a los demás a refugiarse en la ciudad.
515 Como aún no estaba suficientemente seguro de sus fuerzas, renunció a atacar las murallas, mas se decidió antes a someter Idumea. Con veinte mil hombres armados se dirigió a
516 las fronteras de este país. Los jefes de Idumea reunieron rápidamente los veinticinco mil hombres más belicosos de la

---

[241] En el período posterior al reinado de Herodes Idumea fue dividida en dos pequeñas unidades administrativas: la llamada Gran Idumea o Idumea Superior (cf. IV 552) y la Idumea Oriental, que es conocida más bien con el nombre de toparquía de Engadí (cf. III 55); cf. V. Hübener, «Idumea», en D. N. Freedman (ed.), *The Anhor Bible Dictionary*, Nueva York-Londres, 1992, págs. 382-383.

[242] Población desconocida citada en *Josué* 15, 32, y en *I Crónicas* 4, 32. Algunos códices dan la lectura de Naín, enclave sin identificar con certeza, aunque parece situarse en la frontera de Idumea con Galilea; cf. el aparato crítico de la edición de Niese.

[243] A unos 12 kilómetros al nordeste de Jerusalén, seguramente el actual Wadi Fāra.

[244] La fama de estas cuevas, que eran habitadas para evitar los fuertes calores de la región, llega hasta San Jerónimo, *Comentario al profeta Abdías* I 370.

región, encomendaron al resto de la población custodiar sus bienes de las incursiones de los sicarios de Masadá y aguardaron a Simón en la frontera. Este personaje luchó con los 517
idumeos y después de haber combatido durante todo el día, no resultó ni vencedor ni vencido. Simón se retiró a Aín, mientras que aquéllos se marcharon a su tierra. No mucho 518
después Simón atacó su país con una fuerza mayor, estableció su campamento junto a una aldea llamada Técoa[245] y envió a uno de sus compañeros, Eleazar, ante los guardianes del Herodio[246], que estaba cerca, para persuadirles a entregar la fortaleza. La guarnición, que desconocía el motivo de 519
su llegada, le recibió con presteza, pero cuando les habló de rendirse le persiguieron con las espadas desenvainadas hasta que, sin tener por donde escapar, se arrojó desde la muralla al barranco que había debajo. Murió en el acto. No 520
obstante, a los idumeos, que temían el poder de Simón, les pareció conveniente tener información del ejército enemigo antes de enfrentarse con él.

Se ofreció voluntariamente para realizar esta empresa 521
Jacobo[247], uno de los oficiales que planeaba traicionarles. Partió de Aluro[248], pues en sus alrededores se había congre- 522
gado el ejército idumeo, y se presentó ante Simón. Acordó 523
entregarle primero su propia patria, tras recibir bajo juramento la promesa de que siempre ocuparía puestos de honor, y le prometió colaborar con él en la conquista de Idu-

[245] Población situada a unos 8 kilómetros al sur de Belén, que da nombre a un desierto que hay en sus proximidades.

[246] La fortaleza de Herodio, levantada por el rey Herodes en recuerdo de su victoria sobre los judíos aliados de los partos (cf. I 265), servirá de tumba a este monarca (cf. I 673).

[247] Cf. IV 235.

[248] La actual Ḥalḥul, entre Hebrón y Jerusalén, a unos 15 kilómetros del campamento de Simón en Técoa.

524 mea. Por este motivo fue acogido con amistosa hospitalidad
por Simón y enardecido con magníficas promesas. Cuando
regresó a su patria, lo primero que hizo fue exagerar la
525 magnitud del ejército de Simón; luego recibió a los oficiales
y a todos los soldados, por grupos, y les instó a aceptar a
526 Simón y a entregarle sin luchar el mando supremo. Mientras
realizaba estas maniobras, mandó llamar también a Simón a
través de unos emisarios y le prometió dispersar a los idu-
527 meos. Así hizo. Dado que el ejército estaba ya cerca, fue el
primero en montarse de un salto en su caballo y huir con los
528 que se habían dejado corromper por él. El terror hizo presa
en toda la multitud y antes de entablar combate todos aban-
donaron sus puestos y se retiraron a sus respectivas casas.

Devastación de Idumea. La ciudad de Hebrón

529 En contra de lo que se esperaba, Simón entró en Idumea sin derramamiento de sangre. En un ataque de improviso tomó la pequeña localidad de Hebrón, en la que consiguió un gran botín y arrebató
530 abundantes frutos. Según dicen sus habitantes Hebrón no
sólo es más antigua que las ciudades de la región, sino tam-
bién más que Menfis de Egipto[249]. En efecto, su historia al-
531 canza un total de dos mil trescientos años. Se cuenta que
ella fue la morada de Abraham, el padre de los judíos, cuan-
do partió de Mesopotamia, y dicen[250] también que sus hijos

[249] La antigüedad de Hebrón es destacada ya por *Números* 13, 22 y *Antigüedades* I 170, donde se precisa que fue construida siete años antes que la ciudad de Soan o Tanis (cf. más adelante IV 660), en la parte oriental del Delta de Egipto, no de Menfis, que era aún más antigua.

[250] El relato del *Génesis* no habla de ningún viaje de Jacob y sus hijos a Egipto. Por tanto, Josefo puede seguir aquí otras tradiciones locales orales o escritas, lo que parece indicar la expresión «se cuenta» o «dicen».

descendieron a Egipto desde aquí[251]. Aún se ven en esta al- 532
dea sus tumbas[252], hechas de un mármol muy bello y trabajadas con esmero. A seis estadios de la ciudad se muestra 533
también un grandísimo terebinto; según afirman, este árbol
ha permanecido allí hasta hoy desde la creación[253]. A partir 534
de este lugar Simón hizo sus correrías por toda Idumea: no sólo saqueó aldeas y ciudades, sino que también asoló el campo. Pues, además de los soldados, iban con él cuarenta mil hombres, de modo que no eran suficientes para esta multitud los víveres que tenían. A esta necesidad se sumaba su 535
crueldad y su odio hacia la raza idumea[254], motivos que tu-

---

[251] Historia narrada en *Génesis* 13, 18.

[252] Las sepulturas de los descendientes de Abraham son mencionadas también en *Génesis* 23, 2-19; 25, 9 y 35, 27-29. En la actualidad Hebrón tiene como un orgullo la posesión de estos vestigios del pasado, que se visitan en las cuevas de Ḥaram el-Khalil.

[253] Es la encina, el bálano o el terebinto de Mambré de que nos hablan, según las distintas versiones, los textos bíblicos (*Génesis* 13, 18; 14, 3 y 18, 1) y que se hallaba en Ḥaram Ramet el-Khalil, a 3 kilómetros al norte de Hebrón. Allí Abraham acampó con sus tiendas y levantó un altar en honor de Yahveh. El lugar podría considerarse un bosque sagrado, con el árbol como protagonista de un culto a la vegetación, al que acudían peregrinos para celebrar determinadas fiestas (cf. Eusebio, *Vida de Constantino* III 51-53 y Sozomeno, *Historia eclesiástica* II 4). En *Antigüedades* I 186 nuestro autor da a este árbol el nombre de encina de Ógigo. Este personaje de la mitología griega está asociado en el Ática y en Beocia a diversas leyendas de los primeros momentos de la historia humana, en concreto en relación con el relato del diluvio de Deucalión y Pirra. En las *Antigüedades* de Flavio Josefo son muy frecuentes estos cruces entre la historia bíblica y las leyendas mitológicas griegas, en una línea apologética y propagandística que sigue muy de cerca la práctica de la literatura judeo-helenística anterior.

[254] Este personaje ya había devastado Idumea, como se ha visto en II 653-654. Las rivalidades de los judíos con esta raza «hermana» son tradicionales desde los tiempos bíblicos (cf. nota a IV 224). No obstante, la presencia árabe en esta región (cf. II 76, *Antigüedades* XVI 292 y XX 5) había acrecentado en esta época el odio hacia este pueblo, como muy

vieron como consecuencia la completa devastación de este
536 país. Del mismo modo que después de pasar las langostas se puede ver todo el bosque sin hojas, así también al paso del
537 ejército de Simón todo quedaba desierto. Incendiaron algunos lugares, otros los destruyeron, hicieron desaparecer la totalidad de la vegetación del campo, al pisotearla o al servirse de ella como aprovisionamiento, y al pasar sobre la tierra cultivada la convirtieron en más árida que la de un terreno estéril. En resumen se puede decir que en las regiones asoladas no quedó señal de lo que había existido.

Los zelotes capturan a la mujer de Simón

Estos acontecimientos enardecieron de
538 nuevo a los zelotes. Temían enfrentarse abiertamente a Simón en un combate, por lo que prepararon emboscadas en los caminos y capturaron a su mujer y a mu-
539 chos de su servidumbre. Luego, como si hubiesen hecho prisionero al propio Simón, regresaron contentos a la ciudad, pues esperaban que enseguida vendría él a entregar sus
540 armas y a suplicar por su mujer. Sin embargo, a Simón no le entró compasión por este rapto, sino que se llenó de ira. Acudió ante la muralla de Jerusalén, como las fieras heridas que no han atrapado a los que las han atacado, y descargó su
541 furia contra aquellos con los que se encontró. A todos los que salían fuera de las puertas de la ciudad para recoger legumbres o leña, estuvieran desarmados o fueran ancianos, los cogía, torturaba y mataba. En el exceso de su furia poco
542 le faltó para probar la carne de los muertos[255]. A muchos les

---

bien lo testimonia TÁCITO, *Anales* V 1, cuando recuerda cómo Vespasiano tenía una escolta de árabes, que odiaban a los judíos, como «suele ocurrir entre los pueblos vecinos».

[255] También en los últimos momentos del asedio de Jerusalén Josefo volverá a insistir en esta atrocidad; cf. VI 373.

cortó las manos y los envió a la ciudad para que atemorizaran a los enemigos y al mismo tiempo para hacer que el pueblo se alzara contra los responsables de la situación. Les 543 había encargado decir que Simón había jurado por Dios, que todo lo ve, que si no le devolvían enseguida a su esposa, derribaría la muralla y haría lo mismo con todos los habitantes de la ciudad, sin perdonar a ninguna edad y sin distinguir a los culpables de los inocentes. No sólo el pueblo, sino tam- 544 bién los zelotes se asustaron ante estas palabras y le entregaron a su mujer. Entonces, durante un tiempo, se calmó y detuvo su continua matanza.

Guerra civil en Italia

No había rebelión y guerra civil úni- 545 camente en Judea, sino también en Italia. Galba había sido asesiando en medio del 546 Foro romano[256], y Otón, proclamado emperador, luchaba contra Vitelio, quien aspiraba al trono, pues le habían elegido las legiones de Germania. Cuando en Bedríaco[257], en la Galia, tuvo lugar un 547 combate contra Valente y Cecinna, generales de Vitelio, el primer día el vencedor fue Otón, pero el segundo lo fue el ejército de Vitelio. Hubo una gran matanza, y, cuando Otón 548 se enteró de la derrota, se suicidó en Brixelo[258], después de haber estado en el poder durante tres meses y dos días[259]. Su 549 ejército se unió a los generales de Vitelio, que en persona bajó a Roma con sus tropas.

---

[256] Cf. IV 494 y 499.

[257] Población de la Galia Cisalpina Transpadana, en el camino de Cremona a Mantua, cerca de Verona. Tácito, *Historias* II 41-49, refiere también estos acontecimientos.

[258] En la Galia Cisalpina Cispadana, en la orilla del río Po, al nordeste de Parma.

[259] Otón se suicidó el 17 de abril del año 69, después de ocupar el poder durante «noventa y cinco días», según Suetonio, *Otón* XI.

Vespasiano concluye la conquista de Judea

550 Mientras tanto[260], Vespasiano salió de Cesarea el quinto día del mes de Daisio y marchó contra las regiones de Judea
551 que aún no habían sido sometidas. Subió a las montañas y se apoderó de dos toparquías, llamadas Gofna[261] y Acrabatene, y luego de las pequeñas poblaciones de Betela[262] y Efraín[263], donde estableció guarniciones y marchó a caballo hasta Jerusalén. Hizo una gran matanza con los que hallaba en el camino y cogió
552 a muchos prisioneros. Uno de sus oficiales, Cereal[264], con un destacamento de caballería y de infantería asoló la llamada Idumea Superior[265]. Tomó al asalto e incendió Cafetra[266], que aunque parezca una pequeña ciudad, no lo es, se
553 dirigió a otro lugar llamado Carabin[267] y lo asedió. Su muralla era muy sólida, y, aunque él esperaba gastar allí mucho tiempo, la gente de dentro le abrió de repente las puertas y

---

260 Se reanuda la narración interrumpida en IV 449, cuando Vespasiano llegó a Jericó, y en IV 491-502, cuando se trasladó a Cesarea.

261 Gofna, al norte de Jerusalén, es una de las once divisiones administrativas de Judea, descritas en III 55.

262 La Betel bíblica, Beitin de hoy, a unos 17 kilómetros al norte de Jerusalén. Son muchos los pasajes bíblicos que se ubican en esta ciudad, como es el caso del sueño de Jacob (cf. *Jacob* 28, 199) o la importancia que acaparó, en competencia con Jerusalén, esta población cuando se produjo el cisma de Israel con Jeroboam (cf. *I Reyes* 12, 26-33); cf. ABEL, *Geógraphie...*, II, págs. 270-271.

263 La actual Et-Tajibeh, un poco más al nordeste que la anterior. Es la bíblica Ofra de *Josué* 18, 23 ó *I Samuel* 13, 17, que aparece ya con el nombre de Efraín en *I Macabeos* 11, 34 y *Juan* 11, 54.

264 Sexto Cereal Vetuleno, legado de la quinta legión que intervino en la matanza de los samaritanos en el monte Garizim; cf. III 310-315.

265 Cf. nota a IV 511.

266 La ubicación de este lugar sigue aún sin identificar.

267 Pequeña población idumea, actual Khirbet el-Biss, en el camino de Hebrón; cf. ABEL, *Geógraphie...*, II, págs. 287-288.

salió a entregarse a él como suplicante con ramas de olivo. Tras esta rendición, Cereal marchó a Hebrón, otra antiquí- 554
sima localidad, que, como ya he dicho[268], está en la zona montañosa no lejos[269] de Jerusalén. Entró allí a la fuerza, ejecutó a toda la población joven y quemó la ciudad. Cuan- 555
do ya había sido sometida la totalidad de la región, salvo Herodio, Masadá y Maqueronte, enclaves que estaban en manos de los bandidos, los romanos pusieron entonces su punto de mira en Jerusalén.

Continúan las atrocidades de los zelotes

Después de que[270] Simón recobró a 556
su mujer de manos de los zelotes, volvió de nuevo contra lo que aún quedaba de Idumea. Al acosar a este pueblo por todas partes obligó a su mayoría a refugiarse en Jerusalén. Él mismo los siguió hasta la ciudad. Rodeó otra 557
vez la muralla y mató a todo el que cogía de los que salían a trabajar al campo. Para el pueblo Simón era, en el exterior, 558
más terrible que los romanos, en cambio, en el interior, los zelotes eran peores que los dos juntos. Entre estos últimos destacaba el grupo de los galileos por sus malvados designios y por su audacia[271]. Pues ellos eran los que habían ele- 559
vado a Juan al poder, y éste para recompensarles por la autoridad que le habían concedido, les permitía hacer todo lo que querían. Su deseo por saquear era insaciable; se diver- 560
tían registrando las casas de los ricos, matando hombres y violando mujeres. Lo que robaban lo devoraban con san- 561

[268] IV 529.

[269] Hebrón dista de Jerusalén poco más de 35 kilómetros.

[270] Se vuelve a los acontecimientos narrados en IV 544.

[271] Desde que Herodes fue gobernador de Galilea (cf. I 204) ya se detectaban en esta región movimientos revolucionarios de índole diversa; cf. I 304, II 56, etc.

gre[272] y, cuando ya se habían hartado de ello, sin ningún tipo de vergüenza adoptaban costumbres afeminadas: se peinaban el pelo, se ponían vestidos de mujer, se llenaban de perfumes y se
562 pintaban sus ojos para parecer más bellos[273]. No sólo imitaban el adorno de las mujeres, sino también sus pasiones y por su desmedido libertinaje imaginaban amores antinaturales. Se revolcaban en la ciudad como si estuvieran en un prostíbulo y la
563 manchaban toda ella con sus acciones impuras. A pesar de su aspecto femenino, tenían unas manos asesinas. Se acercaban con paso suave y de pronto se transformaban en guerreros, sacaban las espadas de debajo de sus teñidos mantos de fina lana
564 y se las clavaban al que se encontraban. Simón acogía de forma aún más sanguinaria a los que huían de Juan: el que escapaba del tirano que había dentro de las murallas era ejecutado por el
565 que estaba delante de las puertas de la ciudad. Los que querían pasarse al bando romano tenían cerradas todas las vías para la deserción.

Discordias entre los zelotes. Los idumeos frente a Juan de Giscala

566 El ejército se alzó contra Juan y todos los idumeos[274], que formaban parte de él, se separaron y fueron contra el tirano por la envidia que sentían hacia su propio po-
567 der o por el odio a su crueldad. Se enfrentaron a los zelotes, mataron a muchos de ellos y al resto le obligaron a encerrarse en el palacio real construido por

---

[272] Con las mismas palabras se expresa Flavio Josefo en la descripción de las atrocidades de los últimos momentos del asedio de Jerusalén en VI 372.

[273] Como recuerda Pelletier, en su comentario *ad loc.*, algunos textos bíblicos mencionan esta práctica (cf. *II Reyes* 1, 30 y *Jeremías* 4, 30).

[274] Los idumeos seguían en la ciudad, como se precisó en nota a IV 353.

Grapte, que era pariente de Iza, el rey de Adiabene[275]. Irrumpieron en él los idumeos y, tras expulsar de allí a los zelotes hacia el Templo, se dedicaron a saquear los bienes de Juan. 568
Pues éste vivía en el palacio antes mencionado y allí tenía 569
guardado el botín de su tiranía. Entre tanto, la multitud de 570
los zelotes que estaba dispersa por la ciudad se unió a los que se habían refugiado en el Templo. Juan se dispuso a llevarlos contra el pueblo y contra los idumeos. Estos últimos, que 571
eran mejores soldados que ellos, no temían tanto su ataque como sus arrebatos de locura, a saber, el hecho de que por la noche salieran del Templo para matarles a todos e incendiar la ciudad. Se reunieron con los sumos sacerdotes y decidie- 572
ron de qué modo había que protegerse de este ataque. Pero 573
Dios convirtió estas decisiones en su propia desgracia. Planearon un remedio para su salvación que fue peor que la destrucción. Pues, en efecto, para acabar con Juan decidieron aceptar a Simón e introducir entre ellos con súplicas un segundo tirano. Se llevó a cabo esta decisión: enviaron al 574
sumo sacerdote Matías[276] para pedir que entrara en la ciudad Simón, al que tanto habían temido. También le insistieron en esta petición los que habían huido de los zelotes de Jerusalén por el deseo de recuperar sus casas y sus posesiones. Él aceptó con arrogancia ser su jefe y entró con el fin 575
de liberar la ciudad de los zelotes, aclamado por el pueblo como salvador y como benefactor. Cuando ya hubo pene- 576
trado con sus tropas, se preocupó de todo lo relacionado con

[275] Iza o Izates es el hijo de la reina Elena de Adiabene. *Antigüedades* XX 17-94 narra la conversión de esta soberana y de su pueblo al judaísmo y de su viaje a Jerusalén, donde levantó un palacio y su propia tumba (cf. V 55, 119, 147 y 253). No obstante, no tenemos ninguna referencia más sobre el personaje de Grapte.

[276] Matías, hijo de Boeto, morirá a manos de Simón, junto con sus tres hijos; cf. V 527-530.

su propia autoridad y consideraba enemigos tanto a los que le habían hecho venir como a aquéllos contra los que había sido llamado.

Simón se hace dueño de la situación

577 De esta forma Simón se convirtió en dueño de Jerusalén el més de Jántico[277], el tercer año de la guerra. Por su parte, Juan y la multitud de los zelotes tenían una difícil salvación, pues no podían salir del Templo y habían perdido sus posesiones en la ciudad, ya que los hombres de Simón habían saqueado rápidamente sus bienes.
578 Éste con la ayuda del pueblo asaltó el Templo, mientras que los zelotes, situados sobre los pórticos y en las almenas, re-
579 chazaban el ataque. Cayeron muchos de los hombres de Simón y un gran número de ellos salió herido, pues los zelotes desde sus elevadas posiciones hacían sus disparos con facili-
580 dad y con una buena puntería. Además de contar con un lugar privilegiado levantaron también cuatro enormes torres para
581 lanzar sus proyectiles desde más arriba: una en el ángulo que mira hacia levante y el norte, la otra por encima del Xisto[278] y
582 la tercera en el otro ángulo, frente a la Ciudad Baja[279]. La cuarta torre estaba construida encima de las habitaciones de los sumos sacedotes[280] que había en el Templo, donde, si-

[277] Mes del calendario macedónico equivalente a parte de marzo y abril.

[278] Se trata del lugar de reunión del Sanedrín. Por estas indicaciones su ubicación parece localizarse al este del Xisto en dirección hacia el Templo, fuera de los límites de la Ciudad Alta. La Misná llama a la sede del Gran Sanedrín *lškt hgzyt*, es decir la «sala junto al Xisto»; cf. SCHÜRER, *Historia...*, II, págs. 300-302.

[279] Es el Acra, la ciudadela de la gran colina del ángulo suroeste del Templo levantada por Antíoco IV Epífanes; cf. I 39 y 50.

[280] Estas estancias, ubicadas en el atrio interior, recibían el nombre de Pastoforias y servían para el uso privado de los sacerdotes y para guardar en ellas los objetos sagrados que se utilizaban en el culto.

guiendo la tradición, uno de los sacerdotes anunciaba con una trompeta, por la tarde, el comienzo del séptimo día de la semana y, por la noche, también tocaba el final de la jornada, pues de esta forma anunciaba al pueblo el cese y el comienzo del trabajo respectivamente[281]. En las torres colocaron oxibe- 583
las[282], balistas, arqueros y honderos. Entonces Simón aminoró 584
sus ataques, pues la mayoría de sus hombres flojeaba, si bien resistió porque era mayor el número de sus efectivos, a pesar de que los disparos hechos desde lejos por las máquinas mataban a muchos de sus combatientes.

Vitelio en Roma. Vespasiano es proclamado emperador

En este preciso momento se apodera- 585
ron también de Roma grandes calamidades[283]. Pues había llegado de Germania 586
Vitelio con su ejército, que además arrastraba consigo otra gran multitud de gente. Como no halló sitio suficiente para todos en los lugares destinados a las tropas, convirtió a Roma en un campamento y llenó todas las casas de soldados. Cuando estos indivi- 587
duos, cuyos ojos no estaban acostumbrados a ello, vieron la riqueza de los romanos y se encontraron rodeados por todas partes de plata y oro, a duras penas pudieron contener sus deseos para no dedicarse al pillaje y matar a los que les es-

[281] Este anuncio del comienzo de la festividad del sábado en la tarde anterior es mencionado también por el Talmud baibilonio (*Sukkah* 5, 5 y *Shabbath* 35 b). *Números* 10, 10 prescribe el toque de la trompeta con diversos usos: para partir de un lugar, para entrar en combate y, cómo no, también para festejar los sacrificios y holocaustos.

[282] Sobre estas catapultas de artillería menor, que servían para el lanzamiento de flechas o dardos, puede verse la nota a II 553.

[283] Otra vez se vuelve a la historia de los acontecimientos ocurridos en Roma, que Josefo había dejado en IV 549. Tácito, *Historias* II 87-93, y Suetonio, *Vitelio* X-XI, constituyen un relato paralelo de estos hechos; cf. nota a IV 496.

torbasen en su propósito. Esto es lo que entonces ocurría en Italia.

588 Cuando Vespasiano regresó a Cesarea, tras someter las regiones próximas a Jerusalén, se enteró de los disturbios de
589 Roma y del nombramiento de Vitelio como emperador. Esta noticia le llenó de indignación, a pesar de ser una persona que sabía tanto recibir órdenes como darlas, y manifestó su rechazo por un soberano que se había lanzado con furia so-
590 bre el Imperio como si se tratara de un desierto. Muy afectado por esta desgracia no era capaz de soportar esta tortura ni de ocuparse de otras guerras, mientras su patria era des-
591 truida. Pero al igual que le empujaba a vengarse su ira, así también le contenía el hecho de pensar en la distancia, ya que la Fortuna se le podía adelantar y jugarle aún bastantes malas pasadas antes de que él llegara a Italia en su travesía por mar, sobre todo por tratarse de pleno invierno. Por consiguiente reprimió la cólera que ardía con fuerza en su interior.

592 Sin embargo, los oficiales y los soldados, reunidos en pequeños círculos, planeaban ya abiertamente un cambio e, indignados, decían a gritos que las tropas[284] que con lujo vivían en Roma y que no soportaban oír hablar de guerra elegían para el Imperio a los que querían y proclamaban a los
593 emperadores por la esperanza de obtener ganancias. En cambio, ellos, que habían pasado tantas fatigas y que habían envejecido bajo la armadura, entregaban a otros esta facultad de elegir emperador, cuando entre ellos tenían a la persona
594 que más méritos poseía para ejercer el poder. ¿Cuándo, mejor que ahora, iban a poder devolver a Vespasiano el

[284] Podrían ser tanto los pretorianos, que habían decidido la elección de Otón y de Galba, como las legiones de Vitelio, que habían regresado de Germania; cf. el comentario al respecto de PELLETIER.

afecto que él había tenido con ellos, si perdían la ocasión de
este momento? En justicia Vespasiano tenía más derecho
para ser emperador que Vitelio, como también lo tenían
ellos frente a los que habían elegido a este último personaje.
En efecto, ellos no habían luchado en guerras de menor ca- 595
libre que las de Germania ni eran inferiores con sus armas a
los que habían traído de allí al tirano. No habría necesidad 596
de luchar, pues el Senado y el pueblo de Roma no soporta-
rían el libertinaje de Vitelio en comparación con la pruden-
cia de Vespasiano, ni preferirían un tirano cruel, en lugar de
un buen jefe, ni un soberano sin hijos[285], en lugar de un pa-
dre, pues es muy importante para la seguridad de la paz el
que los reyes tengan sucesores legítimos. Por tanto, si el 597
mando debía recaer en la experiencia de la edad, ellos tenían
a Vespasiano, y si debía hacerlo en la fuerza de la juventud,
tenían a Tito. Pues de esta forma se unirían las ventajas de
las edades de ambos. No sólo ellos, que tenían tres legio- 598
nes[286] y las fuerzas aliadas de los reyes, darían su apoyo al
que fuera designado emperador de estos dos, sino que tam-
bién colaboraría todo el Oriente y todas las zonas de Europa
que han estado al margen del terror de Vitelio, así como sus
aliados de Italia, un hermano de Vespasiano[287] y otro de sus
hijos[288]. Al primero se le sumarían muchos jóvenes ilustres, 599
y al segundo se le ha confiado la protección de la ciudad, lo
que constituía una parte importante para llegar al poder del
Imperio. Resumiendo, si ellos se retrasaban en llegar, el Se- 600

---

[285] Según referencia de TÁCITO, *Historias* III 67, y SUETONIO, *Vitelio* VI, Vitelio tenía un hijo tartamudo.

[286] La V *Macedonia*, X *Fretensis* y XV *Apollinaris;* cf. III 65-69.

[287] Flavio Sabino, que entonces era prefecto de Roma (cf. TÁCITO, *Historias* III 69-75), morirá a manos de los partidarios de Vitelio, según contará el propio Josefo más adelante; cf. IV 645-649.

[288] Domiciano, el futuro emperador.

nado enseguida nombraría emperador a un individuo al que desprecian las tropas, que han combatido junto a él.

601 Esto es lo que hablaban los soldados en sus reuniones. Luego, tras congregarse y animarse entre sí, proclamaron emperador a Vespasiano y le pidieron que salvara el Impe-
602 rio, que entonces peligraba[289]. Hacía tiempo que se preocupaba por el Estado, pero nunca había querido mandar él mismo, pues, aunque se consideraba digno por las empresas que había llevado a cabo, sin embargo prefería la seguridad de la vida privada a los peligros de un cargo importante.
603 Ante su rechazo los oficiales insistieron aún más y los soldados le rodearon con sus espadas desenvainadas y amenazaron con matarle, si no aceptaba vivir con la dignidad que
604 se merecía. Después de extenderse en contarles los motivos por los que no aceptaba el mando, finalmente, como no les convenció, accedió ante los que le aclamaban como emperador.

Vespasiano en Egipto. Descripción de Alejandría

605 Muciano[290] y los demás oficiales le pidieron que actuara ya como emperador, mientras que el resto de su ejército le demandó que le condujera contra cualquier tipo de enemigo. Ante estas peticiones Vespasiano se encargó primero de los asuntos de Alejandría, pues sabía que Egipto era la parte más importante del

[289] El destacado papel que en este relato otorga Josefo a la tropas de Judea en la proclamación de Vespasiano como emperador contrasta con otras fuentes que existen al respecto. TÁCITO, *Historias* II 79 ss., y SUETONIO, *Vespasiano* VI, ponen el énfasis en la actuación de Tiberio Alejandro y las legiones de Egipto en este nombramiento. La fecha de este evento no coincide en las dos fuentes: para TÁCITO, fue en el *quinto Nonas*, es decir, el 3 de julio, para SUETONIO, *quinto Idus Iulias*, el 11 de julio.

[290] El legado de Siria citado en IV 32.

Imperio por su aportación de trigo[291]. Si se apoderaba de 606
este país y si la situación se prolongaba, tenía la esperanza de destruir por la fuerza a Vitelio, puesto que en Roma el pueblo no soportaría el hambre. Por otra parte, quería atraerse a las dos legiones de Alejandría[292]. También desea- 607
ba tener esta región[293] como una defensa contra la inseguridad de la Fortuna, ya que es un lugar de difícil acceso por
tierra y no tiene puertos en el mar. A Occidente la protegen 608
los desiertos de Libia, al Sur Siene[294], que la separa de Etiopía, y las innavegables cataratas del río Nilo, a Oriente el
Mar Rojo, que llega hasta Copto[295]. Al Norte hace de mura- 609
lla la tierra que llega hasta Siria y el llamado «Mar Egipcio», que carece totalmente de puertos[296]. De esta forma
está Egipto protegido por todos los lados. Entre Pelusio[297] y 610
Siene hay una distancia de dos mil seiscientos estadios[298], y por mar desde Plintine[299] a Pelusio hay tres mil seiscientos

[291] II 386 recuerda cómo Alejandría producía trigo para abastecer a Roma durante cuatro meses.

[292] La III *Cirenaica* y la XXII *Dejotariana;* cf. II 387.

[293] Este *excursus* sobre la geografía de Egipto es uno de los muchos que incluye Josefo en su historia; cf. apartado 3 de la Introducción.

[294] Conocida más bien con el nombre de Asuán.

[295] Koft, en la orilla derecha del Nilo, al nordeste de Tebas o Luxor. La afirmación de Josefo no es correcta, ya que el Mar Rojo está a unos 450 kilómetros más al norte de este lugar.

[296] Mar Egipcio o Mar de Egipto es el nombre dado al mar Mediterráneo en esta zona oriental, como lo testimonia, por ejemplo, ESTRABÓN, I 2, 28, II 5, 20 y 24.

[297] Ciudad de la costa mediterránea, a unos 35 kilómetros al este del canal de Suez, punto clave en la entrada a Egipto desde el Norte y el Este; cf. I 175, 190-191 y VII 420.

[298] Exactamente hay casi 1.000 kilómetros, por tanto bastante más de esos dos 2.000 estadios señalados por Josefo.

[299] Población no identificada, aunque parece que estaba situada al oeste de Alejandría, cerca de la frontera con Libia.

611 estadios[300]. El Nilo es navegable hasta la llamada Ciudad de los Elefantes[301]; más arriba las cataratas que hemos mencio-
612 nado antes impiden continuar adelante. El puerto de Alejandría[302] tiene un acceso difícil para los barcos, incluso en tiempo de paz, pues su entrada es estrecha y los escollos que hay bajo el mar obligan a hacer la trayectoria dando rodeos.
613 Su parte izquierda está protegida por muros artificiales y en la derecha se halla la llamada isla de Faros, que posee una altísima torre que alumbra a los navegantes hasta una distancia de trescientos estadios, para que así por la noche fondeen sus embarcaciones lejos, habida cuenta de los peligros
614 de acercarse a la costa[303]. Alrededor de esta isla se alzan unas enormes murallas, construidas por manos humanas. El mar, al golpear contra estos muros y romper contra los diques que se encuentra de frente, dificulta el acceso y hace
615 peligrosa la entrada a través del estrecho paso. No obstante, el puerto es muy seguro en el interior, con una longitud de treinta estadios[304]. A él llegan los bienes que le faltan al país para su bienestar y desde él se distribuyen a todo el mundo los productos que allí sobran[305].

[300] Estos estadios superan en mucho la distancia real, que podría alcanzar no más de 500 kilómetros, hasta los confines occidentales de la provincia romana de Egipto.

[301] Es la isla de Elefantina, citada por ESTRABÓN, XVII 1, 48, que se halla frente a Asuán en la primera de las cataratas del Nilo.

[302] Es, de los tres puertos que tenía Alejandría, el llamado Puerto Grande; cf. ESTRABÓN, XVII 1, 6.

[303] Este célebre faro, que recibe el nombre precisamente por estar situado en esta isla, era una de las siete maravillas del mundo; cf. ESTRABÓN, I 2, 23.

[304] 30 estadios parece demasiada extensión para el Puerto Grande, por lo que podría incluirse en ella también el puerto que miraba a Occidente, llamado Eunostos, que está separado del anterior por el Heptastadio.

[305] Estas mismas apreciaciones se recogen en el texto de ESTRABÓN, XVII 1, 13.

La aclamación de Vespasiano recibe más apoyos

Por consiguiente, era lógico que Vespasiano quisiera hacerse cargo de la situación de Egipto para así asegurar el poder de todo el Imperio. Escribió inmediatamente una carta a Tiberio Alejandro[306], gobernador de Egipto y de Alejandría, en la que le comunicaba la voluntad del ejército y le decía que al asumir, por la necesidad del momento, el peso del Imperio le había nombrado a él colaborador y ayudante suyo. Cuando Alejandro 617 leyó en público la carta, hizo jurar a las legiones y al pueblo fidelidad hacia Vespasiano. Todos obedecieron voluntariamente, ya que conocían el valor de este hombre por las campañas que había dirigido en las regiones vecinas. Tibe- 618 rio Alejandro, tras habérsele confiado ya la autoridad imperial, preparó la llegada de Vespasiano. Más veloz que el pensamiento, se extendió la noticia de que había sido proclamado un emperador en Oriente y toda la ciudad festejó la buena nueva e hizo sacrificios en su honor. Las legiones de 619 Mesia y Panonia[307], que poco antes se habían alzado contra la audacia de Vitelio, juraron con grandísima alegría fidelidad a Vespasiano. Este último salió de Cesarea y se pre- 620 sentó en Berito[308], donde acudieron a él muchas legaciones de Siria y también de otras provincias[309], que le trajeron de

616

[306] Sobre este personaje, de ascendencia judía, y su actividad en la política romana de esta época véase la nota a II 220.

[307] La III *Gallica*, VIII *Augusta* y la VII *Claudia*, en Mesia, y la VII *Galbiana* y la XIII *Gemina*, en Panonia, eran las legiones que constituían la guarnición de estas provincias del sur del Danubio; cf. II 369 y TÁCITO, *Historias* II 85-86.

[308] Actual Beirut, en el Líbano.

[309] Se adhirieron a Vespasiano el rey Soemo, Antíoco IV de Commagene y Agripa II de Palestina, así como todas las provincias que bañan el mar hasta Asia y Acaya y por el interior hasta el Mar Negro y Armenia, salvo Capadocia; así lo expresa TÁCITO, *Historias* II 81.

cada una de sus ciudades coronas y los acuerdos de felicita-
621 ción que se habían tomado en ellas. Se personó también Muciano, el gobernador de la provincia, para manifestarle el apoyo de la población y los juramentos que se habían hecho en cada localidad.

Liberación de Josefo

622 Dado que la Fortuna por todos los sitios se ponía de su lado, de acuerdo con sus deseos, y los acontecimientos le eran favorables en su mayor parte, Vespasiano empezó entonces a pensar que no se había hecho con el Imperio sin la intervención de la Providencia divina, sino que un justo hado le había entregado el po-
623 der del mundo. Le vinieron a la memoria entre otras señales, pues eran muchos los presagios que por todos los sitios le habían vaticinado el Imperio[310], las palabras de Josefo, que, en vida de Nerón, se había atrevido a llamarle emperador[311].
624 Se inquietó por el hecho de que este hombre fuera aún su prisionero, mandó llamar a Muciano junto con sus otros oficiales y amigos y empezó por exponerles la valentía de Josefo y todo lo que había padecido por su causa en Jotapa-
625 ta[312]. Después les contó las profecías, que él mismo había considerado una invención producida por el miedo del momento, pero que el tiempo y los hechos han demostrado que
626 son de origen divino. Por ello dijo: «Es una vergüenza que continúe en la situación de un prisionero de guerra y en la suerte de un encadenado la persona que me ha profetizado

[310] TÁCITO, *Historias* I 10, II 1, 78; SUETONIO, *Vespasiano* IV-V y DIÓN CASIO, LXVI 1, 4, confirman la existencia de estas predicciones en Oriente, que Josefo manipula de acuerdo con el mesianismo judío de la época; véase nota a III 404.

[311] Así lo leemos en III 401.

[312] Cf. la toma de Jotapata en III 316 ss.

el Imperio y que es el ministro de la voz de Dios». Llamó entonces a Josefo y ordenó liberarlo. Como consecuencia de 627
ello se despertó en los oficiales la esperanza de conseguir para ellos mismos brillantes distinciones por el hecho de que Vespasiano había dado tales pruebas de generosidad con un extranjero. Por su parte Tito, que estaba junto a su padre, dijo: «Padre, es justo que con las cadenas de hierro qui- 628
temos también a Josefo su deshonra, pues, si no sólo le quitamos las cadenas, sino que se las rompemos, será igual que una persona que nunca ha sido encarcelada». Efectivamente, esto es lo que se obra con los que han sido hechos prisioneros injustamente. Vespasiano accedió a esta petición, y uno 629
de sus hombres se acercó y cortó con un hacha las cadenas. Josefo recibió la plena libertad[313] como premio por sus predicciones y a partir de ese momento fue considerado digno de confianza para los acontecimientos futuros.

[313] Es decir, la *epithimía*, la plena posesión de los derechos de ciudadanía. Realmente Flavio Josefo no obtendrá su ciudadanía romana hasta que llega con Vespasiano a Roma (cf. *Autobiografía* 423), cuando recibió el gentilicio de *Flavius*, el *nomen* del Emperador que le concedió tal honor y que se convirtió en su protector. Tito conservó y acrecentó su estima por Josefo (cf. *Autobiografía* 428), Domiciano le otorgó el privilegio de la exención de impuestos sobre las propiedades de Judea y hasta la emperatriz Domicia le llenó de favores (cf. *Autobiografía* 429). No es raro que determinados judíos se conviertan en ciudadanos romanos. Antípatro, el padre de Herodes, Tiberio Alejandro, prefecto de Egipto, o Pablo de Tarso, por citar algún ejemplo ya conocido, aunque este hecho era más frecuente fuera de la propia Judea; cf. E. M. SMALLWOOD, *The Jews under Roman rule*, Leiden, 1976, págs. 127-128, 132 y 248-250, y el reciente estudio de M. GOODMAN, «Josephus as Roman Citizen», en F. PARENTE y J. SIEVERS (eds.), *Josephus and the History of Greco-Roman Period*, Leiden-Nueva York, 1994, págs. 329-338.

Muciano acude a Italia

630 Vespasiano, después de conceder audiencia a las embajadas y de repartir los cargos entre todos de forma justa y de acuerdo con los méritos de cada uno, par-
631 tió a Antioquía. Allí pensó a dónde ir y consideró que era más importante la situación de Roma que el ir a Alejandría, ya que veía que esta ciudad estaba segura mientras que aquélla estaba revuelta por acción de Vitelio.
632 Envió a Muciano a Italia y le entregó un numeroso destacamento de soldados de caballería e infantería. Éste, que temía navegar en medio del rigor del invierno, condujo el ejército a través de Capadocia y Frigia[314].

Antonio Primo y Cecinna. Derrota de los hombres de Vitelio en Cremona

633 Entre tanto, Antonio Primo[315] con la tercera de las legiones que se hallaban en Mesia, donde se daba la circunstancia de que él era gobernador, se apresuró para
634 enfrentarse a Vitelio. Este último envió contra él a Cecinna Alieno con una gran tropa, pues confiaba mucho en este hombre por su victoria sobre Otón[316]. Cecinna salió inmediatamente de Roma y se encontró con Antonio en las proximidades de Cremona[317], en la Galia,
635 ciudad que está en las fronteras de Italia. Cuando vio allí el gran número de enemigos y su disciplina, no tuvo valor para

[314] TÁCITO, *Historias* II 83, menciona estas tropas, en especial la legión VI *Ferrata* y trece mil vexilarios, que se unieron a la flota en Bizancio.

[315] Sobre este personaje, cf. IV 495. TÁCITO, *Historias* II 86, contradice esta afirmación de Josefo, dado que Antonio Primo fue comandante de la legión VII *Galbiana* en Panonia no en Mesia. No obstante, esta «tercera legión» es la III *Gallica*, que se hallaba en esa región junto con la VII *Claudia* y la VIII *Augusta*.

[316] Cf. IV 547.

[317] Al norte del río Po, en la Galia Cisalpina.

enfrentarse a ellos y, como juzgó que era peligroso retroce-
der, planeó una traición[318]. Convocó[319] a los centuriones y 636
tribunos que estaban bajo sus órdenes y les animó a pasarse
al bando de Antonio. Para ello menospreciaba los efectivos
de Vitelio y exageraba la fuerza de Vespasiano. Decía que 637
el primero tenía solamente el nombre de emperador, mien-
tras que el segundo tenía el poder. Por tanto, era mejor que
ellos tomaran la delantera, hicieran de grado lo necesario y
se adelantaran al peligro con su decisión, ya que iban a ser
vencidos por las armas. Pues Vespasiano era capaz, incluso 638
sin su ayuda, de conquistar lo que aún quedaba, mientras
que Vitelio ni siquiera podía conservar con ellos lo que tenía.

Con muchas palabras de esta índole les convenció y se 639
pasó con su ejército a Antonio. Esa misma noche se apoderó 640
de los soldados un arrepentimiento y un miedo de que Vite-
lio, que era quien los había enviado allí, resultara vencedor
en la batalla. Entonces sacaron sus espadas y se arrojaron
contra Cecinna para matarlo, y habrían ejecutado esta ac-
ción, si los tribunos no se hubieran postrado ante ellos y les
hubieran suplicado que no lo hicieran. Renunciaron a asesi- 641
narlo, pero encadenaron al traidor y estaban dispuestos a
enviárselo a Vitelio. Cuando Primo tuvo noticia de estos he-
chos, al instante puso en pie a sus hombres y los condujo
armados contra los sublevados. Estos últimos resistieron 642
muy poco tiempo en formación de combate y enseguida se
dieron la vuelta y se refugiaron en Cremona. Primo con la
caballería les cortó los accesos, rodeó a un gran número de
ellos delante de la ciudad y los mató; se precipitó al interior
con los que quedaban y dejó a sus soldados que saquearan

[318] Según el relato de TÁCITO, *Historias* II 99-100 y III 12-17, Lucilio Baso, comandante de la flota de Vitelio, había iniciado ya la traición.

[319] Desde aquí hasta el número 641 los paralelos con el relato de TÁCITO, *Historias* III 13-15, van en aumento.

643 el lugar. Allí perdieron su vida muchos comerciantes extranjeros[320], una gran cantidad de sus habitantes y todo el ejército de Vitelio, treinta mil doscientos hombres. Antonio perdió cuatro mil quinientos de sus legionarios de Mesia.
644 Liberó a Cecinna y lo envió a Vespasiano para que comunicara lo sucedido. Cuando llegó, fue recibido por el emperador que cubrió el oprobio de su traición con inesperados honores.

Guerra civil en Roma. Muerte de Vitelio

645 En Roma Sabino volvió a llenarse de valor, cuando tuvo noticia de que Antonio estaba cerca. Reunió a las cohortes que hacían la vigilancia nocturna[321] y se
646 apoderó del Capitolio. Al amanecer[322] se le unieron muchos ciudadanos ilustres y Domiciano, el hijo de su hermano, que constituía la parte más importante
647 de sus esperanzas de obtener el triunfo. Primo[323] apenas era para Vitelio una preocupación, aunque este último estaba furioso contra los que se habían sublevado con Sabino. Sediento de sangre noble, a causa de su natural crueldad, envió contra el Capitolio el destacamento del ejército que había
648 venido con él. Estos soldados y los que combatían desde lo alto del templo hicieron demostración de numerosas hazañas valerosas. Al final, las tropas de Germania, que eran su-
649 periores en número, se adueñaron de la colina. Domiciano

[320] La fama del mercado de Cremona es mencionada por TÁCITO, *Historias* III 32.

[321] Estas cohortes habían sido instituidas por Augusto, bajo el mando del prefecto de la ciudad, para hacer frente a los incendios por la noche (cf. SUETONIO, *Augusto* 309, y DIÓN CASIO, IV 26).

[322] Tácito, *Historias* III 69, precisa que fue «antes de la medianoche».

[323] Esta maquinación es capitaneada por Sabino, en lugar de por Antonio Primo, en el relato paralelo de TÁCITO, *Historias* III 70-71.

junto con muchos notables romanos se salvó milagrosa-
mente[324], mientras que toda la demás gente fue degollada.
Sabino, llevado ante Vitelio, fue ejecutado y sus soldados
saquearon las ofrendas e incendiaron el templo. Al día si- 650
guiente Antonio llegó con su ejército. Los hombres de Vite-
lio salieron a su encuentro y entablaron combate en tres ba-
rrios de la ciudad[325]. Todos perecieron. Vitelio salió del 651
palacio borracho y con el estómago lleno, después de haber
comido en un desenfrenado banquete más abundante que
otras veces, como si se tratara de sus últimos momentos de
vida. Arrastrado por la multitud fue ultrajado de todas las 652
formas posibles y fue degollado en pleno centro de Roma,
después de haber reinado durante ocho meses y cinco días[326].
Creo que si hubiera vivido más tiempo, el Imperio no le ha-
bría bastado para su libertinaje. El número de los demás 653
muertos superó los cincuenta mil. Estos hechos acaecieron 654
el tercer día del mes de Apeleo[327]. Al día siguiente se pre-
sentó Muciano con sus tropas y puso fin a la matanza que
hacían los hombres de Antonio, pues éstos todavía registra-
ban las casas y asesinaban a muchos de los soldados de Vi-
telio y a numerosa gente del pueblo, como si fueran partida-
rios de aquél, pues su cólera les llevaba a no perder el tiem-

[324] En efecto, Domiciano, el futuro emperador, se había escondido en la casa de un guardián del Templo Capitolino y luego escapó de allí vestido con ornamentos sagrados; cf. TÁCITO, *Historias* III 71, y SUETONIO, *Domiciano* I.

[325] La Vía Flaminea, Vía Salaria y la ribera del Tiber; cf. TÁCITO, *Historias* III 82.

[326] Desde el 17 de abril al 20 ó 21 de diciembre del año 69. Este final de Vitelio coincide con la narración de TÁCITO, *Historias* III 84-85, y con la de SUETONIO, *Vitelio* XVII-XVIII.

[327] Mes del calendario macedónico, que se corresponde con Kislev, en el cómputo hebreo, y con la segunda mitad de noviembre y parte de diciembre del calendario juliano.

po en distinguir con exactitud entre unos y otros. Muciano llevó a Domiciano ante la multitud y le presentó como su je-
655 fe hasta que llegara su padre[328]. El pueblo, liberado ya del miedo, aclamó a Vespasiano como emperador y celebró una fiesta en la que se festejaba tanto su llegada al trono como la destitución de Vitelio.

Vespasiano regresa a Roma desde Alejandría. Tito asume el ataque a Jerusalén

656 Cuando Vespasiano llegó a Alejandría, recibió las buenas noticias de Roma y acudieron a felicitarles embajadores[329] de todo el mundo habitado, que ahora era suyo. Esta ciudad, que era la más grande después de Roma, resultó demasiado pe-
657 queña para tanta gente. Dado que ya ahora, en contra de lo que se esperaba, todo el Imperio estaba bajo su autoridad y se había puesto a salvo el Estado romano, Vespasiano dirigió su atención a lo que aún quedaba por resolver en Judea.
658 Él deseaba embarcarse para Roma, ya que el invierno estaba acabando, y con rapidez dejó organizada la situación de Alejandría[330]. Envió a su hijo Tito con los mejores hombres
659 de su ejército a conquistar Jerusalén. Éste avanzó por tierra

---

[328] Más detalles sobre estos acontecimientos pueden verse en TÁCITO, *Historias* IV 1-11.

[329] TÁCITO, *Historias* IV 51, recuerda la aportación del rey parto Vologeso con cuarenta mil arqueros a caballo.

[330] Además Vespasiano tenía especial interés en regresar a causa de las noticias poco favorables que le habían llegado sobre la conducta de su hijo Domiciano; cf. TÁCITO, *Historias* IV 51. Aunque Vespasiano deseaba regresar en invierno, sin embargo prefirió esperar en Alejandría la llegada de los vientos veraniegos. Por ello, no vio Roma hasta la segunda mitad del año 70; cf. W. WEBER, *Josephus und Vespasian. Untersuchungen zu dem judischen Krieg des Flavius Josephus*, Stuttgart, 1921, págs. 250-253.

hasta Nicópolis[331], que dista de Alejandría veinte estadios.
Allí embarcó a su ejército en grandes naves y a través del
Nilo, por el distrito de Mendesio[332], llegó a la ciudad de
Tmuis[333]. Desembarcó en este lugar y caminó hasta la aldea 660
de Tanis[334], donde acampó. Su segunda etapa fue Heracleó-
polis[335] y la tercera Pelusio. Después de estar aquí dos jor- 661
nadas retomó la marcha con el ejército y al tercer día atrave-
só las desembocaduras del Nilo en Pelusio. Tras una etapa
por el desierto[336] estableció su campamento junto al templo
de Zeus Casio[337], y al día siguiente lo hizo en Ostracine[338].

---

[331] De acuerdo con ESTRABÓN, XVII 1, 10, son 30 estadios los que separan Alejandría de este pequeño suburbio de la ciduad, fundado en el 24 a. C. por Augusto en el lugar en que venció a Antonio.

[332] El distrito o nomo de Mendesio, con capital en Mendes, se hallaba en el nordeste del Delta del Nilo.

[333] Las actuales ruinas de Tell Ibn es-Salam, también en el delta, al suroeste de Mendes.

[334] Es la ciudad bíblica de Soan (cf. *Ezequiel* 30, 14), actual El-Ḥagar, en la parte oriental del Delta del Nilo; sobre la antigüedad de esta capital faraónica véase la nota a IV 530. Ya desde la época del rey David y, sobre todo, a partir de Salomón mantuvo relaciones con Jerusalén; cf. P. MONTET, *Les énigmes de Tanis*, París, 1952.

[335] Se trata de la Heracleópolis Parva, no la Magna, situada en el delta en el camino de Pelusio. Actualmente este enclave está cubierto por el lago Menzaleh.

[336] PLUTARCO, *Antonio* III, destaca los peligros de una expedición por este lugar en la campaña que Gabinio iba a emprender junto con Ptolomeo en su invasión de Egipto. En efecto, eran de temer los grandes arenales faltos de agua y el paso por las boca del lago Serbonis, formado por filtraciones del Mar Rojo, y que por ello los habitantes del lugar lo llamaban «respiradero de Tifón».

[337] En las fronteras entre Egipto y Siria, entre el Mediterráneo y el lago Sirbonis, se levanta el monte Casio, donde hay un templo dedicado a Zeus-Amón y donde está enterrado Pompeyo; cf. HERÓDOTO, II 6, 158, III 5 y ESTRABÓN, XVI 2, 32-33

[338] Esta población, sin identificar de forma satisfactoria, parece corresponder con el enclave señalado por PLINIO, *Historia natural* V 12, 8,

En este lugar no hay agua y sus habitantes se sirven de la
662 que traen de fuera. A continuación descansó en Rinocorura[339], y de allí se dirigió en una cuarta etapa a Rafia[340], ciudad donde empieza Siria. En la quinta jornada acampó en Gaza[341]. Luego llegó a Ascalón[342] y de aquí a Jamnia, después a Jope[343] y de esta ciudad a Cesarea, donde había determinado reunir el resto de sus tropas.

---

al este de Pelusio y del monte Casio. En el comentario de RICCIOTTI, *ad loc.*, se recoge la referencia a un promontorio llamado Straki y al pequeño poblado de Zaraniq en esta zona como posibles vestigios actuales de Ostracine.

339 Riconorura, actual El-Arish, era desde Palestina la primera ciudad de la costa egipcia. El origen legendario de su nombre se contiene en ESTRABÓN, XVI 2, 31, a saber, el hecho de que un soberano de Etiopía confinaba en este enclave a los condenados, que en lugar de recibir la pena de muerte se les cortaba la nariz.

340 Rafia era una de las primeras ciudades de la costa palestina, viniendo desde Egipto, entre Gaza y Riconorura; cf. ESTRABÓN, XVI 2, 31.

341 Antigua ciudad filistea convertida ahora en el puerto más importante de la costa fenicia.

342 Sobre esta ciudad, una de las más antiguas e importantes de la costa filistea, véase nota a I 185.

343 Jope actualmente es el puerto de Tel-Aviv, a 52 kilómetros al sur de Cesarea. Sobre la importancia de esta ciudad costera, cf. nota a I 50.



LIBRO V

NOTA TEXTUAL

EDICIÓN DE NIESE	NUESTRO TEXTO
46 (17) ἄρχων, κριθεὶς	ἄρχειν κριθεὶς *Versio Latina,* Hudson
208 (21) ἀφανὲς	ἀχανὲς Bekker, Thackeray
305 (9) ἀπὸ	ἐπὶ Hudson
345 (2) βάρβαρον	βάρος coni. Niese ex *Versio Latina*
449 (2) τοὺς πολεμίους	εἰς τοὺς πολεμίους *MLVRC*
474 (16) Τεφθαῖος	Γυφθαῖος coni. Niese ex *BJ* VI 92 y 148.
474 (19) καὶ ἀγίρας	Χαγείρας Hudson

SIPNOSIS

EL SITIO DE JERUSALÉN. DESDE LA LLEGADA DE TITO HASTA LA CONSTRUCCIÓN DEL MURO DE BLOQUEO (primavera-julio del 70 d. C.)

1. División interna en Jerusalén: Eleazar, Juan y Simón. – 21. Luchas civiles. Sufrimientos del pueblo. – 39. Tito se acerca a Jerusalén con el ejército romano. – 54. Tito en peligro al explorar las murallas. Se salva milagrosamente. – 67. Las cuatro legiones acampan frente a los muros de Jerusalén. – 71. Los tres grupos judíos se unen para atacar. – 81. Tito repele los asaltos judíos. – 98. Rivalidades entre las facciones. Juan ocupa el Templo. – 106. Tito hace los preparativos para el asalto. – 109. Los judíos arremeten contra los romanos. – 120. Tito recrimina a las legiones por su falta de disciplina. – 136. Topografía de Jerusalén: las dos colinas. – 142. Las tres murallas. – 156. Las torres. – 176. El palacio del rey Herodes. – 184. Descripción del Templo. – 190. Los pórticos y el atrio de los gentiles. – 193. El atrio de los israelitas. – 199. El atrio de las mujeres. – 200. Las puertas. – 207. La fachada. – 212. El velo del Templo. – 215. El interior del Templo. El santuario y los objetos sagrados. – 222. El exterior del santuario. El altar de los sacrificios. – 228. Los sacerdotes. Las vestiduras del sumo sacerdote. – 238. La torre Antonia. – 248. Las fuerzas judías. Juan y Simón. – 258. Tito se dispone a atacar. – 266. Los judíos perturban los trabajos del asedio romano. – 275. Los arietes entran en

acción. – 284. Las facciones rebeldes se unen para prender fuego a las máquinas romanas. – 291. Una torre romana se derrumba. – 296. Los judíos se retiran a la segunda muralla. – 303. Tito acampa dentro de la tercera muralla. – 312. El caballero Longino. – 317. Estratagema del judío Cástor. – 331. Los romanos toman la segunda muralla. – 348. Suspensión del asedio. – 356. Construcción de terraplenes para atacar la tercera muralla. – 362. Josefo exhorta a los judíos a la rendición. Su discurso . – 420. Las consecuencias del discurso: las deserciones. – 424. Los horrores del hambre en Jerusalén. – 439. Los ciudadanos pudientes son perseguidos por los tiranos. – 446. Tito castiga a los prisioneros judíos. Su crucifixión. – 460. Antíoco y los «macedonios». – 466. Juan de Giscala y Simón destruyen los terraplenes romanos. – 486. Tito rechaza a los asaltantes. – 491. Consejo de guerra romano. – 502. El muro de bloqueo. – 512. Estragos del hambre. Atrocidades de los rebeldes. – 519. Nuevos terraplenes. – 527. Matanza en Jerusalén. Simón ejecuta al sumo sacerdote Matías. – 534. Judas intenta introducir a los romanos. – 541. Josefo es herido. La falsa noticia de su muerte. – 548. Las atrocidades de árabes y sirios. Tito prohíbe estos hechos. – 562. Juan de Giscala saquea el Templo. – 567. Muertos durante el asedio.

División interna en Jerusalén: Eleazar, Juan y Simón

Tito, tras recorrer, según hemos dicho antes[1], el desierto que hay desde Egipto hasta Siria, llegó a Cesarea, donde había decidido reunir sus tropas. Mientras toda- 1
vía se hallaba en Alejandría colaborando con su padre en la consolidación del Imperio que acababa de recibir de manos de Dios[2], sucedió que la sedición de Jerusalén, que entonces había recobrado su esplendor, se dividió en tres facciones y, además, cada una de ellas se peleaba entre sí. Entre gente malvada podía decirse que este hecho fue un bien y un acto de justicia. Ya se ha hablado con detalle[3] 2
del ataque de los zelotes contra el pueblo, que supuso el comienzo de la toma de la ciudad[4], cómo surgió y qué nivel de maldad alcanzó. Uno no se equivocaría si dijera que esta re- 3
vuelta ha nacido de otra revuelta, como una fiera, que rabiosa por la falta de carne ajena, se arroja sobre la suya propia. 4

[1] IV 659-663.

[2] La idea de que Dios está de parte de los romanos se materializa sobremanera en la persona de Vespasiano, cuya elección ha sido decidida por el propio Dios; cf. III 404 y IV 33. Josefo presenta la retirada de Vespasiano como un acto inspirado por la divinidad y la llegada de Tito como verdaderamente providencial.

[3] IV 128 ss.

[4] Josefo utiliza esta misma expresión cuando se produce el asesinato del sumo sacerdote Anano; cf. IV 318.

5 De esta forma Eleazar, hijo de Simón, que ya desde un
principio había separado a los zelotes del pueblo y los había
reunido en el Templo, a partir de este momento estuvo en
apariencia indignado por los crímenes cotidianos de Juan,
pues éste no ponía fin a sus matanzas, aunque en realidad era
porque no toleraba estar sometido a un tirano más joven que
6 él. Por el deseo de un poder absoluto y por la ambición de
imponer su propia autoridad se separó de los demás insurrec-
tos. Se llevó consigo a Judas, hijo de Quelcías, y a Simón,
hijo de Esrón, ambos personajes notables, y también iba con
ellos Ezequías, hijo de Cobaris, hombre famoso. Cada uno de
7 ellos estaba acompañado de no pocos zelotes. Se apoderaron
del recinto interior del Templo y pusieron sus armas encima
de las puertas sagradas[5], en el santo frontón. Se sentían con-
8 fiados porque tenían abundantes provisiones. En efecto, había
muchas ofrendas sagradas[6] para unas personas para los que
nada era impío, pero tenían miedo porque eran pocos y así la
mayoría de las veces se quedaban sin moverse en este lugar.
9 Por su parte, Juan era superior en número de hombres en la
misma proporción que era inferior por la posición que ocupa-
ba. Tenía a los enemigos sobre su cabeza, de modo que los
ataques que hacía contra ellos resultaban peligrosos y a causa
10 de su ira no se podía estar quieto. A pesar de que él sufría más

[5] Estas puertas se describirán en V 201-206.

[6] Muchas eran las provisiones y ofrendas que se guardaban en las dependencias del Templo: los objetos del culto, vasos, jofainas, jarros, bandejas y recipientes de oro y plata (cf. *Éxodo* 25, 29-38, 27, 3, *Números* 4, 7, 9 y 14), así como los ingresos destinados al mantenimiento de los sumos sacerdotes (*Nehemías* 12, 44; *I Crónicas* 9, 29; *Antigüedades* XIV 72). Estas riquezas habían provocado ya en varias ocasiones la avaricia y el robo de varios individuos, como Heliodoro (cf. *II Macabeos* 3), Antíoco Epífanes (cf. *I Macabeos* 1, 21-23), Craso (cf. I 179 y *Antigüedades* XIV 105), Sabino (cf. II 50 y *Antigüedades* XVIII 264), Pilato (cf. II 175) o Floro (cf. II 293).

daños que los que infligía a los hombres de Eleazar, sin embargo no permanecía inactivo. Eran frecuentes sus incursiones y los disparos de flechas. El Templo estaba manchado por todos los sitios por la sangre de los muertos.

Simón, el hijo de Giora, a quien el pueblo en un mo- 11
mento de desesperación y por la confianza en que le ayudara había llamado para que viniera a la ciudad como su propio tirano[7], controlaba la Ciudad Alta y la mayor parte de la Ciudad Baja y así atacaba con más vigor a las tropas de Juan, pues éstas eran hostigadas desde arriba. Juan les hacía frente en las mismas condiciones de inferioridad que los hombres de Simón en relación con los que estaban arriba,
en el Templo. Por ello sucedía que Juan, atacado por los dos 12
bandos, causaba y recibía golpes con la misma facilidad. La superioridad que tenían sobre él los hombres de Eleazar, por hallarse en un lugar más bajo, la tenía también él sobre Si-
món por su posición elevada[8]. Así, repelía con sus manos 13
vigorosamente las embestidas que le venían desde abajo, mientras que rechazaba con máquinas los lanzamientos que
le hacían desde lo alto del Templo. Tenía un gran número 14
de oxibelas, de catapultas y de balistas[9], con las que no sólo se defendía de los enemigos, sino que también acababa con la vida de muchos de los que allí estaban haciendo sacrifi-
cios. Aunque estaban totalmente llenos de ira para llevar a 15

---

[7] Cf. IV 573 ss.

[8] Eleazar ocupaba la parte interior del Templo, Juan la zona exterior del mismo y la Ciudad baja, mientras que los hombres de Simón se hallaban por el resto de la ciudad; cf. TÁCITO, *Historias* V 12. En esta división de las facciones de los rebeldes de Jerusalén se ha querido ver una serie de implicaciones sociales y regionales: oposición entre zonas ricas y pobres de la ciudad, entre ciudadanos y campesinos y entre galileos e idumeos; cf. H. KREISSIG, *Die sozialen Zusammenhänge des Judaischen Krieges*, Berlín, 1970.

[9] Sobre este tipo de artillería, cf. nota a IV 19 y 583.

cabo todo tipo de impiedad, sin embargo permitían entrar a los que querían ofrecer sacrificios. A la gente del lugar la dejaban pasar bajo sospecha y con vigilancia, mientras que a los extranjeros[10] les registraban. A pesar de que estas personas pusieron en vergüenza su crueldad cuando intentaban entrar en la ciudad, sin embargo se convirtieron en víctimas de la sedición.
16 Pues los proyectiles que las máquinas lanzaban con fuerza llegaban hasta el altar y el santuario y caían sobre los sacerdotes y
17 los que hacían sacrificios. Muchos de los que desde los confines de la tierra habían venido a este lugar famoso y sagrado para todos los hombres caían ellos mismos delante de sus víctimas y bañaban con su propia sangre el altar que era venerado por to-
18 dos los griegos y por todos los bárbaros[11]. Los cadáveres de los extranjeros se mezclaban con los de los habitantes del país, los de los laicos con los de los sacerdotes; la sangre de estos muer-
19 tos tan diversos encharcaba los atrios sagrados. ¿Es que tú, la más desdichada de las ciudades, has padecido una desgracia tan

[10] Estos «extranjeros» pueden ser tanto los judíos de la Diáspora, que acudían de fuera de Palestina a ofrecer sus sacrificios en Jerusalén, como los propios gentiles que participaban del culto del Templo.

[11] Es curiosa esta precisión de Josefo que dintingue entre «griegos» y «bárbaros», cuando lo habitual en él es la oposición «judío» frente a «gentil». Tal vez haya que entender aquí «helenizado» mejor que «griego», es decir los judíos de lengua griega, entre los que se incluía nuestro autor, y que constituían una de las mayores comunidades del culto a Yahveh, aunque en su mayor parte habitaban fuera de su tierra. No obstante, en la propia costa palestina la helenización seguía siendo en esta época muy fuerte. En los textos judíos en lengua griega *allóphylos*, «extranjero», es el término utilizado para denominar a los no judíos, a los *goyim*, en hebreo, no el *bárbaros* empleado en este pasaje, que sin duda sigue la tradición perfectamente consolidada de la historiografía griega. En cualquier caso es bastante ambigua la delimitación de lo que es «extranjero» en nuestro autor, ya que en algunas ocasiones se pronuncia desde la óptica de un judío, en otras desde la de un romano y, tal como parece en esta caso, también desde la de un griego, es decir, desde la de un judío helenizado.

grande como ésta por parte de los romanos, que entraron para purificar con fuego los odios internos de tu pueblo? Ya no eras ni podías ser el lugar de Dios, una vez que te has convertido en tumba de cadáveres de tu propio pueblo y que has hecho del Templo el cementerio de una guerra civil. Sin embargo, de nuevo podrías hallarte mejor, si alguna vez llegas a reconciliarte
con el Dios que te ha devastado[12]. Pero las reglas de la historio- 20
grafía obligan a reprimir los sentimientos, pues no es momento de lamentos personales, sino de relatar los acontecimientos[13]. Por ello, voy a contar los hechos que se sucedieron en esta revuelta.

Luchas civiles. Sufrimientos del pueblo

Los sediciosos de la ciudad estaban 21
divididos en tres grupos: los hombres de Eleazar custodiaban las primicias sagradas[14] y embriagados se enfrentaban a Juan; por su parte, los que estaban con este último hacían saqueos entre la gente del pueblo y atacaban a Simón. Este individuo se servía de las provisiones

[12] No hay duda de que en estas «lamentaciones» Flavio Josefo sigue la tendencia de los escritos apócrifos referidos a los trágicos acontecimientos del año 70, que vuelven sus ojos a una situación histórica similar a la actual, como es la destrucción de Jerusalén en tiempos de Nabucodonosor en el 587 a. C.; cf., por ejemplo, *Paralipómenos de Jeremías*, *Apócrifo de Jeremías* o *IV Esdras*. Sobre la importancia y función de este tipo de súplicas y lamentos en los momentos claves de la obra flaviana véase el artículo de N. Belayche, «La prière dans la *Guerre des juifs* de Flavius Josèphe», *Dialogues d'Histoire Ancienne* 22 (1996), 205-220.

[13] En el Proemio del libro I, 11-12, se ha mencionado este principio de evitar expresar los sentimientos personales, si bien en I 9 el autor aclaraba que iba a exponer su «opinión» sobre los acontecimientos e iba a dejar que sus propios sentimientos manifestaran sus «lamentos» por ellos.

[14] Las ofrendas de los primeros frutos agrícolas que el pueblo entregaba al Templo para el mantenimiento de los sacerdotes; cf. *Deuteronomio* 18, 4, *Judit* 11, 13 o *I Macabeos* 3, 49.

22 de la ciudad en contra de las facciones enemigas. Juan, cuando era hostigado por unos y por otros, dirigía a sus hombres en las dos direcciones: desde los pórticos lanzaba flechas contra los que subían desde la ciudad y con máquinas repelía a los que les arrojaban jabalinas desde lo alto del
23 Templo. Si en alguna ocasión los que estaban arriba le dejaban en paz, ya que a éstos muchas veces les obligaba a parar la borrachera y el cansancio, se lanzaba entonces con más
24 seguridad y con más hombres contra Simón. Como norma, en cualquier punto de la ciudad a donde se dirigiera, prendía fuego a las casas llenas de trigo y de todo tipo de provisiones. Por su parte, cuando Juan se retiraba, Simón hacía lo mismo y le atacaba. Parecía como si ellos destruyeran a propósito lo que la ciudad había preparado para hacer frente al asedio de los romanos y cortaran los nervios de su propia
25 fuerza. El resultado fue que todos los alrededores del Templo fueron arrasados y la ciudad se convirtió en una zona desierta entre los dos bandos que se enfrentaban en una guerra civil. Todo el trigo fue quemado, excepto un poco que
26 no les habría sido suficiente para un largo asedio[15]. De este modo cayeron víctimas del hambre, lo que precisamente de ninguna manera hubiera ocurrido, si ellos mismos no lo hubieran dispuesto así.

27 Mientras que la guerra se extendía por todos los lugares de la ciudad a manos de los conspiradores y del populacho, el pueblo, que estaba en medio[16], era despedazado, como si
28 se tratara de un inmenso cadáver. Los ancianos y las mujeres, desesperados por las desgracias que acaecían dentro de

---

[15] TÁCITO, *Historias* V 12, recuerda esta quema del trigo.

[16] Nuestro historiador deja bastante claras las diferencias entre el pueblo judío en su conjunto, que no es partidario de esta guerra, y esa minoría de rebeldes y facciosos que son los auténticos culpables de la grave situación de Palestina en este momento; cf. nota a IV 141.

la ciudad, deseaban que vinieran los romanos y esperaban que la guerra extranjera les librara de los males internos[17]. Un espanto y miedo terribles se hicieron presa de los buenos 29
ciudadanos, pues no veían que fuera el momento oportuno para decidir un cambio ni existía la esperanza de llegar a un acuerdo ni la posibilidad de huir para los que quisieran hacerlo. Había vigilancia en todos los sitios y los jefes de los 30
bandidos, aunque estaban en desacuerdo en todo lo demás, sin embargo mataban como enemigos comunes a los que querían pactar la paz con los romanos y a los que eran sospechosos de desertar; sólo se ponían de acuerdo para asesinar a personas que merecían salvarse. De día y de noche no 31
cesaban los alaridos de los combatientes, aunque eran más terribles los gemidos de los que lloraban en los duelos. Los 32
desastres eran la causa de los sucesivos lamentos, pero el miedo reprimía los gritos de dolor. Al silenciar sus desdichas por temor, se torturaban con los gemidos que estallaban en su interior. Los parientes ya no sentían ningún respe- 33
to por los vivos ni se preocupaban de enterrar a los muertos. La desesperación que todos tenían por sí mismos era la causa de ambos hechos, pues los que no participaban de la sedición no aspiraban a nada, ya que tenían la idea de que iban a morir de un momento a otro. Los rebeldes pisoteaban 34
en sus refriegas los cadáveres, que se amontonaban unos sobre otros, y aumentaban su crueldad al aspirar la desesperación que desprendían los muertos que estaban bajo sus pies. Siempre estaban inventando alguna forma de destruirse 35

[17] Es ésta una de tantas expresiones filorromanas que Josefo esparce a lo largo de su narración, según establece uno de los objetivos de su obra. El historiador presenta a los romanos como el instrumento de la justicia divina en la línea tradicional del castigo que sobreviene sobre el que rompe la alianza, en este caso, contra los rebeldes judíos; cf. A. JAUBERT, *La notion d'Alliance dans l'Ancien Testament*, París, 1976, págs. 299 ss.

mutuamente, y, al ejecutar sin piedad todo lo que planeaban,
36 no dejaban sin hacer ningún ultraje ni crueldad. Sin duda, Juan utilizó la madera sagrada para fabricar máquinas de guerra. En una ocasión, el pueblo y los sumos sacerdotes determinaron reforzar el Templo y aumentar su altura en veinte codos[18]. El rey Agripa[19], no sin grandes gastos y esfuerzos, hizo traer del Líbano la madera necesaria para ello[20], vigas dignas de ver por lo rectas que eran y por sus
37 dimensiones. Pero, como la obra se había interrumpido a causa de la guerra, Juan las cortó y construyó con ellas unas torres, pues vio que eran de una longitud suficiente para hacer frente a los que le atacaban desde lo alto del Templo.
38 Llevó las torres a la parte de atrás del recinto y las erigió allí, enfrente de la exedra del lado oeste[21], justamente el único sitio donde era posible, dado que los demás lugares se hallaban separados a una larga distancia por escaleras.

---

[18] En la descripción de la ciudad y del Templo Josefo utilizará el codo como medida de longitud, que equivalía a unos 44 centímetros, en el caso del codo romano, y a 55, en el sistema filetérico. El *Antiguo Testamento* se sirve en varias ocasiones del codo para medir, en especial, construcciones (cf. *Éxodo* 27, 1, *Ezequiel* 42, 2, etc.). El problema del tipo de codo utilizado en Palestina en esta época ha sido tratado por J. JEREMÍAS, *Jerusalem zur Zeit Jesu. Eine kulturgeschichtliche Untersuchung zur neutestamentliche Zeitgeschichte = Jerusalén en tiempos de Jesús. Estudio económico y social del mundo del Nuevo Testamento*, Madrid, 1977, págs. 28-29.

[19] Agripa II, hijo de Agripa I y de Cipros; cf. II 220, 223, 245.

[20] Desde los tiempos bíblicos la madera más apreciada, sobre todo la de cedro, procedía del Líbano, en especial para la construcción del Templo y otros edificios importantes, como lo recuerda *I Crónicas* 14, 1, *I Reyes* 6, 15 y *Esdras* 3, 7.

[21] En IV 203 se hablará con más detalle de esta exedra.

Tito se acerca a Jerusalén con el ejército romano

Con estas máquinas, hechas a base de 39
impiedad, Juan esperaba vencer a sus
enemigos. Sin embargo Dios hizo que su
esfuerzo fuera inútil[22], al traer a los ro-
manos, antes de que hubiera mandado a
alguno de sus hombres a las torres. En efecto, Tito, después 40
de reunir con él una parte de su ejército y de ordenar al resto
concentrarse en Jerusalén, salió de Cesarea. Llevaba tres 41
legiones[23], que antes habían asolado con su padre Judea, y
también la duodécima legión de Cestio[24], que antaño había
sido derrotada. Esta última, que por su valor se había hecho
famosa en otros lugares[25], marchaba ahora a vengarse con
más ardor al recordar lo que había padecido anteriormente.
Así pues, mandó a la quinta de estas legiones reunirse con él 42
a través de Emaús y a la décima que subiera por Jericó.
Mientras, él partió con el resto de las tropas, al que se le aña-
dió un destacado número de aliados de los reyes[26] e impor-
tantes tropas auxiliares de Siria. También se completa- 43
ron con los soldados que llegaron con Tito las cuatro le-
giones, de las que Vespasiano había sacado los efectivos que
había enviado con Muciano a Italia[27]. Le acompañaban 44
dos mil soldados escogidos del ejército de Alejandría y tres
mil de las guarniciones del Éufrates[28]. Tiberio Alejan- 45

[22] Sobre la intervención divina en el acontecer histórico, en este caso del lado romano, véase el apartado 5 de la Introducción.

[23] La V *Macedonica*, X *Fretensis* y XV *Apollinaris;* cf. III 65.

[24] La XII *Fulminata;* cf. II 500.

[25] Por ejemplo en la campaña de Cestio en Galilea (cf. II 499 ss.) y anteriormente en Antioquía de Siria (cf. Tácito, *Anales* IV 5 y XV 6-7).

[26] Agripa II, rey de Palestina, Soemo de Emesa, y Antíoco de Comagene; cf. II 500.

[27] Cf. IV 632.

[28] Las fronteras del Éufrates contaban con una guarnición militar estable, así como con la colaboración de los reinos amigos de Armenia,

dro[29] era el más apreciado de sus amigos por su fidelidad y
por su ingenio. Antes había sido gobernador de Egipto bajo
46 las órdenes de Vespasiano y Tito, pero ahora fue considera-
do digno de mandar sus tropas, ya que fue el primero que
aceptó el poder imperial recién surgido y se unió con una
brillante lealtad a una suerte incierta. Acompañaba a Tito
como consejero de los asuntos de la guerra, ya que le supe-
raba en edad y en experiencia.

47 Mientras Tito avanzaba[30] por tierra enemiga, iban de-
lante de él las tropas de los reyes y todo el contingente de
aliados, a los que seguían los zapadores y los que medían
los campamentos; luego iban los bagajes de los generales y
detrás de los soldados que los escoltaban marchaba él mis-
mo con otros hombres escogidos y con los lanceros. A con-
tinuación se hallaba el destacamento de caballería de la le-
48 gión. Éstos estaban delante de las máquinas de guerra,
seguidos de los tribunos y los jefes de cohorte con tropas
selectas; después de ellos iban las enseñas alrededor del
águila, precedidos de sus trompeteros, y a continuación el
49 grueso del ejército en filas de seis. Le seguían los sirvientes
de cada legión, precedidos de sus bagajes, y al final de to-
dos marchaban los mercenarios y los comandantes de reta-
50 guardia que los escoltaban[31]. Tito, al frente de su ejército en

---

Comagene, etc., para defender al Imperio de los posibles ataques de los partos y frenar las amenazas contra las provincias de Anatolia; cf. B. Isaac, «Reflexions on the Roman Army in the East», en Ph. Freeman y D. Kennedy (eds.), *The Defence of the Roman and Byzantine East*, Oxford, 1986, págs. 386 ss.

[29] Cf. II 220 y IV 616.

[30] Esta marcha de Tito está descrita en términos paralelos al del avance de Vespasiano desde Ptolemaida a Galilea en III 115-126.

[31] Sobre la organización de la marcha de las legiones romanas y los operarios que las acompañaban puede leerse el *excursus* sobre el ejército de III 70 ss.

orden, según la costumbre romana, avanzó a través de la re-
gión de Samaria hasta Gofna, que antes había sido tomada por
su padre[32] y que ahora disponía de una guarnición. Allí acam- 51
pó durante una noche y partió al amanecer. Tras una jornada
de marcha estableció su campamento en el lugar llamado por
los judíos en su lengua «Valle de los Espinos», junto a una
aldea denominada Gabat Saúl[33], que significa colina de Saúl
y que dista de Jerusalén unos treinta estadios. Desde allí, 52
aproximadamente con seiscientos jinetes escogidos, se dirigió
a explorar la ciudad, a comprobar sus fortificaciones y la ac-
titud de los judíos, por si éstos, al ver a los romanos, se rindie-
ran atemorizados antes de entrar en combate. Pues se había 53
enterado de algo que realmente era cierto, a saber, que el pue-
blo estaba amedrentado por los sediciosos y por los bandidos
y que anhelaba la paz, aunque permanecía sin hacer nada, da-
da la poca fuerza que tenía para sublevarse[34].

Tito en peligro al explorar las murallas. Se salva milagrosamente

Mientras Tito avanzaba a caballo en 54
línea recta por el camino que llevaba a la
muralla, ninguno salió fuera de las puer-
tas. Sin embargo, cuando desvió de la 55
ruta el destacamento de caballería y lo
llevó hacia la torre Psefino[35], de repente una inmensa canti-
dad de judíos saltó desde las llamadas torres de las Muje-
res[36] por la puerta que está frente al monumento de Hele-

[32] Cf. IV 551.

[33] Es Guibeá de Saúl, lugar de nacimiento de este monarca, citada en *I Samuel* 11, 4, 15, 34 o *Isaías* 10, 29. Esta ciudad bíblica ha sido identificada con la actual Tell el-Ful, situada a unos 5 kilómetros al norte de Jerusalén.

[34] Sobre esta diferenciación entre el pueblo y los rebeldes véase la nota a V 27.

[35] En el ángulo noroeste de la tercera muralla; cf. V 159-160.

[36] Cf. V 110.

56 na[37] y pasó a través de la caballería. Se pusieron de cara a los que aún venían corriendo por la llanura, les impidieron juntarse con los que se habían desviado de esta ruta y así de-
57 jaron aislado a Tito con unos pocos hombres. Al general romano le era imposible avanzar hacia adelante, pues toda la zona, desde la muralla, estaba llena de zanjas para los huertos que estaban cortadas por pequeños muros transver-
58 sales y numerosos cercados. Veía, además, que no podía ir con sus tropas a causa de la cantidad de enemigos que había en medio, que se había dado la vuelta la caballería que iba por el camino y que en su mayoría los jinetes habían emprendido la retirada sin conocer el peligro que corría el príncipe[38], sino que creían que aquél se había vuelto a la vez
59 que ellos. Al comprender Tito que su salvación residía únicamente en su propia fuerza, dio un giro con su caballo y, después de gritar a los que estaban con él que le siguieran, saltó en medio de los enemigos y se abrió camino entre ellos
60 a la fuerza para dirigirse hacia los suyos. Es sobre todo en estos momentos cuando hay que pensar que Dios[39] es el que decide la suerte de las guerras y los peligros de los sobera-
61 nos. En efecto, no alcanzó al cuerpo de Tito ninguna de las muchas flechas que lanzaron contra él, que no llevaba ni casco ni coraza, ya que, como he dicho[40], no iba como un

[37] La reina Helena de Adiabene se había convertido al judaismo en tiempos de Claudio (cf. *Antigüedades* XX 17-19) y había hecho construir un monumento funerario para ella y sus hijos en Jerusalén. Este monumento ha sido identificado con las tumbas reales de la zona norte de Jerusalén; cf. M. KON, *The Royal Tombs*, Tel Aviv, 1947, pág. 27 (en hebreo).

[38] Propiamente el término griego es *basileús*, que no podemos traducir como rey para este caso concreto de Tito, sino más bien como príncipe.

[39] Es ésta la mejor expresión de la teología flaviana y su fe en la intervención de la providencia divina en los hechos humanos, como lo demuestran las propias Sagradas Escrituras; cf. el apartado 5 de la Introducción.

[40] Cf. V 52.

combatiente, sino como un observador. Todas ellas pasaban inútilmente haciendo ruido delante de él, como si hubieran sido arrojadas adrede para fallar en el tiro. Tito con su espa- 62
da repelía sin parar a los que se le acercaban por los lados, abatía a muchos de los que le atacaban de frente y pasaba a caballo por encima de cuerpos que él tiraba al suelo. Se 63
produjo un griterío entre los judíos ante la audacia de César y se exhortaron a lanzarse contra él. No obstante, huían y se retiraban en desbandada cuando Tito venía hacia ellos con su caballo. Los que participaban del peligro con él se apiña- 64
ron en torno a su príncipe, al verse presionados por detrás y por los lados, puesto que la única esperanza de salvación que cada uno de ellos tenía era la de actuar en consonancia con Tito y así no dar tiempo a que les cercaran. Sin embar- 65
go, perecieron dos de los soldados que estaban en la parte más alejada de él: a uno le rodearon junto con su caballo y le mataron a flechazos, al otro, que saltó al suelo, le dieron muerte y se llevaron su caballo. Tito se refugió con los demás, sano y salvo, en el campamento. De esta forma, entre 66
los judíos, que habían obtenido la victoria en el primer ataque, una irreflexiva esperanza exaltó sus ánimos y un éxito pasajero les llenó de valor para el futuro.

Las cuatro legiones acampan frente a los muros de Jerusalén

César, como se le había unido por 67
la noche la legión que había llegado de Emaús[41], levantó de allí el campamento al día siguiente y partió hacia el lugar llamado Escopo[42], desde donde ya se veía la ciudad de Jerusalén y la resplandeciente magnificencia del Templo. Se trata de una pequeña elevación que se une con

[41] La legión V *Macedónica;* cf. V 42.

[42] El nombre de esta colina, al norte de Jerusalén, se hace derivar en este pasaje del griego *skopós*, «atalaya», «observador», mientras que

la ciudad por el lado norte y que por ello recibe el nombre
68 de Escopo, de acuerdo con su etimología. Cuando se hallaba a siete estadios de la ciudad, Tito ordenó a dos legiones acampar juntas[43], y a la quinta legión le encargó hacerlo tres estadios más atrás. Pues le parecía que esta última legión, cansada por la fatiga de la marcha nocturna, merecía estar protegida para que así pudiera realizar sus tareas de atrin-
69 cheramiento con mayor seguridad. Cuando acababan de empezar su trabajo, llegó la décima legión desde Jericó[44], donde se hallaba un destacamento de infantería para vigilar
70 el paso del que ya antes se había apoderado Vespasiano[45]. A esta legión se le dio la orden de acampar a seis estadios de Jerusalén, en el llamdo monte de los Olivos[46], que se alzaba frente a la ciudad, en su parte oriental, y que estaba separado de ella por un profundo barranco conocido por el nombre de Cedrón.

Los tres grupos judíos se unen para atacar

71 La guerra exterior, que surgió de repente y con intensidad, puso fin entonces por primera vez a las discordias de las facciones que se enfrentaban entre sí den-
72 tro de la ciudad. Cuando los rebeldes vieron con estupor que los romanos levantaban tres campamentos, iniciaron una funesta alianza y se dijeron los unos a
73 los otros: ¿Qué esperaban o qué es lo que les pasaba para permitir que tres fortificaciones les impidiesen respirar tran-

en *Antigüedades* XI 329 se le denomina *Safein,* palabra semítica que tiene el mismo significado de *skopós.*

[43] La XII *Fulminata* y la XV *Apollinaris;* cf. V 41-42.

[44] Cf. V 42.

[45] Vespasiano había establecido un campamento en Jericó y en Adida para aislar a Jerusalén por todas partes; cf. IV 486.

[46] Conocido también con el nombre de Getsemaní.

quilamente y que, mientras el enemigo se construye con im-
punidad una ciudad frente a ellos[47], permanezcan encerra-
dos detrás de las murallas sin hacer nada ni con sus manos
ni con sus armas, como espectadores que asisten a hermosas
y convenientes obras?[48]. «¿Es que sólo somos valientes 74
contra nosotros mismos, mientras que los romanos se van a
adueñar de nuestra ciudad, sin derramamiento de sangre,
debido a nuestras luchas internas?», gritaron los judíos. 75
Cuando se reunían se animaban los unos a los otros con es-
tas arengas. De repente cogieron sus armas y se lanzaron de
improviso contra la décima legión; con un inmenso griterío,
a través del barranco[49], cayeron sobre los enemigos que es-
taban trabajando en el atrincheramiento. Los romanos, que 76
estaban diseminados para realizar su tarea y que por ello
habían dejado la mayoría de sus armas, fueron sorprendidos
de repente, pues creían que los judíos no se atreverían a salir
contra ellos, y, en el caso de que tuvieran valor para hacerlo,
sus discordias eliminarían su fuerza. Algunos abandonaron 77
su trabajo y al instante se retiraron, muchos corrieron por
sus armas, pero fueron alcanzados antes de que pudieran ir
contra sus enemigos. A los judíos se les iba uniendo cada 78
vez más gente, animada por el hecho de que los primeros
habían obtenido un éxito. Tanto ellos mismos como los
enemigos tenían la impresión de ser más numerosos de lo
que en realidad eran, debido a su buena Fortuna. Un ataque 79
súbito y desordenado desconcierta sobre todo a los que es-
tán acostumbrados a la disciplina y a luchar con un órden de
acuerdo con las normas de sus jefes. Por ello en esta ocasión
los romanos, sorprendidos, sucumbieron a los ataques. No 80

---

[47] En efecto, el campamento romano parecía, tanto en su interior como, sobre todo, en su exterior una ciudad; cf. III 79.

[48] De nuevo se utiliza el símil de una representación teatral.

[49] El barranco del Cedrón; cf. V 70.

obstante, estos últimos, cuando eran alcanzados, se daban la vuelta y así frenaban la incursión de los judíos y los herían, ya que debido a su ímpetu ponían menos empeño en protegerse. Pero al ser cada vez más numeroso el ataque hebreo, los romanos, llenos de inquietud, acabaron finalmente por huir del campamento.

Tito repele los asaltos judíos

81 Entonces parecía que toda la legión habría corrido peligro, si Tito, enterado de ello, no hubiera ido en su ayuda rápidamente. Hizo que los que huían se volvieran, después de haberles hecho nume-
82 rosos reproches por su cobardía. Él en persona se precipitó por el flanco contra los judíos con los soldados escogidos que venían con él y mató a un buen número de ellos, hirió a muchos más todavía, hizo retirarse a todos y los empujó ha-
83 cia el interior del barranco[50]. Una vez que los judíos, que habían sufrido muchas pérdidas al descender por el valle, llegaron a la pendiente de enfrente, se volvieron y combatieron contra los romanos, a pesar de que en medio tenían el
84 barranco. Así lucharon hasta mediodía. Poco después de este momento, para hacer frente a las incursiones judías, Tito colocó en línea frente a ellos a sus tropas de refuerzo y a soldados de las cohortes y envió al resto de la legión a la cima[51] a trabajar en las tareas de fortificación.

85 A los judíos les pareció que esto significaba la huida de los romanos, y, como el vigilante que ellos habían puesto en la muralla movía su manto, una multitud, que aún no había participado en las refriegas, se lanzó a correr con tanto ímpetu que se asemejaba al de las más salvajes de las fieras.

---

[50] Valle o barranco del Cedrón.

[51] Del monte Escopo.

Realmente ninguno de los enemigos que estaban colocados 86
en línea frente a ellos resistió el ataque, sino que, como si hubieran recibido el golpe de una máquina de guerra, rompieron el orden de sus filas y se dieron la vuelta para refugiarse en el monte. En medio de la pendiente se encontraba 87
Tito con unos pocos hombres. Todos sus amigos, que por respeto a su general habían menospreciado el peligro y se habían quedado allí con él, le exhortaban insistentemente a 88
que retrocediese ante los judíos que anhelaban la muerte y a que no se expusiera al peligro por unos individuos que tenían que haber permanecido en sus puestos para defenderle, sino que debía tomar conciencia de su propia fortuna[52], no desempeñar las funciones de un simple soldado, habida cuenta de que él era el señor de la guerra y del mundo habitado[53], ni arriesgarse en una situación tan grave, pues todo dependía de él. Daba la impresión de que Tito no escu- 89
chó ninguna de estas palabras. Ofreció resistencia a los que le venían de frente, y golpeó en la cara y mató a los que le atacaron. Se precipitó por la pendiente sobre los judíos que estaban apiñados y obligó a retroceder a todos. Estos últi- 90
mos, a pesar de que se quedaron desconcertados por la audacia y la fuerza de los romanos, sin embargo ni siquiera entonces huyeron a la ciudad, sino que esquivaron a Tito por uno y otro lado y fueron contra los enemigos que huían hacía la zona alta. No obstante el general romano ponía límites a su ímpetu al atacarlos por el flanco. Mientras esto 91
ocurría, de nuevo la confusión y el miedo se apoderaron de los que estaban atrincherando el campamento en la cima del

[52] VI 57 insistirá en la especial fortuna de Tito.

[53] Tito aún no era el «señor del mundo habitado», pues hasta el año 79 no se convertirá en emperador, aunque para Josefo no existían dudas sobre las dotes del hijo de Vespasiano para el gobierno, máxime cuando Tito había sido asociado previamente al gobierno de su padre.

monte[54], cuando vieron que huían los que estaban abajo.
92 Toda la legión se dispersó, pues sus soldados creían que no podrían resistir el ataque judío y que el propio Tito había emprendido la retirada. Efectivamente, si él hubiera
93 resistido en su puesto, los demás no habrían escapado. Se fueron en desbandada, unos por aquí y otros por allá, como si les envolviera un pánico terrible, hasta que algunos, cuando vieron que su jefe luchaba en medio de la batalla, muy preocupados por él comunicaron a gritos a toda la le-
94 gión el peligro en el que se hallaba Tito. La vergüenza les hizo darse la vuelta. Los soldados, que se echaban en cara unos a otros más el haber abandonado a César que el haber huido, atacaron a los judíos con todas sus fuerzas, los obligaron a retirarse de la pendiente y los empujaron hasta
95 el interior del valle. Los judíos retrocedían paso a paso sin dejar de luchar, mientras que los romanos, que tenían la ventaja de su posición elevada, los metieron a todos en el
96 barranco. Tito seguía presionando a los que estaban cerca de él y de nuevo envió a la legión a continuar con los trabajos de fortificación del campamento, mientras que él mismo con los hombres que le habían acompañado desde el primer momento hacía frente y contenía a los enemigos.
97 De esta forma, si hay que decir la verdad, sin inventar nada por adulación ni callar nada por envidia[55], el propio César salvó en dos ocasiones a toda la legión, que estaba en peligro, y le proporcionó seguridad para fortificar el campamento.

---

[54] Monte Escopo.

[55] A pesar de estas manifestaciones de objetividad, Josefo inserta en sus páginas numerosas referencias de propaganda flaviana, de acuerdo con la finalidad de su obra; cf. el apartado 5 de la Introducción.

Rivalidades entre las facciones. Juan ocupa el Templo

Cuando la guerra exterior se tomó un 98
breve respiro, la revuelta volvió a estallar
en el interior de Jerusalén. Al acercarse el 99
día de los Ácimos, el catorce del mes de
Jántico[56], en el que los judíos rememoran
la primera salida de Egipto, los partidarios de Eleazar abrie-
ron las puertas del Templo y recibieron a la gente del pueblo
que quería entrar para hacer sus oraciones[57]. Por su parte, 100
Juan utilizó la fiesta para encubrir su maquinación: a los
menos conocidos de sus hombres, que en su mayor parte
estaban sin purificar[58], les entregó armas, que ocultaron de-
bajo de la ropa[59], y les envió rápidamente al Templo para
que se apoderaran de él antes de que llegaran los demás.
Cuando éstos estuvieron dentro, se quitaron los mantos que
les cubrían y al punto aparecieron armados. Al instante es- 101
talló una tremenda confusión y un alboroto alrededor del
Templo: el pueblo, que estaba al margen de la sedición, pen-
saba que el ataque iba dirigido contra todos sin distinción,
mientras que los zelotes[60] creían que sólo iba contra ellos.
Éstos dejaron de vigilar ya las puertas, saltaron de las alme- 102

[56] Mes del calendario macedónico correspondiente al Nisán judío, entre marzo y abril.

[57] El Templo era el lugar de los sacrificios y las fiestas atraían hacia Jerusalén enormes masas que podían desembocar en considerables manifestaciones y revueltas. Es éste un hecho recurrente en los acontecimientos históricos de este período de Israel: los incidentes posteriores a la muerte de Herodes en Pascua (cf. II 10 y *Antigüedades* XVII 213), las protestas contra Sabino en Pentecostés (cf. II 39-54 y *Antigüedades* XVII 250-268) o los atentados de los sicarios durante la Pascua en el mandato de Cumano (cf. II 224-227 y *Antigüedades* XX 105-113).

[58] Sobre la importancia de la purificación previa a la entrada en el Templo véase la nota a IV 205.

[59] De esta forma podían pasar el registro que se aplicaba a la gente que entraba en la ciudad; cf. V 15.

[60] Son los hombres de Simón.

nas, antes de entrar en combate, y huyeron a los subterráneos[61] del Templo. Por su parte, la gente del pueblo, encogida de miedo junto al altar y apiñada en torno al santuario, era pisoteada y golpeada sin miramientos con palos y espa-
103 das. Los enemigos mataron a muchos individuos pacíficos, a causa de enemistades y odios personales, como si pertenecieran al grupo contrario. Todo el que antes había ofendido a alguno de los rebeldes, era ahora torturado, como si fuera un
104 zelote, en el caso de que se le reconociera. Sin embargo, a la vez que cometían numerosas atrocidades con los inocentes, daban una tregua a los culpables, pues permitieron salir a los que estaban en los subterráneos[62]. Los hombres de Juan se apoderaron del interior del Templo y de todas las provisiones que en él había[63], y se llenaron entonces de valor pa-
105 ra ir contra Simón. Es así como una sedición, que antes estaba dividida en tres grupos, quedó ahora reducida a dos.

Tito hace los preparativos para el asalto

106 Tito, que deseaba transladar el campamento del monte Escopo a un lugar más cerca de la ciudad, dispuso frente a las incursiones enemigas el número que consideró suficiente de soldados escogidos de caballería y de infantería, y a todo el ejército le orde-
107 nó allanar el terreno que había hasta la muralla. Tras destruir todos los cercados y vallados, que los habitantes habían levantado para proteger los jardines y los árboles, y tras cortar por completo todas las plantas cultivadas que había

[61] *Antigüedades* XV 424 se hace eco de la existencia de un pasaje subterráneo que Herodes mandó realizar para unir la torre Antonia con el atrio del Templo.

[62] En IV 9 se menciona también este tipo de galerías subterráneas; cf. asimismo TÁCITO, *Historias* V 12.

[63] Sobre estas provisiones y bienes del Templo, véase la nota a V 8.

en el lugar, se rellenaron los hoyos y los desniveles del terreno. Eliminaron con instrumentos de hierro las rocas que 108 sobresalían y así aplanaron todo el espacio que iba desde el monte Escopo hasta el monumento de Herodes[64], que está junto a la llamada piscina de las Serpientes[65].

Los judíos arremeten contra los romanos

También en estos días los judíos urdie- 109
ron contra los romanos la siguiente estratagema. Los rebeldes más audaces, como 110
si hubieran sido expulsados de la ciudad por los partidarios de la paz y temieran la llegada de los romanos, salieron fuera por las llamadas torres de las Mujeres[66] y se quedaron replegados y escondidos unos detrás de otros. Algunos, en cambio, colocados encima de la 111
muralla, como si fueran gente del pueblo, gritaban la palabra «paz», pedían un acuerdo y llamaban a los romanos con la promesa de que les abrirían las puertas. A la vez que daban estas voces tiraban piedras contra los suyos, como si buscaran echarles de las puertas. Los de fuera simulaban querer entrar a 112
la fuerza y suplicar a los que estaban dentro. Daba la impresión de que estaban desorientados, ya que no cesaban de atacar a los romanos y de retroceder. Los legionarios no descon- 113
fiaron de la astucia de los judíos, sino que se dispusieron a entrar en acción, pues creían que a unos los tenían en sus manos, preparados ya para recibir su venganza, y confiaban en que los otros les abrieran las puertas. Sin embargo, a Tito le pa- 114
reció sospechosa esta llamada inesperada de los judíos, dado

[64] Seguramente el lugar donde estaba enterrado Herodes de Calcis, nieto de Herodes el Grande.

[65] Al oeste de Jerusalén, en el valle donde se encuentra la actual Birket es-Sultan, «piscina del Sultán».

[66] En la tercera muralla, frente a los panteones de la reina Helena de Adiabene.

que un día antes les había exhortado a llegar a un acuerdo, a través de Josefo, y no había encontrado en ellos una actitud de moderación. Por ello, ordenó entonces a sus soldados perma-
115 necer en sus puestos. Sin embargo, algunos de los que estaban trabajando en las primeras filas en la fortificación del campamento se habían adelantado ya a tomar las armas y a correr
116 hacia las puertas. Ante esta incursión los judíos, que fingían haber sido expulsados, en un principio retrocedieron, pero, cuando los romanos se presentaron en medio de las torres de la puerta, salieron corriendo, los rodearon y los atacaron por
117 detrás. Los que estaban en la muralla lanzaron contra ellos una inmensa cantidad de piedras y todo tipo de objetos arrojadizos con los que mataron a muchos e hirieron a un número
118 aún mayor. No les era fácil escapar de la muralla, ya que les atacaban por la espalda, aparte de que la vergüenza por la equivocación que habían cometido antes y el miedo a sus ofi-
119 ciales les empujaba a seguir en su error. Por ello, después de haber combatido con lanzas durante bastante tiempo, de haber recibido numerosas heridas por parte de los judíos y de haberles producido también a ellos otras tantas, acabaron finalmente por librarse de los enemigos que les rodeaban. Sin embargo, cuando se retiraban, los judíos los persiguieron hasta los monumentos de Helena[67] sin dejar de dispararles.

Tito recrimina a las legiones por su falta de disciplina

120 Entonces los judíos, llenos de una insolencia descarada por la buena suerte que habían tenido, se burlaban de los romanos por haberse dejado engañar. Saltaban agitando sus escudos y daban gritos
121 de alegría. Los oficiales romanos recibieron a sus soldados con amenazas y César lo hizo con indignación. Éste les dijo

[67] Cf. nota a V 55.

que los judíos, cuyo único general en la guerra es la desesperación, actúan en todo momento con prudencia y reflexión, cuando preparan trampas y emboscadas, además de que la Fortuna[68] les acompaña en sus estratagemas debido a su obediencia y a su buena disposición y confianza mutuas.
En cambio los romanos, que por su disciplina y su subordina- 122
ción a los jefes han sido siempre ayudados por la Fortuna, son golpeados ahora por haber hecho lo contrario y son vencidos por no contenerse en entrar en combate, y lo más vergonzoso de todo es que habían luchado sin su general, a pesar de que
César se hallaba allí presente. Añadió que las leyes militares 123
se iban a lamentar mucho por ello[69] y también su padre, cuando se enterara de la derrota, puesto que él, que ha envejecido en las guerras, nunca ha sufrido una derrota tan grande. 124
Por otra parte, las leyes castigan siempre con la muerte a los que se apartan en lo más mínimo de la disciplina y ahora ven que
todo el ejército ha abandonado su puesto. Tito dijo que los 125
que habían actuado con temeridad rápidamente sabrían que para los romanos incluso una victoria obtenida sin haber reci-
bido órdenes es considerada una deshonra. Después de haber- 126
se expresado así con sus oficiales, era evidente que Tito iba a aplicar la ley contra todos. Los culpables se desesperaron, dado que enseguida iban a ser condenados a muerte justamente.
Sin embargo, las legiones rodearon a Tito y le suplicaron por 127
sus camaradas; le pidieron que disculpara la temeridad de

[68] No ha de resultar paradójica esta afirmación de que el Destino, la Fortuna en sentido clásico, guía la actuación de los romanos, pues en la teología flaviana Dios y la Fortuna llegan a ser sinónimos e intercambiables entre los judíos y los romanos respectivamente; cf. el apartado 5 de la Introducción.

[69] La misma expresión utiliza Josefo al dirigirse a sus compañeros escondidos en la cueva de Jotapata (cf. III 356), aunque en aquel caso eran las leyes judías las personificadas, no las militares romanas como ocurre en este pasaje.

unos pocos en vista de la disciplina de todos, puesto que el error de ahora sería borrado por el valor futuro.

128 César fue convencido tanto por sus súplicas como por la utilidad que de ello podía sacar. Pensaba que el castigo contra un solo hombre debía llevarse hasta el final, mientras que en el caso de un grupo de gente no había que ir más allá de las
129 palabras. Se reconcilió con sus soldados, no sin antes hacerles numerosas recomendaciones para que a partir de entonces fueran más prudentes, y él mismo se puso a reflexionar sobre
130 el modo de vengarse del ataque judío. Allanó en cuatro días el terreno que les separaba de las murallas y, como quería conducir con seguridad hasta el campamento los bagajes y al resto de los hombres, colocó frente a los muros del norte y del oeste los efectivos más fuertes de su ejército, dispuestos en
131 siete líneas de fondo. La infantería estaba situada delante, la caballería detrás, cada una de ellas en tres filas, y en medio estaban los arqueros, que formaban la séptima fila. Con estas
132 fuerzas tan sólidas se puso freno a las salidas de los judíos y así pasaron de una forma segura los bagajes de las tres legiones y la multitud que les acompañaba. El propio Tito acampó
133 a unos dos estadios de la muralla, allí donde ésta hace un ángulo frente a la llamada torre Psefino[70], en el lugar en que el muro, que cerca Jerusalén, dobla desde la dirección norte a la
134 oeste. La otra parte del ejército se atrincheró en la torre conocida por el nombre de Hípico[71], también a una distancia de
135 dos estadios de la ciudad. Por su parte, la décima legión permaneció en su puesto, en el monte de los Olivos[72].

---

[70] En V 567 se precisará que Tito acampó en este lugar el día 14 del mes de Jántico, es decir, el primer día de la Pascua judía. Sobre la torre Psefino, cf. V 159-160.

[71] Más datos sobre esta torre del palacio real de Herodes, ubicada al sudeste de la torre Psefino, se darán en V 161-165.

[72] Cf. V 70.

Topografía de Jerusalén: las dos colinas[73]

Jerusalén estaba protegida por tres murallas, salvo en las partes en que está rodeada por infranqueables barrancos, donde había solamente un muro. La ciudad estaba construida sobre dos colinas, una enfrente de la otra, separadas ambas por el medio por un barranco[74], hasta el que llegaban las casas que se agolpaban una tras otra por las dos pendientes. La colina en la que es- 137 taba la Ciudad Alta tenía mucha más altura y se erguía hacia arriba de una forma más vertical que la otra. De este modo, por su situación fortificada esta parte fue llamada Ciudadela por el rey David[75], padre de Salomón, el que construyó el primer Templo, mientras que nosotros la conocemos con el nombre de «mercado de arriba»[76]. La otra colina se denomina Acra[77] y en ella se asentaba la Ciudad Baja en forma de una luna en cuarto creciente. Enfrente de esta última había una 138 tercera colina, que por naturaleza era más baja que el Acra y que en un principio había estado separada de ella por otro amplio valle. Más tarde, durante el reinado de los Asmo- 139

136 (margin at first line)

[73] Véase el plano de la ciudad de Jerusalén en el Apendice de esta traducción.

[74] Cf. V 140.

[75] Es la Ciudad de David de *II Samuel* 5, 7 y *Antigüedades* VII 65.

[76] Las modernas investigaciones arqueológicas sitúan Sión o la Ciudad de David en la Ciudad Baja, es decir, en la colina oriental de Jerusalén, no en la occidental o Ciudad Alta, como hace Josefo en esta descripción y toda la tradición cristiana.

[77] Ésta es la ciudadela de la gran colina occidental, que había sido construida por Antioco IV Epífanes y que se menciona en *I Macabeos* 1, 33-36 y *Antigüedades* XII 552. No obstante, la localización de esta Acra constituye una de las cuestiones más controvertidas en la topografía de Jerusalén; cf. Schürer, *Historia...*, II, págs. 209-10, con bibliografía sobre este aspecto, y el reciente trabajo de J. Sievers, «Jerusalem, the Akra, and Josephus», en F. Parente y J. Sievers (eds.), *Josephus and the History of Greco-Roman Period*, Leiden-Nueva York, 1994, págs. 195-209.

neos, que querían unir la ciudad con el Templo, cubrieron el barranco y realizaron obras para reducir la altura del Acra, de modo que se pudiera ver el Templo desde ella[78]. El lla-
140 mado barranco de los Queseros[79], que hemos dicho que separaba la colina de la Ciudad Alta de la Baja, llega hasta Siloé[80], pues éste es el nombre de esta fuente de abundante
141 agua dulce. Por fuera, las dos colinas de la ciudad están rodeadas por profundos barrancos[81] y no hay posibilidad de acceso por ninguna parte debido a los precipicios que se abren a uno y otro lado.

Las tres murallas

142 La más antigua de las tres murallas era la más difícil de tomar a causa de los barrancos y de la colina que se erguía sobre ellos y en la que estaba construida di-
143 cha muralla. Además de estar en un lugar privilegiado, había sido levantada con solidez, pues David y Salomón y también los reyes que les sucedieron pusieron

---

[78] La obra de eliminación de esta «tercera colina» y del Acra por parte de Simón Macabeo aparece relatada en I 50 y *Antigüedades* XIII 215-217. Realmente esta pequeña colina, cuyo nombre desconocemos, parecía más bien ser una prolongación de la ciudadela o Acra. No obstante, no parece seguro que Simón fuera el autor de esta obra, sino otro de los Asmoneos, como aquí se indica, dado que tampoco lo precisa *I Macabeos* 14, 36-37 y 15, 28. El texto bíblico más bien dirá que Simón fortificó este enclave y colocó allí una guarnición judía; véase SCHÜRER, *Historia...*, I, pág. 257.

[79] Este valle o barranco, que separaba la colina de la Ciudad Alta de la Ciudad Baja, era conocido también por el nombre griego de *Tyropoiôn*.

[80] En la piscina o estanque de Siloé, situado en el extremo sudeste de Jerusalén, desemboca la fuente de Guijón o de la Virgen. El rey Ezequías llevó este agua hasta la ciudad a través de un tunel excavado en la roca; cf. *II Crónicas* 32, 30.

[81] Al este Jerusalén está bordeada por el barranco del Cedrón y al suroeste por el barranco de la Gehenna.

todo su empeño en esta obra. Este muro partía de la zona 144
norte, de la llamada torre Hípico[82], llegaba hasta el Xisto y tras pasar junto a la Sala del Consejo[83] acababa en el pórtico occidental del Templo. En la dirección opuesta, por el oeste, 145
partía del mismo sitio y se extendía por el denominado lugar de Betso hasta la puerta de los Esenios[84], luego giraba al sur, por debajo de la fuente de Siloé, desde donde de nuevo volvía hacia el este, hacia la piscina de Salomón[85], y alcanzaba una zona, que llaman Ofla[86], donde se unía con el pórtico oriental del Templo. La segunda muralla tiene su co- 146
mienzo en la puerta llamada Genat[87], que estaba en el primer muro: rodeaba únicamente la zona norte de la ciudad y subía hasta la torre Antonia[88]. La tercera muralla[89] empe- 147
zaba en la torre Hípico, desde donde continuaba hacia la torre Psefino, al norte, llegaba frente al monumento de Hele-

[82] Cf. V 163-165.

[83] En la toma de Jerusalén los romanos incendiarán este lugar; cf. VI 354. Josefo abusa de la terminología griega y aplica el término griego *boulé*, Consejo, en las ciudades típicamente judías, como es el caso de Jerusalén, para referirse al órgano de gobierno conocido con el vocablo *synédrion*, Sanedrín; cf. nota a I 170 y II 242.

[84] Ni Betso ni la puerta de los Esenios han sido identificados.

[85] Mencionada en *Nehemías* 2, 14.

[86] Es la bíblica Ofel, el cerro rocoso situado en la zona sudeste del Templo, sobre el que se asentaba el palacio real de David; cf. *II Crónicas* 27, 3 o *Nehemías* 3, 27.

[87] Entre la torre de Hípico y la de Fasael. Su nombre puede significar «Puerta de los Jardines»; cf. Pelletier, en su comentario *ad loc.*

[88] En el ángulo noroeste del muro del Templo Herodes el Grande levantó la torre Antonia en honor de Marco Antonio en un lugar que antes se llamaba Baris; cf. I 75 y la obra de M. A. de Sion, *La Forteresse Antonia à Jérusalem et la question du prétoire*, Jerusalén, 1955.

[89] La arqueología ha descubierto una cuarta muralla, no citada por Flavio Josefo; una dicusión sobre este hallazgo y los problemas de identificación de la «tercera» y «cuarta» muralla puede leerse en el Apéndice III del comentario de Pelletier.

na, hija del rey Izates y reina de Adiabene[90], y a través de las cuevas reales[91] giraba en la torre del ángulo[92], por el lugar conocido como monumento del Batanero[93], luego se unía a la antigua muralla y acababa en el llamado barranco
148 de Cedrón[94]. Agripa construyó esta muralla para cercar la parte que se había añadido a la ciudad y que estaba toda ella desprotegida, pues Jerusalén aumentaba en población[95] y
149 poco a poco se extendía fuera de su recinto. Los que habitaban en la zona norte del Templo se concentraron en la colina y ocuparon tanto terreno que llegaron a construir sus casas en una cuarta colina, denominada Bezeta, que se halla frente a la torre Antonia, si bien está separada de ella por un
150 profundo foso. Éste había sido excavado a propósito para que la base de la torre Antonia, que estaba junto a la colina, no fuera de fácil acceso ni tuviera una altura poco elevada.
151 Por este motivo la profundidad del foso proporcionaba a las torres una inmensa altura. Esta zona recién construida fue llamada por la gente del lugar Bezeta, cuya traducción en
152 griego sería Ciudad Nueva[96]. Puesto que los que habitaban

---

[90] *Antigüedades* XX 17 contradice esta genealogía, ya que allí Izates es hijo de la reina Helena, no su padre. Tal vez sea un error textual o se deba a la posibilidad de que el padre de Helena se llamara también Izates, como su hijo.

[91] Junto a la Puerta de Damasco se hallaban cuevas excavadas en la roca, de las que se extraían bloques de malaquita para ser utilizados en las construcciones de Jerusalén.

[92] Torre del ángulo nordeste, sin nombre conocido.

[93] Este monumento parece situarse en el ángulo nordeste de la muralla más septentrional, según precisa JEREMÍAS, *Jerusalem...*, pág. 22.

[94] Esta tercera muralla, que Agripa había dejado sin terminar, discurría por una zona que no ha sido totalmente identificada a partir de la torre Psefino.

[95] La población de Jerusalén en esta época podía alcanzar unos ochenta y cinco mil habitantes aproximadamente; cf. nota a IV 137.

[96] Es el barrio que Agripa I incluyó dentro de la nueva muralla en la parte norte de Jerusalén; cf. II 218 y 328. El nombre semítico de Bezeta

allí necesitaban protección, el padre del que ahora es rey y que llevaba su mismo nombre, Agripa, inició la construcción de la muralla que acabamos de mencionar. Pero por miedo a que Claudio César, a causa de la magnitud de la obra, sospechara de afanes revolucionarios y sediciosos, puso fin a la construcción de la muralla, sin haber levantado más que los
cimientos[97]. Y realmente la ciudad habría sido inexpugna- 153
ble, si se hubieran llevado adelante los trabajos de fortificación, tal y como se empezaron. Estaba formada por piedras de veinte codos de largo por diez de ancho, de manera que no se la podía minar con el hierro ni derribar con máquinas
de guerra. La anchura de la muralla era de diez codos y, se- 154
gún parece, su altura habría sido mayor, si la ambición de la persona que empezó a construirla no hubiera sido objeto de
trabas. Sin embargo, luego[98] los judíos se apresuraron a le- 155
vantar su altura en veinte codos; sus almenas alcanzaron dos codos y sus baluartes tres, de modo que todo el conjunto tenía una elevación de veinticinco codos.

Las torres

Sobre la muralla se alzaban las torres 156
de veinte codos de ancho y veinte de alto, que eran cuadradas y macizas como el propio muro. La belleza y el ensamblaje de las piedras no eran menores que los
del Templo. Encima de la sólida altura de las torres, que te- 157
nían veinte codos, había lujosas habitaciones y más arriba otras estancias y cisternas para recoger el agua, y en cada una de las torres se hallaban amplias escaleras en forma de
caracol. La tercera muralla contaba con noventa torres de 158

no significa «Ciudad Nueva», sino que Beth-Zaith es «casa de los olivos».

[97] Cf. II 219.

[98] Al empezar la revuelta contra Roma; cf. II 648.

este tipo y la separación entre cada una de ellas era de doscientos codos. El muro del medio estaba dividido en catorce
159 torres y el antiguo en sesenta. El perímetro total de la ciudad llegaba a treinta y tres estadios[99]. Aunque todo el tercer muro era digno de admiración, sin embargo lo era aún más la torre Psefino, que se erguía en el ángulo noroeste y junto a
160 la que acampó Tito[100]. Con una altura de setenta codos permitía ver Arabia, cuando salía el sol, y los confines del te-
161 rritorio hebreo hasta el mar. La torre era octogonal. Frente a ella se levantaba la torre Hípico y al lado dos torres[101], que habían sido construidas por el rey Herodes en la antigua muralla, y que por su magnitud, por su belleza y por su solidez destacaban por encima de todas las que había en el
162 mundo. Este monarca, además de su natural generosidad y de su magnificencia para con la ciudad[102], dio satisfacción a sus sentimientos personales con excelentes construcciones y dedicó su memoria a las tres personas más queridas, un hermano, un amigo[103] y una esposa, cuyos nombres puso a las torres. Como ya dijimos[104], a esta esposa la ejecutó por amor y a los otros dos los perdió cuando combatían valero-

---

[99] No hay unanimidad sobre el perímetro de Jerusalén: el propio Josefo, siguiendo al PSEUDO HECATEO, da la cifra de 50 estadios (cf. *Contra Apión* I 197), en la *Carta de Aristeas* 105 se citan 40 estadios y EUSEBIO, *Preparación evangélica* IX 35 y 36, habla de las dos medidas anteriores. En época de nuestro autor la ciudad no parece haber superado el perímetro de unos 5 kilómetros, es decir, por debajo de los 28 estadios.

[100] Cf. V 133.

[101] Las torres de Fasael y Mariamme, que formaban parte del palacio real de Herodes.

[102] La actividad benefactora de Herodes en Jerusalén y en otras ciudades ha sido narrada en I 401-430.

[103] Ésta es la única mención que tenemos de este «amigo» de Herodes, que murió «valerosamente en una guerra» y que dio nombre a la torre.

[104] La muerte de Mariamme ha sido relatada en I 443.

samente en una guerra[105]. De esta manera, la torre Hípico, 163
llamada así en honor de su amigo, era cuadrada, de veinticinco codos de ancho y de largo, una altura de treinta y completamente maciza. Sobre este conjunto compacto de pie- 164
dras perfectamente unidas se encontraba una cisterna de veinte codos de profundidad para recoger el agua de la lluvia, y encima una construcción de dos plantas, de vein- 165
ticinco codos de alta, dividida en estancias decoradas de diversas formas. Finalmente la cerraban almenas de dos codos y baluartes de tres, de forma que la altura total sumaba ochenta codos. La segunda torre, que Herodes llamó 166
Fasael por su hermano, medía igual de ancho que de largo, cuarenta codos respectivamente, y su parte maciza ascendía a una altura de cuarenta codos[106]. Encima había un pór- 167
tico de diez codos de altura, protegido por parapetos y pretiles. En la parte central del pórtico se alzaba otra torre, en 168
la que había lujosas habitaciones y también un baño, de modo que a esta torre no le faltaba nada para parecerse a un palacio. La parte superior estaba adornada a su alrededor por parapetos y por pequeñas torres. Su altura total 169
llegaba a unos noventa codos. Su forma era similar a la de Faro, que ilumina a los navegantes que se dirigen a Alejandría[107], aunque su perímetro era mucho más grande. Por aquel entonces esta torre de Fasael era la sede de la ti-

---

[105] El hermano de Herodes, Fasael, se suicidó tras ser capturado por los partos; cf. I 271-272.

[106] Situada al este de la torre de Hípico, ha sido identificada con la actual torre de David. Es la más alta de las tres construcciones, hasta el punto de que Josefo en *Antigüedades* XVI 144, al igual que aquí, la compara con la torre de la isla de Faros en Alejandría; cf. H. GENA, «The Tower of David. Phasael or Hippicus?», *Israel Exploration Journal* 31 (1981), 57-65.

[107] Cf. IV 613.

170 ranía de Simón. La tercera torre, Mariamme[108], pues así se
llamaba la reina, era maciza hasta una altura de veinte co-
dos, y tenía también veinte codos tanto de ancho como de
171 largo. Las estancias de la zona de arriba eran más suntuo-
sas y estaban más adornadas que las de las otras torres,
pues el rey tenía la idea de que una construcción que lle-
vase el nombre de una mujer tenía que ser más hermosa
que las que tuvieran la denominación de hombres, y de la
misma forma pensaba que las de estos últimos deberían
ser más sólidas que las de la mujer. La altura total de esta
torre de Mariamme era de cincuenta y cinco codos.

172 Las tres torres, que eran de tan grandes dimensiones, pa-
173 recían aún más altas por el lugar donde se hallaban. Efecti-
vamente, la antigua muralla, sobre la que se alzaban, estaba
construida sobre una elevada colina y sobre ésta se erguía
una especie de cresta con una altura que la sobrepasaba en
treinta codos. Las torres, que estaban sobre esta cresta, ad-
174 quirían así una altura mayor. También era digno de admira-
ción el tamaño de los bloques pétreos, ya que las torres no
estaban hechas ni con cantos normales ni con piedras que
pudieran ser transportadas por hombres, sino que estaban
175 talladas en mármol blanco. La longitud de cada uno de los
bloques era de veinte codos, la anchura de diez y la altura
de cinco. Estaban tan bien ajustados entre sí que cada torre
parecía haber sido hecha de una sola pieza de un modo na-
tural y que luego había sido pulida por las manos de los
obreros para que tuviera su forma y sus aristas. Así de difí-
cil era ver en cualquier parte las junturas de la construcción.

[108] Seguramente un poco más al este de la torre de Fasael, si bien su emplazamiento exacto sigue aún en discusión.

El palacio del rey Herodes

El palacio real[109], que supera toda descripción, estaba unido por la zona interior con estas torres, que estaban situadas al 176
norte. Efectivamente, no era superado por 177
ninguna otra construcción ni en su desmesurado lujo ni en su equipamiento. Estaba totalmente fortificado a su alrededor por muros de una altura de treinta codos, en los que se repartían, a distancias iguales, torres ornamentales, inmensas salas y alojamientos provistos de cien camas para los
huéspedes. En estas construcciones había una indescriptible 178
variedad de piedras, pues allí se encontraban muchos tipos que en otras partes son raros, también eran llamativos sus techos por la magnitud de sus vigas y por el esplendor de su or-
namentación. Asimismo había una gran cantidad de estancias, 179
de muy variadas formas, todas completamente amuebladas y la mayoría de los enseres que había en cada una de ellas era
de plata y de oro. Numerosos pórticos se sucedían en círculo 180
uno tras otro, cuyas columnas eran diferentes en cada uno de ellos, y los patios que había en medio estaban totalmente ver-
des. Poseía todo tipo de vegetación, en medio de la que se 181
abrían grandes paseos, rodeados de profundos canales, de estanques llenos de estatuas de bronce, de las que salía agua, y son muchas las torres de palomas domésticas que bordeaban
la corriente del agua. No obstante, no es posible describir de un 182
modo digno el palacio. Su recuerdo nos atormenta, pues nos trae a la memoria las pérdidas ocasionadas por el incendio de
los bandidos. En efecto, no lo quemaron los romanos, sino 183
que, como ya hemos contado[110], el fuego se inició en la torre Antonia a causa de los conspiradores internos al principio de

[109] El palacio levantado por Herodes el Grande; cf. I 402.

[110] Cf. II 430-440. En septiembre del año 66 los judíos sediciosos atacaron la torre Antonia y derrotaron a la guarnición romana.

la revuelta, luego se extendió al palacio y llegó a los tejados de las tres torres.

Descripción del Templo[111]

184 Como he dicho[112], el Templo estaba edificado sobre una sólida colina[113]. Al principio, la parte llana de la cima apenas era suficiente para albergar el santuario[114] y el altar, pues los alrededores eran es-
185 carpados y estaban en pendiente[115]. Cuando el rey Salomón, que fue quien levantó el Templo[116], amuralló la parte oriental, se alzó únicamente un pórtico sobre el terraplén que allí

[111] Como complemento a esta descripción puede verse el plano del Templo de Jerusalén en el Apéndice de esta traducción.

[112] Propiamente no ha quedado dicho, aunque sí se puede entender algo de ello en V 138-139.

[113] El monte Moria, que es una prolongación de la cima rocosa Ofla u Ofel.

[114] Normalmente en Flavio Josefo la palabra griega *hierón* designa el conjunto del Templo, mientras que su parte interior, el santuario, se corresponde con *naós*, y en algunos casos *tò hágion*, el «lugar santo», aparece como un sinónimo de este último; para estas cuestiones sigue siendo útil el artículo de P. Joüon, «Les mots employés pour designer le Temple dans l'Ancien Testament, le Nouvel Testament et Josèphe», *Recherches de Science Religieuse* 25 (1935), 329-343.

[115] El barranco de Cedrón a oriente y de Tiropeón o de los Queseros a occidente.

[116] Flavio Josefo describe también el Templo en *Antigüedades* VIII 63 ss. y XV 380-425, aunque allí se centra en la construcción del rey Salomón, mientras que en esta ocasión se trata de la situación del edificio en época de nuestro autor. Resulta de gran interés la comparación con el texto de la Misná, *Middot*, del siglo II d. C., donde se recogen ricas aportaciones sobre el emplazamiento y disposición del Templo, así como con las indicaciones dadas por la *Carta de Aristeas* 83-99, Filón de Alejandría, *Sobre las leyes especiales* I 71-75, o por Pseudo Hecateo, en *Contra Apión* I 196-199; cf. L. L. Levine, «Josephus' Description of the Jerusalem Temple: *War, Antiquities*», en F. Parente y J. Sievers (eds.), *Josephus and the History of Greco-Roman Period*, Leiden-Nueva York, 1994, págs. 233-246.

se formó, mientras que el Templo quedó al descubierto por los demás lados. Con el paso del tiempo se fue ampliando el espacio de la colina, dado que el pueblo añadió tierra a la
plataforma. Al derribar la muralla norte, se alcanzó una exten- 186
sión tan grande como la que más tarde ocupó la totalidad del
Templo. Construyeron alrededor formando un círculo el re- 187
cinto superior y el inferior del Templo, después de cercar la colina desde abajo por los tres lados[117] y concluir una obra mayor de lo que esperaban, puesto que consumieron en ella largos siglos y todos los tesoros sagrados, que habían llenado los tributos enviados a Dios por todo el mundo habitado[118].
La parte más baja del santuario inferior fue reforzada por mu- 188
ros de trescientos codos y en algunos lugares se necesitaron otros de una extensión aún mayor. Sin embargo, no se veía toda la profundidad de los cimientos, porque se habían rellenado la mayor parte de los barrancos con tierra para así igua-
larlos con el nivel de las callejuelas de la ciudad. Las piedras 189
de la construcción medían cuarenta codos, pues la abundancia de dinero y la generosidad del pueblo dieron lugar a hazañas mayores de las que se podrían contar. Con perseverancia y con tiempo fue concluido aquello que no esperaban que fuera a tener final.

Los pórticos y el atrio de los gentiles

Eran también dignas de tales cimien- 190
tos las construcciones que descansaban sobre ellos. Pues todos los pórticos eran dobles, los sostenían unas columnas de veinticinco codos de altura, hechas de un solo bloque de blanquísimo mármol, y sus techos tenían ar-

[117] Salomón había protegido el lado oriental con un pórtico; cf. V 185.

[118] Los gentiles también podían acudir al Templo para hacer sacrificios y para donar sus ofrendas, ya sea en metálico o en objetos preciosos, como se ha señalado en nota a IV 181 y V 8.

191 tesonados de cedro. Su magnificencia natural, el buen pulido y el ajuste armónico de sus piedras proporcionaban un espectáculo admirable, si bien no se le había añadido ningún
192 ornato artificial de pintura o de escultura[119]. La anchura de estos pórticos alcanzaba treinta codos y su perímetro total medía unos seis estadios[120], incluida también la torre Antonia. La zona que estaba al aire libre se hallaba completamente cubierta con todo tipo de piedras de diversos colores.

El atrio de los israelitas

193 Cuando uno pasaba por este patio para acceder a la segunda zona del Templo[121], se encontraba con una balaustrada de piedra, de tres codos de altura[122], tra-
194 bajada con gran belleza. Sobre ella había, repartidos a igual distancia, unos pilares que, unos en griego y otros en latín[123], proclamaban la ley de la purificación para que ningún extranjero penetrase dentro del Lugar Santo,
195 que es como se llamaba a la segunda zona del Templo. Allí se llegaba desde el primer Templo a través de catorce peldaños. La parte de arriba estaba constituida por un espacio
196 cuadrado rodeado por un muro propio. Su altura exterior, a pesar de que estaba oculta por la escalera, era de cuarenta

[119] Esta prescripción se contiene en el *Éxodo* 20, 4, *Deuteronomio* 4, 16-19 y en *Antigüedades* III 91.

[120] Algo más de un kilómetro.

[121] La parte interior del Templo, donde sólo podían acceder los judíos. La balaustrada de separación con el «atrio de los gentiles» no existía en el Templo de Salomón ni en el de Zorobabel.

[122] Un metro y medio, aproximadamente.

[123] Esta prohibición se volverá a repetir en VI 124-126 y *Antigüedades* XV 417; cf. también FILÓN, *Embajada a Cayo* 212 y *Hechos de los Apóstoles* 21, 26 ss. Se han descubierto algunas de estas inscripciones, como la que en 1871 sacó a la luz M. Clermont-Ganneau; véase el comentario *ad loc.* de PELLETIER.

codos y la interior de veinticinco, pues, al estar la escalinata construida sobre un terreno más alto, no se podía ver todo el muro de dentro porque le tapaba la propia elevación de la colina. Después de los catorce escalones se abría un espacio 197
de diez codos hasta llegar al muro, completamente llano. Desde allí otras nuevas escaleras de cinco banzos conducían 198
hasta las puertas, que eran ocho al norte y al sur, cuatro por cada lado. Había necesariamente dos puertas en la parte oriental, pues, como en este lado se había levantado un muro para cercar un espacio privado reservado para que las mujeres llevaran a cabo su culto, se precisaba una segunda puerta, que se abría frente a la primera[124].

El atrio de las mujeres

En los demás lados se ubicaba una 199
puerta al sur y otra al norte, por la que se entraba al Atrio de las Mujeres, pues a ellas no les estaba permitido entrar por las otras puertas y ni siquiera podían traspasar el muro que las separaba del resto. Este lugar estaba abierto al culto tanto para las mujeres del país como para las judías venidas del extranjero[125].

Las puertas

La parte oeste no tenía ninguna puer- 200
ta, sino que allí la muralla era continua. Los pórticos que había entre las puertas, en el interior del muro que estaba frente a las salas del Tesoro[126], eran sostenidos por bellas y grandes columnas. Estos pórticos no eran dobles, si bien, excepto en

[124] Una puerta estaba en el centro del muro exterior oriental, por el que se daba acceso al atrio de las mujeres, y la otra en el muro interior occidental, que separaba este atrio de la parte más interna del Templo.

[125] De las tierras de la Diáspora.

su tamaño, en nada más se desdecían de los pórticos de la parte baja[127].

201 Nueve de las puertas estaban revestidas totalmente de oro y de plata, así como sus jambas y sus dinteles. Una sola de ellas, la que estaba en la zona exterior del Templo, era de bronce de Corinto y tenía un valor mayor al de las recubiertas
202 de oro y plata[128]. Cada puerta tenía dos hojas, de treinta codos
203 de altura y quince de anchura. Después de la entrada el vestíbulo se ensanchaba por dentro y tenía a cada lado una exedra[129], en forma de torre, de treinta codos de ancho y de largo y más de cuarenta de alto. A cada una de estas exedras la
204 sostenían dos columnas de doce codos de circunferencia. Las demás puertas eran igual de grandes, sin embargo, la que daba acceso desde el Atrio de las Mujeres a la Puerta Corintia por la parte este, frente a la puerta del santuario, era mucho
205 más amplia. En efecto, su altura llegaba a cincuenta codos, tenía hojas de cuarenta codos y una ornamentación muy lujosa por la espesa capa de oro y plata que la recubría. Alejan-

[126] Estas salas del tesoro son tanto aquellas donde se guardaban los objetos de valor para el culto del Templo (cf. VI 282), como las que contenían las ofrendas en metálico o en piezas valiosas que los judíos y extranjeros donaban al lugar (cf. *Antigüedades* XIX 294, *II Macabeos* 3, 6 y *Marcos* 12, 41). Uno de los más importantes funcionarios del Templo, el *gadsofýlax,* era el encargado de la administración de este tesoro (cf. VI 390 y *Antigüedades* XV 408, XX 194).

[127] Cf. V 190.

[128] Las diez puertas han sido mencionadas en V 198. La Puerta de Corinto, llamada Puerta de Nicanor en la Misná *(Middot* 1, 4), parece corresponderse con la puerta de bronce de II 411 y VI 293, así como con la Puerta Hermosa de *Hechos de los Apóstoles* 3, 2 y 10.

[129] Exedra es el nombre griego dado a una estancia cubierta, tenga forma rectangular, de hemiciclo o cuadrada, provista de asientos y de un pórtico con columnas

dro[130], el padre de Tiberio[131], había dotado de este revestimiento a las otras nueve puertas. Quince escalones conducían 206 a esta gran puerta desde el muro del Atrio de las Mujeres, pues eran banzos más pequeños que los cinco que llevaban a las demás puertas.

La fachada

El mismísimo Templo, es decir, el san- 207 tuario sagrado, estaba en medio y se accedía a él a través de doce peldaños. Su fachada medía tanto de altura como de anchura cien codos[132], mientras que la parte de atrás era cuarenta codos más estrecha, pues por delante tenía un saliente a cada lado de veinte codos, como si fueran unos hombros[133]. Su primera puerta, cuya altura era de se- 208 tenta codos y su anchura de veinticinco, no tenía hojas, ya que simbolizaba el cielo abierto[134] que debía ser accesible a todos. Toda la fachada estaba revestida de oro. Por esta puerta se podía ver desde fuera la primera estancia completa, que era la más grande, y lo que rodeaba la puerta interior

[130] Hermano de Filón de Alejandría, era el alabarca o arabarca de esa ciudad durante los enfrentamientos entre griegos y judíos en época de Calígula; cf. *Antigüedades* XVIII 159, 259, XIX 276 ss. y XX 100. Sobre las funciones de esta institución de los judíos de Alejandría puede consultarse la nota de V. A. Tcherikover en su introducción al *Corpus Papyrorum Judaicum*, Cambridge (Mass.), 1957, I, pág. 49, núm. 4.

[131] Es el famoso Tiberio Alejandro, tan citado en la obra de Josefo; véase nota a II 220. En este momento era el jefe del ejército de Tito; cf. V 45-46.

[132] Unos 50 metros. Durante el reinado de Nerón el rey Agripa tenía previsto elevar esta fachada, si bien el estallido de la guerra se lo impidió; cf. V 36-37 y *Antigüedades* XV 391.

[133] Como el cuerpo del edificio, que estaba detrás de la fachada, era más estrecho que ésta, el conjunto presentaba, a juicio de la Misná *(Middot* 4, 7), el aspecto de un león con la cabeza más ancha que el resto del cuerpo.

[134] En IV 324 se aludió a este simbolismo cósmico del Templo; cf. V 212 ss.

relucía todo ello dorado ante los ojos de los que lo miraban.
209 El Templo estaba dividido por dentro en dos estancias[135]. Sólo la primera de ellas podía verse en toda su altura, que alcanzaba noventa codos y medía cincuenta de largo y vein-
210 te de ancho. La puerta que daba acceso a esta nave, como ya he dicho[136], estaba completamente revestida de oro así como todo el muro que la rodeaba. Tenía también de oro los pámpanos que había sobre ella, de los que colgaban racimos del
211 tamaño de un hombre[137]. Dado que el santuario tenía dos pisos[138], por dentro se le veía más bajo que por fuera, y las áureas hojas de su puerta tenían una altura de cincuenta y cinco codos y una anchura de dieciséis.

[135] El término griego *dístegos* normalmente significa «de dos pisos», como veremos seguidamente en V 211, y no «de dos habitaciones» en una misma planta, según se describe en este pasaje. A partir de este punto y, en especial hasta V 211, la narración es bastante confusa, con contradicciones, sobre todo de medidas, con problemas textuales y con redacciones repetidas y superpuestas.

[136] Tal vez se refiera a las palabras finales de V 208.

[137] Este tipo de ornamentación llamaba mucho la atención a los autores griegos y romanos. PLUTARCO se apoya en ello para corroborar la importancia del vino y del culto a Dioniso entre los hebreos en un relato de sincretismo religioso en el que compara la divinidad griega con Yahveh (cf. *Charlas de sobremesa* IV 6). TÁCITO, *Historias* V 5, recuerda como la *vitis aurea templo reperta* es la causa de que algunos creyeran erróneamente que los judíos veneraban a Baco. El autor bizantino LIDO, *Sobre los meses* IV 53, confirma esta misma idea, que no deja de ser superficial y ajena al sentido simbólico del vino y la vid en la religión judía.

[138] En este caso concreto *dístegos* tiene el sentido de «dos pisos»; cf. V 209.

El velo del Templo

Delante de ellas y de su mismo ta- 212
maño había un velo, una cortina de Ba-
bilonia[139], bordada en color violeta, de lino
fino, de escarlata y de púrpura[140]. Era un
trabajo digno de admiración y su mezcla
de materiales no pasaba desapercibida, sino que era como
una imagen del mundo[141]. Parecía que la escarlata simbo- 213
lizaba el fuego, el lino fino la tierra, el color violeta el aire
y la púrpura el mar. Dos de estos materiales eran seme-
jantes por su color, mientras que en el caso del lino y de la
púrpura lo eran por su origen, pues la tierra producía el li-
no y el mar la púrpura. Esta cortina tenía bordado todo el 214
orden celeste, salvo los signos del Zodiaco[142].

---

[139] PLINIO, *Historia natural* VIII 196, se hace eco de la fama que los tejidos babilonios tenían en la Antigüedad.

[140] El *Éxodo* 26, 36 prescribe este tipo de cortina para la entrada de la Tienda del Señor; cf. *Antigüedades* III 124-133 y *Carta de Aristeas* 86. Según una antigua tradición (cf. *I Macabeos* 1, 20 ss. o *Antigüedades* XII 54), Antíoco IV Epífanes, tras saquear el Templo de Jerusalén, se había llevado el velo para consagrarlo a Zeus Olímpico. De acuerdo con esta noticia, se han querido ver en PAUSANIAS, V 12, 4, ecos de esta leyenda, a pesar de que la descripción de ese velo de Olimpia, «adornado con bordados asirios y teñido de púrpura de Fenicia», no coincide con el de Jerusalén; cf. E. WILL (ed.), *Histoire politique du monde hellénistique*, 2.ª ed., Nancy 1979-82, págs. 326 y 338.

[141] El simbolismo cósmico que subyace en todo este relato parece asentarse en una tradición que consideraba el Templo, con todos sus elementos arquitectónicos, como una imagen del mundo; cf. *Antigüedades* III 123 y 180, así como FILÓN DE ALEJANDRÍA, *Sobre la vida de Moisés* II 76-88, y *Carta a los hebreos* 9, 1-12.

[142] Evidentemente, porque estaba prohibida toda representación de seres vivientes; cf. nota a V 191.

El interior del Templo. El santuario y los objetos sagrados

215 Cuando uno pasaba al interior, lo primero que se encontraba era la planta baja del santuario, de sesenta codos de altura, lo mismo de largo y veinte de ancho. Por
216 su parte, estos sesenta codos de largo estaban subdivididos: la primera zona[143], de cuarenta codos de largo, tenía en ella tres obras muy admiradas y famosas en todo el mundo, un candelabro[144], una mesa[145] y el altar del
217 incienso[146]. Las siete velas del candelabro[147] representaban a los planetas, pues éste era el número de brazos que tenía. Los doce panes que había sobre la mesa simbolizaban el ci-
218 clo del Zodiaco y el año[148]. El altar del incienso a causa de

---

[143] Este lugar era el «santo», *quodesh* en hebreo, sala anterior al «santo de los santos», *quodesh quodashim*, o *debir*, «habitación del fondo» *(I Reyes* 6), que se describirá seguidamente en V 219.

[144] Su peso era de dos talentos, unos 44 kilos, según información de *I Macabeos* 1, 23 y Pseudo Hecateo, en *Contra Apión* I 198.

[145] La *Carta de Aristeas* 57-72 describe esta mesa de los panes de la proposición, que según ella fue donada por Ptolomeo Filadelfo al Templo de Jerusalén.

[146] Este altar interior servía para ofrecer diariamente, tanto por la mañana como por la tarde, el incienso. El *Éxodo* 30, 1-10 da las normas para la construcción de este altar, que debía contener un revestimiento de oro. De ahí la denominación de altar de oro que se lee en *I Macabeos* 1, 21 y, tal vez, en Pseudo Hecateo, en *Contra Apión* I 198.

[147] Según *Antigüedades* III 199, tres de las siete lámparas ardían durante el día, mientras que por la noche lo hacían las siete a la vez. Las referencias bíblicas más antiguas apuntan a que el candelabro se encendía fundamentalmente al atardecer para iluminar durante toda la noche; cf. *Éxodo* 27, 20-21, *Levítico* 24, 1-4, *Números* 8, 1-4, etc.

[148] De nuevo se insiste en el significado astral y cósmico de los objetos del Templo; cf. *Antigüedades* III 146-182, Filón de Alejandría, *Cuestiones sobre el Génesis* II 78 y *Sobre la vida de Moisés* II 102-103. Cada sábado se ofrecían doce hogazas tiernas, los llamados panes de la proposición (cf. *Éxodo* 25, 23-30, *Levítico* 24, 5-9, Filón de Alejan-

los trece perfumes[149], que, traídos del mar y del mundo deshabitado y habitado, le cubrían, significaba que todo es de Dios y para Dios. La zona más interior del santuario me- 219
día veinte codos y también estaba separada de la parte exterior por un velo[150]. Allí no había absolutamente nada[151], nadie podía entrar, ni tocarlo ni verlo, su nombre es el de *Sancta Sanctorum*. A los lados de la planta baja del Templo 220
había numerosas construcciones de tres pisos comunicadas entre sí. A uno y otro lado había unos accesos que conducían a ellas desde la puerta del Templo. La planta superior 221
no tenía estas estancias, era en proporción más estrecha, aunque su altura alcanzaba cuarenta codos, y más sencilla que la inferior. De esta forma la altura total llegaba a cien codos, si se sumaban los sesenta de la planta baja.

El exterior del santuario. El altar de los sacrificios

La parte exterior no carecía de nada 222
de lo que causa impresión al espíritu y a los ojos, pues estaba recubierta por todos los lados por gruesas placas de oro y así, cuando salían los primeros rayos del sol, producía un resplandor muy brillante y a los que se esforzaban por mirarlo les obligaba a volver sus ojos, como si fue-

---

DRÍA, *Sobre las leyes especiales* 172-176 y *Sobre la vida de Moisés* II 104).

[149] *Éxodo* 30, 34 prescribe solamente cinco perfumes: nataf, uña olorosa, gálbano, aromas e incienso puro, a partes iguales. Tradiciones posteriores añaden algún tipo más de perfume, como ocurre en *Jubileos* 16, 24 y *Eclesiástico* 24, 15. No obstante, el número habitual es el de cuatro, según los comenta e interpreta también en un sentido de simbolismo cósmico FILÓN DE ALEJANDRÍA, *El que es heredero de lo divino* 197.

[150] Es el segundo velo o cortina que menciona *Hebreos* 9, 3 antes de entrar en la parte más sagrada del Templo.

[151] El Templo de Salomón guardaba en este lugar el Arca de la Alianza, que fue destruida durante la toma de la ciudad por Nabucodonosor.

223 ran rayos solares. Desde lejos, a los extranjeros que se acercaban allí les parecía que era un monte cubierto de nieve, ya que el mármol era muy blanco en las zonas que no estaban
224 revestidas de oro. En el tejado se erguían áureas picas afiladas, para que aquél no fuera mancillado por ningún pájaro que allí se posara. Algunas de sus piedras medían cuarenta y
225 cinco codos de largo, cinco de alto y seis de ancho[152]. Delante del santuario estaba el altar[153], que tenía una altura de quince codos y una anchura y longitud igual de cincuenta codos; estaba hecho en forma cuadrada con una especie de cuernos que sobresalían en las esquinas[154]. Se llegaba a él desde el sur por una rampa con poca pendiente. El altar ha sido construido sin usar hierro y nunca lo ha tocado este
226 metal[155]. El santuario y el altar estaban rodeados por un elegante parapeto, de hermosas piedras, de aproximadamente un codo de altura, que mantenía al pueblo en la parte de fuera
227 separado de los sacerdotes. Les estaba prohibido entrar en toda la ciudad a los que padecían gonorrea y a los leprosos, y

---

[152] Estas medidas parecen exageradas, máxime si las comparamos con las que el propio autor indica en *Antigüedades* XV 392, con veinticinco codos de largo cada uno de los bloques.

[153] En el atrio de los sacerdotes, al aire libre, se hallaba el altar exterior, donde se ofrecían todos los sacrificios, salvo el incienso. Entre el santuario y el altar estaba un gran recipiente de bronce, para que los sacerdotes se lavaran las manos y los pies antes de oficiar, y al norte del altar es donde se degollaban las víctimas y se preparaban para los sacrificios, como anota el tratado *Middot* 3, 5 y 5, 2.

[154] Las dimensiones del gran altar exterior son divergentes en los diferentes textos. PSEUDO HECATEO, en *Contra Apión* I 198, habla del altar de bronce del Templo de Salomón, que según *II Crónicas* 4, 1 alcanzaba sólo veinte codos de lado y diez de altura. El tratado de la Misná, *Middot* 3, 1, da unas medidas inferiores para el altar: ocho codos de altura y treinta y dos codos de anchura y longitud.

[155] Este principio se contiene en el Código de la Alianza, en la ley sobre el altar; cf. *Éxodo* 20, 25 y *Deuteronomio* 27, 5.

en el Templo a las mujeres menstruantes; incluso a estas últimas no les estaba permitido traspasar el límite que antes hemos señalado[156], aunque estuvieran puras. Los varones que no estaban completamente purificados no podían pasar al atrio interior, y tampoco podían hacerlo los sacerdotes cuando estaban en un proceso de purificación[157].

Los sacerdotes. Las vestiduras del sumo sacerdote

Los que, a pesar de pertenecer a una 228
familia sacerdotal, no ejercían sus funciones litúrgicas debido a algún problema físico[158], estaban en la parte interior del parapeto con los sacerdotes que no tenían ninguna enfermedad y recibían las partes del sacrificio que les correspondían por su estirpe[159], aunque iban vestidos de paisano, pues sólo el que oficiaba los actos litúrgicos podía
ponerse las vestiduras sagradas. Los sacerdotes que no te- 229
nían ninguna impureza subían al altar de los sacrificios y al santuario, revestidos de lino fino. Se abstenían sobre todo del vino puro por temor religioso, para no hacer ninguna trans-
gresión en la liturgia[160]. El sumo sacerdote iba con ellos, pe- 230

[156] Cf. V 199.

[157] Estos diferentes grados de pureza que hay que superar para entrar en el santuario se enumeran en términos similares en *Contra Apión* II 103 ss. Flavio Josefo ha insistido en otros lugares en la purificación previa a la entrada en el Templo; cf. IV 205, 218 y VI 426.

[158] *Levítico* 21, 16-23 contiene una lista de los defectos físicos que imposibilitaban el ejercicio del sacerdocio, aunque no les excluía de la participación en los demás privilegios de esta clase sagrada. Josefo cita como sacerdotes a un tal Simón «el Tartamudo» y a Matías «el Jorobado» entre sus antepasados *(Autobiografía* 3-4).

[159] La clase sacedotal estaba dividida en esta época en veinticuatro familias, que atendían por turnos al servicio del Templo; cf. nota a IV 155.

[160] La prohibición de tomar bebidas alcohólicas se encuentra ya precisada en *Levítico* 10, 8-11; cf. asimismo *Ezequiel* 44, 21, Filón de Ale-

ro no siempre, sino solamente en los días séptimos, en los días de luna llena y en las fiestas nacionales o en las solem-
231 nidades anuales que reunían a todo el pueblo[161]. Oficiaba las ceremonias con unos calzones que cubrían sus muslos y sus partes pudendas, encima una túnica de lino y sobre ella un manto de color violeta que llegaba hasta los pies; se trata de una vestidura ceñida con una cenefa en su parte baja[162].

JANDRÍA, *Sobre las leyes especiales* I 98-100, *Contra Apión* I 199 y *Antigüedades* III 279. El vino constituye una señal de impureza en los ministros del culto, que lo tienen prohibido simplemente con llevar puestas las vestiduras sacerdotales, según lo recoge el propio JOSEFO en *Antigüedades* III 279. Entre las prescripciones sagradas referentes al *nazir*, es decir, al «consagrado a Dios», existen también algunas que ordenan abstenerse de beber vino y todo lo que salga de la vid (cf. *Números* 6, 1-4, *Jeremías* 35, 2-6, *Amós* 2, 12, *Lucas* 1, 15). Tal rechazo al vino puede deberse a una reacción contra una práctica habitual entre los pueblos limítrofes, sobre todo entre los cananeos, como una forma de distinguirse de la vida licenciosa y fácil de los gentiles, como recuerda *Jeremías* 35, 5-8, aunque no se debe olvidar que los sacrificios judíos contaban con el acompañamiento de esta bebida (cf. *Éxodo* 29, 40 o *Números* 15, 5, 7, 10 y 28, 7-9, 14).

[161] La elevada posición del sumo sacerdote restringía sus funciones sacerdotales a las festividades más solemnes. La ley le obligaba a oficiar únicamente en el día de la Expiación, cuando presentaba a Dios el sacrificio expiatorio por toda la nación (cf. *Levítico* 16), aunque la práctica tardía le asignó otros momentos para desarrollar sus funciones, como testimonia Josefo en este pasaje.

[162] Una descripción más extensa y detallada de las vestiduras del sumo sacerdote, que es un tema recurrente en la literatura judeo-helenística, se encuentra en *Antigüedades* III 151-178, *Testamento de Leví* 8 y FILÓN DE ALEJANDRÍA, *Sobre la vida de Moisés* II 14; cf. también *Éxodo* 28, 4-40; 29, 8-9; 39, 27-37; *Levítico* 8, 6-9 y *Eclesiastés* 45, 7-12. A PLUTARCO, *Charlas de sobremesa* IV 6, el atuendo de los sumos sacerdotes le recuerda al dios Dioniso: la mitra, el efod, es decir, la piel de ciervo bordada en oro, la túnica talar, y las campanillas que cuelgan de su vestido son las pruebas plutarqueas de su argumentación. Plutarco menciona unos coturnos que parecen ser invención suya, ya que ni en esta fuente de Jo-

De esta cenefa pendían campanillas de oro y granadas, que se alternaban unas con otras. Las campanillas simbolizaban el trueno y las granadas el rayo. La banda que sujetaba la 232
túnica al pecho tenía cinco franjas bordadas de diversos colores: oro, púrpura, escarlata, además de lino fino y de violeta, de lo que también estaban tejidas, como ya dijimos[163], las cortinas del Templo. Llevaba también un efod[164] con la mis- 233
ma mezcla de colores, aunque en él había más oro. El efod tenía la forma de una coraza ajustada y se abrochaba con dos fíbulas de oro, en forma de un pequeño escudo, en las que estaban engastadas los más bellos y grandes sardónices que llevaban grabados los nombres de las tribus de la nación[165].
Por delante del efod había otras doce piedras, dispuestas en 234
cuatro filas, tres en cada una de ellas: sardónice, topacio, esmeralda, rubí, jaspe, zafiro, ágata, amatista, ópalo, ónice, berilo y crisolita, sobre cada una de las que también estaba grabado uno de los nombres de las tribus[166]. Una tiara de lino 235
fino, bordada en color violeta, cubría su cabeza. La rodeaba otra corona de oro que tenía en relieve las letras sagradas, que son las cuatro vocales[167]. El sumo sacerdote no iba vestido así 236

---

sefo ni en ninguna otra se habla de algún tipo de calzado, sino que más bien todo apunta a que los sacerdotes oficiaban descalzos.

[163] Cf. V 212.

[164] Ya desde la traducción del *Éxodo* 28, 6 en la *Septuaginta* el término hebreo *ephodh* se ha traducido por el griego *epōmís*, que realmente es una prenda de vestir algo distinta a la de los sumos sacerdotes, pues era la parte superior de un vestido femenino sin mangas, que se sostenía sobre los hombros como una especie de capa.

[165] Los nombres de los doce hijos de Jacob o Israel, de los que derivan las doce tribus judías.

[166] Esta distribución de las piedras preciosas no coincide con la expuesta por el propio Josefo en *Antigüedades* III 168 ni con la lista de *Éxodo* 28, 17-20.

[167] Es el tetragrama sagrado, en escritura paleohebrea, del que se habla en *Éxodo* 3, 14-15 y 28, 36, *Carta de Aristeas* 98, Filón de Alejan-

todos los días, sino de forma más sencilla. Sólo llevaba esta indumenatria cuando entraba en el *Sancta Sanctorum*[168], una vez al año, el día en que es costumbre que todos los judíos
237 ayunen en honor de Dios[169]. Después hablaremos[170] con más detalle de lo relativo a la ciudad, al Templo y de sus costumbres y leyes, ya que aún queda por decir bastante sobre ello.

La torre Antonia

238 La torre Antonia[171] estaba en el ángulo de los dos pórticos, el occidental y el norte, del primer Templo, construida sobre una roca, escarpada toda ella, de cincuenta codos de altura. Era una obra hecha por el rey Herodes, en la que especialmente hizo de-
239 mostración de su natural magnificencia. Efectivamente, la roca estaba recubierta desde su pie por lisas placas de piedra para contribuir a su belleza y para que resbalara todo el que
240 intentara subir o bajar por ella. Además, delante del edificio de la torre había un muro de tres codos y por dentro de él se alzaba toda la construcción de la Antonia a una altura de

---

DRÍA, *Sobre la vida de Moisés* II 114 o *Antigüedades* III 178: YHVH, «Yo soy el que soy», el santo nombre de Dios. No parece correcto que fueran cuatro «vocales», sino que con propiedad sólo podrían ser la Y y la V en algunos casos. Tal vez en esta afirmación nuestro autor sigue la trancripción griega del nombre del dios judío, alguna de las cuales contenía tres o cuatro vocales: *Iaó, Ieuó, Iaoué, Iabé,* entre otras.

[168] Descrito en V 219.

[169] La gran fiesta del día de la Expiación de *Levítico* 16, que tenía lugar el 10 del mes Tišrí del calendario hebreo, Hiperbereteo en el macedónico y entre septiembre y octubre en el juliano.

[170] En realidad Josefo no vuelve a tratar este tema, al menos en las obras conservadas. Tal vez se refiera a su tratado *Sobre las costumbres y las causas,* título de un trabajo sobre Dios y las Leyes citado en *Antigüedades* IV 198.

[171] Herodes dio el nombre de Antonia, en honor de su amigo Marco Antonio, a la antigua fortaleza Baris levantada por Juan Hircano; cf. I 75, 118 y 401, y *Antigüedades* XV 292, 403, y XVIII 92.

cuarenta codos. El interior tenía la extensión y la disposi- 241
ción de un palacio, pues estaba dividido en estancias de diversos tipos y usos, pórticos, baños y amplios patios para el ejército, de forma que por tener todos los servicios parecía una ciudad y por su magnificencia se asemejaba a un palacio. Todo el 242
conjunto de la construcción ofrecía la forma de una torre, aunque tenía otras cuatro almenas en sus esquinas. Tres de ellas presentaban una altura de cincuenta codos, y la que se hallaba en el ángulo sudeste setenta codos, de modo que desde ella se podía ver la totalidad del Templo. Por los lados por los que la 243
torre se unía con los dos pórticos del Templo había sendas escaleras[172], por donde bajaban los centinelas. Ya que siempre 244
estaba en la Antonia una cohorte romana, que se distribuía por los pórticos con armas durante las fiestas y vigilaba al pueblo para que no se sublevara. El Templo, como si fuera una fortale- 245
za, dominaba la ciudad, la Antonia dominaba el Templo y en ella se hallaban los guardianes de estos tres lugares. Por su parte, el palacio de Herodes[173] era la fortaleza particular de la Ciudad Alta. Como ya he mencionado[174], la colina de Bezeta esta- 246
ba separada de la torre Antonia. Era la más alta de todas las colinas; sus construcciones se juntaban con una parte de la Ciudad Nueva y era la única que ocultaba al Templo por el lado norte. Por el momento es suficiente lo dicho sobre la ciudad y 247
las murallas[175], dado que tengo previsto[176] volver a hablar de cada uno de estos temas con más detalle.

[172] En estas escaleras se sitúa la arenga de Pablo de Tarso a los judíos, cuando fue arrestado por las autoridades romanas, según recuerdan *Hechos de los Apóstoles* 21, 40.

[173] Su descripción se incluye en V 176-182.

[174] Cf. V 149-151.

[175] Después de este largo *excursus* sobre Jerusalén y su Templo, se retoma la narración del conflicto bélico, interrumpido en V 135.

[176] En esta obra no se vuelven a tratar estas cuestiones; véase, no obstante, la nota a V 237.

Las fuerzas judías. Juan y Simón

248 El conjunto de combatientes y sediciosos que había en la ciudad partidarios de Simón alcanzaba el número de diez mil, sin contar a los idumeos. Sus oficiales eran cincuenta, que estaban bajo la
249 autoridad suprema del propio Simón. Los idumeos, que eran aliados suyos, sumaban unos cinco mil[177] y tenían diez oficiales. Jacobo, hijo de Sosas, y Simón, hijo de Caata[178], pa-
250 recían ser los que estaban a la cabeza de ellos[179]. Juan, que ocupaba el Templo, contaba con seis mil soldados a las órdenes de veinteoficiales. Entonces también se le habían unido los zelotes, que habían depuesto sus diferencias internas: eran dos mil cuatrocientos y estaban bajo el mando de Eleazar, su anterior jefe, y Simón, el hijo de
251 Arino. En las luchas de estos grupos, según dijimos[180], el pueblo era el botín de unos y otros y la gente que no colaboraba con sus injusticias era objeto de los saqueos de
252 ambas facciones. Simón ocupaba la Ciudad Alta, la gran muralla[181] hasta el Cedrón y la parte de la muralla antigua[182] que desde Siloé dobla por el este y baja hasta el palacio de Monobazo, que era el rey de los Adiabenos
253 del otro lado del Éufrates[183]. También controlaba la fuen-

[177] Está claro que los idumeos no se habían retirado de Jerusalén, a pesar de lo que se dijo en IV 353.

[178] Sobre las diversas variantes con que aparece este nombre véase la nota a IV 271.

[179] Estos oficiales han sido ya reseñados en IV 235.

[180] Cf. V 27 ss.

[181] La tercera muralla levantada por el rey Agripa; cf. V 147.

[182] Es decir, la primera muralla; cf. V 142.

[183] Según cuenta el propio Josefo en sus *Antigüedades*, XX 17-52, los adiabenos, que habitaban la región superior del río Tigris, se habían convertido al judaismo, su familia real había aceptado la circuncisión y su reina Helena se había trasladado a Jerusalén, donde levantó algunas construcciones; cf. nota a I 6 y IV 567.

te[184], del Acra, que es la Ciudad Baja, y de la zona que hay hasta el palacio de Helena[185], madre de Monobazo. Juan, por su 254
parte, controlaba el Templo y gran parte de sus alrededores, Ofla y el llamado barranco del Cedrón. Habían quemado el territorio que mediaba entre ellos y así dispusieron de una zona para sus mutuos combates. Pues, aunque los romanos estaban acam- 255
pados cerca, sin embargo dentro de la ciudad no habían cesado las disputas. Los judíos, tras volver en sí durante un breve espacio de tiempo por la primera salida[186] contra el enemigo, recayeron en su locura y de nuevo se separaron, lucharon entre sí y de esta forma llevaron a cabo todo lo que deseaban sus sitiadores. Y con toda seguridad no sufrieron a manos romanas nada 256
peor de lo que se hicieron a sí mismos, ni la ciudad fue objeto de nuevas desgracias después de ellos, sino que antes de caer padeció la peor de las suertes y los que se apoderaron de ella le hicieron un inmenso favor[187]. Pues yo digo que la rebelión so- 257
metió a la ciudad y que los romanos sometieron a la rebelión, que era mucho más fuerte que las murallas. Con buena lógica se podría atribuir a los propios judíos el desastre y la justicia a los romanos. Pero que cada uno lo decida según se lo indiquen los acontecimientos[188].

[184] Es decir, la piscina de Siloé, aunque en V 410 se dirá que los romanos ocupaban esta fuente.

[185] Los palacios de estos dos reyes adiabenos, Monobazo y Helena, no han sido localizados con plena certeza, si bien se ha propuesto la cima de la colina Ofla; cf. comentario *ad loc.* de Pelletier.

[186] La que se ha narrado en V 71-77, cuando los judíos atacaron a la décima legión mientras levantaba el triple campamento.

[187] En su programa de propaganda flaviana Josefo se deja llevar por su actitud filorromana hasta límites inospechados, como es éste, en que incluso defiende claramente la conquista de Jerusalén por parte de Roma; cf. apartado 5 de la Introducción.

[188] Thackeray y Pelltier, en el comentario a sus respectivas traducciones, ven en esta expresión formularia, que se repite en *Antigüeda-*

Tito se dispone a atacar

258 Tal era la situación interna de Jerusalén cuando Tito, con jinetes escogidos, rodeaba por fuera la ciudad para ver por
259 dónde podría atacar las murallas. Como se vio rodeado de dificultades por todas partes, pues no se podía acceder por la zona de los barrancos y por los demás puntos la muralla antigua parecía ser demasiado sólida para sus máquinas de guerra, consideró que era mejor atacar por el monumento del sumo sacerdote
260 Juan[189]. Por allí la primera muralla era más baja y la segunda no se unía con ella, ya que no se habían preocupado de fortificar este lugar porque la Ciudad Nueva no estaba muy poblada. Sin embargo, era fácil acceder a la tercera muralla, por donde tenía el propósito de tomar la Ciudad Alta y, a
261 través de la torre Antonia, el Templo. Entonces, mientras Tito hacía esta inspección, uno de sus amigos, llamado Nicanor[190], fue alcanzado por una flecha en el hombro izquierdo, cuando se aproximaba con Josefo a negociar la paz con la gente que estaba en la muralla, pues era una persona
262 conocida. César, al darse cuenta por este hecho de la violencia de los judíos, pues no perdonaban ni siquiera a los que se acercaban a llevarles la salvación, intensificó el asedio. Al mismo tiempo permitió que las legiones devastaran los suburbios y les ordenó que trajeran madera y levantaran te-
263 rraplenes. Para llevar a cabo el trabajo distribuyó al ejército

---

des I 108, II 348, III 81, una cláusula retórica habitual en los escritores griegos y romanos para expresar su opición pesonal; cf. DIONISIO DE HALICARNASO, I 48, 1 y III 35, 6.

[189] Juan Hircano (cf. I 54 ss). Este monumento citado más adelante en V 304, 356, 468 y VI 169, parece estar situado al nordeste del palacio de Herodes, cerca de la puerta de Genat.

[190] El tribuno y amigo de Josefo, que intervino de mediador en la rendición de éste ante los romanos; cf. III 346.

en tres unidades: puso a los lanceros y a los arqueros en medio de los terraplenes y, delante las oxibelas, las catapultas y las balistas[191], para impedir que los enemigos hicieran incursiones contra sus obras y que los que estaban en la muralla intentaran estorbarles. Talaron los árboles y en poco tiempo 264
los suburbios quedaron deforestados. Mientras los romanos transportaban la madera para los terraplenes y todo el ejército ponía su empeño en el trabajo, los judíos no se quedaron sin hacer nada. El pueblo[192], que había sufrido saqueos y muer- 265
tes, se llenó entonces de valor, pues creía que iba a volver a respirar, mientras los facciosos estuvieran entretenidos en luchar contra los enemigos de fuera, y que él mismo podría vengarse de los culpables, si los romanos llegaban a vencer.

Los judíos perturban los trabajos del asedio romano

Juan, a pesar de que sus hombres an- 266
helaban atacar a los enemigos del exterior, sin embargo permanecía inactivo por miedo a Simón. Por su parte, este último 267
no descansaba, pues estaba más cerca de los sitiadores. Colocó sobre las murallas las máquinas de guerra, que antes habían arrebatado a Cestio[193], y las que obtuvieron cuando tomaron[194] la guarnición de la torre Antonia. Sin embargo, a causa de su falta de experiencia a la 268
mayoría de ellos no les fue útil este material. Algunos, adiestrados por desertores[195], hacían un mal uso de las má-

[191] Cf. nota a IV 19 y 553.

[192] Josefo distingue aquí, como en otros pasajes, entre los judíos, que son los sediciosos y rebeldes sublevados contra Roma, y el pueblo, que quería la paz y no estaba de acuerdo con esta guerra.

[193] En su derrota del año 66; cf. II 554.

[194] Cf. II 430.

[195] Seguramente serían miembros de las tropas auxiliares romanas, formadas por sirios, árabes u otros habitantes de regiones limítrofes a las judías. DIÓN CASIO, LXVI 5, 4 confirma la existencia de estos tránsfugas.

quinas: lanzaban piedras y flechas desde la muralla contra los que levantaban el terraplén, salían en grupos y se enfren-
269 taban con ellos. Los que trabajaban en el terraplén se protegían de los lanzamientos judíos con techumbres de mimbre que cubrían las empalizadas[196] y repelían las salidas de los judíos con máquinas lanzadoras. Todas las legiones disponían de admirables máquinas, si bien con diferencia la décima legión[197] contaba con las más potentes oxibelas[198] y con las más grandes balistas[199], con las que no sólo repelían las salidas enemigas sino también a los que estaban en la
270 muralla. Las piedras que lanzaban pesaban un talento[200] y alcanzaban más de dos estadios. Su golpe era irresistible tanto para los que se encontraban en las primeras posicio-
271 nes, como para los que estaban detrás de ellos. Al principio los judíos esquivaban las piedras que les arrojaban, pues eran blancas, de modo que no sólo se dejaban sentir por el silbido, sino que también se percibía su llegada por el brillo
272 que destellaban. Por consiguiente, los centinelas que estaban sobre las torres, cuando se ponía en marcha la máquina y se arrojaba la piedra, se avisaban y se gritaban en su lengua materna: «Viene el hijo»[201]. Entonces, los hombres, contra

[196] Estas construcciones defensivas se denominaban *vinae*, por su parecido con una plantación de viñas, según se describe en III 163 y en VEGECIO, IV 15.

[197] Era la legión que había acampado más lejos de las murallas de la ciudad, en el monte de los Olivos; cf. V 135.

[198] Cf. nota a IV 19.

[199] Cf. nota a IV 583.

[200] Un talento ático, la unidad de peso más utilizada en esta época en Palestina, equivalía a 36 kilos; cf. III 167.

[201] Para esta exclamación existen imágenes bíblicas paralelas, como *Lamentaciones* 3, 13, donde se presenta a las flechas como «hijas de la aljaba». Sin embargo, es posible que se haya producido una confusión o un juego de palabras entre el hebreo *hab-ben*, «hijo», y *ha-eben*, «piedra», o entre

los que iban los disparos, se dispersaban y se tiraban al suelo, de modo que así, con estas precauciones, la piedra caía sin hacer daño. Pero a los romanos se les ocurrió pintar 273
las piedras de negro, pues de esta manera, al no poderlas percibir previamente con la misma claridad, acertaban en su tiro y mataban de un solo golpe a numerosos judíos. Sin 274
embargo, a pesar de esta desgracia, no dejaban a los romanos levantar el terraplén en paz, sino que se lo impedían de día y de noche con todo tipo de estratagemas y audacias.

Los arietes entran en acción

Concluidas las obras, los ingenieros 275
midieron el espacio que les separaba de la muralla con un plomo colgado del extremo de un hilo, que arrojaron desde el terraplén, puesto que no era posible desde otro sitio, habida cuenta de que recibían disparos desde arriba. También acercaron las helépolis[202], al ver que desde allí era posible alcanzar el muro. Tito, tras colocar más cerca las 276
máquinas lanzadoras, para que los judíos no impidieran actuar a los arietes desde la muralla, dio la orden de atacar. De 277
repente se produjo en tres puntos de la ciudad un terrible estruendo, la gente que estaba dentro se puso a gritar y un miedo se apoderó de todos los sediciosos por igual. Cuando unos y otros se dieron cuenta de que era un peligro común para ambas facciones, decidieron organizar entonces una defensa también en común. Los rivales se gritaban unos a 278

---

el griego *huiós*, «hijo», e *iós*, «flecha»; véase la discusión sobre ello en los respectivos comentarios *ad loc.* de RICCIOTTI y PELLETIER.

[202] La helépoli, literalmente «tomadora de ciudades», era una máquina de asalto que consistía en una torre, normalmente hecha de madera y cuero, móvil y equipada de artillería en la plataforma superior y de un ariete o catapulta en la parte inferior; cf. nota a II 553. No obstante, en este caso concreto no parece tratarse de una helépolis completa, sino más bien simplemente de un ariete, como se verá después en V 276, 281 y 282.

otros que todo lo que hacían favorecía a los enemigos, cuando debían dejar a un lado sus luchas internas para ir juntos contra los romanos, aunque Dios no les concediera una concordia duradera. Simón comunicó por medio de un heraldo a los que estaban en el Templo que podían acercarse a la muralla sin peligro; Juan lo permitió, a pesar de que descon-
279 fiaba de ello. Los judíos olvidaron su odio y sus diferencias particulares y formaron un solo cuerpo. Tras ocupar toda la extensión de la muralla, arrojaron desde allí un gran número de antorchas encendidas contra las máquinas y dispararon
280 sin parar contra los que manejaban las helépolis. Los más valientes saltaron en grupos sobre las techumbres de mimbre que cubrían las máquinas, las rompieron, atacaron a los soldados que las accionaban y los vencieron; poco consi-
281 guieron con su habilidad, pero sí mucho con su osadía. Tito en persona iba siempre en ayuda de los que estaban en apuros. Disponía sus jinetes y arqueros a un lado y a otro de las máquinas y así repelía a los que arrojaban fuego. Rechazaba a los que disparaban desde las torres y hacía funcionar las
282 helépolis. Sin embargo, la muralla no cedió a los golpes, a no ser el ariete de la legión decimoquinta que fue el único
283 que movió la esquina de una torre. No obstante, la muralla quedó intacta, pues no corría de inmediato el mismo peligro que la torre, que, como sobresalía, no podía fácilmente arrastrar consigo ninguna parte del muro.

284

Las facciones rebeldes se unen para prender fuego a las máquinas romanas

Los judíos cesaron durante un breve espacio de tiempo en sus hostilidades y, cuando se percataron de que los romanos se habían dispersado y habían regresado a sus trabajos y a sus campamentos, pues creían que los judíos se habían retirado por cansancio y por miedo, todos salieron corriendo desde la torre de Hípico por

una puerta oculta, llevaban antorchas para prender fuego a los trabajos de los enemigos y estaban decididos a perseguir a los romanos hasta sus trincheras. Al oír sus gritos, los le- 285
gionarios que estaban más cerca se agruparon rápidamente y los más alejados vinieron corriendo. Sin embargo, la audacia judía se adelantó a la disciplina de sus enemigos. Tras hacer huir a los primeros soldados romanos que se encontraron, se dirigieron contra los que en ese momento se estaban concentrando. Estalló un terrible combate en torno a las máqui- 286
nas. Los judíos se esforzaban en quemarlas y los romanos en impedírselo. En ambos bandos se escuchaba un confuso griterío y perecieron muchos de los que estaban en las primeras filas. Los judíos se impusieron debido a su desespe- 287
ración; el fuego se adueñó de las construcciones y habría existido el peligro de que junto con las máquinas todo hubiera sido pasto de las llamas, si la mayoría de los legionarios escogidos de Alejandría[203] no hubiera resistido con una valentía aún mayor de la que se podía esperar de ellos, ya que en la lucha superaron a los destacamentos más famosos. Hasta que al final César, con los más valerosos jinetes, arremetió contra los enemigos. Él en persona mató a doce 288
de los judíos que ocupaban la primera línea[204]. El resto de la tropa se replegó ante este desastre; Tito los persiguió, los metió a todos en la ciudad y así libró del fuego a sus obras. En este combate resultó apresado uno de los judíos, al que 289
Tito ordenó crucificar delante de la muralla[205], para que así

[203] Los dos mil soldados escogidos que Tito había traído de Alejandría; cf. V 44.

[204] Cf. Suetonio, *Tito* V, donde se añade que el príncipe romano mató a los judíos a flechazos.

[205] La crucifixión era la forma de pena de muerte más cruel y vergonzosa entre los romanos, que se aplicaba a los esclavos y a los extranjeros para castigar el homicidio, el robo, la traición y la rebelión (cf. Cicerón,

290 los demás se rindieran, asustados al verlo. Tras la retirada, también Juan, el jefe de los idumeos[206], fue alcanzado en el pecho por una flecha lanzada por un árabe, cuando hablaba delante del muro con un soldado conocido suyo, y al instante murió. Este hecho provocó un inmenso dolor entre los idumeos y tristeza entre los rebeldes, pues era una persona que se había distinguido por su valor y por su ingenio.

Una torre romana se derrumba

291 La noche siguiente les sobrevino a los
292 romanos una inesperada confusión. Pues a media noche sucedió que por sí misma se derrumbó una de las tres torres de cincuenta codos que Tito había mandado construir, para que, puestas sobre cada uno de los terraple-
293 nes, hicieran huir a los judíos que estaban en la muralla. El inmenso estruendo que se produjo llenó de miedo al ejército, y, al creer que los enemigos venían contra ellos, corrie-
294 ron todos por las armas. El desorden y el barullo hizo mella en las legiones. Como nadie podía contar lo que había ocurrido, iban de un lado para otro muy angustiados. Al no aparecer ningún enemigo, se asustaban los unos de los otros.
295 Cada uno de ellos preguntaba inmediatamente a su vecino la contraseña, como si los judíos hubieran penetrado en el campamento. Parecían estar envueltos por un pánico terrorífico, hasta que Tito, enterado de lo sucedido, ordenó informar de la situación a todos y de esta forma, aunque con cierta dificultad, sus soldados se tranquilizaron.

Contra Verres V 64; Tito Livio, I 26; o *Hechos de los Apóstoles* 5, 37). Sobre la crucixifión entre los judíos, véase nota a IV 317.

[206] En IV 235 es presentado como el más importante de los caudillos idumeos, mientras que en V 249 no se le nombra, sino solamente a su hermano Jacob y a Simón.

Los judíos se retiran a la segunda muralla

Las torres perjudicaron mucho a los 296
judíos, que resistían con fuerza los demás
ataques, ya que desde allí les disparaban
las máquinas ligeras[207], los lanceros, los
arqueros y los honderos. En cambio ellos 297
no alcanzaban a los romanos debido a la altura de su posi-
ción y era imposible apoderarse de las máquinas, derribarlas
con facilidad a causa de su peso y quemarlas gracias al hie-
rro que las recubría. Pero si se ponían a salvo de los dispa- 298
ros, ya no podían impedir las embestidas de los arietes, que
con sus continuos golpes poco a poco iban a conseguir su
propósito. La muralla ya cedía a los golpes de Victoria[208], 299
pues así es como llaman los judíos a la más grande helépo-
li[209] de los romanos, porque todo lo vencía. Estaban cansa-
dos desde hacía tiempo por las luchas y las guardias que ha-
bían hecho por la noche lejos de la ciudad. Además, por 300
pereza y por tomar siempre malas decisiones, les pareció
inútil conservar este muro, habida cuenta de que les queda-
ban otros dos detrás de él. De esta forma, la mayoría cedió
ante su decaimiento y se retiró. Cuando los romanos pene- 301
traron por la brecha abierta por la helépoli Victoria, todos
los judíos abandonaron sus puestos de guardia y se refugia-
ron en la segunda muralla. Los soldados que habían pasado
al interior abrieron las puertas y recibieron a todo el ejército.

---

[207] La proliferación de la artillería romana en esta época alcanza un importante grado de desarrollo y una variedad de artefactos que van desde la maquinaria ligera, trépanos, arietes, tortugas, oxibelas, etc., a las armas pesadas del tipo de las balistas, de complejos sistemas de lanzamientos, helépolis y otras torres de asalto; en general sobre estas cuestiones puede consultarse la obra de E. W. Marsden, *Greek and Roman Artillery: Historical development*, Oxford, 1969.

[208] Se está personificando la máquina, la helépoli, que los soldados romanos utilizan para derribar el muro y así «vencer a los judíos».

[209] Cf. nota a V 275.

302 De esta manera los romanos se apoderaron del primer muro[210] el día decimoquinto desde que empezó el asedio, el día séptimo del mes de Artemisio[211], y demolieron gran parte de él y el barrio norte de la ciudad, que ya antes lo había destruido Cestio[212].

Tito acampa dentro de la tercera muralla

303 Tito trasladó el campamento al interior, al lugar llamado «Campamento de los Asirios»[213]. Ocupó toda la zona que hay hasta el Cedrón, pero separado de la segunda muralla para estar muy lejos de los disparos que desde allí hicieran los enemigos. Enseguida
304 dio paso al ataque. Los judíos se dividieron y defendieron con fuerza la muralla: los hombres de Juan desde la torre Antonia, desde el pórtico norte del Templo y delante de la tumba del rey Alejandro[214], mientras que las tropas de Simón, que ocupaban el paso que hay junto al sepulcro del sumo sacerdote Juan, cubrieron sus posiciones hasta la puerta[215] por donde se llevaba el agua hasta la torre Hípico.
305 Con frecuencia salían fuera de las puertas y luchaban cuerpo a cuerpo, pero, cuando eran rechazados hacia la muralla, resultaban vencidos en estas refriegas por no tener la destreza de los romanos, si bien se imponían cuando combatían

---

[210] La primera desde el punto de vista romano, pero en realidad la tercera muralla, aquella que fue construida por el rey Agripa; cf. V 147.

[211] En mayo del año 70. Artemisio, mes del calendario macedónico, equivalente al hebreo Iyyar y a mayo, en el cómputo juliano.

[212] Cf. II 230.

[213] La tradición ubicaba en este lugar el campamento del rey asirio Senaquerib (cf. *II Reyes* 18, 17 y 19, 35). Su emplazamiento exacto no es conocido, si bien parece que estaba cerca de la torre Psefino.

[214] No se ha localizado el emplazamiento de la tumba de Alejandro Janeo, cuyo reinado ha sido narrado en I 85-106.

[215] La actual puerta de Jafa.

desde lo alto de la muralla. A los romanos les daba valor su 306
experiencia, además de su fuerza, y a los judíos su audacia, alimentada por el miedo, y su resistencia natural en las desgracias. Estos últimos tenían aún la esperanza de salvarse y
los romanos de vencer rápidamente. Ninguno de los dos 307
bandos se vio dominado por la fatiga, sino que todos los días tenían lugar asaltos, refriegas en las murallas y numerosas
salidas por grupos; no les faltó ningun tipo de combate. La 308
noche apenas hacía descansar a los soldados que empezaban a luchar al amanecer. Ésta era para ambos ejércitos un momento de insomnio y más dura que el día: en el caso de los judíos, por miedo a que la muralla fuera tomada de un momento a otro, y en el de los romanos, porque los enemigos cayeran sobre el campamento. Las dos partes pasaban la noche en armas y al rayar el alba estaban preparadas para lu-
char. Entre los judíos se rivalizaba por ver quién se expon- 309
dría al peligro en las primeras líneas para así ganarse el favor de sus oficiales. Sobre todo tenían respeto y miedo a Simón. Cada uno de los hombres que estaban a sus órdenes le prestaba tanta atención que incluso hubiera estado totalmente dispuesto a suicidarse, si él se lo hubiera mandado.
La costumbre de triunfar era para los romanos un estímulo 310
para su valor, también lo era su desconocimiento de la derrota, las continuas expediciones, sus constantes entrenamientos, la grandeza del Imperio y sobre todo Tito, que siempre estaba a disposición de todos sus hombres en cual-
quier parte. Efectivamente, les parecía terrible flojear, cuan- 311
do César estaba presente y participaba con ellos en la lucha. Tito era para el que luchaba valerosamente el testigo y el que también le iba a recompensar por ello. Pero ya era un premio el ser reconocido por César como un valiente. Por ello muchos, llevados por su ardor, se mostraban superiores a sus propias fuerzas.

El caballero Longino

312 En estos días, cuando los judíos estaban colocados en orden de batalla delante de la muralla con una sólida formación y cuando los dos ejércitos se disparaban aún desde lejos, uno de los jinetes, Longino, se salió de las líneas romanas y saltó al medio de la
313 tropa judía. Los enemigos se dispersaron ante esta embestida y él mató a dos de los más valientes: a uno le golpeó en la cara, cuando le venía al encuentro, y al otro le atravesó el pecho, cuando huía, con una lanza que había sacado del cadáver del anterior. Salío, sin ser herido, del medio de los
314 enemigos y corrió a refugiarse con los suyos. Así pues, Longino fue famoso por su valor y muchos fueron los que
315 imitaron su bravura. Los judíos, sin preocuparse por sus desgracias, miraban sólo por atacar a los romanos. La muerte les parecía totalmente llevadera si les sobrevenía tras ha-
316 ber matado a algún enemigo. En cambio Tito se preocupaba tanto por la seguridad de sus soldados como por vencer en la batalla. Consideraba una locura el ímpetu temerario y, en cambio, para él solamente existía el valor cuando se actuaba con prudencia sin sufrir nungún daño. Por ello, ordenó a sus hombres ser valientes sin correr ningún peligro.

Estratagema del judío Cástor

317 El propio Tito acerca la helépoli[216] a la torre que está en el centro de la muralla norte, donde un judío, un charlatán llamado Cástor, les tendió una trampa con diez hombres como él, mientras que los
318 demás habían huido a causa de los arqueros romanos. Estos individuos permanecieron quietos durante un tiempo, llenos de miedo detrás de los parapetos, pero cuando la torre se

---

[216] Cf. nota a V 275.

tambaleó, ellos se levantaron. Cástor extendió sus manos, en actitud de súplica, pidió a César y le rogó con voz lastimera que se apiadara de ellos. Tito, debido a su sencillez, creyó 319
en él. Como pensaba que los judíos se habían arrepentido, paró las embestidas del ariete, prohibió disparar flechas contra los suplicantes y ordenó a Cástor que expresara sus deseos. Éste contestó que quería bajar para llegar a un acuerdo. 320
Tito dijo que le felicitaba por su buena decisión, que se alegraría si todos tuvieran las mismas intenciones, y que él estaba dispuesto a dar garantías a la ciudad. Cinco de estos diez 321
hombres simularon la misma súplica, mientras que los demás gritaron que nunca serían esclavos de los romanos, cuando podían morir libres. Durante el largo tiempo que los judíos 322
estuvieron discutiendo, el ataque se detuvo y Cástor envió mensajeros a Simón para comunicarle que tenía tiempo de sobra para tomar decisiones sobre la apremiante situación, pues él se burlaría aún durante un buen rato de la autoridad romana. Mientras enviaba esta orden, a la vista de todos fingía convencer también a los reticentes a que aceptasen el acuerdo con Tito. Estos últimos, como si estuvieran indigna- 323
dos, blandieron sus espadas desenvainadas por encima de los parapetos se las clavaron en sus corazas y cayeron abajo, como si estuvieran muertos. Tito y los que estaban con él se 324
quedaron asombrados por la intrepidez de estos hombres y, al no poder desde abajo saber con exactitud lo sucedido, sintieron admiración por su valor y se compadecieron de su desgracia. Entoces uno de los romanos alcanzó con una flecha a 325
Cástor en la nariz. Él enseguida se arrancó la flecha, se la enseñó a Tito y se quejó de este injusto tratamiento. César censuró al autor del disparo y envió a Josefo[217], que estaba allí presente, para que diera la mano a Cástor. Sin embargo, Jose- 326

[217] El propio historiador, autor de esta obra.

fo dijo que él no iría, pues los suplicantes no tenían buenas intenciones, y también se lo impidió a sus amigos que estaban dispuestos a hacerlo. Eneas, uno de los desertores, manifestó
327 que él mismo se acercaría. Cástor pidió que alguien tomara el dinero que llevaba con él; Eneas corrió aún con más apresu-
328 ramiento con el manto abierto para recogerlo. Cástor cogió una piedra y se la lanzó. No le alcanzó, porque se precavió
329 ante ello, pero hirió a otro soldado que iba con él. Cuando César se dio cuenta de la astucia, comprendió que en la guerra la piedad es perjudicial[218], pues cuanto más severo se es tanto menos se cae en el engaño. Indignado por esta burla aumentó
330 la fuerza de los golpes de la helépoli. Los hombres de Cástor quemaron la torre, cuando ésta cedió. A través de las llamas saltaron al subterráneo[219] que hay debajo de ella, y así de nuevo ofrecieron a los romanos una imagen de valentía, pues pensaban que se habían arrojado al fuego[220].

Los romanos toman la segunda muralla

331 César tomó esta muralla por este punto[221] cinco días después de haber conquistado la primera de ellas[222]. Los judíos huyeron de allí y Tito penetró con mil soldados y con hombres elegidos de su guardia personal por la zona de la Ciudad Nueva[223], donde estaban las tiendas de la lana, los talleres de los herreros y el

[218] Precisamente es la piedad y la compasión uno de los rasgos de la personalidad de Tito más destacados por Josefo; cf. II 64, IV 92 ó V 59.

[219] Sobre la existencia de numerosos subterráneos de la ciudad de Jerusalén véanse las notas a V 102 y 104.

[220] De esta misma forma escapó también el judío Niger; cf. III 27.

[221] Por la torre central de la muralla norte, es decir, de la primera muralla, cf. V 317.

[222] El tercer muro desde el punto de vista romano, era el primero en el orden cronológico de construcción; cf. V 302.

[223] Cf. nota a V 153.

mercado de las telas, y por donde las callejuelas bajaban oblicuamente hacia la muralla. Si el príncipe romano hu- 332
biera derribado rápidamente la mayor parte de la muralla o si hubiera saqueado esta zona conquistada de la ciudad, de acuerdo con la ley de la guerra, creo que su victoria no se habría visto empañada por ninguna pérdida. Sin embargo, 333
como ahora esperaba que los judíos se avergonzaran de que no les hicieran ningún daño, cuando podían hacerlo, no agrandó la brecha de la muralla para facilitar la retirada, pues creía que no le iban a atacar aquéllos a los que él trataba con benignidad. Cuando entró en Jerusalén, no dejó matar a 334
ninguno de los prisioneros ni quemar las casas, sino que les permitió salir libremente, por si querían luchar sin causar daño a la población, y prometió al pueblo devolverle sus bienes. Efectivamente, Tito deseaba ante todo salvar para él la ciudad y el Templo para la ciudad[224]. Desde hacía tiempo 335
tenía al pueblo dispuesto a hacer lo que él buscaba, aunque para los combatientes su humanidad era una debilidad y éstos, además, creían que Tito hacía estas propuestas por su incapacidad para conquistar el resto de la ciudad. Los sedi- 336
ciosos amanazaban de muerte a cualquiera de los ciudadanos que mencionara la rendición, asesinaban a los que hablan de paz y atacaban a los romanos que ya estaban dentro de la ciudad: unos les salían al encuentro por las callejuelas, otros desde las casas y otros saltaban por las puertas de arriba fuera de las murallas. Asustados ante sus ataques, los 337
centinelas de la muralla se lanzaron desde las torres y se retiraron al campamento. Gritaban los que estaban dentro ro- 338
deados por todos los lados de enemigos, y los de fuera tenían miedo por sus compañeros abandonados. Dado que los

[224] El mismo interés manifestará Tito en VI 95, cuando la toma de Jerusalén haya sido completa.

judíos cada vez eran más numerosos y tenían una superioridad mayor por su conocimiento de las callejuelas, hirieron a muchos romanos, cayeron sobre ellos y los empujaron fuera.
339 Estos últimos resistían sobre todo por necesidad, pues no podían huir todos juntos por la estrecha brecha de la muralla. Daba la impresión de que todos los que habían entrado habrían sido degollados, si Tito no hubiera acudido en su
340 ayuda. Distribuyó a los arqueros en los extremos de las callejas, mientras que él se quedó allí donde había más gente, y así repelió con flechas a los enemigos. Con él estuvo Domicio Sabino, que también en este combate demostró ser un
341 hombre valiente[225]. César permaneció en ese lugar sin dejar de disparar con su arco y de impedir que los judíos se acercaran, hasta que todos sus soldados se retiraron.

342 De esta forma los romanos, que habían tomado la segunda muralla, fueron expulsados de ella y se exaltaron los ánimos de los combatientes de la ciudad. Los judíos, llenos de vanidad por su éxito, pensaban que los romanos no se atreverían a entrar en la ciudad y que, aunque lo hicieran, no
343 serían derrotados por ellos. Dios nublaba sus mentes a causa de sus delitos y no se daban cuenta de que las fuerzas que les quedaban a los romanos eran muy superiores a las que habían rechazado, ni del hambre que se precipitaba sobre
344 ellos. Pues aún podían nutrirse de las desgracias del pueblo y beber la sangre de la ciudad. Pero desde hacía tiempo la penuria se había adueñado de la gente de bien y muchos pe-
345 recían por la falta de lo necesario. Los rebeldes creían que la destrucción del pueblo sería un alivio para ellos mismos, puesto que consideraban que sólo merecían salvarse los que no querían la paz y preferían vivir en contra de Roma. Por otra parte, se alegraban de que se consumiera la muche-

[225] Cf. la toma de Jotapata en III 324.

dumbre contraria a sus propósitos, que para ellos era como
un estorbo. Esta era su actitud respecto a los que estaban en 346
el interior de la ciudad. Impidieron a los romanos, que de nuevo lo intentaron, entrar en la ciudad, cerraron filas y con sus propios cuerpos cubrieron la brecha de la muralla[226]. Durante tres días resistieron con fuerza su defensa, pero el cuarto día no pudieron hacer frente al enérgico ataque de Tito, sino que se vieron forzados a refugiarse donde estaban
antes. De nuevo César se apoderó de la muralla, destruyó 347
inmediatamente toda su parte norte y, tras colocar guardias en las torres del lado sur, planeó el ataque de la tercera muralla[227].

Suspensión del asedio

Tito consideró oportuno detener el ase- 348
dio durante un tiempo y dar a los rebeldes un momento más de reflexión, por si la destrucción de la segunda muralla o el miedo al hambre les hacía rendirse, pues sus rapiñas ya no les serían suficientes. Asimismo, él se sirvió de este
descanso para sus propios fines. Cuando llegó el día en el que 349
había que distribuir la paga a los soldados, ordenó a los oficiales que pusieran a su ejército en orden de batalla y distribuyeran el dinero a cada uno de sus hombres en un lugar visible al enemi-
go. Éstos, según la costumbre, sacaron sus armas, que hasta 350
entonces habían estado guardadas en sus arcones, se presentaron revestidos con sus corazas y los jinetes llevaron sus caballos totalmente adornados. Una extensa zona delante de la ciudad
relucía de oro y de plata, y nada era más agradable de ver que 351
aquello para los romanos ni producía un miedo mayor a los

[226] Por el lugar señalado en V 331.

[227] En realidad la primera muralla, desde el punto de vista judío, la más antigua y próxima a la ciudad, cf. V 302.

352 enemigos[228]. En efecto, toda la antigua muralla y la pendiente norte del Templo estaba llena de espectadores, se podían ver las casas llenas de personas que se asomaban para mirar y no había
353 punto de la ciudad que no estuviera repleto de gente. Un terrible espanto se apoderó incluso de los más audaces, cuando vieron reunido a todo el ejército enemigo, la belleza de sus armas y el
354 buen orden de sus soldados. Me parece que los sediciosos habrían cambiado de idea al contemplar aquello, si no fuera porque no tenían esperanza de obtener el perdón de los romanos a causa de los grandes males que habían cometido contra el pue-
355 blo. Consideraban que era mucho mejor morir en la batalla, que ser castigados con la pena capital, si dejaban de luchar[229]. El Destino[230] imponía que los inocentes perecieran junto con los culpables y la ciudad con los rebeldes.

Construcción de terraplenes para tomar la tercera muralla

356 Los romanos estuvieron cuatro días repartiendo la soldada en cada una de las legiones. El quinto día, como los judíos no presentaron ninguna propuesta de paz, Tito distribuyó las legiones en dos grupos y empezó la construcción de los terraplenes frente a la torre Antonia y al monumento de Juan[231]. Por este último punto

[228] Esta descripción en tono épico y formulario se repite en III 250 y 262, y aparecía ya en la narración de la batalla de Bet Zacaría de *I Macabeos* 6, 39.

[229] Esta actitud de firmeza ante la muerte es típica de una serie de personajes que se han enfrentado a un poder políticamente opresor contra las leyes judías: el caso de los Macabeos frente a los Seléucidas (*I Macabeos* 2, 50; *II Macabeos* 6, 28 y 7, 2) o los doctores ejecutados por Herodes a causa del incidente del águila de oro (I 648-655). Así lo recuerda también el propio Josefo en *Contra Apión* II 234.

[230] Sobre la personificación de la Fortuna o Destino en la obra de Josefo puede consultarse el apartado 5 de la Introducción.

[231] Cf. nota a V 259.

tenía la idea de tomar la Ciudad Alta y por la Antonia el Templo. Pues, si no se apoderaban del Templo, sería peligro- 357 so mantener incluso la ciudad. En las dos partes se levantaron sendos terraplenes, una por cada legión. Los idumeos y los 358 soldados de Simón con sus incursiones impedían trabajar a los romanos de la zona del monumento, mientras que los hombres de Juan y la multitud de los zelotes hacían lo propio con los que estaban junto a la Antonia. Los judíos 359 superaban a los romanos no sólo porque disparaban con sus manos desde una posición más elevada, sino porque habían aprendido ya el manejo de las máquinas de guerra[232]. La práctica de cada día había desarrollado poco a poco su experiencia. Tenían treinta oxibelas y cuarenta balistas[233], con las que dificultaban a los romanos la construcción de los terraplenes. Tito, que sabía que de él de- 360 pendía la salvación y la aniquilación de la ciudad, hacía más intenso el cerco de Jerusalén al mismo tiempo que se preocupaba de que los judíos cambiaran de opinión. A sus 361 trabajos de asedío añadía consejos y, consciente de que muchas veces las palabras eran más eficaces que las armas, él mismo les exhortaba a que entregaran la ciudad, que ya había sido tomada[234], para que de esta forma se salvaran. Encomendó a Josefo que se lo dijera en su lengua materna, pues pensaba que ellos se entregarían enseguida ante una persona de su propia nación.

---

[232] Los desertores del bando romano habían sido sus instructores en el manejo; cf. V 268-269.

[233] Cf. notas a IV 9 y 583.

[234] No es así, pues aún faltaba por conquistar la torre Antonia, el Templo y la Ciudad Alta; cf. V 356.

Josefo exhorta a los judíos a la rendición. Su discurso

362 Josefo recorrió la muralla e intentó estar fuera del alcance de los disparos, pero en un lugar desde donde pudieran escucharle. Les hizo numerosas súplicas para que no desperdiciaran sus propias vidas y las del pueblo, para que no echasen a perder su patria ni el Templo y para que no fueran más insensibles que los extran-
363 jeros con ellos. Pues los romanos respetan lo que es sagrado para los enemigos, aunque no participen de ello, y hasta ahora se han abstenido de tocarlo. En cambio, se disponen a destruir sus bienes sagrados los que se han criado entre ellos y los
364 únicos que los disfrutarían, en caso de que se salvaran. Además veían que habían sido derribadas sus murallas más sólidas y que la que quedaba era más fácil de tomar que las otras. Sabían que era irresistible la fuerza de los romanos y el hecho de estar esclavizados a ellos no era algo desconocido para los
365 judíos. Si es hermoso luchar en defensa de la libertad, es preciso hacerlo desde el principio; en cambio, es propio de hombres que buscan una muerte mísera y no de personas que aman la libertad el sacudirse ahora el yugo, después de haberse sometido y de haber obedecido durante mucho tiempo[235].
366 En verdad, también hay que despreciar a los señores que son inferiores a vosotros, pero no a aquellos que tienen en sus manos todo el mundo. ¿Qué regiones han escapado al poder romano, excepto aquéllas que no tienen ninguna utilidad por
367 el calor o el frío que hay en ellas? La Fortuna está de su lado por todas partes y Dios, que lleva el poder de un sitio a otro, ahora se encuentra en Italia[236]. Una ley, de gran vigencia entre los

---

[235] En un claro estilo oratorio griego se repiten los tópicos e ideas del discurso del rey Agripa II a los subevados de Jerusalén para evitar la guerra; cf. II 355-374.

[236] La Fortuna en sentido clásico y el Dios hebreo se funden en esta expresión, hasta el punto de ser perfectamente sinónimos. La teología

animales y los hombres, manda ceder ante los más poderosos y dejar el mando en manos de los que tienen la fuerza de
las armas. Por esto sus antepasados, que eran superiores a 368
ellos por su alma, por su cuerpo y por otros aspectos, se han sometido a los romanos y no habrían soportado esta situación, si no hubieran sabido que Dios estaba con ellos. ¿En 369
quién confiaban para resistir, cuando había sido tomada la mayor parte de la ciudad, y la gente de dentro, aunque aún se mantuvieran en pie las murallas, estaba en una situación peor que si se hubiera producido ya la conquista? A los ro- 370
manos no les pasaba inadvertido el hambre que había en el interior de la ciudad, que ahora consumía al pueblo y que no mucho después acabaría con los combatientes. Pues, aunque 371
los romanos hubieran puesto fin al asedio y no hubieran atacado la ciudad con las espadas en las manos, los judíos tenían dentro a un enemigo invencible que crecía de hora en hora, a no ser que fueran capaces de levantar sus armas contra el hambre, luchar ellos solos y acabar con sus males.
Josefo añadió que era mejor cambiar de opinión antes de 372
que ocurriera algo irreparable y optar por un camino de salvación, mientras aún era posible, ya que los romanos no les guardarían rencor por lo sucedido, a menos que persistiesen en su insolencia hasta el final. En efecto, los romanos por naturaleza eran benignos en la victoria y ponían su interés por delante de sus sentimientos de ira[237]. Ahora bien, este 373

---

flaviana se pone de parte de Roma, sin olvidar su fe en la Providencia divina, demostrada por las Sagradas Escrituras. La guerra de los judíos contra los romanos entraba también en los planes divinos y es el propio Dios el que está ya desde un principio decidiendo su desenlace en contra del pueblo hebreo. En realidad el tema del abandono de Israel en favor de Roma no es obra de una caprichosa Fortuna, sino de esa Providencia, que castiga y premia; cf. apartado 5 de la Introducción.

[237] Estas mismas palabras y argumentos utilizó Nicanor para convencer a Josefo para que saliera de la cueva de Jotapata; cf. III 347.

interés no consistía en adueñarse de una ciudad sin gente ni de una región desierta. Por este motivo César quería ahora ofrecerles un acuerdo de paz, pero si él tomaba la ciudad a la fuerza no perdonaría la vida a nadie, sobre todo por no haberle hecho caso cuando les daba consejos en una situa-
374 ción tan extrema. Las dos murallas que ya habían sido conquistadas eran la prueba de que la tercera[238] iba a ser tomada; y, aunque este muro fuera inexpugnable, el hambre lucharía contra ellos a favor de los romanos.

375 Desde la muralla muchos se burlaban de Josefo, mientras hacía estas exhortaciones, muchos le insultaban y algunos le disparaban. Pero, dado que no les convenció con consejos, que eran evidentes, recurrió a la historia de su pueblo.
376 Les dijo a gritos[239]: «Desgraciados, ¿os habéis olvidado de vuestros propios aliados y lucháis contra los romanos con vuestras armas y con vuestras manos? ¿A qué otro enemigo
377 hemos vencido de esta forma? ¿Cuándo Dios, nuestro creador, ha dejado sin venganza a los judíos, cuando han sido maltratados? Si volvéis hacia atrás vuestra mirada, ¿no veis desde dónde os lanzáis a combatir y cúal es la magnitud del aliado al que habéis ofendido? ¿No recordáis las hazañas prodigiosas de vuestros padres y de que este Santo Lugar hizo sucumbir antaño ante vosotros a enemigos de tanta en-
378 vergadura? Yo, por mi parte, tiemblo al hablar de las obras

[238] La tercera muralla desde el punto de vista romano, propiamente la primera, la más antigua; cf. V 331.

[239] Realmente el discurso de Flavio Josefo se inicia en V 363. Ahora sus palabras pasan del estilo indirecto al directo, lo que no es sólo un recurso meramente estilístico, sino que en el fondo es un discurso judío el que sucede uno discurso romano, siempre dentro de ese conflicto personal de la doble mentalidad de nuestro historiador; cf. B. Thérond, «Discours au style indirect et discours au style direct dans la *Guerre Juive* de Flavius Josèphe», *Hellenica et Judaica. Hommage à V. Nikiprowetsky*, París, 1986, págs. 139-154.

de Dios ante unos oídos indignos. Sin embargo, escuchadlo para que sepáis que no sólo combatís contra los romanos, sino también contra Dios. El que antaño era rey de los egip- 379
cios, Necao, llamado también Faraón, descendió con un inmenso ejército y raptó a la princesa Sara[240], la madre de nuestra raza[241]. ¿Qué es lo que hizo entonces Abraham, su 380
marido y nuestro antepasado? ¿Se vengó con las armas de la persona que le había ultrajado, a pesar de tener trescientos dieciocho oficiales a sus órdenes[242], con una inumerable tropa cada uno de ellos? ¿Acaso no concedió a estas fuerzas un valor nulo, si no contaba con la colaboración de Dios, y alzó sus manos puras hacia el lugar que ahora vosotros habéis mancillado y consiguió para su lucha al aliado invencible? ¿No fue enviada al día siguiente la reina sin mancha 381
ante su marido y el egipcio, tras adorar el lugar que habéis llenado de sangre con la matanza de vuestros compatriotas, huyó de allí asustado por las apariciones que le sobrevinieron por la noche y regaló oro y plata a los hebreos, que son amados por Dios?[243] ¿He de hablar de la emigración de 382

[240] Princesa, no como título regio, sino en sentido etimológico, ya que en hebreo Sara significa «princesa».

[241] Esta historia no se encuentra en los textos bíblicos (cf. *Génesis* 12, 10-20 y 20, 1-17, donde este hecho ocurre durante la estancia de Abraham en Egipto), sino que parece proceder de otros escritos, no conocidos, donde se recreaban las leyendas bíblicas, como se observa en numerosos pasajes de sus *Antigüedades*. Hay, por otra parte, un anacronismo, dado que Necao no es un faraón de época patriarcal, sino que es aquel que siglos más tarde combatirá contra el rey de Judá, Josías (cf. *II Reyes* 23, 29 ss.).

[242] Se están mezclando varias historias de la Biblia. Estos «trescientos dieciocho» hombres se insertan en la campaña de los cuatro reyes, contra los que Abraham se alzó con este número de soldados para liberar a Lot; cf. *Génesis* 14, 14.

[243] Este suceso pertenece al ciclo de Abraham, pero no concretamente a la historia de Sara y el Faraón de Egipto, sino a la de Abimelek. Éste, que era rey de Guerar, se apoderó también de Sara y, gracias a la apari-

nuestros padres a Egipto?[244] ¿No es verdad que ellos, sometidos durante cuatrocientos años[245] al poder de tiranos y reyes extranjeros, aunque tuvieron la posiblidad de defenderse con sus armas y con sus manos, sin embargo confiaron
383 en Dios? ¿Quién no sabe que Egipto fue invadido por todo tipo de fieras y asolado por todo tipo de enfermedades, o no conoce la esterilidad de su tierra, la falta de agua del Nilo, las diez plagas que fueron cayendo una tras otra sobre el país y que por causa de estos males nuestros padres fueron enviados de nuevo a su patria, bajo escolta, sin haberse manchado de sangre y sin correr ningún peligro, pues Dios los guió como si fueran los guardianes de su propio Tem-
384 plo?[246]. ¿No se lamentaron Palestina[247] y el ídolo de Dagón[248] de que hubiera sido arrebatada por los sirios[249] nues-

ción de Dios en sueños, la liberó y a continuación hizo diversas ofrendas a Abraham; cf. *Génesis* 20.

[244] *Génesis* 46 ss. y *Éxodo* 1 relatan la estancia de los hebreos en Egipto, cuando Jacob, poco antes de morir, se trasladó allí con todos los suyos por indicación de Dios.

[245] Este número de años es el que augura Yahveh a los descendientes de Abraham; cf. *Génesis* 15, 13 y *Antigüedades* II 204. En *Éxodo* 12, 40 y *Antigüedades* II 318 la cifra alcanza cuatrocientos treinta años, incluyendo la estancia en Canaán.

[246] Cf. *Éxodo* 7 ss.

[247] No en época de Josefo, pero sí desde antiguo, el apelativo de Palestina se aplicaba a una parte de Siria (cf. HERÓDOTO, III 91), e incluso a tierra filistea, el litoral mediterráneo desde Cesarea hacia el sur.

[248] Uno de los gandes dioses del panteón semítico, con especial relevancia en el culto de Siria, de Canaán, del país de los amorreos y de los filisteos. El *Antiguo Testamento* cita en numerosas ocasiones a este dios, que se le ha identificado con diversas divinidades y se le ha venerado con distintos epítetos; cf. *II Reyes* 5; 18, *I Samuel* 5; *I Macabeos* 10, 83, etc.

[249] Más bien, los filisteos; cf. *I Samuel* 4-6. En este relato Josefo amplía con tintes retóricos y literarios la historia, contenida en este libro bíblico, sobre la derrota de los israelitas por los filisteos y el correspondiente hurto del Arca de la Alianza.

tro arca sagrada, y no lo sintió también toda la raza de los
que la robaron? ¿No sufrieron los sirios la putrefacción de 385
los miembros internos de su cuerpo y a través de ellos echaron sus entrañas junto con los alimentos, por lo que volvieron a traer el Arca, al son de címbalos y tambores, con las mismas manos que la habían arrebatado y realizaron todo tipo
de actos expiatorios para aplacar el Lugar Sagrado? Dios 386
era el general de estas hazañas para nuestros antepasados, puesto que ellos renunciaron a la fuerza física y a las armas
y le confiaron la decisión de los acontecimientos. El rey de 387
Asiria, Senaquerib, que arrastraba tras de sí toda Asia, cuando acampó en torno a esta ciudad[250] ¿sucumbió acaso a
manos de los hombres? ¿Las manos de los judíos, libres de 388
armas, no estuvieron tendidas en actitud de oración, mientras un ángel de Dios en una sola noche acabó con el innumerable ejército y al día siguiente, cuando se levantó el rey asirio, se encontró a ciento ochenta y cinco mil cadáveres y con los hombres que le quedaban huyó de los hebreos, que
estaban desarmados y que no le perseguían?[251] Conocéis 389
también la cautividad de Babilonia, en la que nuestro pueblo estuvo desterrado durante setenta años sin rebelarse por la libertad hasta que Ciro se la concedió como ofrenda a Dios. Fueron enviados de nuevo por él a su patria y otra vez se
encargaron de custodiar el Templo de su aliado[252]. En re- 390
sumen se puede decir que en ningún caso nuestros padres han obtenido éxito con las armas o han fracasado sin ellas por confiar en Dios. Por decisión de su Juez ellos han vencido, siempre que han permanecido en su tierra, mientras

[250] En el llamado «Campamento de los asirios», cf. nota a V 303.

[251] Cf. *II Reyes* 19, 35.

[252] Es decir, el propio Dios, que a lo largo de la historia de Israel ha luchado del lado de su pueblo, como un auténtico «aliado» de guerra; cf., por ejemplo, *II Macabeos* 8, 23-24; 10, 16 y 12, 36.

391 que han sido derrotados, siempre que han combatido. Esto ocurrió, cuando el rey de Babilonia sitió esta ciudad y nuestro soberano Sedecías, después de enfrentarse con él, en contra de las profecías de Jeremías, fue hecho prisionero y vio cómo la ciudad fue totalmente asolada junto con el Templo[253]. Y a pesar de todo, ¡cuánto más moderado que vuestros jefes
392 fue aquel rey, y cuánto más su pueblo que vosotros! Ni el monarca ni el pueblo dieron muerte a Jeremías[254], que anunció que Dios estaba irritado contra ellos a causa de sus pecados contra él y que serían esclavizados si no entregaban la
393 ciudad. En cambio vosotros, y no quiero hablar de lo que pasa en el interior de la ciudad, ya que no podría exponer con exactitud vuestros crímenes, me insultáis y me disparáis a mí, que os doy consejos para salvaros, enfurecidos como estáis por el recuerdo de vuestras iniquidades, y ni siquiera permitís que se mencionen los hechos que realizáis todos los
394 días. También ocurrió algo similar, cuando Antíoco, llamado Epífanes, sitió la ciudad y cometió numerosos ultrajes contra Dios[255]. Nuestros antepasados salieron a atacarle con las armas, si bien fueron aniquilados en la batalla, la ciudad fue saqueada por los enemigos y el Templo permaneció
395 abandonado durante tres años y seis meses[256]. Pero, ¿por

---

[253] Cf. *II Reyes* 25, 1-10 y *Jeremías* 39 y 52.

[254] El relato bíblico menciona varios intentos de ejecución contra el profeta; cf. *Jeremías* 18, 18 y 22; 26, 8 y 38, 4 ss.

[255] Cf. I 31 ss.; *Antigüedades* XII 242 ss.; *I Macabeos* 1, 20 ss. y *II Macabeos* 5, 11 ss. No parece que los judíos tomaran las armas contra Antíoco Epífanes, sino que Josefo en los otros relatos paralelos dirá simplemente que en una ocasión el soberano seléucida tomó Jerusalén «sin combatir» (cf. *Antigüedades* XII 246) y en otra lo hizo «a traición» (cf. *Antigüedades* XII 248).

[256] Desde diciembre del año 68 hasta junio del 65, los mil doscientos noventa días de la profecía de *Daniel* 12, 11; cf. nota a I 33.

qué es preciso recordar otros acontecimientos?[257]. ¿Quién ha arrastrado a los romanos contra nuestra nación? ¿No es la 396
impiedad de sus habitantes? ¿De dónde procede nuestra esclavitud? ¿Acaso no empezó con la revuelta de nuestros antepasados, cuando la locura de Aristobulo e Hircano[258] y la rivalidad interna atrajeron a Pompeyo contra la ciudad y Dios sometió bajo el yugo romano a los que no merecían ser libres?[259] Después de un asedio de tres meses, los judíos se 397
rindieron[260] sin haber cometido contra el Templo y contra las leyes crímenes tan grandes como los vuestros, a pesar de que contaban con más medios que vosotros para la guerra. ¿No conocemos la muerte de Antígono, el hijo de Aristo- 398
bulo, en cuyo reinado Dios golpeó de nuevo al pueblo con la conquista de la ciudad por causa de sus ofensas, y cómo Herodes, el hijo de Antípatro, hizo venir a Sosio[261] y Sosio al ejército romano, y cómo rodeados permanecieron sitiados durante seis meses[262], hasta que pagaron el castigo debido por sus iniquidades con su derrota y con la devastación de la ciudad a manos de los enemigos? De este modo, a nuestro 399
pueblo nunca se le ha permitido hacer uso de las armas y para él la guerra ha venido siempre acompañada de la con-

[257] Josefo en este contexto histórico, al igual que otras obras de la literatura greco-judía, vuelve su mirada al pasado para así reinterpretar su propia historia. Por otra parte, los judíos siempre han tenido el deber de recordar el pasado, según lo expresa, por ejemplo, *Deuteronomio* 7, 18: «Acuérdate bien de lo que Yahveh, tu Dios, hizo al faraón y a todo Egipto».

[258] Estos hechos han sido narrados con detalle en I 120 ss.

[259] Cf. I 131-154.

[260] Cf. I 149 y *Antigüedades* XIV 66.

[261] Sobre este personaje, véase I 345-353 y *Antigüedades* XIV 468.

[262] En I 351 se habla de cinco meses, no de seis, y en *Antigüedades* XIV 476 se precisa simplemente que estos hechos acaecieron «al tercer mes».

400 quista. Creo que es conveniente que los que habitan un Lugar Sagrado dejen en manos de Dios la decisión de todos los asuntos y menosprecien la ayuda de los hombres, cuando
401 ellos pueden tener a su favor al Juez de arriba. ¿Qués es lo que vosotros habéis hecho de lo que recomendó el legislador?[263] ¿Y qué es lo que no habéis ejecutado de lo que aquél prohibió? ¿No sois vosotros más impíos que aquellos que en
402 el pasado fueron derrotados con tanta rapidez? No evitasteis los vicios secretos, me refiero a los robos, las emboscadas y los adulterios; rivalizáis en rapiñas y matanzas e inventáis formas insólitas de maldad. El Templo se ha convertido en el punto de encuentro de todos vuestros males y está mancillado por manos extranjeras el Lugar sagrado, al que incluso los romanos veneraron desde lejos[264], y que por respeto hacia nuestra ley han renunciado a muchas de sus propias
403 costumbres. Y después de estos hechos, ¿aún esperáis que sea vuestro aliado[265] aquel contra quien habéis cometido impiedades? ¡Realmente sois unos suplicantes justos y lla-
404 máis a vuestro defensor con manos puras! ¿No es con esas manos con las que nuestro rey imploró ayuda en contra del asirio[266], cuando Dios en una sola noche acabó con aquel gran ejército? ¿Es que los romanos cometen acciones similares a las de los asirios para que vosotros esperéis también
405 una venganza del mismo tipo? ¿No incumplió los juramentos e incendió el Templo el monarca asirio, que había recibido dinero de parte de nuestro rey para que no destruyese

---

[263] Es decir, Moisés, el legislador judío por antonomasia; cf. III 376.

[264] En la descripción del Templo (cf. V 193-194) se ha precisado ya el límite que separa el «atrio de los gentiles» del de los judíos en el culto de Yahveh y la pena de muerte que recaía sobre aquel que osara transpasarlo; cf. nota a II 341.

[265] Véase nota a V 389.

[266] El rey asirio Senaquerib.

la ciudad, mientras que los romanos piden el acostumbrado tributo, que nuestros padres pagaron a sus antepasados?[267].
Si lo consiguen, no devastarán la ciudad ni tocarán el san- 406
tuario, sino que os concederán todo lo demás: la libertad de vuestras familias, la posesión de vuestros propios bienes y
el mantenimiento de las leyes sagradas. Es una locura espe- 407
rar que Dios se comporte con las personas justas igual que con las injustas, y, por otra parte, él sabe cuándo es necesario vengarse inmediatamente, tal y como destrozó a los asi-
rios la primera noche que acamparon junto a la ciudad. En 408
consecuencia, si Dios hubiera creído que nuestra generación merecía la libertad o los romanos el castigo, los habría aniquilado rápidamente, como hizo con los asirios, cuando Pompeyo se apoderó de nuestra nación, cuando vino a continuación Sosio, cuando Vespasiano asoló Galilea y, final-
mente, ahora cuando Tito está cerca de Jerusalén. Sin em- 409
bargo, Pompeyo el Grande y Sosio, además de no sufrir ningún daño, se han apoderado a la fuerza de la ciudad, y Vespasiano se ha convertido en emperador a raíz de esta guerra[268]. Por su parte, las fuentes que antes estaban secas
para nosostros, ahora son muy abundantes para Tito[269]. Sa- 410
béis que antes de que él llegara, Siloé y todas las fuentes que hay delante de la ciudad estaban agostadas, de modo que había que comprar agua por ánforas[270]. En cambio ahora brota tanta cantidad para vuestros enemigos que no sólo es

[267] Senaquerib impuso al rey hebreo Ezequías un tributo de trescientos talentos de plata y treinta de oro; cf. *II Reyes* 18, 13-16.

[268] Cf. IV 604.

[269] La riqueza de agua y las instalaciones hidráulicas de Jerusalén son reseñadas por diversos textos, como la *Carta de* Aristeas 88-91, TÁCITO, *Historias* V 12, o DIÓN CASIO LXVI 4, 5.

[270] Medida griega de volumen equivalente a media metreta, muy utilizada en Roma como sinónimo de *quadrantal*, de 2 *urnae* o 48 *sextarii*, unos 26 litros; cf. AULO GELIO, XVIII 1, 9, y PLINIO, *Historia natural* IX 93.

suficiente para ellos y para sus animales, sino también para
411 sus huertos. Se sabe que este prodigio ha sucedido también
antes en la toma de la ciudad, cuando el mencionado babilonio[271] vino contra nuestra tierra, se apoderó de Jerusalén e incendió el Templo. Aunque, creo, que ninguna de las impiedades de entonces fue tan grande como las que vosotros
412 habéis cometido ahora. Por ello, me parece que Dios ha
huido del santuario y se ha puesto de parte de los que en
413 este momento combatís[272]. Un hombre bueno escapará de
una casa corrupta y aborrecerá a los que en ella estén. ¿Aún estáis convencidos de que permanecerá con vuestros crímenes Dios, que ve todo lo oculto y que escucha inclu-
414 so lo que no se dice? ¿Y vosotros qué es lo que calláis,
qué es lo que escondéis? ¿Qué acción vuestra no es conocida hasta por vuestros enemigos? Hacéis gala de vuestras iniquidades y cada día rivalizáis por ver quién será el peor y alardeáis de vuestra injusticia, como si de virtud se trata-
415 ra. Sin embargo, si queréis, aún os queda un camino de
salvación, pues Dios se reconcilia sin dificultad con los
416 que confiesan su culpa y se arrepienten. ¡Ay, hombres de
férreo corazón!, arrojad vuestras armas y avergonzaos de vuestra patria, que ya está destruida. Volveos y contemplad la bellezas que traicionáis. ¡Que ciudad, qué Templo,
417 de cuántas naciones son estas ofrendas! ¿Quién les pren-
derá fuego? ¿Quién quiere que esto desaparezca? ¡Ay, seres más duros e insensibles que las piedras! ¿Qué hay que

[271] Nabucodonosor; cf. V 391. Este prodigio de la fuente de Siloé no consta en los textos bíblicos.

[272] En tiempos de la destrucción del Templo por Nabucodonosor también Yahveh abandonó su lugar sagrado (cf. *Ezequiel* 11, 23). La idea de que Dios ha abandonado a su pueblo y está de la parte de los romanos se repite con más insistencia en estos últimos momentos de Jerusalén; cf. nota a V 367.

merezca salvarse más que esto? Si no lo veis con buenos 418 ojos, compadeceos, al menos, de vuestras familias y que ante la mirada de cada uno de vosotros aparezcan vuestros hijos, vuestra esposa y vuestros padres, a los que dentro de poco aniquilará el hambre o la guerra. Yo sé que corren el 419 mismo peligro mi madre[273], mi esposa[274], mi ilustre raza y mi familia, desde hace tiempo famosa[275], y quizá dé la impresión de que os doy estos consejos por su causa. Matadlos, tomad mi sangre en pago de vuestra propia salvación. Estoy dispuesto a morir, si con ello vais a recobrar la sensatez»[276].

[273] La madre de Flavio Josefo está en prisión (cf. V 544-545), como también su padre Matías (cf. *Autobiografía* 6), que no es mencionado en esta exclamación; cf. V 533.

[274] La primera mujer de Josefo, a la que repudió en el año 76 ó 77, durante su estancia en Roma, para casarse después con una judía de la isla de Creta; cf. *Autobiografía* 426-427.

[275] La familia de Josefo pertenece a la primera de las veinticuatro clases sacerdotales y se cuenta entre los descendientes de los Asmoneos; cf. *Autobiografía* 1-2.

[276] En esta situación Josefo se presenta como un nuevo Jeremías y son muchos los paralelos en las lamentaciones de ambos personajes. La historia del presente repetía un conocido pasado bíblico: Roma era la nueva Babilonia, como muy bien los ejemplificarán los apocalipsis judíos de este período. Josefo se dirige a sus compatriotas en términos idénticos a los que antaño hizo Jeremías, sin que tampoco ellos hagan caso a sus palabras. Josefo no veía otra salida a este conflicto, al igual que le ocurría a Jeremías. Dios castigará a una generación corrompida por haber mancillado y haber convertido el Templo en una «cueva de ladrones» (cf. *Jeremías* 7, 11 y 19, 4). Flavio Josefo y el profeta Jeremías han sido testigos de uno de esos terribles momentos de la historia en el que Dios da la espalda a su pueblo; cf. M. HADAS-LEBEL, *Flavius Josèphe. Le juif de Rome = Flavio Josefo. El judío de Roma*, Barcelona, 1994, págs. 175-179.

Las consecuencias del discurso: las deserciones

420 Los rebeldes no cedieron ante estas palabras pronunciadas por Josefo con gritos y lágrimas ni consideraron seguro cambiar de estrategia. Sin embargo, el pueblo
421 se inclinó por la deserción. Unos vendieron sus posesiones a un precio muy bajo y otros sus objetos más valiosos. Se tragaban sus monedas de oro[277] para que no las descubrieran los bandidos, y luego, tras huir al bando romano, las expulsaban del cuerpo junto con sus excrementos y así tenían los recursos suficientes para conseguir
422 lo que necesitaban. Pues Tito a la mayor parte de ellos les permitió ir al lugar de la región donde cada uno quisiera. Esta actitud les provocó aún más a desertar, ya que así se iban a librar de los males internos y no iban a ser esclaviza-
423 dos por los romanos. Los hombres de Juan y de Simón vigilaban la salida de esta gente más que la entrada de los romanos, y al punto era degollada cualquier persona que presentara la más mínima sombra de sospecha.

Los horrores del hambre en Jerusalén

424 Los ricos, por su parte, estaban expuestos igualmente a la muerte, si permanecían en la ciudad, pues con la excusa de la deserción se los ejecutaba a causa de sus bienes. La locura de los rebeldes crecía a la vez que el hambre y cada día cobraban
425 más fuerza estos dos males. No había trigo a la vista en ninguna parte. Los sediciosos entraban en las casas y las registraban: si encontraban algo, maltrataban a sus habitantes por no habérselo entregado, y si no hallaban nada,

[277] Como anota Ricciotti en su traducción, esto era posible porque las monedas de la época de Nerón pesaban unos ocho gramos y tenían un diámetro máximo de dieciocho milímetros.

los torturaban por haberlo escondido con tanto esmero.
Los cuerpos de estos desdichados eran la prueba para saber si tenían o no provisiones: los que aún se mantenían en pie parecían poseer abundancia de alimentos, mientras que eran dejados en paz los que ya estaban consumidos, pues creían que era ilógico matar a los que iban a morir de hambre inmediatamente. Muchos cambiaban en secreto sus bienes por una sola medida de trigo, en el caso de que fueran ricos, y de cebada, en el caso de los pobres. Luego, se encerraban en las zonas más recónditas de sus casas y algunos, debido a su intenso hambre, se comían el trigo sin molerlo, y otros lo cocían, según se lo permitía la necesidad y el miedo. En ningún sitio se ponía la mesa; se sacaban los alimentos del fuego, aún crudos, y se los devoraba. 426 427 428

La comida era miserable y el espectáculo era digno de llanto: los más fuertes tenían demasiado, mientras que los débiles se lamentaban. Realmente el hambre acaba con todos los sentimientos, pero no hay nada que destruya tanto como a la vergüenza, pues en estas circunstancias se desprecia lo que en otras ocasiones es objeto de respeto. Las mujeres quitaban la comida de la boca a sus maridos, los hijos a sus padres y, lo que es más triste, las madres a sus bebés, y cuando sus seres más queridos estaban muriendo en sus brazos no se avergonzaban de chuparles las gotas de vida que aún les quedaban[278]. Sin embargo, aunque se alimentaban de esta forma, no pasaban desapercibidos, sino que por todos los sitios salían al encuentro los sediciosos, 429 430 431

[278] Este panorama desolador repite la descripción bíblica de la destrucción de Jerusalén por obra de Nabucodonosor, según se relata en los libros del ciclo de Jeremías: devorar la carne de los propios hijos (*Jeremías* 19, 19), dejar los muertos sin enterrar (*Jeremías* 9, 21 y 14, 15-16), etcétera.

432 incluso para apoderarse de sus rapiñas. En efecto, cuando
estos últimos veían que una casa estaba cerrada con llave,
era señal de que los que estaban dentro tenían alimentos.
Tiraban enseguida las puertas, pasaban al interior y arre-
bataban la comida de la gente, sacándosela casi de la bo-
433 ca. Golpeaban a los ancianos que se agarraban a los ali-
mentos y arrastraban por el pelo a las mujeres porque se
escondían algún producto en las manos. No hubo piedad
ni hacia la vejez ni hacia la infancia, sino que levantaban
a los niños, que se aferraban a sus bocados, y los arroja-
434 ban al suelo. Eran aún más crueles con los que, antes de
que llegaran, se habían tragado lo que les iban a quitar,
435 como si hubieran recibido una ofensa por parte de ellos.
Inventaron terribles métodos de tortura para descubrir la
comida. Tapaban con granos de arveja los conductos de
los genitales de esta pobre gente y les metían por el ano
varas puntiagudas. Alguno padeció tormentos, que dan
terror sólo con oírlos, para que confesara que tenía un
436 único pedazo de pan o revelara dónde había escondido
un puñado de harina. Los torturadores no pasaban ham-
bre, pues hubiera sido menos cruel si hubieran actuado
así por necesidad, sino que lo hacían por demencia y pa-
437 ra reunir provisiones para los días venideros. Salían al
encuentro de la gente que de noche se arrastraba hasta
las guarniciones romanas para recoger plantas silvestres
y hierba y, cuando creían que ya se habían librado de los
438 enemigos, les robaban todo cuanto traían. Muchas veces
estos pobres hombres les suplicaban e invocaban el terri-
ble nombre de Dios para que les permitieran quedarse
con una parte de lo que habían recolectado no sin correr
peligro, sin embargo no les daban absolutamente nada.
Al contrario, tenían que contentarse con no ser asesina-
dos, después de haber sido despojados.

Los ciudadanos pudientes son perseguidos por los tiranos

Esto es lo que sufrían las personas más 439
humildes por parte de los esbirros, mientras que la gente rica y de alta condición era conducida ante los propios tiranos. Algunos de ellos eran ejecutados, acusados falsamente de conspiración, y otros de estar dispuestos a entregar la ciudad a los romanos. Pero lo más rápido era sobornar a alguien que denunciase que tales personas estaban dispuestas a desertar.
El individuo, al que Simón había despojado, era enviado ante 440
Juan y, a su vez, Simón recibía al que Juan había desvalijado. De esta forma uno y otro brindaban con la sangre de la población y se repartían los cadáveres de estos desdichados. Los dos 441
eran rivales en el poder, pero estaban de acuerdo en los crímenes. Pues el que no dejaba al otro participar de los males ajenos era considerado sencillamente un malvado, y el que no recibía su parte se sentía dolido por verse privado de la crueldad, como si de un bien se tratara.

Aunque es imposible contar con detalle sus crímenes, 442
sin embargo se puede decir, en resumen, que ninguna otra ciudad ha padecido atrocidades de este tipo y nunca ha existido en la historia una generación que haya dado lugar a tantas iniquidades. Estos individuos acabaron por atraer el 443
desprecio sobre la raza de los hebreos, para así parecer ellos menos impíos ante los extranjeros, y reconocieron ser lo que realmente eran, esclavos, chusma, deshecho bastardo de la nación. Han llevado la ciudad a la ruina y han obligado a los 444
romanos, en contra de su voluntad, a asignarse una triste victoria y poco ha faltado para que hayan arrastrado hasta el Templo el fuego, que aún tarda en propagarse[279]. No hay 445

[279] Otro caso más de la apología de la actividad bélica de Roma en Judea. En VI 254-258 Tito intentará salvar el Templo frente a la locura de los zelotes.

duda de que, cuando lo vieron arder desde la Ciudad Alta, no sintieron dolor ni lloraron, sino que tales sentimientos aparecieron entre los romanos[280]. Más tarde, en su lugar, hablaremos de este tema junto con la narración de los hechos correspondientes[281].

Tito castiga a los prisioneros judíos. Su crucifixión

446 Tito progresaba en la construcción de los terraplenes[282], a pesar de los muchos ataques que le hacían los soldados judíos desde lo alto de la muralla. Él mismo envió un destacamento de caballería y le ordenó que tendiera emboscadas contra los que salían por
447 los barrancos en busca de alimentos. Algunos de éstos eran combatientes, que no se conformaban con las rapiñas que hacían, si bien la mayoría era gente pobre del pueblo, a
448 quien el miedo por sus familiares le impedía desertar. Pues no creían que pudieran escapar de los sediciosos sin ser vistos, en el caso de que huyeran con sus mujeres e hijos, ni se atrevían a dejarlos a merced de los bandidos, pues serían
449 degollados por ellos. El hambre los hacía más atrevidos para salir de la ciudad; sólo les faltaba que fueran cogidos por el enemigo, después de haber esquivado a los guardianes. Cuando eran sorprendidos por los romanos, se defendían a la fuerza y después de la lucha les parecía que ya no era momento para suplicar. Eran azotados, sometidos a todo tipo de torturas antes de morir y crucificados frente a la mura-
450 lla[283]. A Tito le parecía digno de lástima este sufrimiento, ya que cada día perecían quinientos hombres y había veces que

---

[280] Cf. VI 165, 167 y 364.

[281] Cf. VI 254-266.

[282] Los terraplenes que se habían levantado junto a la torre Antonia y al monumento de Juan Hircano; cf. V 356.

[283] Sobre este tipo de suplicio véase nota a V 289.

incluso más. Sin embargo, resultaba poco seguro dejar libre a gente que había sido cogida a la fuerza y él sabía que vigilar a tantas personas suponía tener prisioneros a sus guardianes. No obstante, no impedía estas ejecuciones sobre todo porque tenía la esperanza de que los rebeldes tal vez al verlo se rendirían, por temor a que fueran sometidos al
mismo tormento, en el caso de que no se entregaran. Los 451
soldados romanos, por ira y por odio, para burlarse de ellos colgaban de diferentes formas a los que cogían y eran tantas sus víctimas que no tenían espacio suficiente para poner sus cruces ni cruces para clavar sus cuerpos[284].

Los sediciosos estaban tan lejos de cambiar de actitud 452
ante la visión de estos sufrimientos, que, por el contrario, tuvieron ellos la habilidad de utilizarlo para engañar al resto
de la población. Llevaban a rastras hasta la muralla a los 453
familiares de los desertores y a los ciudadanos que querían llegar a un acuerdo de paz, les mostraban lo que les pasaba a los que huían al bando de los romanos y les decían que aquéllos, que habían sido capturados, eran suplicantes ju-
díos, no prisioneros de guerra. Esta artimaña detuvo a mu- 454
chos de los que estaban dispuestos a desertar, hasta que se supo la verdad. A pesar de todo, algunos se fueron corriendo inmediatamente hacia el bando romano, como si se dirigieran hacia un castigo seguro, pues pensaban que la muerte a manos de los enemigos era un descanso en comparación
con el hambre. Tito mandó cortar las manos a muchos de 455
los prisioneros, para que no pareciesen desertores y se les

---

[284] Tres eran las formas de cruz conocidas en los suplicios: un palo transversal *(patibulum)* que el condenado transportaba y que se fijaba o bien en lo más alto del un poste vertical, en forma de T *(crux commisa* o *patibulata)*, o bien un poco más abajo, en forma de cruz latina o griega *(crux immisa* o *capitata)*. La *crux decussata*, en forma de aspa, no pertenece a esta época.

creyera a causa de las desgracias que padecían, y se los en-
456 vió a Simón y a Juan. Les aconsejó que pusieran fin ya a su actitud, que no le obligaran a destruir la ciudad y que con este arrepentimiento en el último momento salvaran sus propias vidas, una patria tan poderosa y un Templo, que no com-
457 partían con nadie más[285]. El general romano recorría los terraplenes y al mismo tiempo instaba a los que trabajaban en ellos para que los hechos no tardaran en dar cumplimiento a
458 sus palabras. Ante estas exhortaciones los judíos desde la muralla insultaron al propio César y a su padre. Gritaban que despreciaban la muerte, pues preferían morir con honor antes que ser esclavos. Dijeron que infligirían a los romanos todos los males que pudieran, mientras les quedara un soplo de vida, que no les importaba la patria, que, como él mismo ha dicho, va a ser destruida, y que para Dios el universo es
459 un Templo[286] mejor que el que allí había. Además, este santuario será salvado por Aquel que lo habita, que al tenerlo ellos como aliado se reirán de todas las amenazas, que no se van a poder cumplir, pues el resultado depende de Dios[287]. Éstas son las frases que gritaban y que mezclaban con insultos.

---

[285] La exclusividad del culto judío impedía la entrada de los extranjeros en el Templo de Jerusalén . La balaustrada mencionada en V 193-198 separaba el «atrio de los gentiles» del «atrio de los judíos».

[286] Esta afirmación se sitúa en la interpretación cósmica del Templo señalada en V 212. No obstante, también hay que ver en ella una manifestación de la fe escatológica de los sitiados en el nuevo reino mesiánico. Tito y Flavio Josefo quieren salvar el Templo terreno, mientras que Juan de Giscala y los rebeldes, encerrados en el recinto sagrado, piensan en la Jerusalén celestial.

[287] En estas manifestaciones se contiene la filosofía o, mejor, la doctrina religiosa de los insurrectos: la idea de que Dios es aliado de su pueblo, Israel, comentada en nota a V 389, y la confianza en la inexpugnabilidad del Templo y de la ciudad de Jerusalén (cf. nota a IV 127).

Antíoco y los «macedonios»

Mientras ocurría esto, se presentó Antíoco Epífanes[288] con un gran número de soldados de infantería, rodeado de su guardia personal, llamada guardia de los «macedonios», todos de la misma edad, de estatura alta, recién salidos de la adolescencia, armados e instruidos a la manera macedonia, de donde tomaban su nombre, aunque la mayoría no era de aquella nación. Pues resultó 460
que de todos los reyes sometidos a los romanos, el soberano de Comagene[289] era el que estaba en una situación más próspera, antes de que experimentara un cambio de la Fortuna[290]. Aquél demostró también en su vejez que no hay que llamar a nadie feliz hasta que haya muerto[291]. Pero en el 461
momento en que él se hallaba en todo su esplendor, su hijo, Antíoco Epífanes, que estaba presente entonces en el asedio, dijo que se asombraba de que los romanos vacilaran en atacar la muralla. Éste era un luchador, una persona audaz por naturaleza y tan vigoroso que rara vez erraba en su temeridad. Tito le sonrió y le dijo: «El esfuerzo es de todos». En- 462
tonces Antíoco, según estaba, se lanzó con los macedonios contra el muro. Él mismo, debido a su fuerza y a su expe- 463
riencia, esquivó las flechas que los judíos lanzaban contra ellos, aunque todos sus jóvenes, salvo unos pocos, fueron abatidos, pues por el honor de cumplir lo prometido ponían todo su empeño en continuar en la lucha. Al final se retira- 464
ron, muchos de ellos heridos, con la idea de que también los 465

[288] Antíoco IV, rey de Comagene, en el norte de Siria, era aliado de los romanos, de Cestio y de Vespasiano; cf. II 500 y III 68.

[289] Pequeño reino situado en el Éufrates superior, entre Cilicia y Armenia, al sur de Capadocia, cuya capital era Samosata.

[290] En VII 219-243 se narrará el final de este reino.

[291] El famoso aforismo que Solón enuncia al rey Creso; cf. Heródoto, I 32.

auténticos macedonios, si tienen la intención de vencer, necesitan la Fortuna que tuvo Alejandro[292].

Juan de Giscala y Simón destruyen los terraplenes romanos

466 Los romanos, que habían iniciado la construcción de los terraplenes el día doce del mes de Artemisio[293], la concluyeron con dificultad el día veintinueve[294], tras haber trabajado en ella durante dieci-
467 siete jornadas seguidas. Eran cuatro terraplenes muy grandes. El primero fue construido por la quinta legión frente a la torre Antonia, en medio de la llamada piscina del Gorrión[295]; el segundo por la duodécima legión a una distancia
468 de veinte codos. En el lado norte, hacia la piscina conocida con el nombre de la Almendra[296], estaba el terraplén levantado por la décima legión, muy alejado de los dos anteriores. Por su parte, la decimoquinta legión trabajaba a treinta codos de esta última, cerca de la tumba del sumo sacerdo-
469 te[297]. Una vez puestas ya en marcha las máquinas de guerra, Juan había hecho túneles desde la torre Antonia hasta los te-

[292] Alejandro Magno. En II 360 Josefo recuerda esa Fortuna de Macedonia que en otro tiempo, con Alejandro, extendió el poder sobre todo el mundo habitado, mientras que ahora los macedonios están también sometidos ante los nuevos señores favorecidos por esa misma Fortuna.

[293] Cf. V 356.

[294] El 16 de junio del año 70.

[295] Tal vez se pueda identificar esta piscina, llamada también Estrutio, con los restos hallados al noroeste de la torre Antonia; cf. G. A. Smith, *Jerusalem. The Topography, Economics and History from the earliest times to A. D. 70,* Londres, 1908, I, pág. 116.

[296] Esta fuente, conocida también con el nombre griego de Amígdalo, podría identificarse con la piscina de Ezequías, al norte del palacio de Herodes (cf. Pelletier en su comentario *ad loc.)* o con la fuente del Baño del Patriarca, próxima a la actual puerta de Jafa (cf. Thackeray, en la correspondiente nota a su traducción).

[297] El monumento de Juan Hircano; cf. V 259.

rraplenes y había sujetado las galerías con vigas, para que así los trabajos de los romanos se asentaran sobre un terreno hueco. Puso dentro de las minas madera, untada de pez y betún, y le prendió fuego. Cuando las vigas se quemaron 470
completamente, la mina se hundió toda ella a la vez y los terraplenes se desplomaron encima con un inmenso estruendo. Al principio se levantó, junto con el polvo, una densa 471
humareda, pues el hundimiento había ahogado las llamas. Sin embargo, cuando ardió la madera que allí estaba amontonada, estalló entonces un fuego muy vivo. Los ro- 472
manos se espantaron ante su inesperada aparición. Sobrevino sobre ellos el desánimo por esta estratagema y lo sucedido enfrió sus esperanzas para el futuro, pues creían que iban a obtener la victoria. Les parecía inútil luchar contra el fuego, dado que, aunque lo apagaran, los terraplenes estaban hundidos.

Dos días después los hombres de Simón atacan también 473
los demás terraplenes[298], puesto que también por aquella zona los romanos habían llevado las helépolis[299] y golpeaban la muralla. Cogieron antorchas y saltaron sobre las má- 474
quinas un tal Gipteo[300], de la ciudad galilea de Garis, Magasaro, uno de los intendentes reales de Mariamme[301], y con ellos un individuo de Adiabene, hijo de Nabateo, que por su desgracia recibía el nombre de Cagiras[302], que significa cojo. En esta guerra no se han visto salir de la ciudad hombres 475

[298] Los terraplenes que estaban levantando la décima y décimoquinta legión; cf. V 468.

[299] Cf. nota a V 275.

[300] De él se volverá a hablar en VI 92 y 148.

[301] Hija de Agripa I y hermana de Agripa II; cf. II 220. Es muy probable que este tal Magasaro, funcionario de la monarquía judía favorable a Roma, hubiera desertado y se hubiera pasado al bando de los zelotes.

[302] Sobre los problemas de transcripción al griego de este nombre semítico, véase el comentario de Pelletier.

476 más audaces y más terribles que éstos. Pues, como si corrieran al encuentro de unos amigos y no contra un ejército de enemigos, no vacilaron ni se dieron la vuelta, sino que se arrojaron en medio de los romanos y quemaron las máquinas.
477 Aunque eran atacados con flechas y espadas por todas partes, sin embargo no se apartaron del peligro hasta que el fuego
478 prendió en los artefactos. Cuando se alzó la llama, los romanos corrieron desde el campamento a socorrerlos, mientras que los judíos se lo impedían desde la muralla y se enfrentaban con los que intentaban apagar el fuego, sin preocuparse
479 por sus propias vidas. Los romanos sacaban del fuego las helépolis, pues los tendidos de mimbre que las cubrían estaban ardiendo. Por su parte los judíos las retenían en medio del fuego, se aferraban a los arietes, a pesar de que el hierro estaba al rojo vivo, y no los soltaban. El incendio se extendió de las helépolis a los terraplenes y se adelantó a los que iban a
480 socorrerlos. En este momento los romanos, que, rodeados por el fuego, ya habían perdido toda esperanza de salvar sus trabajos de guerra, se retiraron al campamento. Pero los judíos,
481 que cada vez eran más numerosos por los refuerzos que les venían del interior de la ciudad, les azuzaron y llenos de valor por su victoria se dirigieron con un ímpetu descontrolado hacia las fortificaciones y combatieron cuerpo a cuerpo con los
482 centinelas. Delante del campamento hay un destacamento de guardia que se releva por turnos sucesivamente y existe una terrible ley romana que castiga con la pena de muerte al que abandone su puesto por cualquier causa. Estos soldados, que
483 preferían morir con valor que hacerlo bajo una condena capital, se mantuvieron firmes y muchos de los que habían huido se volvieron, avergonzados ante la situación apurada de sus
484 compañeros. Colocaron también las oxibelas[303] frente a la mu-

[303] Sobre este artefacto y otros similares véase nota a IV 553.

ralla y repelieron a la multitud que venía desde la ciudad, sin preocuparse por su propia seguridad ni por la protección de sus personas. Los judíos llegaban a las manos con los que se encontraban, se abalanzaban, sin tomar precauciones ante las lanzas, y golpeaban a los enemigos con sus propios cuerpos.
Los hebreos dominaban la situación no más por sus actos que 485
por su audacia, y los romanos retrocedían más por la osadía de aquéllos que por las pérdidas que sufrían por su parte.

Tito rechaza a los asaltantes judíos

Acudió entonces Tito desde la torre 486
Antonia, donde había estado para buscar un lugar para otros terraplenes. Hizo numerosos reproches a sus soldados porque, aunque eran dueños de las murallas enemigas, ponían en peligro sus propias fortificaciones[304] y porque ellos mismos sufrían la situación de personas asediadas, como si hubieran dejado que los judíos salieran de una cárcel para ir contra ellos. Luego, el propio Tito con su destacamento de hombres escogidos atacó a los enemigos por el flanco.
Estos últimos, embestidos también de frente, se dieron la vuelta 487
y resistieron el golpe. Al mezclarse los dos ejércitos, la polvareda tapaba los ojos, el griterío los oídos y no era posible dis-
tinguir al amigo del enemigo. Los judíos se mantenían en la 488
lucha no por su fuerza, sino por su falta de esperanza en salvarse, mientras que a los romanos les daba valor el respeto por su honor, por sus armas y por César, que también se ex-
ponía a los mismos peligros que ellos. Por consiguiente, me 489
parece que al final, en un exceso de furor, habrían acabado con la multitud judía, si ésta no se hubiera anticipado al momento decisivo del combate y se hubiera retirado a la ciudad.

[304] Los campamentos romanos presentaban el aspecto de una fortificación con murallas y torres; cf. III 79.

490 Con la destrucción de los terraplenes los romanos se desanimaron, porque habían perdido en una sola hora un trabajo que les había llevado mucho tiempo. Fueron numerosos los que perdieron entonces la esperanza de tomar la ciudad con las máquinas de guerra de uso corriente.

Consejo de guerra romano

491 Tito se reunió en consejo con sus oficiales. Los más ardientes pensaban que había que intentar un ataque a la fuerza contra la muralla con todo el ejército.
492 Pues hasta ahora se había luchado cuerpo a cuerpo con los judíos por pequeños destacamentos del ejército de una forma discontinua, pero, si se les embestía en masa, no resistirían el asalto y sucumbirían ante sus flechas.
493 En cambio, algunos de los más precavidos recomendaron que de nuevo se construyeran los terraplenes, otros que simplemente se asediara la ciudad, sin hacer estas obras, y se vigilara la salida de individuos y la entrada de víveres; de esta forma se dejaba a Jerusalén a merced del hambre sin
494 llegar a las manos con los enemigos. Porque no se podía luchar contra la desesperación de una gente que deseaba perecer bajo la espada y que, en caso de no morir, le aguardaba
495 un sufrimiento aún mayor. A Tito no le pareció bien permanecer totalmente inactivo con un ejército tan numeroso ni tampoco útil combatir con unas personas que estaban dis-
496 puestas a matarse entre sí. Por lo demás, hizo ver que era difícil levantar terraplenes por la falta de madera y por lo muy complicado que era tomar precauciones ante las incursiones que venían desde el interior de la ciudad. En efecto, no era sencillo rodear Jerusalén con el ejército a causa de su extensión y de la dificultad del terreno[305], y además resultaba pe-

[305] Recordemos la descripción de la ciudad hecha en V 136 ss.

ligroso en caso de ser atacados por el enemigo. Por otra 497
parte, aunque estuvieran vigilados los puntos de salida, sin embargo los judíos buscarían caminos secretos, obligados por la necesidad y gracias a su conocimiento del lugar. Y si introducían víveres a escondidas, el asedio sería muy largo.
Tito temía que la gloria de su victoria sería menor, si se re- 498
trasara mucho en obtenerla, pues con tiempo se consigue acabar todo, mientras que es la rapidez la que da la fama[306].
Era preciso rodear de un muro a toda la Jerusalén, si se que- 499
ría actuar con prontitud y seguridad, pues sólo de esta manera se obstruirían todas las salidas y los judíos, desesperados totalmente de salvarse, entregarían la ciudad o serían some-
tidos con facilidad a causa del hambre. Además, él no se 500
quedaría sin hacer nada, sino que se encargaría de levantar de nuevo los terraplenes en el momento en que los judíos no
tuvieran fuerzas para impedírselo. Si a alguien le parecía 501
que este plan era excesivo y difícil de realizar, debía tener en cuenta que a los romanos no les convenía llevar a cabo ninguna acción de poca envergadura y que sin esfuerzo nadie puede obtener fácilmente el éxito en algo importante[307].

El muro de bloqueo

Tras convencer a sus oficiales con es- 502
tas palabras, les ordenó que distribuyeran a sus tropas para la empresa. Se adueñó de los soldados un furor divino y, tras repartirse las secciones del muro, surgió una rivalidad competitiva en la realización de su trabajo, no sólo entre las legiones, sino también entre las unidades de

[306] Como recuerda TÁCITO, *Historias* V 11, Tito deseaba también acabar con el «problema judío» para regresar a Roma, donde su padre Vespasiano acababa de recibir el poder imperial.

[307] Se repite aquí la el aforismo de inspiración sofoclea *(Electra* 995), que ya se anotó en otros pasajes, III 153, 112 y 495.

503 cada una de ellas. El soldado se esforzaba por agradar al decurión, el decurión al centurión y éste al tribuno. La ambición de los tribunos era asemejarse a los generales y César era el árbitro de la rivalidad de estos últimos. Pues todos los días Tito recorría en varias ocasiones la obra y la inspeccio-
504 naba. El muro empezaba en el Campamento de los Asirios[308], donde él mismo había acampado, continuaba hacia la zona baja de la Ciudad Nueva[309] y desde aquí llegaba al monte de los Olivos a través del Cedrón. En este punto, tor-
505 cía hacia el sur y bordeaba el monte hasta la llamada roca del Palomar[310] y la colina que hay detrás de ella, que domina el valle de Siloé. A continuación, giraba al oeste y bajaba
506 hacia el valle de la Fuente[311]. Después subía por el monumento del sumo sacerdote Anano[312], rodeaba la montaña, en la que estableció su campamento Pompeyo, y volvía hacia
507 el norte. Se extendía hasta una aldea, denominada «Casa de los Garbanzos»[313], pasaba luego alrededor del monumento de Herodes[314] y por el este se unía con su propio campa-
508 mento, donde tenía su inicio. El muro medía treinta y nueve estadios[315], y en su parte externa se le habían construido adosados trece puestos de guardia, cuyo perímetro alcanza-
509 ba un total de diez estadios. Todo se levantó en tres días, de

[308] Sobre la ubicación de este «Campamento de los Asirios» véase nota a V 303.

[309] Cf. nota a V 151.

[310] La localización de esta roca, concida también con el nombre griego de Peristereo, en el barranco del Cedrón no ha sido precisada aún.

[311] La fuente de Siloé; cf. nota a V 140.

[312] Seguramente se trata del Anás del *Nuevo Testamento* (cf. *Juan* 18, 12 y 24); cf. nota a II 563.

[313] Lugar desconocido.

[314] Cf. V 108.

[315] En V 159 se ha precisado que el perímetro completo de la ciudad era de 33 estadios, si bien en este caso el muro de circunvalación tiene que ser necesariamente mayor.

modo que lo que hubiera requerido de muchos meses de
trabajo se llevó a cabo con una rapidez increíble. Tito, tras 510
rodear a la ciudad con este muro y establecer tropas en los puestos de vigilancia, hizo en persona el recorrido y la inspección durante la primera guardia de la noche[316], encomendó a Alejandro[317] encargarse de la segunda y mientras tanto los oficiales de las legiones se sortearon la tercera
guardia. Los centinelas también echaban a suertes los mo- 511
mentos para dormir y durante toda la noche recorrían los espacios que separaban los puestos de vigilancia.

Estragos del hambre. Atrocidades de los rebeldes

Los judíos perdieron toda esperanza 512
de salvación, desde el momento en que les cortaron sus salidas de la ciudad. El hambre se intensificaba y devoraba al
pueblo por casas y familias. Los tejados 513
estaban llenos de mujeres y de niños deshechos, y las calles de ancianos muertos. Los niños y los jóvenes vagaban hinchados, como fantasmas, por las plazas y se desplomaban
allí donde el dolor se apoderaba de ellos. Los enfermos no 514
tenían fuerza para enterrar a sus allegados y los que aún conservaban su vigor no querían hacerlo debido a la gran cantidad de cadáveres que había y porque no sabían lo que les podría pasar. Eran numerosos los que caían muertos sobre los cuerpos que estaban dando sepultura y muchos los que se colocaban en sus tumbas, antes de que les llegase la

[316] Los romanos dividían la noche en cuatro *vigiliae*, es decir, en cuatro turnos de guardia militar de tres horas cada uno de ellos. En esta época los judíos seguían este cómputo de las horas nocturnas, como lo testimonia *Mateo* 14, 25 o *Marcos* 13, 35. El *Antiguo Testamento (Jueces* 7, 19 o *I Samuel* 11, 11) se guiaba por un sistema de tres vigilias solamente.

[317] Tiberio Alejandro; cf. V 45.

515 hora de morir. No había llantos ni lamentos en medio de estas desgracias, sino que el hambre dejaba al margen los sentimientos. Los que estaban agonizando contemplaban con ojos secos y con la boca apretada a los que les habían precedído en el descanso eterno. Un profundo silencio y una noche llena de muerte se extendió por la ciudad, si bien los bandidos
516 eran aún más crueles que estas desgracias. Entraban en las casas, que se habían convertido en tumbas, despojaban los cadáveres, les quitaban la ropa y se marchaban riéndose. Probaban las puntas de sus espadas en los cuerpos muertos y atravesaban a algunos de los que aún yacían vivos en el suelo
517 para examinar el temple de su hierro. Pero dejaban perecer a manos del hambre a los que les suplicaban que les prestasen su brazo y su espada. Todos los que expiraban, con sus ojos fijos en el Templo, se volvían a mirar a los rebeldes que deja-
518 ban vivos. Al principio éstos ordenaron enterrar los cadáveres con dinero del tesoro público, porque no soportaban su hedor, pero luego, ante la imposibilidad de continuar con ello, los arrojaban a los barrancos desde lo alto de las murallas.

Nuevos terraplenes

519 Al recorrer Tito los barrancos y ver que estaban repletos de cadáveres y que de los cuerpos putrefactos salía un espeso pus, lloró, tendió las manos al cielo y puso a Dios por testigo de que esto no había
520 sido obra suya. Ésta era la situación de Jerusalén, mientras que los romanos, dado que ya no salía de la ciudad ninguno de los sediciosos, pues el desánimo y el hambre se había apoderado ya de ellos, se hallaban en un buen momento, con abundancia de trigo y de las demás provisiones que les
521 llegaban de Siria y de las provincias próximas. Muchos se colocaban cerca de la muralla, mostraban la gran cantidad de alimentos que tenían y así, al estar ellos saciados, excita-

ban el hambre de sus enemigos. Sin embargo los rebeldes no se rindieron ante este sufrimiento. Tito, compadecido del 522
resto de la población y preocupado por salvar de la muerte al menos a los que aún quedaban, empezó de nuevo a levantar los terraplenes, a pesar de que era difícil conseguir madera. Pues todos los árboles que había alrededor de la 523
ciudad habían sido cortados para los primeros trabajos[318], y ahora los soldados traían la materia prima desde una distancia de noventa estadios[319]. Solamente se alzaron terraplenes junto a la Antonia, en cuatro secciones y mucho más grandes que los anteriores. César recorría las legiones, las ani- 524
maba a seguir en el trabajo y hacía ver a los bandidos que estaban en sus manos. No obstante, ellos eran los únicos en 525
los que había desaparecido el arrepentimeinto de los males que habían cometido. Tenían sus almas separadas de sus cuerpos y hacían uso de ambos como si fuesen elementos ajenos a ellos. En efecto, ni el sufrimiento amansaba su al- 526
ma ni el dolor dominaba su cuerpo, sino que, como perros, despedazaban los cadáveres de los ciudadanos y llenaban las cárceles de gente enferma.

Matanza en Jerusalén. Simón ejecuta al sumo sacerdote Matías

Simón ejecutó, no sin someterlo a la 527
tortura, a Matías[320], por quien él se había hecho dueño de la ciudad. Éste era hijo de Boeto, descendiente de sumos sacerdotes, persona de gran confianza y respeto entre la población. Cuando el pueblo fue maltratado 528
por los zelotes, a cuya cabeza se encontraba ya Juan, él le convenció para que dejase entrar en la ciudad a Simón en su

[318] Los terraplenes mencionados en V 466 ss.

[319] Entre 16 y 17 kilómetros.

[320] El sumo sacerdote citado en IV 574.

ayuda, sin establecer ningún acuerdo con él y sin esperar
529 ningún mal por parte suya. Sin embargo, cuando llegó, se apoderó de la ciudad y consideró a Matías como a un enemigo, igual que a los demás, y la recomendación que este último había hecho al pueblo en su favor la tuvo como una
530 prueba de su simpleza. Le hizo comparecer ante él, le acusó de ser favorable a los romanos y le condenó a muerte junto con sus tres hijos sin concederle la posibilidad de defenderse, pues el cuarto de sus vástagos se había apresurado a refugiarse al lado de Tito[321]. Simón ordenó matar en último lugar a Matías, que le suplicó que le ejecutaran antes que a sus hijos y que le pidió este favor en gratitud por
531 haberle abierto las puertas de la ciudad. Matías fue conducido a un lugar frente a los romanos y degollado después de sus hijos, que murieron ante sus ojos, ya que así se lo había encargado Simón a Anano, hijo de Bagadato[322], que era el más cruel de sus esbirros. Simón le decía con ironía que hacía esto para ver si venían en su ayuda aquellos con los que él quería escaparse. Además prohibió enterrar sus
532 cuerpos. A continuación fueron asesinados un sacerdote, Ananías, hijo de Masbalo, uno de los personajes notables de la ciudad, el secretario del Consejo[323], Aristeo, natural
533 de Emaús, y con ellos quince ciudadanos ilustres. También encerraron y pusieron vigilancia al padre de Josefo[324], y proclamaron públicamente la prohibición de confabular y de reunirse en un mismo lugar en la ciudad, por

[321] Esta afirmación se contradice con VI 114, donde se precisa que este hijo huyó después de la muerte de su padre Matías.

[322] Tal vez haya que leer aquí Magadato, si tenemos en cuenta la nueva mención de Anano, como hijo de Magadato, en VI 229.

[323] Del Sanedrín; cf. nota a V 144.

[324] Matías, el padre del propio historiador; cf. V 419.

miedo a una traición. Quitaban la vida, sin un juicio previo, a los que se congregaban para lamentarse juntos.

Judas intenta introducir a los romanos

Cuando vio esto un tal Judas, hijo de 534
Judas, uno de los lugartenientes de Simón, al que éste le había confiado la vigilancia de la torre, tal vez por compasión hacia los que perecían con crueldad, pero, sobre todo, porque pensaba en su salvación, convocó a los diez hombres más dignos de confianza de los que estaban bajo su mando y les
dijo: «¿Hasta cuándo vamos a soportar estas desgracias? ¿Te- 535
nemos alguna esperanza de salvarnos, si permanecemos fieles a
un ser perverso? ¿No está el hambre ya sobre nosotros y los 536
romanos no están a punto de entrar? ¿No es Simón desleal incluso con sus benefactores? ¿No tememos que ahora él nos castigue, mientras que sabemos que son seguras las garantías dadas por los romanos? Vamos, entreguemos la muralla y sal-
vémonos a nosotros mismos y a la ciudad. Simón no sufrirá por 537
ello una desgracia mayor, si, ante la falta de esperanzas por salvarse, paga antes de tiempo su castigo». Tras convencer con
estas palabras a los diez hombres, al amanecer envió al resto de 538
sus subordinados, a unos en una dirección y a otros en otra, para que no se descubriera nada de lo que habían planeado. En torno a la hora tercera[325] el propio Judas llamó desde la torre a
los romanos. Algunos de ellos hicieron caso omiso de la llama- 539
da, otros no creyeron en ella y la mayoría prefirió no hacer nada, porque tenían la idea de que enseguida iban a tomar sin pe-
ligro la ciudad. Mientras Tito se aproximaba con la infantería a 540
la muralla, Simón se enteró a tiempo de este hecho y rápidamente se le adelantó en llegar a la torre. Cogió a los hombres y

[325] Las nueve de la mañana, según el sistema horario romano seguido por Josefo y también por el *Nuevo Testamento*.

los mató a la vista de los romanos y, tras mutilar sus cuerpos, los arrojó delante de la muralla.

Josefo es herido. La falsa noticia de su muerte

541 En este momento Josefo, que recorría el lugar del asedio sin dejar de arengar a los judíos, fue herido en la cabeza con una piedra y al instante se desplomó sin sentido. Los judíos salieron para ir a recoger al que había caído y lo habrían arrastrado al interior de la ciudad, si César no se les hubiera adelantado y hubiera enviado inmediatamente hombres para que lo protegieran.
542 Mientras peleaban por su cuerpo romanos y judíos, Josefo fue sacado de allí, sin que casi se diera cuenta de nada de lo que ocurría, mientras que los rebeldes dieron gritos de alegría, como si hubieran dado muerte al hombre, a quien tanto
543 deseaban hacerlo. La noticia corrió por la ciudad y el desánimo se adueñó del resto de la población, pues se creía que realmente había muerto aquel que les daba valor para
544 desertar. Cuando la madre de Josefo se enteró en la cárcel de que su hijo había fallecido, dijo a los guardianes que ella sabía que iba a ocurrir esto desde los acontecimientos de Jotapata[326], y que, además, a ella durante su vida nunca le
545 había dado ninguna alegría. Sin embargo, en secretó lloró con sus criadas y dijo que el fruto que había obtenido de su fecundidad era el de no enterrar a su hijo, por quien espera-
546 ba ser sepultada ella. Pero la falsa noticia no afligió a su madre por mucho tiempo más ni enardeció los ánimos de los bandidos, pues rápidamente Josefo se recuperó de sus heridas. Se acercó al muro y gritó a los sediciosos que enseguida iban a pagar su merecido por haberle golpeado y ex-

[326] Cuando se conoció en Jerusalén la noticia de la caída de Jotapata se difundió también el rumor de que Josefo había muerto; cf. III 432-439.

hortó al pueblo para que confiara de nuevo en él. Cuando lo 547
vieron el pueblo recobró el ánimo, mientras que los sediciosos se quedaron desconcertados[327].

Las atrocidades de árabes y sirios. Tito prohíbe estos hechos

Algunos de los desertores, obligados 548
por la necesidad, se lanzaban con rapidez desde lo alto de la muralla, y otros salían con piedras, como si fueran a luchar, y luego se refugiaban en el bando romano. Estos últimos tenían peor suerte que los que se quedaban dentro, pues la abundancia de víveres que hallaron en el campamento romano acababa con ellos antes que el hambre que habían padecido en la ciudad. Efectivamente, ellos lle- 549
gaban hinchados, a causa de la inanición, como si estuvieran hidrópicos; luego, al llenar de golpe sus cuerpos vacíos, reventaban, salvo aquellos que estaban adiestrados en contener sus apetitos y suministraban alimentos en pequeñas cantidades a su cuerpo, que no estaba acostumbrado a tolerarlos. Pero otra desgracia cayó sobre los que ya habían 550
conseguido salvarse de esta forma. Uno de los desertores, que se hallaba con los sirios, fue sorprendido cuando recogía monedas de oro entre sus excrementos. Como ya hemos dicho[328], se las tragaban antes de salir, pues los rebeldes registraban a todos y en la ciudad había una gran cantidad de oro. Las monedas se compraban por doce dracmas áticos, mientras que antes se hacía por veinticinco[329]. Una vez des- 551
cubierto el plan de una sola persona, por todo el campa-

---

[327] Sobre el escrupuloso cuidado que pone Josefo en distinguir entre el pueblo judío y los «sediciosos» puede verse la nota a IV 141 y V 27.

[328] V 421.

[329] Estas monedas eran los áureos romanos, que equivalían a una estatera de oro griega, es decir, veinticinco dracmas griegos. Como se indicará en VI 317 el oro se había desvalorizado con la guerra.

mento corrió la noticia de que los desertores estaban repletos de oro. La multitud árabe y los sirios[330] abrían y regis-
552 traban las entrañas de los suplicantes. Creo, al menos yo, que a los judíos no les ha sucedido una desgracia más cruel que ésta: en una sola noche fueron rajados más de dos mil.
553 Cuando Tito se enteró de esta atrocidad, poco le faltó para pedir a la caballería que rodease y acribillase a lanzadas a los culpables, si no se lo hubiera impedido el gran número de ellos, pues eran muchos más los que tenía que ejecutar que los
554 que habían sido asesinados. Reunió a los oficiales de las tropas aliadas y de las legiones, ya que también ciertos soldados suyos habían sido acusados de esta práctica, y les expresó la
555 indignación que sentía hacia unos y otros, porque algunos de los que servían bajo sus órdenes habían realizado tales iniquidades por una ganancia incierta, sin respetar sus propias ar-
556 mas, hechas también de plata y oro. Se irritó con los árabes y con los sirios, en primer lugar por haberse entregado libremente a sus pasiones en una guerra extranjera y en segundo lugar por haber imputado a los romanos la crueldad de sus propias matanzas y su odio hacia los judíos[331], pues ahora algunos de sus legionarios eran partícipes también de esta mala
557 reputación. Por ello, a los aliados extranjeros les amenazó con matarles, si se descubría que alguno de ellos volvía a atreverse a cometer la misma acción, y a sus legionarios les encomendó que buscaran a los sospechosos y que los llevaran ante
558 su presencia. Pero, según parece, la codicia desprecia todo tipo de castigo y en los hombres existe por naturaleza un terrible amor al dinero y no hay ninguna pasión que busque más
559 el peligro que la avaricia. En otras ocasiones esta pasión tiene

[330] Árabes y sirios formaban parte de las tropas auxiliares romanas.

[331] Las rivalidades y odios entre judíos, árabes y sirios son tradicionales desde época antigua y normales entre poblaciones vecinas, como muy bien precisa TÁCITO, *Anales* V 1; cf. nota a IV 535.

un límite y está subordinada al miedo, pero entonces fue Dios el que condenó a todo el pueblo y el que desvío hacia la destrucción todos los caminos que le llevaban a la salvación[332].
560 Y en realidad, lo que César había prohibido con amenazas se seguía haciendo a escondidas contra los desertores. Los bárbaros[333] salían al encuentro de los fugitivos y los degollaban, antes de que fueran vistos por todos; miraban a su alrededor, por si les observaba alguno de los romanos, les rajaban y cogían de sus entrañas el infame botín. Pero sólo lo encontraban 561
en unos pocos, mientras que solamente fue la esperanza de conseguirlo la que llevó a sacrificar inútilmente a un gran número de gente. Esta atrocidad hizo volver de nuevo a la ciudad a muchos desertores.

Juan de Giscala saquea el Templo

562 Cuando ya no hubo nada que rapiñar al pueblo, Juan se dedicó al sacrilegio. Fundió muchas de las ofrendas del Templo y numerosos objetos necesarios para el culto, copas, platos y mesas[334]; y no perdonó ni las crateras enviadas por Augusto y su mujer[335]. Los príncipes roma- 563
nos[336] siempre habían honrado y adornado el Templo[337] y ahora, en cambio, un judío[338] ha demolido incluso las ofrendas donadas por los extranjeros. Este individuo decía a sus compañeros 564

[332] Otra de las frases claves de la teología flaviana; cf. apartado 5 de la Introducción.

[333] Los aliados extranjeros, sirios y árabes.

[334] Cf. nota a V 8.

[335] Filón de Alejandría, *Embajada a Cayo* 157 y 319, se hace eco estas ofrendas.

[336] Sobre el sentido impropio del término griego *basileús* para los emperadores de Roma, véase nota a V 58.

[337] La importancia del culto extranjero, sobre todo romano, en el Templo de Jerusalén ha sido comentada en nota a II 197 y IV 181.

[338] Juan de Giscala.

que había que utilizar sin miedo los objetos divinos para servir a Dios y que los que luchaban por el Templo debían man-
565 tenerse con lo que en él había. Por tanto, acabó con el vino sagrado[339] y con el aceite, que los sacerdotes guardaban para los holocaustos y que había en la parte interior del santuario[340]. Lo distribuyó entre su gente, que sin miedo bebieron y
566 se ungieron con ello. Yo no podría dejar de decir lo que el dolor me impone[341]. Creo que si los romanos se hubieran retrasado en venir contra estos criminales, la ciudad habría sido tragada por la tierra, habría sido inundada por las aguas o habría sido fulminada por los mismos rayos que acabaron con Sodoma[342]. Pues su generación era mucho más depravada que aquellos que padecieron tales castigos. Y así, todo el pueblo ha quedado en la ruina por la locura de esta gente.

Muertos durante el asedio

567 ¿Por qué he de contar uno por uno estos desastres? Maneo, hijo de Lázaro, que en estos días se pasó a Tito, dijo que por una sola puerta, que estaba a su cuidado, habían sacado ciento quince mil ochocientos ochenta cadáveres, desde el día catorce del mes de Jántico[343], en el que

[339] El que se utilizaba para los holocaustos: un cordero debía ir acompañado de un cuarto de *hîn* de vino (cf. *Éxodo* 29 y *Números* 15, 5), el de un carnero de un tercio de *hîn* (cf. *Números* 28, 14) y el de un toro de medio *hîn* de vino (cf. *Números* 15, 10).

[340] Según el tratado *Middot* 2, 6, el vino y el aceite se guardaban en una estancia situada al suroeste del atrio de las Mujeres.

[341] En el Proemio (cf. I 9 y 11) de esta obra nuestro autor manifestó ya la voluntad de expresar sus propios sentimientos, a pesar de que lo prohíban las normas de la historiografía.

[342] Nuestro autor aduce ejemplos bíblicos que emulan la presente situación de la ciudad de Jerusalén: el caso de Coré, tragado por la tierra (cf. *Números* 16, 32), la inundación producida por el famoso diluvio de Noé (cf. *Génesis* 6 ss.), o la destrucción de Sodoma y Gomorra ya recordada en IV 484-485.

[343] Cf. V 99 y 133.

los romanos habían establecido su campamento delante de la ciudad, hasta el novilunio del mes de Panemo[344]. Todos 568
ellos eran gente humilde. Maneo no estaba encargado personalmente de ello, sino que en nombre del Estado[345] pagaba a los que lo hacían y por ello necesariamente llevaba la cuenta de los muertos. Los familiares dieron sepultura a los demás. Su entierro consistía en sacar a los muertos y arrojarlos fuera de la ciudad[346]. Muchos ciudadanos notables, 569
que escaparon después de Maneo, manifestaron que por las puertas se había echado un total de seiscientos mil cadáveres de gente de baja condición, mientras que no se podía saber el número de los demás[347]. Dijeron también que, al no 570
tener ya fuerza para transportar fuera los cuerpos de los pobres, los amontonaban en las casas más grandes y las cerraban con llave. Añadieron que una medida de trigo se vendía 571
por un talento[348] y que, por ello, al no ser posible salir de la ciudad a recoger hierba a causa del asedio, algunos llegaron a tal extremo de necesidad que buscaban en los albañales y

---

[344] El 20 de julio del año 70, según el cómputo de la edición de NIESE.

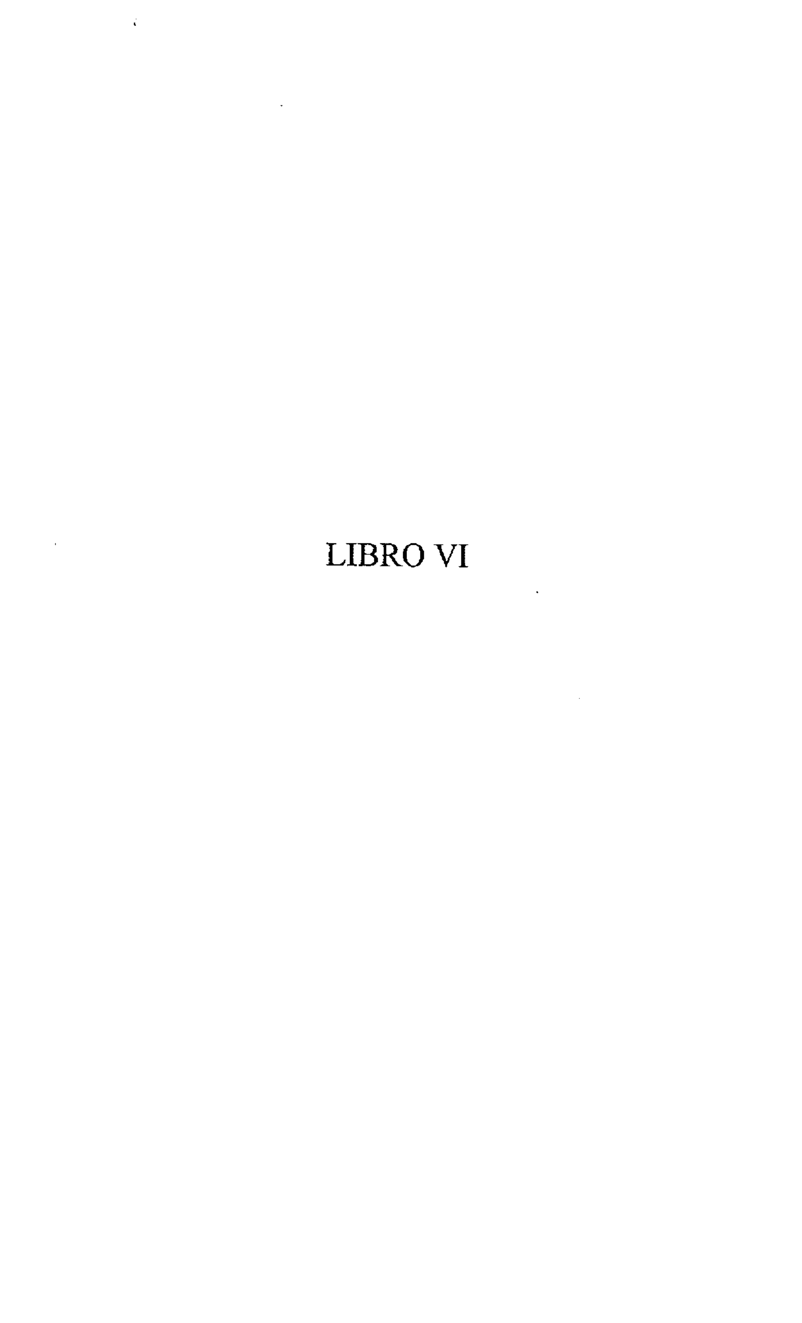
[345] Sobre el sentido de este término en este momento, véase la nota a IV 318.

[346] Véase la nota a IV 317 sobre la importancia de dar sepultura a los muertos entre los judíos.

[347] La cifra es exagerada, si se tienen en cuenta los datos que tenemos sobre la posible población de Jerusalén en este momento. Según el cómputo de M. BROSHI, «La population...», el número de los habitantes de Jerusalén, que antes de la revuelta podían llegar a ochenta y cinco mil aproximadamente, aumentó de forma considerable con la llegada de la población del campo de Judea; cf. IV 137. No obstante, TÁCITO, *Historias* V 13, da la misma cifra de Josefo, pero referida no a los muertos, sino al número total de asediados en la ciudad.

[348] El talento griego de 6.000 dracmas, unos 21 ó 22 kilogramos de plata, está documentado como unidad monetaria en los últimos libros del *Antiguo Testamento* y, por supuesto, en el *Nuevo Testamento*.

entre el estiércol viejo de los bueyes y se comían las sobras que ellos dejaban: lo que antes ni siquiera podían ver se
572 convertía ahora en su alimento. Cuando los romanos escucharon estas historias, se compadecieron de ellos, mientras que los rebeldes, aunque lo habían visto, no se arrepintieron, sino que permitieron que tales desgracias cayeran también sobre ellos, pues los había cegado el Destino, que ya se cernía sobre la ciudad y sobre ellos mismos.



LIBRO VI

NOTA TEXTUAL

Edición de Niese	Nuestro texto
144 (11) σταδιαίαν	σταδαίαν Thackeray
229 (21) ἀφαμμαούς	ἀπ' 'Αμμαοῦς *C*
252 (5) † φλόγος	ὕλης *MLVRC*
345 (6) βασανίσας	βασανίσαι Destinon

SINOPSIS

EL SITIO Y LA TOMA DE JERUSALÉN. DESDE LA CAÍDA DE LA TORRE ANTONIA HASTA LA DESTRUCCIÓN TOTAL DE LA CIUDAD
(julio – septiembre del 70 d. C.)

1. Los romanos levantan nuevos terraplenes. – 15. Los judíos fracasan en su ataque. – 23. Caída de la torre Antonia. – 33. Tito arenga a sus soldados. – 54. El sirio Sabino escala la muralla. – 68. Los soldados romanos avanzan hacia el Templo. – 81. El centurión Juliano. – 93. Fin del sacrificio perpetuo. Discurso de Josefo a los judíos asediados. – 111. Deserciones judías. – 124. Nuevas exhortaciones de Tito. – 129. Ataque nocturno de los romanos. Nuevos terraplenes. – 152. Ofensiva judía. – 161. El jinete Pedanio. – 164. Incendio de los pórticos del Templo. – 169. Jonatán y Pudente. – 177. Estratagema judía. – 186. El heroísmo de Longo y Antonio. Incendio del pórtico norte. – 193. El hambre se adueña de los sitiados. Casos de antropofagia. – 214. Reacción de Tito y sus soldados ante estas atrocidades. – 220– Fracaso del ataque romano al muro del Templo. – 228. Tito ordena prender fuego a las puertas. – 236. Consejo de guerra romano. – 244. Los judíos fracasan en su asalto. – 249. El incendio del Templo. Tito intenta apagarlo. – 271. Las calamidades del incendio del Templo y sus alrededores.– 288. Presagios y oráculos sobre la catástrofe de Jerusalén. – 300. El falso profeta Jesús, hijo de Ananías. – 316. Tito

es aclamado emperador. Ejecución de los sacerdotes. – 327. Discurso de Tito a los vencidos. – 351. Tito decide destruir la ciudad. – 356. La familia del rey Izate se entrega. – 358. Los rebeldes asaltan el palacio real. – 363. Incendio de la Ciudad Baja. – 370. Los judíos se refugian en las galerías subterráneas. – 374. Los romanos se disponen a asaltar la Ciudad Alta. – 378. Los idumeos intentan rendirse. – 387. Los tesoros del Templo son entregados a los romanos. – 392. La Ciudad Alta cae en manos romanas. – 403. Victoria total de Tito sobre la ciudad. – 409. Tito entra en Jerusalén. – 414. Muertos y prisioneros judíos. – 428. Los refugiados en los subterráneos. Juan de Giscala es capturado. – 435. Cronología de la historia de Jerusalén.

Los romanos levantan nuevos terraplenes

La situación de Jerusalén empeoraba 1
cada día, pues los rebeldes se excitaban
aún más a causa de las desgracias y el
hambre hacía presa también en ellos des-
pués de haberlo hecho en el pueblo[1]. El 2
número de cadáveres que se amontonaban a lo largo de la
ciudad presentaba una horrible visión y desprendía un olor
pestilente que impedía las incursiones de los combatientes.
Pues, en efecto, era preciso que ellos, que avanzaban por un
campo de batalla lleno de innumerables muertos, pisotearan
sus cuerpos. Sin embargo, pasaban por encima de ellos sin 3
miedo, sin compadecerse y sin tener como un mal augurio
para sí mismos el ultraje hecho a los muertos. Con sus ma- 4
nos llenas de sangre de compatriotas salían a luchar contra
gente extranjera y, según me parece, echaban en cara a Dios
su lentitud en castigar a sus enemigos, pues ahora la guerra
no cobraba fuerza por la expectativa de una victoria, sino
por la desesperación de salvarse. Por su parte los romanos, 5
que habían soportado muchos esfuerzos en la recogida de
materiales para la construcción, levantaron los terraplenes en
veintiún días. Como ya he dicho[2], talaron todo el territorio

[1] Sobre la oposición radical de Josefo entre los rebeldes y el resto del pueblo judío en este conflicto, véase nota a IV 147.

[2] Cf. V 523.

que rodea la ciudad en una extensión de noventa estadios.
6 La visión de esta zona era digna de lástima, ya que los te-
rrenos que antes estaban embellecidos con árboles y jardi-
nes se hallaban ahora abandonados y sin vegetación en nin-
7 gún sitio. Ningún extranjero que hubiera visto la Judea de
antaño y los hermosísimos arrabales de la ciudad, al con-
templar entonces su desolación, podría estar sin lamentarse
y sin llorar por el cambio tan grande que en ella se había
8 producido. La guerra había acabado con todas las señales de
la belleza de antes y, si uno de los que conocía el lugar re-
gresara de pronto, no lo reconocería, sino que buscaría la
ciudad, a pesar de estar al lado de ella.

9 La conclusión de los terraplenes hizo que, tanto entre los
10 judíos como entre los romanos, surgiera el miedo. Los pri-
meros suponían que la ciudad sería conquistada, en el caso
de que no consiguieran prender de nuevo fuego a los terra-
plenes, mientras que los segundos sabían que nunca la to-
11 marían, si les destruían sus obras. Pues no había madera y
los soldados ya no tenían fuerza, a causa de las fatigas, y les
12 faltaban ánimos, debido a las continuas desgracias. Las des-
dichas de la ciudad afectaban más a la situación anímica de
los romanos que a la de sus propios habitantes, pues se en-
frentaban a combatienes que en medio de tan grandes reve-
13 ses no se habían debilitado. Mientras tanto, ellos perdían
poco a poco sus esperanzas al ver que sus terraplenes caían
ante los ataques del enemigo, que sus máquinas no podían
con la solidez de la muralla y que los combates cuerpo a
cuerpo cedían ante la audacia de sus adversarios. Pero lo
más importante de todo era comprobar que los judíos con-
servaban una fortaleza de espíritu por encima de tantas mi-
14 serias, de la sedición, del hambre y de la guerra. Los romanos
creían que los ataques de estos hombres serían invencibles y
que no podrían dominar el coraje que ellos conservaban en

las desgracias. ¿Qué no podrían soportar los judíos, si el Destino[3] les favoreciera, cuando ahora en un momento adverso se llenaban de valor? En consecuencia, fortificaron aún más la vigilancia de los terraplenes.

Los judíos fracasan en su ataque

Los hombres de Juan reforzaron la 15
seguridad por el lado de la torre Antonia, en vista de lo que pudiera ocurrir en caso de que se destruyese la muralla, y antes de que los enemigos acercaran los arietes
atacaron las obras. Sin embargo no consiguieron su propó- 16
sito, sino que salieron con antorchas y, sin llegar a los terraplenes, se volvieron tras haber enfriado bastante sus esperanzas. En primer lugar, el plan no parecía estar concertado, 17
pues salían en grupos, a intervalos, titubeando por el miedo que sentían, y, por decirlo en una palabra, no de una manera propia de judíos[4]. Carecían de las características propias de su nación, a saber, la audacia, el ímpetu, el atacar a la vez y
el no retirarse ante la derrota. Salieron con menos ardor que el 18
habitual y encontraron a los romanos formados en orden de
batalla y con más fuerza que de costumbre. Cerraban por 19
todos los lados el paso a los terraplenes con sus cuerpos y armaduras, de tal forma que no dejaban por ningún sitio espacio por el que prenderles fuego. Además, cada uno de ellos tenía su espíritu decidido a no moverse de su puesto
hasta morir. Efectivamente, aparte de perder todas sus espe- 20
ranzas, en el caso de que volvieran a quemar sus obras, se apoderó de los soldados una terrible vergüenza por el hecho de que la astucia triunfara totalmente sobre el valor, la de-

[3] Sobre la personificación del Destino o Fortuna en Josefo, véase el apartado 5 de la Introducción.

[4] Por ejemplo, cuando los judíos asaltaron el campamento romano; cf. V 484.

sesperación sobre las armas, el número sobre la destreza y
21 judíos sobre romanos. Al mismo tiempo colaboraban con estos últimos las máquinas lanzadoras[5] que alcanzaban a los judíos, cuando se acercaban a los terraplenes. Así, el que caía se convertía en un obstáculo para el que venía detrás y el peligro de seguir adelante debilitó aún más sus fuerzas.
22 Algunos de los que huían del interior de la línea de los disparos, antes de entrar en combate, se retiraban asustados por la disciplina y las densas filas de los enemigos, mientras que otros lo hacían heridos por las lanzas[6]. Al final, se dieron la vuelta sin hacer nada, acusándose unos a otros de cobardía. El ataque tuvo lugar en el novilunio del mes de Panemo[7].

Caída de la torre Antonia

23 Cuando los judíos se retiraron, los romanos acercaron las helépolis[8], a pesar de que desde la Antonia les arrojaban piedras, fuego, hierro y todo tipo de objetos que la necesidad proporcionaba a los ene-
24 migos. En efecto, aunque los judíos tenían mucha confianza en la muralla y menospreciaban las máquinas, sin embargo
25 intentaban que los romanos no las acercaran. Estos últimos, como creían que los hebreos se esforzaban por impedir el ataque a la Antonia a causa de la debilidad del muro y como tenían la esperanza de que sus cimientos estarían ya resenti-
26 dos, aumentaron sus esfuerzos. Los golpes contra el muro no cesaban, sino que los romanos, que no paraban de recibir proyectiles y no cedían a ninguno de los peligros que les

[5] Sobre este tipo de armas, como oxibelas, balistas, catapultas, etc, cf. notas a IV 19 y 583.

[6] El *pilum* romano, citado en el *excursus* sobre el ejército de III 95.

[7] El 20 de julio del año 70, según precisa NIESE en su edición *ad loc.*; cf. V 567.

[8] Cf. V 275.

venían desde arriba, mantenían activas las helépolis. Sin 27
embargo, como estaban en desventaja y eran golpeados por las piedras, otros soldados se cubrieron sus cuerpos con los escudos[9] y socavaron los cimientos de la muralla con sus manos y con palancas. De esta forma, con grandes esfuerzos, removieron cuatro bloques de piedra. La noche hizo 28
que unos y otros se tomaran un respiro. Sin embargo, entonces se vino abajo de repente el muro, abatido por los arietes, al ceder una mina por el lugar donde Juan había abierto una galería para hacer frente a los primeros terraplenes del adversario[10].

Este suceso produjo en los ánimos de los dos bandos 29
reacciones inesperadas. Los judíos, que lógicamente debe- 30
rían haberse amedrentado, aumentaron su valor porque la Antonia aún continuaba en pie, además de porque el muro no había caído de forma inesperada y habían tomado precauciones para ello. Por su parte la correspondiente alegría 31
de los romanos por este derrumbamiento desapareció al ver otro muro que los secuaces de Juan habían levantado detrás de aquél en el interior. No obstante, el ataque contra este se- 32
gundo muro parecía más sencillo que el precedente, pues resultaba más fácil de escalar gracias a los escombros; además creían que éste era mucho más endeble que el de la torre Antonia y que podría ser destruido con rapidez al tratarse de una construcción provisional. A pesar de ello nadie se atrevió a subir por él, pues la muerte era segura para los que se arriesgaran a ello los primeros.

---

[9] Es la formación conocida con el nombre de *testudo*, «tortuga», señalada ya en II 537.

[10] Juan de Giscala había abierto una galería subterránea desde la torre Antonia hasta los terraplenes romanos, por debajo del foso de la fortaleza; cf. V 469.

Tito arenga a sus soldados

33 Tito, que pensaba que el coraje de los combatientes se enardecía más con esperanzas y discursos, y que las arengas y promesas hacían muchas veces olvidar los peligros y, en ocasiones, hasta despreciar la muerte, reunió por este motivo a los más valientes de
34 sus hombres y les puso a prueba con estas palabras: «Compañeros de lucha, aconsejar realizar hazañas que no comporten peligro no es glorioso para los que son exhortados y supone una señal de cobardía para el autor de la arenga.
35 Creo que es necesario animar a entrar en acción sólo en el caso de empresas arriesgadas, ya que conviene que los otros
36 actos los haga cada uno por su cuenta. En consecuencia, yo mismo os confieso que es difícil la escalada del muro. Sin embargo, también os digo que para los que aspiran al valor es muy conveniente luchar contra las dificultades, que es bello morir con gloria y que no quedará sin recompensa la nobleza de los que afronten el riesgo los primeros. A conti-
37 nuación voy a detallaros estos puntos. En primer lugar, la fortaleza de los judíos y su tenacidad, que tal vez haría de-
38 sistir a otros, ha de ser para vosotros un estímulo. Sería una vergüenza que los romanos, mis soldados, que durante la paz han sido instruidos para la guerra y que están acostumbrados a vencer en el combate[11], fuesen inferiores a los hebreos en fuerza física y espíritu. Además esto ocurre cuando la consecución del triunfo está cerca y Dios colabora con
39 nosotros[12]. Nuestros reveses proceden de la desesperación

[11] Estas ideas han sido destacadas en el *excursus* sobre el ejército romano; cf. III 72.

[12] En boca del propio Tito queda claramente expuesta la teología flaviana: el Dios de los hebreos se ha puesto del lado de los romanos en esta guerra y ha abandonado a su pueblo. La presencia de la divinidad y de la providencia ha estado siempre presente en la persona de Vespasiano, ma-

de los judíos, mientras que sus sufrimientos aumentan con nuestro valor y con la participación de la divinidad. La sedi- 40 ción, el hambre, el asedio y los muros que se vienen abajo sin la acción de las máquinas, ¿Qué son, si no indicios de la cólera divina contra ellos y de la correspondiente ayuda para nosotros? Realmente no sería propio de romanos no sólo el 41 ser vencidos por individuos inferiores, sino también el traicionar la alianza divina. Cómo no va a ser una vergüenza 42 que los judíos, que no tienen ningún reparo en ser dominados, porque ya conocen la esclavitud[13], desprecien la muerte para no tener que padecer más esa servidumbre y hagan muchas veces incursiones contra nosotros, no por la esperanza de obtener el triunfo, sino para demostrar su valentía. Y que en cambio, vosotros, que sois dueños de casi toda la 43 tierra y del mar, y para quienes es también un oprobio no vencer, no os arriesguéis ni una sola vez a atacar a los enemigos, sino que, con armas tan poderosas, esperéis sentados 44 sin hacer nada el hambre y el golpe de la Fortuna[14], cuando podíais obtener el triunfo total con un pequeño riesgo[15]. Si 45 subimos a la torre Antonia, nos apoderaremos de la ciudad, pues, aunque surgiera algún combate contra los de dentro, algo que no creo que ocurra, el estar en la cima de la colina y el dejar sin aliento a los enemigos nos aseguran una victoria total en poco tiempo. Yo, por mi parte, dejo a un lado el 46 elogio de la muerte en la guerra y la inmortalidad de los que

nifestada con especial relieve en su elección, y en la de Tito. A lo largo de este discurso y en los hechos posteriores Josefo repetirá este mismo argumento, que constituye uno de los objetivos básicos de su obra.

[13] Esta misma idea les recordaba el rey Agripa a los judíos en su famoso discurso; cf. II 355-357.

[14] Otro caso más de la personificación de la Fortuna o Destino; cf. el apartado 5 de la Introducción.

[15] TÁCITO, *Historias* V 11, se hace eco de esta espera a que el hambre acabara con los sitiados.

caen por el furor bélico[16], y desearía que los que piensan de otra forma murieran de enfermedad en tiempo de paz, ya que su alma está condenada a permanecer en la tumba junto
47 con su cuerpo. ¿Qué hombre valiente no sabe que las almas que han sido separadas de la carne por el hierro en la lucha son acogidas por el éter, el más puro de los elementos, que las coloca entre los astros, y que se convierten para la poste-
48 ridad en genios buenos y héroes bienhechores?[17]. Mientras que las almas que se consumen a la vez que sus cuerpos enfermos, aunque no tengan manchas ni impurezas, la noche subterránea acaba con ellas y un profundo olvido las recibe, de modo que así consiguen a la vez la desaparición de su
49 vida, de su cuerpo y también de su recuerdo. Si el Destino ha fijado para el ser humano una muerte irremediable y el hierro es mejor verdugo para ella que cualquier enfermedad, ¿cómo no va a ser una cobardía negar al bien común lo que
50 debemos pagar por necesidad? He dicho estas palabras como si las personas que intentaran esta hazaña no pudieran salvarse; sin embargo, a los hombres valientes les es factible
51 librarse incluso de los peores peligros. En primer lugar, es

[16] La muerte en la batalla y el martirio como vía para alcanzar la inmortalidad pertenece más bien al pensamiento judío, a pesar de ser Tito el que exprese estas ideas; cf., por ejemplo, *II Macabeos* 7, 9 y *Contra Apión* II 232 ss.

[17] En estas palabras se perciben conceptos de la doctrina estoica sobre la inmortalidad del alma, si bien también hay ciertos puntos de contacto con la doctrina de los esenios sobre el más allá, según se comentó en nota a II 154. Josefo se había sentido atraído también por las creencias fariseas, ya que éstas mostraban puntos de contacto con la filosofía estoica. Los fariseos habían convertido en un elemento esencial de su doctrina la inmortalidad del alma, que no aparecía en los textos bíblicos. La base de su creencia eran las recompensas y castigos que se recibían después de la muerte, así como la dicotomía entre la Providencia divina y el libre albedrío; cf. II 163, *Antigüedades* XVIII 14 y *Contra Apión* II 218.

fácil subir por la brecha abierta en el muro, y, en segundo lugar, todo lo que acaban de construir[18] es sencillo de demoler. Vosotros, que sois más numerosos, animaos a entrar en acción, sed acicate y ayuda los unos para los otros, y así vuestra tenacidad rápidamente quebrantará el valor de los enemigos. Quizá alcancéis la victoria sin derramamiento de 52
sangre nada más empezar. Lógicamente los judíos intentarán impedir que escaléis, pero ya no podrán resistirlo, si forzáis una entrada, sin que ellos os vean, aunque seáis pocos los que lleguéis. Me avergonzaría si a aquel que escalara el 53
primero no le convirtiera yo en una persona envidiable por las recompensas que le voy a dar: el que sobreviva será el jefe de sus iguales y los que mueran recibirán las más dichosas recompensas».

El sirio Sabino escala la muralla

Cuando Tito terminó su discurso, to- 54
da la multitud se llenó de miedo por la magnitud del peligro, menos uno de los soldados de las cohortes, llamado Sabino y natural de Siria, un hombre de reconocida superioridad en fuerza y coraje. Al verlo[19] uno no cree- 55
ría, por su aspecto externo, que ni siquiera era un soldado corriente. Su piel era negra, enjuto, de poca carne, pero en un cuerpo menudo y muy pequeño para tanta fuerza se albergaba un alma heroica. Este personaje fue el primero que 56
se levantó y dijo: «César, me entrego a ti con decisión. Yo soy

[18] El segundo muro que de forma improvisada habían levantado Juan y sus secuaces; cf. VI 31.

[19] A partir de aquí la descripción de los acontecimientos del sitio de Jerusalén evidencia que el propio historiador ha podido ser testigo de los hechos narrados, según se indicó en I 1 ss.

57 el primero que va a escalar la muralla. Pido que tu Fortuna
acompañe mi fuerza y mi resolución[20], y, si no consigo mi
propósito, ten bien presente que no caeré en contra de mis
expectativas, sino que deliberadamente he optado por morir
58 por ti». Tras decir estas palabras levantó su escudo con la
mano izquierda por encima de la cabeza, con la derecha sa-
có su espada y salió corriendo hacia la muralla cuando era
59 exactamente la sexta hora del día[21]. Le siguieron otros once,
los únicos que estaban decididos a imitar su valentía. Sabino
iba muy por delante de todos impulsado por un cierto arrojo
60 sobrenatural. Desde el muro los centinelas les lanzaban fle-
chas, por todos los sitios les rodeaban con innumerables dis-
paros y hacían rodar inmensas piedras, que arrastraron a al-
61 gunos de los once hombres. Por su parte Sabino, en medio
de los tiros y cubierto por las flechas, no cesó en su ímpetu
62 hasta llegar arriba y poner en fuga a los enemigos. Los ju-
díos, asustados ante la fuerza y arrojo de Sabino, y como
creían que eran muchos más los que subían con él, se retira-
63 ron. En este momento es donde se podría acusar a la Fortu-
na de ser envidiosa con la virtud y de oponerse siempre a
64 renombradas hazañas[22]. Pues este hombre, nada más conse-
guir su propósito, se resbaló, se golpeó con una piedra y ca-
yó de bruces sobre ella con un inmenso estrépito. Los judíos
se dieron la vuelta y, al ver que estaba solo y tirado en el
65 suelo, le atacaron por todas partes. Tras apoyarse sobre una
rodilla y cubrirse con un escudo, empezó por defenderse y
66 herir a los que se le acercaban. Luego, a causa de los nume-
rosos golpes, dejó caer su brazo derecho y al final, antes de

[20] Sobre la Fortuna que acompaña siempre a la persona de Tito véase V 88.

[21] Las doce de la mañana, según el cómputo horario romano seguido por Flavio Josefo.

[22] Cf. nota a VI 14.

entregar su espíritu, las flechas le cubrieron por todas partes. Este hombre, que por su valor era digno de una suerte mejor, pereció de acuerdo con la hazaña emprendida. Del resto 67
de los hombres que iban con él, tres murieron a pedradas, cuando ya estaban en lo alto, y los otros ocho fueron empujados cuesta abajo y llevados heridos al campamento. Estos acontecimientos tuvieron lugar el tercer día del mes de Panemo[23].

Los soldados romanos avanzan hacia el Templo

Dos días después, veinte de los guar- 68
dianes que vigilaban los terraplenes se agruparon. Se atrajeron también al portaestandarte de la quinta legión[24], así como a dos soldados de las cohortes de caballería y a un trompeta, y en la hora nona de la noche[25] se acercan en silencio a la Antonia a través de los escombros. Mataron a los primeros centinelas que se encontraron dormidos, se apoderaron de la muralla y ordenaron tocar la trompeta.
Al oírlo, los demás guardianes se despertaron de repente y 69
escaparon antes de ver cuántos eran los soldados que habían subido, pues el miedo y la trompeta les habían hecho imaginar que había escalado el muro una gran cantidad de enemigos. Cuando César oyó la señal, rápidamente hizo armar a 70
sus soldados y fue el primero en llegar arriba con sus oficiales y con un grupo de soldados escogidos. Los judíos se 71
refugiaron en el Templo y los romanos penetraron en él por la galería que Juan había abierto contra los terraplenes del

[23] El 22 de julio del 70; cf. VI 22.

[24] La legión V *Macedonica*; cf. V 42.

[25] Aproximadamente las tres de la mañana. Las doce horas de la noche se dividían en cuatro vigilias militares de tres horas cada una de ellas, de acuerdo con los correspondientes turnos de guardia. Este mismo cómputo es el que sigue Josefo en otros pasajes (cf. nota a III 319).

72 adversario[26]. Los rebeldes de los dos bandos, de Juan y de
Simón, de forma separada, cerraban el paso a los romanos
sin dejar en ningún momento de hacer demostración de una
73 gran fuerza y ardor. Pues tenían la idea de que la entrada de
los romanos en el santuario significaba el final de la con-
quista, mientras que para éstos era el principio del triunfo.
74 Se libró un duro combate junto a la entrada del Templo: los
romanos intentaban a la fuerza tomar el lugar, mientras que
75 los judíos los rechazaban hacia la Antonia. Ni las flechas ni
las lanzas tenían utilidad para unos y otros, sino que com-
batían cuerpo a cuerpo con sus espadas en la mano. En la
batalla no era posible percibir[27] en qué bando se luchaba,
ya que los hombres estaban mezclados y desordenados, a
causa del poco espacio que tenían[28], y los gritos no se po-
76 dían entender debido al alboroto. En los dos campos la ma-
tanza fue muy grande. Los combatientes destrozaban con
77 sus pisadas los cuerpos y las armas de los caídos. En cual-
quiera de los puntos donde se inclinaba el oleaje de la re-
friega, siempre se escuchaban los gritos de ánimo de los
vencedores y los lamentos de los vencidos. No había sitio
para huir ni para perseguir, sino que se producían avances y
retrocesos con casi el mismo desorden que había entre sus
78 filas. Los que se hallaban en los primeros puestos no tenían
otro remedio que morir o matar, pues no había escapatoria.
Los que iban detrás, en uno y otro bando, empujaban a la

---

[26] Cf. V 469 y VI 28. Los subterráneos, con diferentes redes e itinerarios, que había debajo del Templo y de la Antonia eran numerosos según se indica en *Antigüedades* XV 424 y como parece desprenderse de lo expuesto en V 102, 104 y VII 29.

[27] Quizá Josefo presenció directamente estos acontecimientos junto a Tito; cf. nota a VI 55.

[28] La lucha se está produciendo en las entradas del Templo, tanto en las escaleras de acceso (cf. V 243) como en las salidas de las galerías subterráneas, lugares todos ellos estrechos.

fuerza a sus propios compañeros hacia adelante, sin dejarles espacio para combatir. Sin embargo, el arrojo judío se im- 79
puso sobre la experiencia romana y los efectivos de estos últimos empezaron a ceder por todas partes, pues llevaban luchando desde la hora nona de la noche hasta la séptima del día[29]. Los judíos, como una piña, dieron pasto a su va- 80
lentía ante el peligro de la conquista de la ciudad que les amenazaba, mientras que los romanos se encontraban sólo con una parte de sus tropas, ya que las legiones aún no habían llegado a lo alto, a pesar de que los combatientes tenían puestas sus esperanzas en ellas. Por tanto, les pareció de momento suficiente haber conquistado la Antonia.

El centurión Juliano

Un cierto Juliano, centurión de Biti- 81
nia, hombre famoso, el mejor de todos los que yo vi[30] en aquella guerra por su destreza en el empleo de las armas, su fuerza física y la tenacidad de su espíritu, se dio 82
cuenta de que los romanos ya retrocedían y que se defendían con dificultad. Estaba con Tito en la torre Antonia y desde allí dio un salto y él sólo hizo que los judíos, aunque ya eran los vencedores, retrocedieran hasta el ángulo[31] del Templo interior. Toda la multitud huyó en grupo, pues creían que aquella fuerza y audacia no eran propias de un ser humano. Juliano iba de un lado para otro en medio de 83
los judíos, que se habían dispersado, y mataba a cuantos se encontraba. Nada pareció más admirable a César ni más te-

[29] Hasta la una de la tarde; cf. VI 68.

[30] Esta expresión parece confirmar la presencia de Josefo en los acontecimientos narrados, al menos en estos últimos momentos de la toma de Jerusalén; cf. nota a VI 55.

[31] El ángulo noroeste.

84 rrible para los enemigos que ver aquel espectáculo. No obstante, también[32] Juliano fue perseguido por el Destino, al que
85 no puede escapar ningún mortal. Como todos los demás soldados, llevaba unas sandalias provistas de numerosos y agudos clavos[33]; resbaló al correr por el pavimento del Templo[34] y cayó de espaldas con un inmenso estrépito de su armadura. Esto hizo que los que habían huido se dieran la
86 vuelta. Un grito estalló entre los romanos de la Antonia, que temían por este hombre. Los judíos le rodearon en tropel y
87 le atacaron por todas partes con lanzas y espadas. Él hizo frente muchas veces al hierro con su escudo y en numerosas ocasiones, cuando intentaba levantarse, era empujado de nuevo por la multitud. Sin embargo, aún tirado en el suelo,
88 hirió con su espada a muchos adversarios. Juliano tardó en morir, porque el casco y la coraza le protegían sus partes vitales contra los ataques y porque tenía el cuello encogido. Finalmente, destrozados los demás miembros de su cuerpo y
89 sin que nadie se atreviera a ayudarle, pereció. Un terrible pesar se apoderó de César por un hombre tan valeroso que había muerto ante la vista de tanta gente. El lugar en que se hallaba fue un obstáculo para que el propio César le ayudara, a pesar de que quería hacerlo, mientras el miedo se lo
90 impidió a los que podían haberle socorrido. En consecuencia, Juliano fue degollado no sin dificultad, tras luchar durante largo tiempo con la muerte y sin dejar ilesos a muchos de los que le atacaron. Obtuvo una destacadísima gloria no sólo ante los romanos y ante César, sino también ante sus ene-
91 migos. Los judíos cogieron su cadáver, volvieron a empujar a los romanos hasta la torre Antonia y allí los encerraron.

---

[32] Como antes ha ocurrido con Sabino; cf. VI 63.

[33] THACKERAY, *ad loc.*, ve en esta expresión una reminiscencia homérica de *Ilíada* I 246 y XI 633.

[34] El atrio exterior estaba empedrado por unas amplias losas.

En este combate lucharon de forma destacada entre los ju- 92
díos un tal Alexas y Gifteo[35], de las tropas de Juan, Malaquías, Judas, el hijo de Mertón, y Jacobo[36], hijo de Sosas, jefe de los idumeos, de los efectivos de Simón, y del grupo de los zelotes, dos hermanos, Simón y Judas, hijos de Ari.

Fin del sacrificio perpetuo. Discurso de Josefo a los judíos asediados

Tito ordenó a los soldados que esta- 93
ban con él acabar con los cimientos de la Antonia y abrir asi una entrada fácil para todo el ejército. Mientras, él mismo man- 94
dó llamar a Josefo, pues se había enterado de que en aquel día, el diecisiete del mes de Panemo[37], por falta de hombres, no se había podido ofrecer a Dios el llamado sacrificio perpetuo[38] y que por ello el pueblo estaba muy disgustado. Tito le 95
mandó de nuevo decir a Juan lo mismo de antes[39], a saber,

---

[35] Citado en V 474.

[36] Cf. IV 235.

[37] Este día, 17 de Panemo o 17 del mes hebreo Tammuz, en agosto del año 70, es recordado por la tradición como el más desastroso de todos los que ha tenido que padecer el pueblo judío; cf. A. Guttmann, «The end of the Jewish sacrificial cult», *Hebrew Union College Annual* 39 (1967), 137-158.

[38] Diariamente, por la mañana y por la tarde, se ofrecían sendos corderos sin mancha acompañados de una ofrenda vegetal y una libación, por prescripción del *Éxodo* 29, 38-42 y *Números* 28, 3-8 (cf. también *Antigüedades* XIV 65). Este holocausto, denominado *tamid*, era considerado como el centro del culto y se había mantenido en todo momento desde tiempo inmemorial, incluso durante el asedio y la toma de la ciudad por parte de Pompeyo (cf. I 148). No obstante, en I 33 se ha relatado otro momento de interrupción temporal de este rito, a saber, bajo el dominio de Jerusalén por Antíoco IV Epífanes, que suspendió este sacrificio durante tres años y seis meses.

[39] Las exhortaciones que Tito había hecho a los judíos delante de las murallas en V 362-419.

que si se había apoderado de él un funesto deseo de luchar,
se le permitía salir fuera a combatir con cuanta gente quisie-
ra, sin arrastrar en su propia caída a la ciudad y al Templo.
Que dejara de mancillar el lugar sagrado y de ofender a Dios.
Tito le permitía celebrar los sacrificios, que habían sido in-
96 terrumpidos, con los judíos que él eligiera. Josefo, para que
le pudieran entender no sólo Juan, sino también los demás,
97 les comunicó en hebreo[40] las palabras del César. Les hizo
innumerables ruegos para que respetasen su patria, para que
alejasen del Templo el fuego, que ya ardía, y dirigieran a
98 Dios sacrificios de expiación[41]. El pueblo reaccionó con de-
sesperación y silencio a estas arengas, si bien el tirano[42],
tras llenar a Josefo de insultos y maldiciones, acabó por
añadir que nunca tendría miedo a la conquista de la ciudad,
99 porque ésta pertenecía a Dios[43]. En respuesta a esta afirma-
ción Josefo dijo a gritos: «¡En verdad tú has conservado pura
la ciudad para Dios y su santuario permanece sin mancha!
¡Tampoco has cometido ninguna impiedad contra Aquél, a
quien esperas tener de aliado, sino que aún recibe los sacri-
100 ficios acostumbrados! ¡Maldito!, si alguien te quita el ali-
mento diario, le consideras un enemigo, en cambio, tú, que

---

[40] Más bien en arameo, ya que el hebreo no se hablaba desde la vuelta del destierro. Sin embargo esta denominación de la lengua materna de los judíos sigue utilizándose en algunos textos de esta época, como por ejemplo en *Hechos de los Apóstoles* 21, 40 y 22, 2.

[41] Sacrificios expiatorios para purificarse, después de haber mancillado y profanado el Templo. Para hacer desaparecer la ira de Dios y recuperar su favor se seguía todo un ritual donde lo fundamental era la aspersión de sangre sobre los objetos del culto y sobre el pueblo. Esto es lo que hizo Judas Macabeo tras reconquistar el Templo, como se relató en I 39.

[42] Juan de Giscala.

[43] La confianza en Dios como aliado y en la inexpugnabilidad del Templo se ha comentado en nota a IV 127 y V 459.

has arrebatado a Dios su culto perpetuo, ¿esperas tenerle como aliado en la guerra? ¿Echas la culpa de tus pecados a 101
los romanos, que hasta ahora se preocupan de nuestras leyes e intentan reestablecer para Dios los sacrificios que tú has interrumpido?[44]. ¿Quién no va a lamentarse y a llorar por el 102
inesperado cambio que se ha producido en Jerusalén, si los extranjeros y los enemigos enderezan tu impiedad, mientras que tú, un judío que has sido educado en nuestras leyes, te comportas con ellas mucho peor que aquéllos? Sin embar- 103
go, Juan, no es algo vergonzoso arrepentirse de los crímenes en el último momento. Constituye un hermoso ejemplo para ti, si quieres salvar a tu patria, el caso del rey judío Jeconías. Antaño, cuando, por culpa del propio monarca, venía contra 104
él el ejército babilonio, salió de la ciudad voluntariamente, antes de que se apoderara de ella, y se ofreció con su familia de buen grado a la esclavitud, para así no entregar a los enemigos estos santos lugares y no ver arder la casa de Dios[45]. Por ello las leyendas sagradas de todos los judíos 105
celebran a este rey y su recuerdo inmortal, siempre vivo en su discurrir a través de los siglos, se transmite a la posteridad. Es un hermoso ejemplo, Juan, aunque de él se derive 106
algún peligro. Yo te garantizo el perdón de los romanos. Recuerda que te lo aconsejo yo, que soy de tu misma na- 107
ción, y que te lo prometo yo, que soy un judío, pues es necesario tener en cuenta quién es el consejero y de dónde procede. ¡Que nunca viva yo como prisionero de guerra en una situación tal que reniegue de mi origen o me olvide de

---

[44] Otra de las muchas afirmaciones filorromanas de esta obra, en este caso en boca del propio autor; cf. VI 94.

[45] Esta historia es narrada en *II Reyes* 24 12, aunque en esta ocasión Josefo la amplía sensiblemente; cf. también *Antigüedades* X 100.

108 mi patria![46]. De nuevo te enojas conmigo y me insultas a gritos. Reproches aún mayores merezco yo, que, en contra del Destino, te exhorto y me esfuerzo por salvar a los que ya
109 han sido condenados por Dios[47]. ¿Quién no conoce los escritos de los antiguos profetas y el oráculo sobre esta desgraciada ciudad que ahora está a punto de cumplirse? Vaticinaron su conquista en el preciso momento en que alguien
110 iniciase la matanza de sus compatriotas[48]. ¿Y no está ahora la ciudad y todo el Templo repletos de vuestros cadáveres? Dios, el propio Dios, es el que trae, junto con los romanos, el fuego purificador[49] y arrasa una ciudad llena de tantos crímenes».

Deserciones judías

111 Josefo decía estas palabras con gemidos y lágrimas, y los sollozos entrecor-
112 taban su voz. Los romanos también se apiadaron de sus sufrimientos y se admiraron de su fortaleza. En cambio, los partidarios de Juan se enardecieron aún más contra los roma-
113 nos, pues deseaban coger a Josefo. El discurso conmovió a muchos notables judíos. Algunos, por miedo a los guardias

---

[46] Flavio Josefo no era ya en este momento prisionero de guerra, pues había sido liberado en diciembre del año 69, cuando Vespasiano fue proclamado emperador; cf. IV 622.

[47] Una de tantas identificaciones entre el Destino y Dios; cf. el apartado 5 de la Introducción.

[48] La creencia en las profecías bíblicas sobre la destrucción del Templo se hallaba entonces en su momento álgido; cf. nota a IV 388. THACKERAY, *ad loc.*, cree que puede tratarse de una referencia a *Oráculos Sibilinos* IV 115 ss., que se sitúan cronológicamente en torno al año 80 d. C.

[49] En los textos bíblicos el fuego es un elemento escatológico que simboliza la ira de Dios y la purificación de todo lo que es impuro; cf. *Isaías* 26, 11; *Jeremías* 4, 4 o *Apocalipsis* 8, 8 ss.

de los rebeldes, permanecieron en sus puestos, aunque estaban seguros de su propia ruina y de la ciudad. Había, en cambio, otros que esperaron el momento de escapar sin peligro y se refugiaron en el bando romano. Entre estos últi- 114
mos estaban los sumos sacerdotes Josefo y Jesús, algunos hijos de sumos sacerdotes, como los tres hijos de Ismael[50], el que había sido decapitado en Cirene, cuatro de Matías y uno de otro Matías, que huyó tras morir su padre, al que había matado Simón, el hijo de Giora, junto con sus tres vástagos, según he dicho antes[51]. Muchos otros judíos notables
se pasaron al enemigo con los sumos sacerdotes. César los 115
recibió con magnanimidad y, además, como sabía que no les sería grato vivir con costumbres extranjeras, los envió a Gofna y les aconsejó permanecer de momento allí, pues les devolvería sus posesiones cuando tuviera tiempo después de
la guerra. Ellos se marcharon contentos y totalmente segu- 116
ros a la aldea que les habían asignado. Como no se les volvió a ver, los rebeldes hicieron correr de nuevo el rumor de que los desertores habían sido degollados por los romanos[52], para así claramente meter miedo a los demás e impe-
dir que huyeran. La estratagema resultó bien durante un 117
tiempo, como ya había ocurrido antes[53], pues el temor consiguió que nadie desertara.

Pero más adelante, cuando Tito hizo volver de nuevo a 118
los de Gofna y les ordenó rodear con Josefo las murallas para así ser vistos por el pueblo, un gran número de judíos se pasó

[50] Tal vez sea Ismael, hijo de Fabí, nombrado sumo sacerdote por el rey Agripa, y que acudió en una embajada ante Nerón, que lo retuvo en Roma como rehén; cf. *Antigüedades* XVIII 34, XX 179 y 194.

[51] En V 527-531 se ha dicho, en cambio, que este hijo de Matías había huido entonces junto a Tito, antes de morir su padre.

[52] Esta estratagema ya la habían practicado antes; cf. V 453.

[53] Cf. V 452-456.

119 entonces a los romanos. Los que se habían cambiado de bando se concentraron delante de los romanos y pidieron con llantos y lágrimas a los sediciosos que, en primer lugar, recibieran en toda la ciudad a los romanos y salvaran así de
120 nuevo su patria. Si no, que al menos abandonaran totalmente el Templo y preservaran para ellos el santuario, pues los enemigos no se atreverían a prender fuego a los Santos Lugares,
121 a no ser en caso de extrema necesidad. Los rebeldes se mostraron aún más hostiles ante estas propuestas: a los desertores les dieron en respuesta numerosos gritos injuriosos y dispusieron en las puertas sagradas las oxibelas[54], las catapultas y las máquinas lanzadoras de piedras[55], de modo que el Templo en sus alrededores daba el aspecto de un cementerio a causa de la cantidad de cadáveres que había y el propio santuario
122 parecía una fortaleza. Los rebeldes entraban corriendo en el interior del recinto sagrado e impenetrable[56] con sus armas y con las manos aún calientes por la matanza de compatriotas[57]. Llegaron a tal punto de crueldad que la indignación que lógicamente habrían sentido los judíos, si los romanos hubieran cometido tales ultrajes contra ellos, la sentían ahora los propios romanos contra los judíos por cometer sacrilegios contra
123 su propia religión. No había ningún soldado que no mirara el Templo con temor respetuoso y veneración, y que no pidiera a los bandidos que se arrepintieran antes de que sus desgracias fueran irreparables.

---

[54] Cf. nota a IV 583.

[55] Es decir, balistas; cf. nota a IV 19.

[56] El altar, el lugar de los sacrificios y el Santo de los Santos, la zona más interior del santuario, donde sólo podían entrar normalmente los sacerdotes; cf. V 219 y 226.

[57] Josefo insiste en este lugar en la purificación previa a la entrada del Templo, que lógicamente estos profanadores no cumplían; cf. nota a IV 205.

Nuevas exhortaciones de Tito

Tito, muy disgustado por la situación, 124
volvió a hacer los siguientes reproches a los hombres de Juan: «Malvados, ¿no habéis colocado vosotros esta balaustrada delante de los recintos sagrados? ¿No ha- 125
béis intercalado allí pilares con inscripciones en griego y en nuestra lengua para prohibir que nadie cruzara el parapeto?[58].
¿No os autorizamos nosotros a ejecutar a los que lo atravesa- 126
ran, aunque fueran romanos los que lo hicieran? ¿Por qué ahora, criminales, pisoteáis en el Templo incluso a los cadáveres? ¿Por qué mancilláis el santuario con sangre extranjera
y de vuestros compatriotas? Pongo por testigos a los dioses de 127
mi patria y a aquella deidad que alguna vez haya cuidado de este lugar, pues creo que ahora no le ayuda ninguna, también pongo por testigo a mi ejército, a los judíos que están conmigo y a vosotros mismos de que yo no os obligo a profanar
estos lugares. Si buscáis otro campo de batalla[59], ningún ro- 128
mano se acercará a los recintos sagrados ni los ultrajará, y yo os conservaré el Templo, aunque no queráis.

Ataque nocturno de los romanos. Nuevos terraplenes

Josefo tradujo estas palabras de César 129
y los bandidos y el tirano[60] las recibieron con desprecio, ya que pensaban que estas arengas se habían producido no por be-
nevolencia, sino por miedo. Cuando Tito 130
vio que aquellos hombres no tenían piedad de sí mismos ni consideración para con su Templo, emprendió de nuevo,
muy a pesar suyo, las actividades bélicas. No era posible 131

[58] Sobre la balaustrada y las inscripciones que cerraban el paso a los extranjeros véanse las notas a V 193-194.

[59] Esta propuesta se les ha hecho ya antes repetidamente; cf. V 334 y VI 95.

[60] Juan de Giscala.

llevar todas sus tropas contra ellos, dada la estrechez del lugar. Eligió de cada una de las centurias treinta de los mejores soldados, asignó mil a cada tribuno, puso al frente de ellos como general a Cereal[61] y le encomendó atacar a los
132 centinelas sobre la hora nona de la noche[62]. Él mismo estaba armado y preparado para bajar con sus tropas a luchar, pero sus amigos se lo impidieron por la magnitud del riesgo
133 y por las palabras de sus oficiales. Le habían dicho que sería más útil si se quedaba en la torre Antonia y dirigía la lucha de sus hombres, en lugar de bajar y exponerse el primero al peligro, pues todos, al ser observados por César, serían bue-
134 nos luchadores. Tito fue convencido por estas razones y les confesó que él se quedaba detrás con la única intención de juzgar su valor y no dejar sin recompensa a ningún valiente ni sin castigo a ningún cobarde. Él sería espectador y testigo
135 de todo, y tendría la autoridad para castigar y premiar. Los envió a la lucha a la hora establecida, mientras él se subió a un punto elevado de la Antonia, desde donde había una buena visión, y esperó el desarrollo de los acontecimientos[63].

136 Sin embargo, los hombres enviados por Tito no encontraron dormidos a los guardias, como habían esperado, sino que inmediatamente tuvieron que combatir con ellos cuerpo a cuerpo, pues se les abalanzaron dando gritos. Los demás, ante el clamor de los centinelas, salieron corriendo en gru-
137 pos desde el interior. Los romanos resistieron los ataques de los primeros, pero los que venían detrás cayeron contra sus propias tropas y muchos tomaron a sus compañeros como
138 enemigos. El confuso griterío que se produjo en ambas par-

[61] Sexto Ceral Vetuleno, legado de la quinta legión, que desempeñó un importante papel en la lucha contra los idumeos; cf. IV 552-555.

[62] Las tres de la mañana; cf. VI 68.

[63] Cf. nota a VI 55 y 75.

tes no permitía reconocer a nadie por la voz, y la noche impedía distinguirse por la vista. Además, a unos no les dejaba ver el furor y a otros el miedo. Por ello golpeaban sin distinción al que se les pusiera delante. No obstante, el hecho de 139
no reconocerse no perjudicaba tanto a los romanos, que se cubrían con sus escudos y que luchaban en unidades ordenadas, pues cada uno de ellos recordaba la contraseña. Los 140
judíos, en cambio, siempre se hallaban dispersos, atacaban y se retiraban al azar, y muchas veces se confundían unos a otros por enemigos, ya que, a causa de la oscuridad, creían que era un romano el que les acometía, cuando alguno de los suyos retrocedía. Fueron más los judíos heridos por sus 141
propios compañeros que por los enemigos, hasta que al llegar el día se podía ver ya el desenlace de la batalla. Entonces, los dos bandos, distribuidos en unidades, dispararon y se defendieron en buen orden. Ni unos ni otros cedían ni se 142
fatigaban, sino que los romanos, como César les vigilaba, rivalizaban entre sí de forma individual y en grupo, y cada uno de ellos creía que ese día sería el comienzo de su éxito, si luchaba con valentía. A los judíos, por su parte, les agu- 143
zaba su valor tanto el miedo que sentían por ellos mismos y el Templo como el tirano[64] que les vigilaba, que a unos les animaba y a otros les golpeaba y amenazaba. Durante la 144
mayor parte del tiempo el combate se mantenía estacionario, sin embargo enseguida y de forma rápida la suerte cambiaba, puesto que ninguno de los dos bandos tenía espacio para huir o para atacar. En todo momento, de acuerdo con lo que 145
allí ocurría, salían clamores diversos desde la torre Antonia: los romanos, cuando vencían los suyos, les gritaban que tuvieran coraje, mientras que les pedían que resistieran, cuando retrocedían. El espectáculo era como ver una guerra en 146

[64] Juan de Giscala.

un teatro[65], pues nada de lo que ocurría en el combate les pasaba desapercibido a Tito ni a ninguno de los que estaban
147 con él. Finalmente, tras haber empezado a la hora nona de la noche, se separararon después de la quinta del día[66] en el mismo lugar en el que habían iniciado la refriega, sin que uno ni otro hubiera hecho retroceder claramente al adversario, sino que dejaron la victoria indecisa en medio de ellos.
148 Muchos romanos pelearon con distinción; entre los judíos destacaron Judas, el hijo de Mareoto, y Simón, el hijo de Oseas, del bando de Simón; entre los idumeos, Jacobo y Simón, éste era hijo de Acatela[67], mientras que Jacobo lo era de Sosas; de los hombres de Juan, Gefteo y Alexas; y de los Zelotes, Simón, el hijo de Ari.

149 Entretanto el resto del ejército romano había demolido en siete días los cimientos de la Antonia, de modo que así
150 había abierto un ancho acceso al Templo. Las legiones se acercaron al primer recinto y empezaron a levantar los terraplenes, uno enfrente del ángulo noroeste interior del Templo, otro hacia la exedra norte[68], que estaba entre las
151 dos puertas. También construyeron otros dos, uno hacia el pórtico occidental del Templo exterior y el otro, por fuera, frente al pórtico norte. Los romanos llevaron adelante estas obras con muchos esfuerzos y problemas, porque traían la madera desde una distancia de cien estadios[69].

---

[65] Como ha ocurrido, entre otros, en el caso de los falsos juicios contra Fani y Zacarías (cf. IV 156, 336), nuestro autor se sirve del símil de una representación teatral.

[66] Las once de la mañana.

[67] Es el mismo personaje que en IV 271 y en V 249 aparece con la varitante Caata.

[68] Cf. V 203.

[69] En VI 5 se ha dicho que los romanos habían talado los árboles en un espacio de 90 estadios alrededor de la ciudad.

Ofensiva judía

En varias ocasiones los romanos su- 152
frieron emboscadas, ya que debido a la superioridad de su fuerza se hallaban menos precavidos, mientras que tenían como enemigos a judíos que habían aumentado su audacia por la falta de esperanzas en salvarse. Algunos de los 153
soldados de caballería, siempre que salían a recoger madera o forraje, soltaban y quitaban las bridas durante este tiempo a los caballos para que pastaran. Los judíos aparecían entonces en tropel y les arrebataban los animales. Al suceder 154
esto con frecuencia, César pensó, lo que realmente así era, que tales pillajes se debían a la despreocupación de sus hombres más que a la valentía de los judíos, y decidió tomar medidas más duras para que los demás pusieran más cuidado en la vigilancia de sus caballos. Ordenó someter a pena de muerte 155
a uno de los soldados que había perdido su animal y con este amedrentamiento salvó los caballos de los otros. En efecto, ya nunca más los dejaban pastar, sino que los llevaban a hacer sus tareas, como si estuvieran unidos a ellos por naturaleza. A pesar de todo esto, los romanos seguían sus 156
ataques contra el Templo y levantaban los terraplenes.

Al día siguiente de la entrada de las legiones muchos de 157
los rebeldes, que ya no podían rapiñar nada y a los que el hambre acuciaba, se reunieron y atacaron a los centinelas romanos del monte de los Olivos[70] alrededor de la undécima hora del día[71]. Pensaban que podrían abrirse paso fácilmente, primero porque los encontrarían desprevenidos y, segundo, porque estarían descansando. Sin embargo, los 158
romanos presintieron su llegada, se agruparon enseguida des-

[70] En este lugar se hallaba el campamento de la décima legión; cf. V 70 y 135.

[71] Sobre las cinco de la tarde.

de los puestos de vigilancia próximos y frenaron sus intentos de
159 asaltar y de atravesar la fortificación. Se produjo un violento combate y en los dos bandos se realizaron muchas nobles hazañas: los romanos se sirvieron de su experiencia en la guerra, además de la fuerza, y los judíos de un ímpetu immoderado y
160 de un furor sin límites. A los primeros les dirigía el honor y a los segundos la necesidad. Pues a los romanos les parecía una vergüenza dejar escapar a los judíos, que estaban atrapados como por una red, mientras que estos últimos tenían como única esperanza de salvación franquear el muro a la fuerza.

El jinete Pedanio

161 Uno de los jinetes de las cohortes, llamado Pedanio, cuando los judíos se habían dado ya la vuelta y eran empujados en masa hacia el interior del barranco, con furia galopó de lado con su caballo y cogió y levantó por el tobillo a uno de los enemigos que huía, un joven que, además de tener un cuerpo fuerte, iba recubierto totalmente
162 por una armadura. Se inclinaba con el caballo, mientras iba montado en él, con el mismo grado de fuerza que demostró tener en su mano y en todo el cuerpo, además de con su ex-
163 periencia hípica. Pedanio llevó al prisionero a César, como si se hubiera apoderado de un objeto preciado. Tito se admiró de la resistencia del que había sido el autor de esta captura y ordenó castigar al cautivo por haber atacado el muro. Él, mientras, estaba ocupado en el ataque al Templo y se daba prisa en la construcción de los terraplenes.

Incendio de los pórticos del Templo

164 Entretanto los judíos, que siempre habían sido perjudicados en los combates, como la guerra poco a poco iba hacia su final y penetraba ya en el Templo, cortaron los miembros infectados, igual que se hace con un cuer-

po con gangrena, antes de que se extendiera la enfermedad. Quemaron el pórtico del lado noroeste, por la parte que se 165 comunicaba con la Antonia, y luego demolieron en él una extensión de veinte codos, de modo que así empezaron a incendiar con sus propias manos el santuario[72]. Dos días des- 166 pués, el día veinticuatro del mes antes mencionado[73], los romanos prendieron fuego por debajo al pórtico contiguo a éste. Después de que la llama se extendió hasta unos quince codos, los judíos a su vez derribaron su techumbre y, sin abandonar en ningún momento estas tareas, cortaron su conexión con la torre Antonia[74]. Por ello, aunque les era posi- 167 ble impedir que los romanos quemaran los pórticos, ellos no hicieron nada ante la propagación de las llamas, sino que calcularon el beneficio que les podía acarrear la extensión del fuego. Por otra parte, no cesaban las escaramuzas en torno 168 al Templo, sino que la guerra se desarrollaba sin cesar entre pequeños grupos que salían a enfrentarse unos contra otros.

Jonatán y Pudente

En aquellos días un judío, un hombre 169 de baja estatura, de aspecto miserable, sin ninguna distinción ni por su origen ni por ninguna otra cualidad, llamado Jonatán, se acercó a la tumba del sumo sacerdote Juan[75], lleno de soberbia profirió contra los romanos numerosos insultos y de-

[72] Josefo quiere dejar claro que los causantes de la destrucción de la ciudad y del Templo fueron los propios judíos, en concreto ese pequeño grupo de «rebeldes». Así se cumplían las profecías que anunciaban que «manos de la propia patria» profanarían el Lugar Santo (cf. IV 388). Precisamente uno de los temas recurrentes de esta obra es que los romanos no infligieron contra los judíos males peores que los que estos últimos se hicieron a sí mismos.

[73] El 24 del mes de Panemo, es decir, a principios de agosto.

[74] Cf. V 243.

[75] Sobre este monumento véase V 259.

170 safió al mejor de ellos a batirse cara a cara con él. La mayoría de los soldados que estaban alineados enfrente no le prestó atención. Había algunos que, lógicamente, tenían miedo, mientras que de otros se apoderó la idea razonable
171 de no pelear con un hombre que quería morir. Pues los que han perdido toda esperanza de salvación tienen un ardor excesivo y no respetan ni a Dios[76]. Además, no es propio de un valiente, sino de un temerario, enfrentarse a gente de quien no se deriva una importante victoria y por quien re-
172 sulta peligroso y vergonzoso ser derrotado. Durante un largo espacio de tiempo ningún romano salió contra él y una y otra vez el judío les tachó de cobardes, ya que era un individuo muy fanfarrón y soberbio. Uno de los romanos, llamado Pudente, del ala de caballería, harto de sus insultos y de su
173 insolencia, y quizá también irreflexivamente enardecido por su baja estatura, se lanzó contra él. Estuvo airoso en la refriega, pero fue traicionado por la Fortuna, pues se resbaló[77]
174 y Jonatán se precipitó sobre él y lo mató. Luego se subió encima del cadáver y agitó la espada llena de sangre con la mano derecha y el escudo con la izquierda. Profería numerosos gritos de guerra contra el ejército, se mofaba del caído
175 y se reía de los romanos que le observaban. Hasta que al final un centurión, Prisco, disparó su arco y le atrevesó con una flecha, mientras bailaba y decía necedades. Ante este
176 hecho se produjo a la vez, aunque por razones distintas, un griterío entre judíos y romanos. Jonatán retorciéndose por el dolor se desplomó sobre el cuerpo de su enemigo y así de-

[76] El sentido de esta frase es bastante confuso, habida cuenta además de los problemas textuales del pasaje.

[77] Como bien señala Ricciotti en su comentario, resulta llamativo el hecho de que los héroes romanos acaben su vida resbalando o cayéndose fortuitamente en esta guerra. Tal es el caso de Sabino (VI 64), de Juliano (VI 85) o éste de Pudente.

mostró que en la guerra la venganza rápidamente se apodera del que ha obtenido un éxito inmerecido.

Estratagema judía

Los rebeldes del Templo, que no pa- 177
raban de repeler abiertamente todos los días a los soldados de los terraplenes, el veintisiete del mes antes mencionado[78]
prepararon la siguiente estratagema. En el 178
pórtico oeste llenaron con leña seca, betún y pez el espacio comprendido entre las vigas y el artesonado que está debajo de ellas, y luego se retiraron como si estuvieran muy cansa-
dos. Ante ello muchos soldados de forma irreflexiva, em- 179
pujados por su arrojo, persiguieron a los que se retiraban y saltaron sobre el pórtico, tras tender sus escaleras. En cambio, los más prudentes, que sospechaban de la inexplicada
huida de los judíos, permanecieron quietos. El pórtico esta- 180
ba, entonces, lleno de los romanos que habían subido, y en ese momento los judíos le prendieron fuego por todas partes. De repente las llamas se propagaron por uno y otro lado; un tremendo espanto se adueñó de los romanos que estaban fuera de peligro y una desesperación hizo mella en los
que se hallaban presos en él. Rodeados por el fuego, unos se 181
tiraron cuesta abajo hacia la ciudad[79] y otros contra los enemigos. Muchos, esperanzados con salvarse, saltaron hacia donde estaban los suyos y se rompieron sus miembros. Sin embargo, el fuego se dio más prisa que los intentos de la mayoría de ellos y algunos se suicidaron con sus armas an-
tes de que les alcanzaran las llamas. Enseguida el fuego se 182
extendió por la mayor parte de la zona y rodeó también a

[78] Panemo, el día 15 de agosto del año 70.

[79] En esta parte de la ciudad se encontraba el barranco del Tiropeon; cf. V 140.

aquellos que se hallaban expuestos a otro tipo de muerte. César, aunque estaba irritado con los que morían, pues habían subido al pórtico sin que él se lo ordenara, sin embargo
183 se apiadó de estos hombres. Como nadie les podía ayudar, al menos los que perecían se consolaban con ver el sufrimiento de aquel por quien entregaban su alma. Pues se le veía claramente gritar, saltar de un lado para otro y pedir a los que estaban con él que ayudaran en todo lo que pudieran
184 a aquellos soldados. Todos morían con buen ánimo y se llevaban con ellos las palabras y la actitud de Tito, como si
185 éstas fueran un glorioso entierro. Algunos huyeron hacia el muro del pórtico, que era ancho, y así se libraron del fuego. Fueron entonces rodeados por los judíos, resistieron durante bastante tiempo, a pesar de las muchas heridas que recibieron, y al final todos cayeron.

El heroísmo de Longo y Antonio. Incendio del pórtico norte

186 El último de ellos fue un joven, de nombre Longo, que dio gloria a todo este desastre y demostró ser el mejor de todos y cada uno de los que murieron dignos de
187 ser recordados. Los judíos, admirados de su valentía, como no podían matarle de otra forma, le invitaron a bajar con ellos con la promesa de llegar a un acuerdo. Su hermano Cornelio, por la otra parte, le aconsejaba que no deshonrara a su propia gloria y al ejército romano. Se dejó convencer por él y ante la mirada de los dos
188 bandos blandió y se clavó su propia espada. Uno de los que habían quedado rodeados por el fuego, un tal Artorio, se salvó con una astucia. Llamó en voz alta a Lucio, uno de los soldados que compartía con él la tienda, y le dijo: «Te dejo a ti como heredero de mis bienes, si me coges, cuando me
189 tire». El camarada corrió con presteza a hacerlo y Artorio, al caer encima de él, se salvó, mientras que Lucio murió ins-

tantáneamente al recibir el golpe y ser aplastado por el peso contra el pétreo pavimento[80]. De momento esta calamidad 190
produjo desaliento entre los romanos, aunque les fue útil para luego no volver a hacer nada sin que se lo ordenaran y estar más precavidos ante los engaños judíos, dado que con estas tretas en muchas ocasiones se veían perjudicados por la ignorancia de los lugares y de las costumbres de esta gente. Ardió el pórtico[81] hasta la torre, que Juan había le- 191
vantado[82] en su lucha contra Simón por encima de las puertas que llevaban al Xisto[83]. El resto lo demolieron los judíos después de la matanza de los que a él subieron. Al 192
día siguiente los romanos incendiaron también todo el pórtico norte hasta el pórtico del este, que se unían ambos en ángulo sobre el llamado barranco Cedrón, cuya profundidad en este lugar era terrible. Esto es lo que ocurría entonces en torno al Templo.

El hambre se adueña de los sitiados. Casos de antropofagia

Cayó un gran número de los que en la 193
ciudad estaban siendo víctimas del hambre; las desgracias que pasaron son indescriptibles. En efecto, en cada casa, si aparecía 194
aunque fuera una sombra de comida, surgía una lucha y los que tanto se querían llegaban a las manos y se quitaban unos a otros las míseras provisiones que tenían para vivir. Ni siquiera se fiaban de que los muertos 195
no tuvieran ningún alimento, sino que los bandidos registraban incluso a los que estaban falleciendo, por si alguno fingía que se moría, mientras se guardaba algo de comida entre los pliegues de su ropa. Estos individuos, con la boca abierta 196

---

[80] El pavimento de piedra del atrio exterior del Templo, cf. V 85.

[81] El pórtico oeste.

[82] Una de las cuatro torres que levantó Juan de Giscala; cf. IV 581.

[83] Cf. nota a IV 581.

por el hambre, igual que perros rabiosos, iban dando tumbos de un sitio para otro. Cuando pasaban por delante, se daban contra las puertas, como borrachos, y, al no poder hacer otra cosa, entraban dos o tres veces en las mismas casas en una
197 hora[84]. La necesidad les hacía llevar de todo a sus dientes; recogían y se conformaban con comer lo que ni siquiera se daba a los más inmundos y mostrencos animales. Al final no se abstuvieron ni de cinturones ni de sandalias, sino que
198 arrancaron la piel de sus escudos y la masticaron. Algunos también llegaron a comer pequeñas porciones de heno viejo y ciertos individuos vendían una mínima cantidad de estas
199 migajas por cuatro dracmas áticos[85]. ¿Qué necesidad hay de hablar de la desvergüenza del hambre que lleva a comer productos no comestibles? Pues voy a exponer un hecho como nunca se ha visto entre los griegos ni entre los bárba-
200 ros[86], algo que es terrible de contar e increíble de oír[87]. Yo, por mi parte, para no parecer ante la posteridad que me invento historias, con gusto omitiría contar esta desgracia, si no tuviera innumerables testigos entre la gente de mi propia época[88]. Además, haría un flaco favor a mi patria, si renunciara a relatar las desgracias que padeció.

---

[84] En esta descripción de los efectos del hambre Josefo parece tomar el modelo del *Salmo* 59, 14-15.

[85] Sobre el valor del dracma ático, véase nota a V 550.

[86] Esta dicotomía entre griegos y bárbaros puesta en boca de un judío que era ciudadano romano, ha sido comentada ya en nota a V 17.

[87] Josefo podría haber recordado la historia narrada en *II Reyes* 6, 25-28, cuando durante la toma de Samaria por parte del rey de Aram, Ben Hadad, en el 845 a. C., una madre devoró a su propio hijo. *Lamentaciones* 4, 10 se hace eco de algunas mujeres que llegaron a devorar a sus hijos, cuando Nabucodonosor sitió la ciduad en el 587 a. C.

[88] Josefo ha podido ser testigo directo de estos acontecimientos concretos (cf. nota a VI 55), si bien gran parte de ellos pueden proceder de relatos de tránsfugas romanos o de testimonios orales judíos. Sobre el

Una mujer de las que habitaban al otro lado del Jordán, 201
llamada María, hija de Eleazar, de la aldea de Betezuba, nombre que significa «Casa del Hisopo»[89], ilustre por nacimiento y por sus riquezas, se refugió en Jerusalén con el resto
de la población y allí sufrió el asedio. Los tiranos quitaron a 202
esta mujer los bienes que ella había traído desde la Perea y había introducido en la ciudad, y los esbirros de aquéllos, en sus incursiones diarias, le arrebataron el resto de los objetos preciados que le quedaban y algo de alimento que se había
procurado. Una tremenda indignación se apoderó de la po- 203
bre mujer, y con insultos y maldiciones provocaba muchas
veces contra sí misma a los ladrones. Pero como ninguno de 204
ellos ni por cólera ni por piedad la mataba, y ella estaba cansada de buscar algo de comer para los demás y era imposible hallarlo ya en ningún sitio, y como el hambre se iba adueñando de sus vísceras y de su médula y su furor ardía más que el hambre, entonces tomó por consejera a la ira, además de a la necesidad, y cometió un acto contrario a la
naturaleza. Cogió a su hijo, que aún era un niño de pecho, y 205
dijo: «Desgraciada criatura, ¿para qué te mantengo vivo en
medio de la guerra, del hambre y de la sedición? Si vivimos 206
para entonces, los romanos nos esclavizarán, pero el hambre llega antes que la esclavitud y los rebeldes son peor que lo
uno y lo otro. Vamos, sé tú mi alimento, un espíritu venga- 207
dor[90] para los sediciosos y una leyenda para la humanidad,

---

problema de las fuentes de esta historia puede consultarse el apartado 4 de la Introducción.

[89] Este lugar aún no ha sido identificado.

[90] Literalmente Erinia, personificación divina de la venganza. Esta mención da al relato de la antropofagia que tuvo lugar en el asedio de Jerusalén un tono trágico, que con seguridad ha tomado como modelo a algunos autores griegos; cf. la narración de las calamidades de la familia de Herodes (I 431 ss.) y el apartado 6 de la Introducción.

208 la única que faltaba entre las desgracias judías»[91]. Mientras decía esto mató a su hijo, luego lo asó, se comió la mitad y
209 el resto lo guardó escondido. Enseguida los rebeldes se presentaron ante ella y, al percibir el abominable olor de la carne, la amenazaron con degollarla inmediatamente, si no les daba la comida que había preparado. Entonces ella dijo que les había guardado una parte y descubrió lo que quedaba de
210 su hijo. Al punto se llenaron de espanto y estupor, y al verlo se quedaron atónitos. La mujer añadió: «Éste es mi hijo y
211 ésta es mi obra, comedlo, pues yo también lo he comido. No seáis más blandos que una mujer ni más clementes que una madre. Si tenéis escrúpulos religiosos y no queréis mi víctima, dejad que yo, que ya he comido vuestra parte, acabe
212 también con el resto». A continuación los sediciosos se marcharon temblando (ésta fue la única ocasión en que fueron cobardes) y dejaron, no sin pesar, este alimento a la madre. Rápidamente por la ciudad entera se extendió la noticia del crimen. Todos se estremecían al poner delante de sus ojos esta atrocidad, como si ellos mismos se hubieran atre-
213 vido a cometerla. Los hambrientos se apresuraban a morir y consideraban felices a aquellos que habían perecido antes de oír o ver desgracias tan grandes.

Reacción de Tito y sus soldados ante estas atrocidades

214 En poco tiempo los romanos se enteraron también de aquella matanza. Unos no se la creían, otros se compadecían de ella y la mayoría se llenó de un odio ma-
215 yor contra nuestra nación. César se defendió también de estos hechos ante Dios, pues decía que él por su parte había ofrecido a los judíos la paz, una autonomía y una amnistía de todos los delitos que habían cometi-

[91] Cf. nota a VI 190.

do. Sin embargo, ellos habían preferido la sedición a la con- 216
cordia, la guerra a la paz, el hambre en lugar de la abundancia y la prosperidad, y con sus propias manos habían empezado a prender fuego al Templo, que los romanos les habían respetado[92]. Por ello los judíos merecen este tipo de alimento. En consecuencia, Tito borrará el crimen de devorar 217
niños con la destrucción de la patria donde este hecho ha tenido lugar y no dejará que en el mundo habitado vea el sol una ciudad en la que las madres se alimentan de esta forma. Sin embargo, esta comida convenía más a los padres que a 218
las madres, pues aquéllos se mantienen en la lucha después de tamañas desgracias. Mientras decía estas palabras pensa- 219
ba también en la desesperación de los judíos, ya que los que habían sufrido todas las desdichas no podrían recobrar ya la razón, cuando era natural que hubieran cambiado de actitud para no padecerlas.

Fracaso del ataque romano al muro del Templo

Tras concluir ya las dos legiones los 220
terraplenes[93], el día ocho del mes de Loos[94], Tito ordenó llevar los arietes contra la exedra oeste[95] del Templo exterior. Con 221
anterioridad la más potente de todas las helépolis[96] había golpeado durante seis días sin parar el muro, sin conseguir nada, pues la magnitud y el ajuste de las piedras soportaban la fuerza de ésta y de las otras máquinas

[92] Cf. nota a VI 165.

[93] Cf. VI 150.

[94] Mes del calendario macedónico, que equivale al Ab hebreo. El 8 de Loos corresponde al 27 de agosto del año 70, según el cálculo de la edición de Niese.

[95] Cf. V 203.

[96] Sobre esta máquina véase nota a V 275.

222 de guerra. Otros legionarios minaban los cimientos[97] de la puerta norte y, después de muchos esfuerzos, hicieron rodar las piedras de fuera, aunque las piedras de dentro resistieron y la puerta permaneció incólume, hasta que, desesperados de hacer tentativas con máquinas y palancas, tendieron sus es-
223 caleras contra los pórticos. Los judíos no se apresuraron a impedírselo, sino que, una vez arriba, cayeron en masa sobre ellos y les presentaron batalla: a unos los empujaron y los tiraron de cabeza, a otros los mataron, mientras venían contra
224 ellos. A muchos, que se bajaban de las escaleras, los hirieron con las espadas antes de que tuvieran tiempo de cubrirse con sus escudos. Asimismo, desde arriba inclinaron y volcaron al-
225 gunas escaleras llenas de soldados. Los judíos tuvieron también muchas pérdidas. Los romanos que habían subido con los estandartes lucharon para defenderlos, pues para ellos era
226 terrible y vergonzoso el que se los quitaran. Finalmente los judíos se apoderaron también de los estandartes y mataron a los que habían subido. Los demás, llenos de miedo por la des-
227 gracia que les había acaecido a los muertos, se retiraron. Entre los romanos no hubo nadie que no muriera sin haber realizado alguna proeza y entre los rebeldes se distinguieron por su valor los que ya lo habían hecho en los combates anteriores, y también Eleazar, sobrino del tirano Simón.

Tito ordena prender fuego a las puertas

228 Tito, al ver que su respeto por un Templo extranjero producía daños y muerte para sus soldados, ordenó prender fue-
229 go a las puertas. Entonces acudieron ante él los desertores Anano[98], el de Emaús, el más criminal de los guardias de Simón, y Arquelao, el hijo de Maga-

[97] Esta misma táctica la han empleado las legiones en el asalto a la torre Antonia; cf. VI 27.

[98] El más cruel de los esbirros de Simón, según reza en V 531.

dato[99], con la esperanza de obtener su perdón, puesto que habían hecho defección cuando los judíos aún eran vencedores. Tito acusó a estos hombres de urdir una estratagema 230
y, enterado de todas las demás crueldades que habían cometido contra sus compatriotas, se dispuso a ejecutar a los dos. Dijo que ellos se entregaban forzados por la necesidad, no por elección propia, y que no merecían salvarse los que abandonaban su patria, cuando ésta ya estaba en llamas por su culpa. Sin embargo, la promesa que les había hecho pre- 231
valeció sobre su indignación y dejó libre a estos individuos, aunque no tuvo con ellos las mismas consideraciones que con los demás. Los soldados habían acercado el fuego ya 232
hasta las puertas[100]. La plata[101], al derretirse, rápidamente llevó la llama hasta la madera, desde donde se extendió en masa y alcanzó a los pórticos. Cuando los judíos se vieron 233
rodeados por el fuego, sus ánimos junto con sus cuerpos se vinieron abajo. Se quedaron tan abatidos que ninguno se dispuso a defenderse ni a apagarlo, sino que lo contemplaron pasmados. No obstante, desmoralizados por lo que se 234
destruía no se preocuparon por lo que aún les quedaba, sino que, como si el Templo fuera ya pasto de las llamas, agudizaron su furor contra los romanos. Aquel día y la noche si- 235
guiente el fuego se hizo dueño de la situación, pues los romanos no pudieron incendiar todos los pórticos a la vez, sino por partes.

[99] Seguramente sea el mismo personaje citado en V 531 como Bagadato, si bien allí es el padre de Anano y aquí de Arquelao.

[100] Las que separaban el atrio exterior del interior; cf. V 198, 201 ss.

[101] Nueve de las diez puertas estaban recubiertas de plata y oro; cf. V 201-205.

Consejo de guerra romano

236 Al día siguiente[102] Tito ordenó a un destacamento del ejército apagar el fuego y dejar el camino expedito en las puertas para que sus legiones pudieran subir con más facilidad. Él mismo, mientras, con-
237 vocó a sus oficiales. Se reunieron seis de los que ocupaban los puestos más elevados, Tiberio Alejandro[103], prefecto de todos los campamentos[104], Sexto Cereal, comandante de la quinta legión, Larcio Lépido, comandante de la décima, y
238 Tito Frigio, comandante de la decimoquinta legión. Además estaban Frontón Heterio[105], prefecto de las dos legiones de Alejandría[106], y Marco Antonio Juliano[107], procurador de Judea; detrás de ellos vinieron también a la reunión los procuradores y tribunos. Entonces Tito les pidió su opinión so-
239 bre la situación del Templo. Unos opinaban que había que

[102] El 9 de Loos, es decir, el 28 de agosto.

[103] Sobre este importante personaje judío, que obtuvo la ciudadanía romana, véase la nota a V 45.

[104] El *Praefectus castrorum* era un mando especial encargado del campamento cuando el ejército se establecía en un lugar fijo (cf. Vegecio II 10). Sin embargo, este prefecto podía reemplazar al legado de la legión, en caso de ausencia, y, en Egipto, como ocurre aquí con Tiberio Alejandro, detentaba el poder supremo del ejército de la provincia, debido a que en Egipto estaban excluidos los personajes de orden senatorial y las legiones no tenían otro jefe que un prefecto.

[105] Otros manuscritos dan la lectura Haterio y Heternio; cf. la edición de Niese.

[106] No se trata propiamente de dos legiones, sino de los dos destacamentos que Tito sacó de Alejandría cuando se hizo cargo de la guerra judía; cf. V 44.

[107] Probablemente se trata de Antonio Juliano, autor que escribió una obra sobre la guerra de Vespasiano contra los judíos (cf. Minucio Félix, *Octavio* XXXIII 4) y que ha sido considerado como una de las fuentes perdidas de Josefo y de Plinio; cf. W. Weber, *Josephus und Vespasian: Untersuchungen zu dem jüdischen Krieg des Flavius Josephus*, Berlín, 1921, pág. 89.

hacer uso de la ley de la guerra, ya que los judíos no dejarían de sublevarse mientras se mantuviera el Templo, lugar donde venían a reunirse desde todos los lugares[108]. Otros 240
aconsejaban conservar el santuario, si los judíos lo abandonaban y nadie resistía en él con sus armas, mientras que, si subían allí a combatir, habría entonces que prenderle fuego. Pues, efectivamente, en este caso ya no sería un Templo, sino una fortaleza, y la impiedad no sería de los romanos, sino de los judíos por obligarles a realizar esta acción. Pero Tito 241
dijo que, aunque los judíos subieran al Templo para combatir, él no tomaría venganza de esta gente en objetos inanimados ni prendería fuego a una obra tan maravillosa, dado que ello iría en perjuicio de los romanos y de la misma forma el Templo, si permanecía en pie, sería ornamento de su Imperio[109]. Frontón, Alejandro y Cereal se animaron con 242
estas palabras y apoyaron su decisión. Tito disolvió enton- 243
ces la reunión, ordenó a los oficiales que dejaran descansar al resto de sus tropas, para que en la batalla tuvieran más fuerza, mientras que encomendó a los soldados escogidos de las cohortes abrir un camino a través de los escombros y apagar el fuego.

---

[108] Como hemos comentado en nota a IV 136, Jerusalén, donde se ubica el Templo, es la «ciudad de todos los judíos, los de Palestina y los de la Diáspora», el lugar del culto nacional y la metrópoli de la patria común.

[109] Josefo quiere dejar a Tito libre de toda responsabilidad en la destrucción del Templo, aunque para ello tenga que manipular el relato de los acontecimientos. El historiador cristiano del siglo IV Sulpicio Severo, *Crónica* II 30, 6-7, y Orosio, *Historias* VII 9, 5-6, atribuyen la destrucción del Templo a una decisión personal de Tito para así librarse a la vez de los judíos y de los cristianos. Una discusión sobre esta cuestión, con bibliografía al respecto, puede leerse en Schürer, *Historia...*, I, pág. 647, y en I. Weiler, «Titus und Zerstörung des Tempels von Jerusalem. Absicht oder Zufoll?», *Klio* 50 (1968), pág. 139 ss.

Los judíos fracasan en su asalto

244 Durante aquel día la fatiga y el abatimiento pusieron freno a los ímpetus judíos. En la jornada siguiente[110], tras reunir sus fuerzas y cobrar nuevos ánimos, en torno a la segunda hora[111] atacaron por la puerta
245 este a los guardias que estaban en el Templo exterior[112]. Los romanos resistieron con fuerza el ataque, se cubrieron con sus escudos por delante, como un muro, y cerraron sus filas, aunque era evidente que no podrían resistir por mucho tiempo, ya que los asaltantes les superaban en número y en
246 furor. César quiso evitar la derrota en esta batalla, pues la observaba desde la Antonia, y acudió en su defensa con ji-
247 netes escogidos. Los judíos no resistieron su embestida, sino que la mayoría de ellos, ante la caída de las primeras líneas,
248 retrocedieron. Pero, cuando los romanos se daban la vuelta en retirada, los judíos se volvían y les atacaban, y de nuevo estos últimos huían cuando aquéllos otra vez les hostigaban. Hasta que alrededor de la quinta hora del día[113] los hebreos, vencidos, fueron encerrados en el Templo interior.

El incendio del Templo. Tito intenta apagarlo

249 Tito se retiró a la Antonia con la decisión de atacar con todo su ejército al día siguiente, al amanecer, y asaltar el santua-
250 rio por todos los lados. Hace tiempo que Dios lo había condenado al fuego y había llegado, en la sucesión de los siglos, el día fijado por el Destino[114], el diez del mes de Loos, fecha en la que también

---

[110] El día 10 de Loos, el 29 de agosto.

[111] Las ocho de la mañana.

[112] En los terraplenes que allí habían levantado las legiones romanas; cf. VI 150-151.

[113] Las once de la mañana.

[114] Cf. nota a VI 108.

en otro tiempo había sido quemado por obra del rey babilonio[115]. Las llamas tuvieron su origen y su causa en los pro- 251
pios judíos[116]. Cuando Tito se replegó, los rebeldes descansaron un poco y atacaron de nuevo a los romanos. Se produjo un enfrentamiento entre los centinelas del Lugar Santo y los que estaban apagando el fuego del Templo interior, que repelieron a los judíos y los persiguieron hasta el
santuario. Entonces uno de los soldados, sin esperar ninguna 252
orden y sin miedo por la envergadura de la hazaña, impulsado por un cierto ímpetu divino, cogió un tizón encendido y, levantado en alto por uno de sus compañeros, lo arrojó por una ventana dorada, que por el lado norte permitía entrar a las estancias que había alrededor del Templo[117].
Cuando el fuego prendió, se alzó entre los judíos un grito 253
acorde al desastre y corrieron en masa a apagarlo, sin preocuparse ya por su vida y sin escatimar fuerzas, dado que se estaba desmoronando el lugar que ellos antes habían custodiado.

---

[115] *Jeremías* 52, 12, sitúa la destrucción del Templo por Nabucodonosor en el 586 a. C., en el día 10 del mes quinto, Ab en el calendario hebro, es decir, Loos en el macedónico seguido por Josefo. *II Reyes* 25, 8 fija la fecha del día 7 del mencionado mes. La tradición rabínica, por su parte, recuerda estas dos destrucciones del Templo, la del 586 a. C. y la del 70 d. C., como acontecimientos ocurridos el día 9 del mes de Ab. Dión Casio, LXVI 7, 2 únicamente señala que la destrucción de Jerusalén tuvo lugar el «dia de Crono», es decir, el sábado.

[116] La causa real y próxima no es obra de los judíos, sino de los romanos, ya que seguidamente se dirá que uno de los legionarios arrojó al interior del Templo un tizón ardiendo. Sin embargo nuestro autor ha querido exculpar a los romanos de toda su responsabilidad en esta catástrofe y a lo largo de su obra son varias las expresiones de este tipo que se esparcen con el mismo objetivo; cf. nota a VI 165 y el apartado 5 de la Introducción.

[117] Son las estancias del atrio interior señaladas en V 220.

254 Un cierto individuo fue corriendo a dar esta noticia a Tito. Éste, que se encontraba en la tienda descansando de la lucha, dio un salto y, según estaba, se apresuró a ir al san-
255 tuario para detener el fuego. Detrás le seguían todos los generales, acompañados por sus legiones en estado de excitación. Se produjo griterío y barullo al ponerse en movimiento,
256 sin ningún orden, un ejército tan grande. César indicaba con su voz y con su mano derecha a los combatientes que apagaran el fuego, pero ellos, con sus oídos aturdidos por un ruido aún mayor, no oyeron sus palabras ni prestaron atención a las señales de su mano, pues unos estaban distraídos
257 por la lucha y otros por su propia cólera. Ni los consejos ni las amenazas frenaron el ímpetu de las legiones que se dirigían hacia allí, sino que el furor era el que capitaneaba a todos. Muchos murieron, pisoteados entre sí, al apelotonarse en las entradas; otros muchos cayeron entre las ruinas de los pórticos, que aún estaban calientes y desprendían humo, y
258 así sufrieron la misma suerte que los vencidos. Cuando los soldados estuvieron cerca del Templo, hacían como si ni siquiera oyeran las órdenes de César y animaban a los que
259 iban delante a arrojar el fuego al interior. Por su parte, los sediciosos ya no podían prestar ninguna ayuda, ya que la muerte y la defección se habían extendido por todos los lugares. Gente débil y sin armas, en su mayor parte del pueblo, fue degollada allí donde se la encontraba. Una gran cantidad de cadáveres se amontonaba en torno al altar, por los banzos del Templo corría mucha sangre y los cuerpos de los muertos caían rodando desde arriba.

260 César, como fue incapaz de contener el empuje de sus soldados, que estaban llenos de entusiasmo, y el fuego se iba extendiendo, se dirigió con sus oficiales al interior, donde contempló el *Sancta Sanctorum* del Templo y los objetos que en él había, que superaban en mucho la fama que sobre

ellos existía entre los extranjeros y no eran inferiores al orgullo y a la opinión que de ellos tenían los propios judíos[118].
Dado que las llamas no habían alcanzado aún al interior, si- 261
no que asolaban las estancias[119] que rodeaban el santuario, Tito pensó, lo que realmente era verdad, que aún podía sal-
varse esta obra y salió fuera. Él mismo intentó convencer a 262
los soldados para que apagaran el fuego y ordenó a Liberalio, centurión de sus lanceros, obligar a golpes a los que des-
obedecieran. Sin embargo, su furor, su odio contra los ju- 263
díos y un fierísimo ímpetu guerrero estuvieron por encima del respeto a César y del miedo a la persona que les castiga-
ba. A muchos de los legionarios les movía la esperanza de 264
obtener un botín, pues, al ver que los exteriores estaban hechos de oro[120], tenían la idea de que el interior estaría lleno
de riquezas. Uno de los que había accedido al interior, cuan- 265
do César salió fuera para contener a los soldados, se apresuró a echar en la oscuridad[121] una tea ardiendo a los goznes
de la puerta. Entonces la llama brilló inmediatamente en el 266
interior. Los generales se retiraron junto con Tito y nadié impidió a los soldados de fuera continuar con el fuego. De esta forma, contra la voluntad de César, el Templo fue incendiado.

Se podría lamentar uno intensamente de la destrucción de 267
la obra más admirable de todas las que se han visto y oído, por su estructura, por su grandeza, por la magnificencia de cada una de sus partes y por la fama de sus Lugares Santos, sin

[118] Tito es el único extranjero, después de Pompeyo (cf. I 152), que se ha atrevido a penetrar en lo más sagrado del Templo.

[119] Cf. VI 252.

[120] Realmente no es que el exterior estuviera hecho de oro, sino que, como se detalló en V 208 ss., la fachada estaba revestida de este material.

[121] El sentido de estas palabras es poco claro, máxime si se tienen en cuenta los problemas textuales de las mismas.

embargo se podría consolar aún más con la idea de que el Destino es inevitable tanto por los edificios y los lugares,
268 como por los seres vivos. Hay que admirarse en esta circunstancia de la exactitud de coincidencia temporal. Como he dicho[122], la destrucción se ha cumplido el mismo mes y día en que antes había sido incendiado el Templo por los
269 babilonios. Desde su primera construcción, que llevó a cabo el rey Salomón, hasta la ruina de hoy, en el segundo año del principado de Vespasiano, han pasado mil ciento treinta
270 años, siete meses y quince días. Y desde su reconstrucción posterior, hecha por Ageo[123] en el segundo año del reinado de Ciro, hasta la conquista de Vespasiano tenemos seiscientos treinta y nueve años y cuarenta y cinco días[124].

Las calamidades del incendio del Templo y sus alrededores

271 Mientras ardía el Templo, tuvo lugar por parte de los romanos el saqueo de todo lo que se encontraban y una incontable matanza de todo aquel con quien se topaban, pues no hubo compasión por la edad ni respeto por la dignidad, sino que fueron degollados, sin

---

[122] Cf. VI 250.

[123] Este profeta, junto con Zacarías, es uno de los que impulsó la reconstrucción del Templo de Jerusalén después del destierro de Babilonia; cf. *Esdras* 5, 1.

[124] El sistema cronológico seguido en este punto no coincide con el de otras tradiciones, como la recogida por el propio Josefo en VI 440-441 y *Antigüedades* X 147. En estos últimos pasajes se establecen mil ciento setenta y nueve años desde el Templo de Salomón hasta la catástrofe actual, algo diferente de los mil ciento treinta referidos ahora. Desde el «segundo año del reinado de Ciro», el 537 a. C., hasta la destrucción del 70 d. C. han pasado seiscientos siete años, no los seiscientos treinta y nueve fijados aquí. En cualquier caso, nuestro autor sigue varios sistemas de calendario, incluso mezclados, como ocurre en este psaje en el que se dan fechas de cronología judía ajustadas al cómputo romano.

distinción, niños, ancianos, laicos y sacerdotes. La guerra arrastraba a todo tipo de gente, tanto a los que suplicaban como a los que luchaban. Las llamas, que se extendían con 272 intensidad, producían un fragor que se unía con los gemidos de los que caían. Debido a la altura de la colina y a la magnitud de la construcción que ardía, uno podría pensar que era toda la ciudad la que era pasto del fuego. Nadie podría imaginar nada más grande ni más terrible que el clamor de entonces. Se trataba del grito de guerra de las legiones roma- 273 nas en su avance, de los lamentos de los rebeldes rodeados por el fuego y por las armas, de la huida del pueblo, que acorralado arriba se lanzaba lleno de espanto contra los enemigos[125], y de los alaridos ante sus propias desdichas. A 274 los gritos de los que se hallaban en la colina se les unía el de la población de una y otra parte de la ciudad. Muchos debilitados y enmudecidos por el hambre, cuando vieron el fuego del Templo, tuvieron de nuevo fuerza para gemir y lamentarse. La Perea y las montañas de los alrededores producían un eco que hacía aún más intenso el griterío[126]. Sin embar- 275 go, los sufrimientos eran más espantosos que el barullo. Se podría haber pensado que la colina del Templo hervía desde sus raíces, pues el fuego la cubría por todas partes, y que la sangre era aún más abundante que las llamas y los muertos más que sus ejecutores. Pues en ningún sitio se veía tierra 276 sin cadáveres, sino que los soldados pasaban por encima de montones de muertos en su persecución de los fugitivos. La 277 multitud de los bandidos rechazó a los romanos y a duras penas pudo abrirse paso hasta el Templo exterior y de allí a

[125] El pueblo, que, a juicio de Josefo, no tiene nada que ver con los rebeldes, es el que más está sufriendo los consecuencias del conflicto bélico; cf. el apartado 5 de la Introducción.

[126] Los términos de esta frase son exagerados, pues Perea, situada en la Transjordania, no podía producir eco en Jerusalén.

la ciudad, mientras que el resto del pueblo huyó al pórtico
278 exterior. Al principio algunos de los sacerdotes arrancaron y
tiraron contra las romanos los picas del Templo[127] y sus ba-
279 ses, que estaban hechas de plomo. Luego, como no consi-
guieron nada y el fuego venía sobre ellos, se retiraron al
280 muro, de ocho codos de ancho, y permanecieron allí. Dos de
los individuos más eminentes entre ellos, que tenían la posi-
bilidad de salvarse, si se entregaban a los romanos, o de es-
perar la misma suerte que los demás, se arrojaron a las lla-
mas y murieron quemados junto con el Templo, Meiro, hijo
de Belgas, y José, hijo de Daleo.

281 Los romanos, al ver que era inútil salvar los edificios del
entorno del Templo, cuando éste estaba ardiendo, los que-
maron todos, así como las ruinas de los pórticos y las puer-
tas, salvo dos, la del este y la del sur, que luego también
282 destruyeron. Prendieron fuego asimismo a las cámaras del
tesoro, en las que había una inmensa cantidad de riquezas,
numerosas vestimentas y otros objetos preciosos, por de-
cirlo en una palabra, todos los bienes de los judíos estaban
guardados allí, ya que a este lugar habían llevado los ricos
283 las fortunas de sus casas[128]. Los soldados llegaron al pórtico
que quedaba del Templo exterior. En el se habían refugiado
mujeres, niños y una masa de seis mil personas de todo tipo
284 de gente del pueblo. Antes de que César tomase alguna de-
cisión sobre ellos o diese alguna orden a sus oficiales al res-
pecto, los soldados, arrastrados por su furor, hicieron arder
el pórtico por debajo. De esta forma sucedió que perecieron
tanto los judíos que se arrojaron para librarse de las llamas,
como los que ardieron en ellas. No se salvó ninguno de

[127] Las picas que había sobre el tejado para impedir que se posaran los pájaros; cf. V 224.

[128] Sobre la ubicación de estas estancias y su contenido véase nota a V 200.

ellos. El culpable de su destrucción fue un falso profeta que 285
aquel día había proclamado públicamente a la gente de la ciudad que Dios les mandaba subir al Templo para recibir allí las señales de su salvación. En aquel momento muchos 286
profetas habían sido sobornados por parte de los tiranos para que instaran al pueblo a esperar la ayuda de Dios, pues así serían menos las deserciones y aumentarían las esperanzas de individuos que habían superado ya el miedo y las precauciones[129]. Porque, en efecto, un hombre enseguida se 287
deja convencer en las adversidades. Cuando un falso profeta le promete el final de sus desdichas, entonces el que las sufre se entrega todo él a la esperanza[130].

Presagios y oráculos sobre la catástrofe de Jerusalén

En aquel entonces engañaron al pue- 288
blo personajes embusteros y que falsamente decían hablar en nombre de Dios. No prestaron atención ni creyeron en las señales evidentes que anunciaban la futura destrucción[131], sino que no entendían las advertencias de Dios, como si hubiera caído un rayo sobre ellos y carecieran de ojos y de espíritu. Fue entonces cuando sobre la ciudad 289
apareció un astro, muy parecido a una espada, y un cometa que permaneció allí durante un año. Esto también había te- 290

[129] La esperanza en la venganza que tomará Dios contra las potencias hostiles al pueblo judío es un tópico de las profecías mesiánicas, tanto del *Antiguo Testamento* como de los apócrifos: así por ejemplo, en los *Oráculos Sibilinos* III 622; *Salmos de Salomón* XVII 27; *IV Esdras* 12, 32-33 y 13, 27-28; *I Henoc* 46, 4-6 y 52, 4-9.

[130] Acerca del destacado papel de pseudo-profeta en la obra de Josefo y en toda la literatura greco-judía del período intertestamentario, en el contexto histórico del auge de la esperanza mesiánica, es interesante el trabajo de J. Reiling, «The use of pseudoprophetes in the LXX, Philo and Josephus», *New Testament* 13 (1971), 147-156.

[131] Tácito, *Historias* V 13, enumera estos prodigios divinos.

nido lugar antes de la revuelta y de que se iniciaran las actividades bélicas, cuando, reunido el pueblo para la fiesta de los Ácimos, el día ocho del mes de Jántico[132], en la hora nona de la noche[133] brilló durante media hora una luz en el altar y en el Templo con tanta intensidad que parecía un día
291 claro. Para los no entendidos esto era una buena señal, mientras que los escribas sagrados[134] lo interpretaron de acuerdo con los acontecimientos inmediatamente posterio-
292 res. Por otra parte, en la misma fiesta, una vaca, que era lle-
293 vada al sacrificio, parió un cordero en medio del Templo. A la sexta hora de la noche[135] se abrió ella sola la puerta oriental del Templo exterior[136], que era de bronce y tan pesada que por la tarde a duras penas podían cerrarla veinte hombres[137] y que además estaba reforzada con cerrojos de hierro y con estacas clavadas profundamente en el suelo del

[132] La fiesta de los Ácimos o de la Pascua se celebraba entre el 14 y el 21 del mes de Jántico, en el calendario macedónico, o Nisán, en el hebreo (cf. V 98, 567 y *Antigüedades* III 248). Por tanto, esta fecha dada aquí por Josefo para esta festividad, el 8 del mes de Jántico, no parece corresponderse con el sistema de cronología seguido a lo largo de la obra. El acontecimiento no ha sido narrado en la historia precedente, si bien podría situarse en el 66 d. C., en los momentos previos a la revuelta. Sobre los problemas de utilización del calendario macedonio, del hebreo o del romano, indistintamente o de forma simultánea, para la ubicación de los acontecimientos narrados en esta obra, véase Schürer, *Historia...*, I, págs. 755-759.

[133] Sobre las tres de la mañana.

[134] Los escribas son personas versadas en el estudio de la Ley y en la interpretación de los textos sagrados, cuya influencia era inmensa en la vida judía como consejeros políticos, jueces o maestros.

[135] La doce de la noche.

[136] La puerta de Corinto, descrita en V 201-204.

[137] Entre los múltiples funcionarios del Templo había unos doscientos encargados de abrir y cerrar las puertas (cf. *Contra Apión* I 119), cuyo trabajo era revisado por un oficial. Las puertas se abrían a la salida del sol, ya que era a esa hora cuando se ofrecía el holocausto matutino, y se cerraban al anochecer.

umbral, que estaba hecho totalmente de un solo bloque de piedra. Los guardianes del Templo fueron corriendo a co- 294
municárselo a su comandante[138], que subió y apenas tuvo fuerzas para cerrarla. De nuevo a los ignorantes esta señal 295
les pareció muy favorable, pues para ellos era Dios el que les había abierto la puerta de los bienes. Sin embargo, los entendidos pensaron que la seguridad del Templo se había venido abajo por sí misma y que la puerta se abría como un regalo para los enemigos, y así entre ellos interpretaron la señal como un indicio evidente de destrucción. Después 296
de la fiesta, no muchos días más tarde, el veintiuno del mes de Artemisio[139], se vio una aparición sobrenatural mayor de lo que se podría creer. Creo que lo que voy a na- 297
rrar parecería una fábula, si no lo contaran los que lo han visto con sus ojos y no estuvieran en consonancia con estas señales las desgracias que acaecieron después. Antes 298
de la puesta de sol se vieron por los aires de todo el país carros y escuadrones de soldados armados que corrían por las nubes y rodeaban las ciudades. Además, en la fiesta 299
llamada de Pentecostés[140] los sacerdotes entraron por la noche en el Templo interior, como tienen por costumbre para celebrar el culto, y dijeron haber sentido en primer

---

[138] El comandante o capitán del Templo, el encargado de mantener el orden en el recinto sagrado y de asistir al sumo sacerdote; cf. II 409 y *Hechos de los Apóstoles* 4, 1 y 5, 26.

[139] Mes del calendario macedónico, que se conrresponde con el hebreo Iyyar y con mayo, según el cómputo juliano.

[140] Pentecostés es el nombre griego de la fiesta de las Semanas, que se festejaba el día 6 del mes de Siván, entre nuestros meses de mayo y junio, siete semanas después de Pascua. Es una celebración de origen agrario, que prescribe la peregrinación a Jerusalén para ofrecer las primicias en el Templo; cf. *Éxodo* 23, 16 y *Levítico* 23, 17.

lugar una sacudida y un ruido, y luego la voz de una muchedumbre que decía: «Marchémonos de aquí»[141].

El falso profeta Jesús, hijo de Ananías

300 Pero más terrible aún que esto fue lo siguiente: un tal Jesús, hijo de Ananías, un campesino de clase humilde, cuatro años antes de la guerra[142], cuando la ciudad se hallaba en una paz y prosperidad importante, vino a la fiesta, en la que todos acostumbran a levantar tiendas en honor de Dios[143], y de pronto se puso a
301 gritar en el Templo: «Voz de Oriente, voz de Occidente, voz de los cuatro vientos, voz que va contra Jerusalén y contra el Templo, voz contra los recién casados y contra las recién casadas, voz contra todo el pueblo»[144]. Iba por todas las ca-
302 lles vociferando estas palabras de día y de noche. Algunos ciudadanos notables se irritaron ante estos malos augurios, apresaron a Jesús y le dieron en castigo muchos golpes. Pero él, sin decir nada en su propio favor y sin hacer ninguna petición en privado a los que le atormentaban, seguía dando
303 los mismos gritos que antes. Las autoridades judías, al pen-

[141] La idea de de que Dios abandona su Lugar Sagrado ha sido mencionada ya en los discursos del propio Josefo (cf. V 412) y en el de Tito a los judíos (cf. VI 127). Por otra parte, es tradicional este abandono del pueblo por parte de sus dioses en los momentos previos a una catástrofe, como lo testimonian los textos de PLUTARCO, *Alejandro* 24, VIRGILIO, *Eneida* II 351, TITO LIVIO, V 15, etc.

[142] En el otoño del año 66.

[143] Es el *Jag Hassukôt*, la fiesta de los Tabernáculos o de las Cabañas, que se celebraba del 15 al 22 del mes de Tišrí, en septiembre u octubre. Es un festejo de origen agrícola, después de haber recogido el fruto a comienzos de otoño (cf. *Deuteronomio* 16, 12), en el que se acudía en peregrinación al Templo durante siete días para dar gracias por la cosecha (*Levítico* 23, 40-43).

[144] Esta exclamación se hace eco de la amenaza proferida por el profeta en *Jeremías* 7, 34.

sar que la actuación de este hombre tenía un origen sobrenatural, lo que realmente así era, lo condujeron ante el gobernador romano. Allí, despellejado a latizagos hasta los 304
huesos, no hizo ninguna súplica ni lloró, sino que a cada golpe respondía con la voz más luctuosa que podía: «¡Ay de ti Jerusalén!». Cuando Albino, que era el gobernador[145], le 305
preguntó quién era, de dónde venía y por qué gritaba aquellas palabras, el individuo no dio ningún tipo de respuesta, sino que no dejó de emitir su lamento sobre la ciudad, hasta que Albino juzgó que estaba loco y lo dejó libre. Antes de 306
llegar el momento de la guerra Jesús no se acercó a ninguno de los ciudadanos ni se le vio hablar con nadie, sino que cada día, como si practicara una oración, emitía su queja: «¡Ay de ti Jerusalén!». No maldecía a los que le golpeaban 307
diariamente ni bendecía a los que le daban de comer: a todos les daba en respuesta el funesto presagio. Gritaba en es- 308
pecial durante las fiestas. Después de repetir esto durante siete años y cinco meses, no perdió su voz ni se cansó. Finalmente, cuando la ciudad fue sitiada, vio el cumplimiento de su augurio y cesó en sus lamentos. Pues, cuando se ha- 309
llaba haciendo un recorrido por la muralla, gritó con una voz penetrante: «¡Ay de ti, de nuevo, ciudad, pueblo y Templo!». Y para acabar añadió: «¡Ay también de mí!», en el momento en que una piedra, lanzada por una balista[146], le golpeó y al punto lo mató. Así entregó su alma, mientras aún emitía aquellos presagios.

Si uno reflexiona sobre estos hechos, se dará cuenta de 310
que Dios se preocupa de los hombres y de que él anuncia a su raza de todas las formas posibles los medios de salva-

[145] Procurador romano de Judea entre los años 62 y 64, entre Festo y Gesio Floro; cf. II 272.

[146] Cf. nota a IV 19.

ción, y que, sin embargo, ellos perecen por su demencia y
311 por la elección personal de sus propias desgracias. Después de la destrucción de la torre Antonia, los judíos hicieron cuadrado el Templo[147], aunque en sus Escrituras constaba que la ciudad y el Templo serían conquistados cuando el
312 Templo tuviera forma cuadrada[148]. Pero lo que más les impulsó a hacer la guerra fue un oráculo ambiguo, contenido también en sus libros sagrados, según el cual en aquella
313 época un personaje de su país regiría el mundo[149]. Ellos creían que se trataba de alguien de su raza y muchos sabios se equivocaron en su interpretación, ya que el oráculo se refería al principado de Vespasiano, que había sido proclama-
314 do emperador en Judea[150]. Por otra parte, a los hombres no
315 les es posible evitar al Destino, ni aunque lo prevean. Algunos de los signos los interpretaron a su gusto y a otros no les hicieron caso, hasta que con la conquista de su patria y con su propia destrucción se dieron cuenta de su insensatez.

---

[147] La torre Antonia, erigida en el extremo noroeste del Templo, rompía uno de los ángulos del perímetro cuadrangular del recinto sagrado. El término griego utilizado aquí, *tetrágōnos,* simplemente significa «que tiene cuatro ángulos», un espacio que no tiene por qué ser exactamente cuadrado.

[148] No ha llegado hasta nosotros ninguna referencia profética de este tipo.

[149] Son las conocidas profecías bíblicas sobre la llegada del Mesías, que en este caso Flavio Josefo orienta y manipula en un sentido filorromano. TÁCITO, *Historias* V 13, y SUETONIO, *Vespasiano* IV, confirman la existencia de estas predicciones, que hay que situar en el contexto del mesianismo judío, que por medio de ambiguas profecías preconizaba el advenimiento de una nueva monarquía y de un nuevo reino. Con las profecías sobre la elección de Vespasiano nuestro historiador intenta poner fin al mesianismo apocalíptico mediante un personaje y un imperio reales, en lugar de esperar la llegada de una edad de oro que estaba llevando irremediablemente a la autodestrucción del pueblo judío.

[150] Cf. III 399-408.

Tito es aclamado emperador. Ejecución de los sacerdotes

Tras haber huido los sediciosos a la 316 ciudad y estar ardiendo el propio santuario y todos los edificios de alrededor, los romanos llevaron sus estandartes al Templo, los colocaron frente a la puerta oriental y allí mismo hicieron sacrificios en su honor[151] y proclamaron emperador a Tito con grandes vítores[152]. Todos 317 los soldados se apoderaron de tanto botín que en Siria el oro, al peso, se vendía a la mitad de su precio anterior[153]. En- 318 tre los sacerdotes que se mantenían en su puesto en lo alto de la muralla[154] un joven sediento confesó la sed que tenía y pidió a los guardias romanos que le dieran garantías de seguridad. Ellos se apiadaron de su edad y de su estado de ne- 319 cesidad, le dieron su palabra y él bajó a beber. Llenó de agua un recipiente que había traído consigo y se marchó a refugiarse arriba con los suyos. Ninguno de los centinelas 320 pudo cogerle, sino que maldijeron su falta de palabra. Pero aquel joven dijo que no había transgredido ningún acuerdo, puesto que él no había pactado quedarse con ellos, sino solamente bajar y coger agua. Como él había cumplido ambas

---

[151] Los estandartes de las legiones eran objeto de culto y reverencia por parte de los soldados y constituían, a juicio de TÁCITO, *Anales* II 17, las divinidades propias de las legiones. Según el comentario de la traducción de WILLIAMSON es ésta la única referencia literaria existente sobre este tipo de sacrificio.

[152] Tito es aclamado como *imperator*, que era el título concedido a un general vencedor. No obstante, existía el rumor de que Tito quería proclamarse emperador único e independiente del Oriente, al margen de Vespasiano, como anotan SUETONIO, *Tito* V, y DIÓN CASIO, LXVI 7, 2; cf. WEYNAND, «Flavius. Imperator T. Flavius Vespasianus Augustus», *Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft* VI 2, cols. 2707-2708.

[153] Este tipo de desvalorización del oro se ha señalado en V 550.

[154] En VI 279 se relató la subida de estos sacerdotes a la muralla.

321 condiciones, creía haber sido fiel a la palabra dada. Los romanos, que habían sido objeto del engaño, se admiraron de su astucia, sobre todo por la edad del joven. Al quinto día los sacerdotes, hambrientos, bajaron y, conducidos por
322 los guardias ante Tito, le pidieron conservar la vida. Sin embargo, el emperador les respondió que ya había pasado el momento del perdón para ellos, que habían desaparecido todas aquellas razones por las que él les podría haber salvado y que convenía que los sacerdotes fueran aniquilados junto con el Templo. Por ello ordenó castigar a aquellos hombres.

323 Los secuaces de los tiranos, como la guerra les dominaba por todas partes y, rodeados por el muro[155], no tenían ninguna posibilidad de huir, pidieron parlamentar
324 con Tito. Éste se colocó en la zona occidental del Templo exterior, porque prefería salvar la ciudad a causa de su natural espíritu humanitario[156] y porque sus amigos así se lo aconsejaban, ya que creían que los bandidos ha-
325 bían suavizado su actitud. Allí sobre el Xisto estaban las puertas y un puente[157] que unía la Ciudad Alta con el Templo. Este puente estaba en medio de los tiranos y de
326 César. A uno y otro lado la multitud se agolpaba en masa: los judíos de Simón y Juan se hallaban encendidos por la esperanza del perdón, mientras que los romanos estaban expectantes ante la respuesta de César a sus peticiones.

[155] El muro de circunvalación que había mandado levantar Tito; cf. V 502 ss.

[156] El tema de la compasión de Tito es uno de los más repetidos en la propaganda flaviana de esta obra; cf. el apartado 5 de la Introducción.

[157] Sobre el barranco del Tiropeón; cf. I 143 y II 344.

Discurso de Tito a los vencidos

Tito ordenó a sus soldados que contuvieran su indignación y que no dispararan, trajo junto a sí un intérprete y, como muestra de que él era el vencedor, tomó 327
la palabra en primer lugar[158]: «Judíos, ya 328
os habréis saciado de los males de vuestra patria, vosotros que no habéis tenido en cuenta nuestra fuerza ni vuestra debilidad, sino que con un ímpetu irreflexivo y demente habéis perdido vuestro pueblo, vuestra ciudad y vuestro Templo, y
en justicia os vais a perder a vosotros mismos. En primer 329
lugar, desde que Pompeyo os conquistó por la fuerza no habéis dejado de rebelaros y luego declarasteis abiertamente la
guerra contra los romanos. ¿Tal vez confiabais en la supe- 330
rioridad numérica de vuestros hombres? Sin embargo, una mínima parte del ejército romano ha sido suficiente para acabar con vosotros. ¿Quizá teníais fe en los aliados?[159]. ¿Qué nación ajena a nuestro Imperio preferiría a los judíos
antes que a los romanos? ¿Se trataba, entonces, de vuestra 331
fuerza corporal? Sabéis que los germanos son esclavos nuestros. ¿Tal vez la solidez de vuestras murallas? Pero, ¿qué obstáculo mayor puede haber que la muralla del océano? Los britanos, que estaban rodeados por él, se postran ante las
armas romanas. ¿Es posible que sea la fortaleza de vuestro 332
espíritu y la astucia de vuestros generales? Sin embargo, sabéis
que también fueron sometidos los cartagineses. Fue enton- 333
ces el carácter humanitario de los romanos lo que os incitó a ir contra los romanos, que desde el primer momento os de-

[158] En este discurso de Tito se repiten algunos de los temas e ideas contenidos en las palabras del rey Agripa a los judíos para evitar la guerra, al inicio del conflicto, en el año 66; cf. II 345-404.

[159] Los idumeos (cf. IV 224 ss.) y, sobre todo, los adiabenos del otro lado del Éufrates, que también son recordados en este sentido por el discurso del rey Agripa; cf. II 388.

jamos habitar esta tierra y hemos nombrado reyes de vuestra
334 raza[160]. Hemos respetado las leyes de vuestra patria, y os hemos permitido vivir como quisierais, no sólo en vuestro propio
335 país, sino también en el de los demás[161]. Y lo más importante de todo es que os permitimos cobrar tributos y recibir ofrendas para Dios[162]. A los que os traían tales presentes no les castigamos ni les pusimos impedimentos, para que así vosotros fuerais más ricos y os prepararais con nuestro dine-
336 ro para atacarnos. Luego, habéis disfrutado de tales bienes y habéis dirigido vuestra abundancia contra los que os la han procurado y, como serpientes salvajes, habéis lanzado el
337 veneno contra los que os trataban con bondad. Y bien, despreciasteis la indolencia de Nerón y, como ocurre con las roturas y los desgarros, permanecisteis quietos con el mal durante un tiempo y luego salisteis de esta grave enfermedad con una actitud aún peor y dirigisteis vuestros inmode-
338 rados deseos hacia desvergonzadas esperanzas[163]. Llegó mi padre a vuestra región, no para castigaros por lo que habíais
339 hecho contra Cestio[164], sino para daros una advertencia. Si hubiera venido para destruir a vuestro pueblo, necesariamente tendría que haberse dirigido a vuestras raíces y haber arrasado inmediatamente esta ciudad, sin embargo devastó

---

[160] Herodes el Grande, Agripa I y Agripa II.

[161] Referencia a los judíos de Palestina y a los de la Diáspora.

[162] Julio César había permitido la recaudación de un tributo entre los judíos de la Diáspora para contribuir al mantenimiento del Templo de Jerusalén. Todo judío adulto tenía que pagar el impuesto de medio siclo, dos dracmas, con ese fin; cf. *Éxodo* 30, 13; *Mateo* 17, 24 y *Antigüedades* XVIII 312. Esta contribución había planteado problemas entre los judíos de la Diáspora, que reclamaban este derecho, y las autoridades romanas, según recuerda Cicerón, *En defensa de Flaco* 67-68.

[163] Alude a la compleja situación del Imperio romano tras la muerte de Nerón en el año 69; cf. IV 497 ss.

[164] Cf. II 499 ss.

Galilea y las zonas de alrededor para así daros tiempo para el arrepentimiento[165]. No obstante, su benignidad os pareció 340 debilidad y con nuestra mansedumbre alimentasteis vuestra audacia. Cuando murió Nerón, actuasteis como suele obrar 341 la gente más malvada. Os llenasteis de valor con nuestras luchas internas y, mientras mi padre y yo nos retiramos a Egipto[166], aprovechasteis la ocasión para preparar la guerra. No os avergonzasteis de levantaros contra los que habían sido proclamados emperadores, cuyo carácter humanitario ya conocíais, cuando eran generales. Después de que el Im- 342 perio vino a parar a nuestras manos y de que todos los pueblos que estaban dentro de él alcanzaron la paz y las naciones extranjeras presentaron sus embajadas de felicitación, de nuevo los judíos se pusieron en guerra. Vosotros envias- 343 teis legados a los hebreos del otro lado del Éufrates[167] para que se sublevaran contra nosotros y habéis construido nuevas murallas. Las sediciones, las luchas internas entre los tiranos y la guerra civil es lo único que conviene a gente tan criminal como vosotros. Yo vine contra la ciudad con las 344 órdenes duras, que, muy a pesar suyo, me había dado mi padre. Me alegré, cuando oí que el pueblo deseaba la paz. Antes de empezar la guerra os exhorté a que depusierais las 345 armas, incluso después de luchar durante mucho tiempo os perdoné, ofrecí garantías de seguridad a los desertores y mantuve mi palabra con los que se refugiaron entre nosotros; me compadecí de muchos prisioneros, me opuse a los que querían torturarlos, en contra de mi voluntad llevé las máquinas contra vuestras murallas, refrené a los soldados siempre que se disponían a mataros y en cada victoria os in-

[165] La narración de la campaña de Vespasiano en Galilea ha sido narrada con detalle en el libro III.

[166] Cf. IV 605 ss.

[167] Los adiabenos, convertidos al judaísmo; cf. IV 567.

346 vité a hacer la paz, como si yo fuera el vencido. Cuando estuve cerca del Templo me olvidé de nuevo voluntariamente de las leyes de la guerra y os exhorté a que respetaseis vuestros Lugares Sagrados y que salvarais el Templo para vosotros mismos. Os di garantías para que salierais con seguridad[168], os prometí conservar la vida y, si queríais, os ofrecí la posibilidad de luchar en otro lugar. Pero vosotros habéis despreciado todo esto y habéis incendiado el santuario con vuestras
347 propias manos[169]. ¿Y ahora, miserables, me invitáis a hablar con vosotros? ¿Es para salvar algo similar a lo que ya habéis perdido? ¿Después de la destrucción del Templo, qué tipo de
348 salvación os merecéis? Y ahora aún estáis armados y ni en esta situación extrema actuáis como suplicantes. ¿En qué con-
349 fiáis, desgraciados? ¿No está muerto vuestro pueblo y ha perecido el Templo, no está la ciudad en mi poder y vuestras vidas en mis manos? ¿Tal vez creéis que el resistiros a morir
350 dará renombre a vuestra valentía? Yo no rivalizaré con vuestra locura. A los que arrojen sus armas y se entreguen les concederé seguir viviendo y, como un señor que es bueno en su casa, yo castigaré a las personas que no tienen remedio y a las demás las conservaré conmigo».

Tito decide destruir la ciudad

351 A estas palabras los judíos respondieron que no podían aceptar sus promesas, porque habían jurado no hacerlo nunca. Pidieron salir del recinto amurallado con sus mujeres e hijos para retirarse al desierto y dejarle a él la

[168] Cf. V 334, VI 95 y 128.

[169] El santuario propiamente fue incendiado por los romanos: uno de los legionarios arrojó un tizón ardiendo que hizo propagarse el fuego; cf. VI 251-252. Los judíos, por su parte, prendieron una parte del Templo, el pórtico norte y, como Josefo indica en VI 165, este hecho fue considerado el comienzo de la quema.

ciudad. Tito se irritó de que ellos, que estaban en situación de 352
vencidos, le pusieran condiciones, como si fueran los vencedores, y ordenó proclamar por medio de un heraldo que ya no desertaran y que no esperaran llegar a ningún acuerdo con él,
pues no perdonaría a nadie, sino que lucharan con todas sus 353
fuerzas y se salvaran como pudieran. A partir de ahora él actuaría en todo momento de acuerdo con las leyes de la guerra.
A sus soldados les dejó incendiar y saquear la ciudad. Aquel 354
día se refrenaron, pero al siguiente quemaron los archivos[170],
el Acra[171], el Consejo[172] y la zona llamada Ofla[173]. El fuego 355
se extendió hasta el palacio de Helena[174], que estaba edificado en medio del Acra, y también se consumieron las callejuelas y las casas, que estaban llenas de los cadáveres de los que habían muerto por causa del hambre.

La familia del rey Izate se entrega

Este mismo día los hijos y hermanos 356
del rey Izate[175], a los que se habían unido muchos notables del pueblo, pidieron a César llegar a un acuerdo de capitulación. Tito, aunque estaba enfadado con todos
los supervivientes, no se olvidó de su carácter bondadoso, 357
sino que acogió a estos hombres. Entonces los puso a todos bajo custodia y luego encadenó a los hijos y a los familiares del rey y los envió a Roma como rehenes en garantía de la fidelidad de su país.

---

170 Los archivos, situados en el Acra, habían sido incendiados también durante el comienzo de las hostilidades; cf. II 427.

171 Cf. V 137.

172 Sobre la sala de reunión del Sanedrín, situada al este del Xisto, véase nota a V 144.

173 Cf. V 137.

174 El palacio de esta reina de Adiabene, convertida al judaísmo, se ha mencionado en V 253.

175 Es el hijo de la reina Helena de Adiabene; cf. IV 567.

Los rebeldes asaltan el palacio real

358 Los sediciosos atacaron el palacio real[176], en el que muchos habían guardado sus bienes debido a la seguridad de este lugar. Expulsaron de él a los romanos, mataron a toda la gente del pueblo que allí se había reunido, ocho mil cuatrocientas personas, y se adue-
359 ñaron del dinero que había. Cogieron también como prisioneros a dos romanos, un soldado de caballería y otro de infantería: a este último lo degollaron enseguida y lo arrastraron alrededor de la ciudad, como si de esta forma se vengaran en
360 un sólo cuerpo de todos los romanos. En cambio, el jinete, que dijo que les podía hacer una propuesta útil para su salvación, fue conducido ante Simón. Pero como no tenía nada que decir, fue entregado a Ardala, uno de sus generales, para que lo
361 ejecutara. Ardala le ató las manos atrás, le vendó los ojos y le llevó delante de los romanos para cortarle la cabeza. Sin embargo, aquél se adelantó a su verdugo y huyó al bando ro-
362 mano, mientras el judío sacaba su espada. Tito no se atrevió a quitar la vida a un individuo que había huido de los enemigos. No obstante, juzgó que era un soldado indigno de los romanos, porque había sido capturado vivo, le quitó las armas y le expulsó de la legión, lo que precisamente era un castigo más duro que la muerte para una persona de honor.

Incendio de la Ciudad Baja

363 Al día siguiente los romanos echaron a los bandidos de la Ciudad Baja e incendiaron toda la zona hasta Siloé[177]. Se alegraron de que la ciudad ardiera, pero se equivocaron en cuanto al botín, puesto que los rebeldes habían cogido todo y habían huido a la

---

[176] El palacio del rey Herodes el Grande, ubicado en la Ciudad Alta; cf. V 176 ss.

[177] Fuente de Siloé; cf. V 140.

Ciudad Alta. Estos últimos no tenían ningún arrepenti- 364
miento de sus maldades, sino que se gloriaban de ellas como si fueran buenas acciones. Cuando vieron que la ciudad se consumía por el fuego dijeron con caras alegres que aceptaban la muerte llenos de felicidad[178], pues no dejaban nada para los enemigos, ahora que el pueblo ya había perecido, el
Templo ya estaba quemado y la ciudad ardía. Ni en aquellos 365
momentos críticos Josefo se cansaba de suplicarles por lo que aún quedaba de la ciudad, sino que, a pesar de que les expuso numerosas razones en contra de su crueldad y de su impiedad y de que les dio muchos consejos para conservar
su vida, no consiguió más que burlas. Habida cuenta de que 366
los sediciosos no soportaban entregarse, por el juramento que habían hecho, ni podían luchar en igualdad de condiciones contra los romanos, pues estaban acorralados como en una prisión, entonces sus sanguinarias costumbres movían aún sus manos. Se dispersaron delante de la ciudad, entre sus ruinas, y tendieron emboscadas contra los que se
disponían a desertar. Capturaron a muchos, a todos los ma- 367
taron, pues debido al hambre no tenían fuerzas para escapar,
y arrojaron sus cuerpos a los perros. Cualquier clase de 368
muerte parecía mejor que el hambre, de modo que, aunque ya no esperaban obtener el perdón de los romanos, huían también hacia ellos y voluntariamente se entregaban a los
sanguinarios sediciosos. No había en la ciudad ningún sitio 369
sin cadáveres, sino que por todos los lugares había víctimas del hambre o de la sedición[179].

---

178 Esta actitud ante la muerte se ha visto ya en otras ocasiones en esta obra; cf. nota a V 355.

179 La edición de Niese añade entre corchetes la frase «Estaba lleno de muertos por la sedición o por el hambre», que repite la idea anterior.

Los judíos se refugian en las galerías subterráneas

370 La última esperanza que animaba a los tiranos y a la banda de ladrones que estaba con ellos era la de las galerías subterráneas[180]. Se habían refugiado en ellas con la esperanza de no ser encontrados y, después de la toma completa de la ciudad, cuando los roma-
371 nos se hubieran retirado, salir e intentar escaparse. Esto no era para ellos más que un sueño, pues no iban a pasar desa-
372 percibidos ni a Dios ni a los romanos. Los judíos, confiados entonces en estas galerías, hicieron más fuego que los romanos y mataron sin compasión y despojaron a los que huían del fuego a refugiarse en estos subterráneos. Si les encontraban algo de comer, se lo quitaban y, llenos de sangre,
373 se lo comían. Ahora luchaban entre sí por las rapiñas, y por su exagerada crueldad me parece que, si no se les hubiera adelantado la toma de la ciudad, habrían llegado a comerse incluso los cadáveres[181].

Los romanos se disponen a asaltar la Ciudad Alta

374 Como no era posible apoderarse de la Ciudad Alta sin la ayuda de los terraplenes, ya que estaba rodeada de precipicios, distribuyó a su ejército en las tareas el día
375 veinte del mes de Loos[182]. Era difícil traer madera, dado que, como he dicho[183], los alrededores de la ciudad, en una extensión de cien estadios, habían sido ta-
376 lados para construir los primeros terraplenes. Los trabajos de las cuatro legiones se levantaron en la parte oeste de la

[180] La importancia de estas galerías subterráneas en el desarrollo bélico de la toma de Jerusalén ha sido señalada en la nota a IV 9 y V 104.

[181] La misma frase se inserta en IV 541.

[182] El 8 de septiembre del 70.

[183] Cf. VI 151.

ciudad, frente al palacio real[184]. La tropa auxiliar y el resto 377
de los hombres lo hicieron en la zona del Xisto, del puente[185] y de la torre de Simón, que éste había construido para que fuera su fortaleza cuando luchaba contra Juan[186].

Los idumeos intentan rendirse

Por aquellos días los jefes idumeos[187] 378
se reunieron en secreto y deliberaron sobre su rendición. Enviaron cinco hombres ante Tito y le pidieron llegar a un acuerdo
de capitulación. Éste, que esperaba que 379
los tiranos[188] también se entregaran, tras la defección de los idumeos, que representaban una parte importante de la guerra, decidió con pesar perdonarles la vida y dejó marchar a
los emisarios. Simón se enteró de que los idumeos se dispo- 380
nían a irse e inmediatamente ejecutó a los cinco que habían acudido ante Tito. Detuvo y encerró a los jefes, entre los
que destacaba Jacobo, el hijo de Sosa. Mantuvo bajo vigi- 381
lancia a la multitud idumea, que tras la pérdida de sus generales estaba desorientada, y colocó en la muralla vigilantes
que estuvieran más atentos. Los centinelas no tenían la sufi- 382
ciente fuerza para hacer frente a los desertores, sino que, aunque eran muchos los que morían en el intento, más nu-
merosos eran los que escapaban. Los romanos acogieron a 383
todos: Tito porque, a causa de su clemencia, no tuvo en cuenta sus órdenes anteriores[189], y los soldados porque estaban cansados de matar y por la esperanza de obtener alguna

---

[184] El palacio del rey Herodes.

[185] El puente sobre el barranco del Tiropeon; cf. II 344.

[186] Es aquella torre, mencionada en IV 581 y VI 191, que Juan levantó en su lucha contra Simón, no a la inversa como se indica aquí.

[187] Estos cabecillas han sido enumerados en IV 353.

[188] Juan de Giscala y Simón.

[189] Cf. VI 352.

384 ganancia. Se quedaban solamente con los ciudadanos[190] y al resto de la gente la vendían con sus mujeres e hijos, cada uno de ellos a un precio muy bajo, pues eran muchos los
385 que estaban en venta y pocos los compradores. Aunque Tito había anunciado por medio de un heraldo que nadie desertara solo, para que también se trajeran a sus familias, sin embargo aceptó igualmente a estos últimos. No obstante, designó oficiales para que decidieran quiénes de ellos merecían ser
386 castigados. El número de las personas vendidas fue tremendo; se salvaron más de cuarenta mil ciudadanos, a los que César dejó ir a donde cada uno quisiera.

Los tesoros del Templo son entregados a los romanos

387 En estos mismos días uno de los soldados de caballería, de nombre Jesús, hijo de Zebedeo, recibió de César garantías, bajo juramento, de que conservaría su vida a condición de que le diera alguno de los
388 tesoros sagrados[191]. Este individuo salió y desde el muro del Templo entregó dos candelabros iguales a los que había en el santuario[192], mesas, crateras y vasos, todos ellos comple-
389 tamente de oro macizo. También le ofreció los velos[193], las

---

[190] No se trata de ciudadanos romanos, sino de ciudadanos de Jerusalén, mientras que el «resto» lo constituyen todos aquellos judíos que se habían congregado en la ciudad con motivo de la guerra. En las provincias del Imperio los ciudadanos eran un ínfima minoría, formada por inmigrantes itálicos o bien por notables locales, como los casos de los judíos Tiberio Alejandro, Pablo de Tarso o el propio Flavio Josefo; cf. nota a II 308.

[191] Los objetos de culto o las ofrendas en metálico o en piezas valiosas que se conservaban en las correspondientes estancias del Templo; cf. nota a V 200.

[192] Cf. V 216-217.

[193] Cf. V 212.

vestimentas de los sumos sacerdotes[194] con sus gemas y muchos otros de los objetos que se utilizaban en el culto. Fue también hecho prisionero el tesorero del Templo[195], 390
llamado Fineas, que sacó las túnicas y los cinturones de los sacerdotes, una gran cantidad de púrpura y de escarlata, que estaba reservada para las necesidades del velo del Templo, y también mucho cinamomo, casia y una gran cantidad de otros aromas[196], que todos los días los sacerdotes mezclaban en los sacrificios dirigidos a Dios. Asimismo él hizo entrega 391
de muchos otros objetos preciosos y no pocos ornamentos sagrados. Este hecho a Fineas, que había sido capturado, le propició la obtención del perdón concedido a los desertores.

La Ciudad Alta cae en manos romanas

Una vez terminados los terraplenes en 392
dieciocho días, el siete del mes de Gorpieo[197] los romanos acercaron allí las máquinas. Algunos de los sediciosos, que ya daban por perdida la ciudad, abandonaron la muralla y se retiraron al Acra, mientras que otros bajaron a refugiarse a las galerías subterráneas[198]. Muchos se colo- 393

[194] Cf. V 231-236.

[195] El *gazofýlax*, el tesorero del Templo, era uno de los más importantes funcionarios de la administración de este lugar sagrado; cf. *Antigüedades* XX 194.

[196] La esencia del cinamomo, procedente del sudeste de la península de Arabia y del Ceilán, y de la casia, originaria del Extremo Oriente y de la costa africana, entraba en la composición del aceite de la unción sagrada de los sacerdotes, así como en el acompañamiento, junto con el incienso, de las oblaciones y sacrificios; cf. *Éxodo* 30, 22-33 y *Eclesiástico* 24, 15.

[197] El 25 de septiembre del 70; cf. edición de Niese. Gorpieo es el mes del calendario macedónico, que se corresponde con el hebreo Elul y con nuestro septiembre.

[198] Cf. VI 370.

caron a lo largo de la muralla y se defendieron de los soldados que traían las helépolis[199]. También a estos últimos vencieron los romanos en cantidad y en fuerza y, sobre todo, porque ellos estaban muy animados frente a los judíos,
394 que se hallaban abatidos y debilitados. Cuando fue derribada una parte del muro y cedieron algunas de la torres, golpeadas por los arietes, al punto se produjo la huida de los defensores y sobrevino sobre los tiranos un miedo superior a lo que la
395 necesidad del momento requería. Antes de que los enemigos escalaran por la brecha, aquéllos estaban aturdidos y decididos a escapar. A individuos, que antes eran impetuosos y que se enorgullecían de sus sacrilegios, se les podía ver ahora humildes y temblorosos, de forma que este cambio daba lástima,
396 a pesar de que se trataba de gente muy malvada. Se dispusieron a correr hacia el muro que les sitiaba para así echar de allí
397 a los guardias y abrirse un paso de salida[200]. Sin embargo, vieron que no estaban en ningún sitio los que antes les eran fieles, ya que habían huido en la dirección que la necesidad del momento les había dictado, además algunos acudieron a ellos a comunicarles que toda la muralla occidental había caído, otros a anunciarles que los romanos habían entrado y es-
398 taban ya cerca buscándolos, y otros, con la vista nublada por el miedo, decían que desde las torres divisaban a los enemigos. Ante estas noticias cayeron de bruces al suelo, lamentaron su locura y, como si se hubieran cortado sus nervios, no
399 fueron capaces de huir. En este punto es donde uno especialmente puede reconocer el poder de Dios sobre los impíos y la Fortuna de los romanos[201]. Los tiranos renunciaron a su se-

[199] Cf. V 275.

[200] En varias ocasiones anteriores habían intentado ya transpasar el muro de circunvalación; cf. VI 157, 323 y 402.

[201] La importancia capital de la Fortuna o Destino en esta obra ha sido comentada en el apartado 5 de la Introducción.

guridad y descendieron voluntariamente de las torres, en las que nunca habrían podido ser dominados por la fuerza, sino sólo por el hambre. Por su parte, los romanos, que tanto ha- 400
bían padecido en las murallas que eran más endebles, conquistaron con la ayuda de la Fortuna aquellas otras que no podrían haberlas tomado con las máquinas, pues las tres torres, de las que hemos hablado más arriba[202], resistían a cualquier artefacto de guerra.

Tras abandonar los judíos estos lugares o, más bien, tras 401
ser expulsados de allí por Dios, inmediatamente se refugiaron en el barranco[203] que está al pie de la fuente de Siloé. Con posterioridad, cuando se recuperaron un poco del miedo, arremetieron contra el muro que les sitiaba por aquel lugar. Con una audacia inferior a lo que apremiaba la necesi- 402
dad del momento, pues sus fuerzas estaban debilitadas por el miedo y por las desgracias, fueron rechazados por los centinelas, se dispersaron por un lado y por otro y bajaron a las galerías subterráneas[204].

Victoria total de Tito sobre la ciudad

Los romanos se apoderaron de las 403
murallas, colocaron sus enseñas sobre las torres y entonaron un canto en honor de la victoria con aplausos y gritos de júbilo, pues se daban cuenta de que el final de la guerra era mucho más llevadero que su principio. No se creían que hubieran subido la última muralla sin derramar sangre y, al no ver a ningún enemigo, se quedaron atónitos. Se metieron por las callejuelas con sus espadas en las ma- 404
nos, mataron sin hacer distinción a todos los que se encon-

[202] Las tres torres del palacio de Herodes, Hípico, Fasael y Mariamme; cf. V 161-162.

[203] La zona sur del valle o barranco del Cedrón.

[204] Cf. VI 370.

traron e incendiaron las casas con la gente que se había re-
405 fugiado en ellas. En muchos de sus saqueos, cuando pasaban dentro para hacer sus rapiñas, se encontraban con familias enteras de cadáveres y con sus habitaciones repletas de víctimas del hambre[205]. Entonces, llenos de horror ante la
406 visión de este espectáculo, salían con las manos vacías. A pesar de que se compadecían de los que morían de esta forma, sin embargo no tuvieron los mismos sentimientos con los vivos, sino que degollaron a todo el que se toparon, con sus cadáveres taponaron las estrechas calles e inundaron de sangre toda la ciudad, de modo que muchos incendios fue-
407 ron también apagados por esta carnicería. Los romanos dejaron esta actividad sanguinaria al atardecer. Por la noche el fuego se intensificó y el día ocho del mes de Gorpieo[206] Je-
408 rusalén se levantó en llamas. Esta ciudad habría sido totalmente envidiable, si hubiera disfrutado desde su fundación de tantos bienes como desgracias padeció durante su asedio. Sin embargo, ella mereció tan grandes infortunios no por otro motivo sino por haber engendrado la generación que le ha ocasionado su propia ruina.

Tito entra en Jerusalén

409 Tito entró en la ciudad y se asombró, entre otros aspectos, de la solidez de sus fortificaciones y de las torres, que los tiranos en su estado de locura habían aban-
410 donado. Cuando se percató de la elevación del conjunto arquitectónico de las torres, de la magnitud de cada uno de los bloques de piedra, de la exactitud de
411 su ensamblaje, de su anchura y de su altura, dijo: «Hemos luchado con la ayuda de Dios y es Dios el que ha expulsado

205 Cf. VI 355.

206 El 26 de septiembre del año 70.

a los judíos de estas fortalezas, pues ¿qué poder tienen las manos de los hombres o las máquinas contra estas torres?»[207]. Hizo muchos comentarios de este tipo a sus ami- 412
gos y liberó a los prisioneros de los tiranos, que se encontraron en las fortalezas. Luego, tras hacer desaparecer lo que 413
quedaba de la ciudad y demoler las murallas, dejó las torres[208] en recuerdo de su Fortuna[209], con cuya colaboración en la lucha se había apoderado de lo que era imposible de conquistar.

Muertos y prisioneros judíos

Después de que los soldados se har- 414
taron de matar, aún seguían apareciendo numerosos sobrevivientes. César ordenó ejecutar sólo a los que estaban armados y a los que ofrecían resistencia y apresar vivo al resto. Pero ellos acabaron también con la vida de 415
los ancianos y de los débiles, además de la de aquellos que les había encomendado Tito. A los que estaban en la flor de la edad y eran útiles los llevaron al Templo y los encerraron en el patio de las mujeres[210]. César puso como 416
guardián a uno de sus libertos y a Frontón, un amigo suyo, le encargó decidir la suerte que cada uno merecía. Este 417
personaje ejecutó a todos los sediciosos y bandidos, que se acusaban unos a otros, escogió a los jóvenes más altos y bellos y los reservó para la procesión triunfal[211]. Del resto 418

[207] Cf. nota a VI 38.

[208] En la actualidad sólo queda la base de la torre Fasael, llamada ahora torre de David.

[209] En V 88 y VI 57 se ha presentado ya a Tito como un personaje favorecido de especial forma por la Fortuna.

[210] El atrio de las mujeres; cf. V 198.

[211] La celebración del triunfo de esta guerra en Roma se describirá minuciosamente en VII 121-162.

de la gente, a los que tenían más de diecisiete años los encadenó y envió a trabajar a Egipto[212]. Muchísimos fueron donados por Tito a las provincias para que la espada o las fieras acabaran con ellos en los teatros[213]. Los que no lle-
419 gaban a esta edad fueron vendidos. Perecieron también de hambre once mil prisioneros en los días en que Frontón hacía su selección: unos porque, debido al odio que les teníar sus guardianes, no recibían comida, mientras que otros no aceptaban lo que les daban. Además había también falta de trigo para tanta gente.

420 Todos los prisioneros que fueron capturados en el conjunto de la guerra sumaron noventa y siete mil, y los que perecieron en la totalidad del asedio fueron un millón cien
421 mil[214]. La mayoría de éstos eran judíos, pero no eran naturales de Jerusalén, puesto que se había concentrado gente de todo el país para la fiesta de los Ácimos, cuando de repente les sorprendió la guerra[215]. En consecuencia, en un primer momento la estrechez del lugar les propició una peste destructiva
422 y más tarde un hambre voraz. La cantidad de habitantes que había en la ciudad se deduce del censo elaborado en tiempos de Cestio[216]. Este personaje, que quería demostrar la prosperidad de la ciudad a Nerón, que despreciaba al pueblo judío,

---

[212] Seguramente en algunas minas o canteras.

[213] Más bien hay que entender aquí anfiteatros, que es donde se celebraban los combates de gladiadores y los espectáculos de lucha entre fieras y esclavos o prisioneros de guerra.

[214] El problema de lo exagerado de algunas de las cifras aportadas por Josefo se ha comentado en nota a V 569.

[215] Josefo quiere distinguir en todo momento entre los habitantes de Jerusalén y los forasteros judíos, que acudieron a la ciudad para celebrar las mencionadas fiestas y también debido a los acontecimientos bélicos. Así se ha visto antes en VI 384.

[216] Durante el desempeño del cargo de gobernador de Siria, entre los años 63 al 66 d. C.; cf. II 280.

instó a los sumos sacerdotes a contabilizar la población de la mejor forma posible. Era ya inminente la fiesta llamada Pas- 423
cua, en la que se hacen sacrificios desde la hora nona hasta la undécima[217]; en cada una de las ofrendas actuaba una fraternidad de no menos de diez hombres, pues no se puede hacer el banquete sacrificial solo, y muchas veces se reunían incluso veinte. Los sacerdotes contabilizaron docientas cincuenta y 424
cinco mil seiscientas víctimas. El resultado son dos millones 425
setecientos mil hombres, todos ellos puros y santos, si suponemos diez personas para cada víctima[218]. En efecto, ni los 426
leprosos ni los que tienen gonorrea ni las mujeres menstruantes ni los que tienen otro tipo de impureza pueden participar de este sacrificio, ni tampoco ninguno de los extranjeros que 427
acudían a presenciar estos actos[219]. Era muy grande el número de personas que venían de otras naciones.

Los refugiados en los subterráneos. Juan de Giscala es capturado

En este momento todo el pueblo ha- 428
bía sido encerrado por el Destino[220], como en una cárcel, y la guerra rodeó la ciudad, cuando desbordaba de gente. El 429
número de muertos superó a toda destrucción humana o divina, pues los romanos, tras matar o

[217] Desde las tres a las cinco de la tarde.

[218] El cálculo no es exacto, pues la cifra debería ser de dos millones quinientos cincuenta y seis mil. En cualquier caso el número parece bastante elevado. Según los cálculos de J. Beloch, *Die Bevölkerung der Griechisch-Roömischen Welt*, Roma, 1968 (= 1886), págs. 247 ss., la población de Palestina en tiempos de Nerón era de unos dos millones de habitantes y la de Jerusalén no llegaba a cien mil; cf. también los datos aportados en V 567-569 y VI 420.

[219] Sobre los ritos de purificación previos a los sacrificios véase nota a IV 205.

[220] Sobre la importancia del Destino o Fortuna en este relato véase el apartado 5 de la Introducción.

apresar a todos los que estaban a la vista, buscaron a los que se hallaban en los subterráneos[221], hicieron agujeros
430 en el suelo y ejecutaron a cuantos se encontraron. Allí había más de dos mil cadáveres: unos se habían suicidado, otros se habían matado entre sí y la mayoría había sido
431 víctima del hambre. A los que pasaban a su interior les venía un terrible hedor a muerto, de forma que enseguida
432 muchos se daban la vuelta y otros, por codicia, penetraban pisando los cadáveres que allí se amontonaban. En las galerías hallaron muchos objetos preciosos. Todo camino era lícito para conseguir alguna ganancia. También sacaron fuera a muchos prisioneros de los tiranos, pues éstos ni en
433 sus últimos momentos pusieron freno a su crueldad. Dios castigó a los dos como se merecían: Juan, cuando estaba muriéndose de hambre junto con sus hermanos en las galerías subterráneas, suplicó a los romanos llegar a un acuerdo de paz, algo que había rechazado muchas veces, y Simón se rindió, después de haber combatido durante un largo espacio de tiempo contra la adversidad, como vere-
434 mos más adelante[222]. Este último fue reservado para servir de víctima en la procesión triunfal[223], mientras que Juan fue condenado a cadena perpetua. Los romanos prendieron fuego a los barrios de las afueras de la ciudad y echaron abajo las murallas.

---

[221] Cf. VI 370.

[222] VII 25-36.

[223] En la celebración del triunfo en Roma se tenía por costumbre ejecutar al más destacado de los enemigos.

Cronología de la historia de Jerusalén

De esta forma fue conquistada Jerusalén en el segundo año del principado de Vespasiano, el día ocho del mes de Gorpieo[224]. Antes ya había sido conquistada cinco veces y otras dos había sido devas- 435
tada. Pues Asoqueo[225], rey de Egipto, luego Antíoco[226], más 436
tarde Pompeyo[227] y después de ellos Sosio junto con Herodes[228] se apoderaron de la ciudad, pero sin destruirla. Y an- 437
tes la conquistó y asoló el rey de Babilonia[229], tras haber transcurrido mil cuatrocientos sesenta y ocho años y seis meses desde su fundación[230]. Su primer fundador fue un 438
príncipe cananeo, que en su lengua materna se llamaba «Rey Justo»[231], que así era en realidad. Por ello fue pionero en ser sacerdote de Dios y, al ser el primero en levantar el Templo, llamó a la ciudad Jerusalén, que antes se denominaba Sóli-

[224] El 26 de septiembre del 70; cf. VI 407.

[225] Es Sisac o Sosac, el primer faraón egipcio nombrado expresamente en la Biblia. Invadió Jerusalén en el 930 a. C., en tiempos del rey Roboam, que le entregó los tesoros del Templo y del palacio real (cf. *I Reyes* 14, 25-28 y *II Crónicas* 12, 1-12).

[226] Antíoco IV Epífanes, en el 170 a. C.; cf. I 31 ss.

[227] En el 63 a. C.; cf. I 141 ss.

[228] En el 37 a. C.; cf. I 345 ss.

[229] Nabucodonosor, en el 586 a. C.; cf. *II Reyes* 25.

[230] Esta cronología no coincide con la expresada por el propio Josefo en VI 260-270.

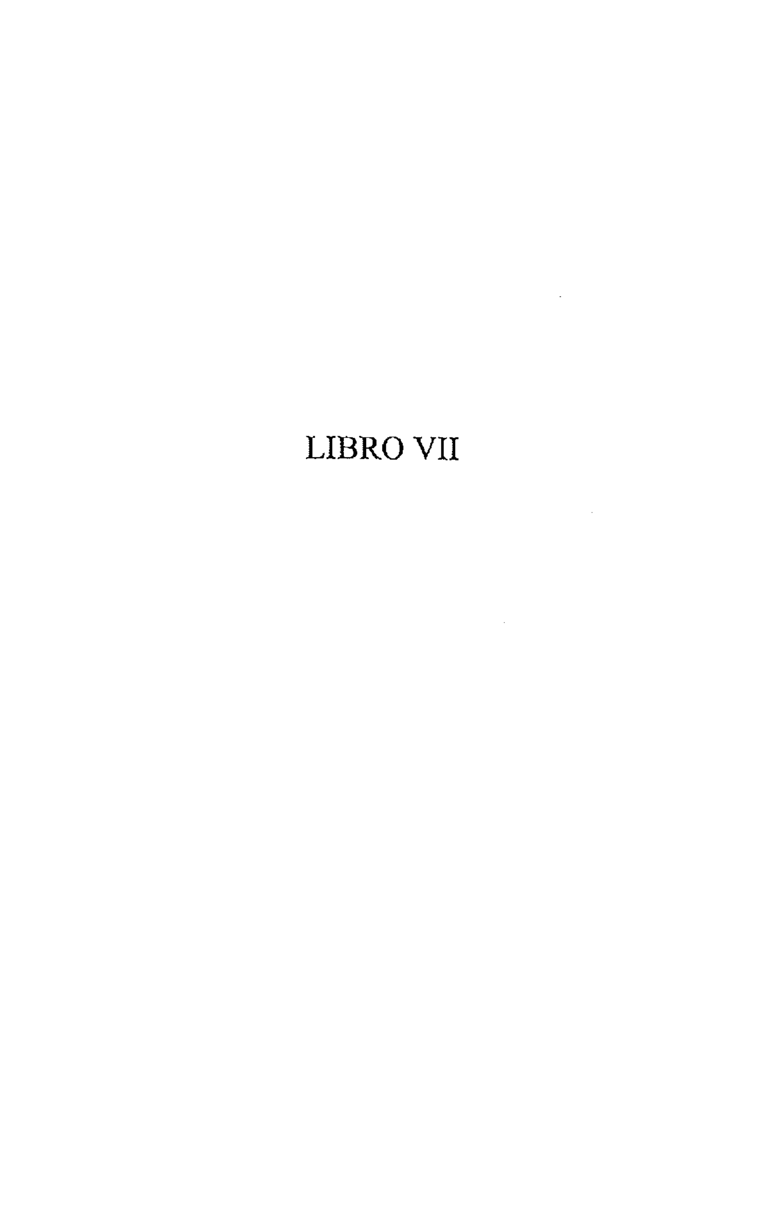
[231] Es el rey de Salem y sacerdote de El-Elyón Melquisedec, mencionado en *Génesis* 14, 18. El texto bíblico no indica que este tal Melquisedec construyera el Templo de Jerusalén, sino solamente que era sacerdote del mismo. Tras la victoria de Abraham sobre los cananeos, los sacerdotes jebuseos, es decir, de la tribu cananea que habitaba Jerusalén, reconocieron a los israelitas como a sus nuevos señores. La explicación etimológica de «Rey Justo» se contiene también en *Hebreos* 7, 2, aunque en realidad el término significa «el dios Salem es rey» o «el dios Mélec es justo».

439 ma[232]. El rey de los Judíos, David, expulsó de allí al pueblo de los cananeos y estableció a su nación. Cuatrocientos setenta y siete años y seis meses después la ciudad fue des-
440 truida a manos de los babilonios. Entre el rey David, que fue el primer judío que gobernó en ella, y la devastación llevada a cabo por Tito han pasado mil ciento setenta y nue-
441 ve años. Desde su primera fundación hasta su última destrucción han transcurrido dos mil ciento setenta y siete
442 años[233]. Sin embargo, ni su antigüedad ni su inmensa riqueza ni la Diáspora de su gente por todo el mundo habitado ni la gran fama de su culto han podido evitar su ruina. Así terminó el asedio de Jerusalén.

---

[232] Es ésta una etimología popular totalmente errónea. También *Antigüedades* I 180, el relato del autor egipcio Lisímaco, citado en *Contra Apión* I 304-311, así como el historiador judeo-helenístico Eupólemo (en Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica* IX 34, 12) y Hecateo de Abdera (en Diodoro de Sicilia, XL 3, 3) refieren esta etimología fantástica de Jerusalén, como si se tratara de una ciudad griega. El nombre de Jerusalén no tiene el significado griego de *hierós*, «sagrado», y *Sólyma*, «Salem», sino que más bien su denominación más antigua es *urusalim* (cf. las cartas de El-Amarna del siglo xiv a. C.), que parece significar «la ciudad de la paz» o «la fundación de Salem»; sobre la interpretación griega del nombre de Jerusalén y su etimología puede consultarse el artículo de J. Jeremias, *«IEROUSALĒM / IEROUSOLYMA», Zeitschrift für die Neutestamentliche Wissenschaft* 65 (1974), 273-276.

[233] Sobre esta cronología, véase la nota a VI 269-270.



LIBRO VII

NOTA TEXTUAL

Edición de Niese	Nuestro texto
57 (5) Ναῖος	Γναῖος Bekker
69 (20) ἰδίαν	ἡδεῖαν *Versio Latina*, Hudson
80 (1) Οὐίτιλλος	Κιουίλιος *Versio Latina,* Gelenius
180 (3) φύει	ὃς φύει Destinon
259 (2) τι ἐπίνοια	τις ἐπινοίᾳ Thackeray
329 (20) μετασχόντες *	μετασχόντες παρανομίας *M*

SINOPSIS

DESDE LA DESTRUCCIÓN DE JERUSALÉN HASTA LA REBELIÓN JUDÍA DE CIRENE (septiembre del 70-74 d. C.)

1. Jerusalén es arrasada. – 5. Alabanzas y recompensas al ejército romano. – 21. Vespasiano en Italia. Tito en Cesarea de Filipo. – 26. Simón es apresado. – 37. Espectáculos con prisioneros judíos en Cesarea y Berito. – 41. Los judíos de Antioquía. – 54. El incendio de Antioquía. – 63. Vespasiano es aclamado en Roma. – 75. Insurrección en Germania y en la Galia. Petilio Cereal y Domiciano. – 89. Los sármatas invaden Mesia. Rubrio Galo les hace frente. – 96. Tito recorre Siria. Su estancia en Antioquía. – 112. Tito se apodera de Jerusalén. – 116. Tito se dirige a Roma. – 121. Triunfo de Vespasiano y Tito. – 132. El cortejo triunfal en Roma. – 153. Ejecución de Simón. – 158. Erección del Templo de la Paz. – 163. Lucilio Baso toma la fortaleza del Herodio. Descripción de Maqueronte y sus alrededores. – 190. El asedio de Maqueronte por Baso. – 210. Batalla de Jardes. – 216. Vespasiano impone un tributo a los judíos. – 219. Antíoco, rey de Comagene, acusado de conspiración. – 225. Cesenio Peto invade Comagene. – 238. Antíoco hace la paz con Vespasiano. – 244. Los alanos invaden Media y Armenia. – 252. Flavio Silva ataca Masadá. Los sicarios. – 280. Descripción de la fortaleza de Masadá. – 304. El asedio de Masadá. – 320. Arenga de Eleazar a los sitiados. Sus dos discur-

sos. – 389. Los judíos de Masadá se suicidan. – 402. Los romanos entran en Masadá. – 407. Los sicarios se refugian en Egipto. Los romanos acaban con la revuelta judía de Alejandría. – 420. Final del templo de Onías en Egipto. – 437. Los sicarios de Jonatán se sublevan en Cirene. El gobernador Catulo en contra de los judíos y de Flavio Josefo. – 454. Epílogo a la *Historia de la guerra de los judíos*.

Jerusalén es arrasada

1 Cuando el ejército no tenía ya a nadie a quien matar ni nada que saquear y cuando su furor carecía de todo aliciente, pues si hubieran tenido algo en que ocuparse no se habrían abstenido ni habrían tenido ningún miramiento con nada, César ordenó demoler toda la ciudad y el Templo y dejar en pie las torres[1] Fasael, Hípico y Mariamme, que eran más altas que las demás, y toda la parte de la muralla que cercaba a la ciudad por el oeste.
2 Esta última habría de servir de campamento para la guarnición que quedara allí, mientras que las torres tendrían la finalidad de mostrar a la posteridad cómo era la ciudad y cómo era la fortificación sobre la que se impuso el valor romano.
3 Los encargados de la demolición allanaron la totalidad del resto del recinto de la ciudad de tal forma que los que vinieran a este lugar no creerían que éste hubiera sido habitado alguna vez[2].
4 Éste fue el final de Jerusalén, ciudad ilustre y renombrada entre todos los hombres, que provocó la locura de los sediciosos[3].

---

[1] Cf. VI 409-410.

[2] Josefo exagera esta destrucción de Jerusalén: en la actualidad aún se conserva una parte del muro sur, otra del occidental, el famoso Muro de las Lamentaciones, y un pequeño resto de la zona oriental.

[3] Los hechos narrados en este libro VII, que seguramente es un añadido posterior al relato específico de la guerra de los judíos, coinciden

Alabanzas y recompensas al ejército romano

5 César decidió dejar allí como guanición la legión décima[4], algunos destacamentos de caballería y algunas cohortes de infantería. Después de haber ya solucionado el conjunto de los asuntos bélicos, deseaba felicitar a todo su ejército por sus éxitos y dar las recompensas merecidas a los que habían destacado en la
6 contienda. Levantó una gran tribuna en medio del primer campamento[5], se subió a ella con sus generales para que todas sus tropas le escucharan y les manifestó su profunda gratitud por la buena disposición que en todo momento habían
7 demostrado. Les alabó por la obediencia, así como por la valentía, que durante toda la guerra habían tenido en medio de muchos y grandes peligros. De esta forma ellos habían contribuido a aumentar el poder de su patria y habían demostrado ante todos los hombres que ni el número de los

---

con TÁCITO, *Historias* III-V, y DIÓN CASIO, LXVI. Los sucesos de la Galia y Germania, el tema de los alanos o el de Comagene son totalmente ajenos al ámbito estrictamente judío, aunque responden a una actitud filorromana y de veneración a la dinastía Flavia profesada por Josefo. Sobre las posibles fuentes de este libro véase el apartado 4 de la Introducción.

[4] La X *Fretensis*. El comandante de esta legión, en un principio Sexto Vetuleno Cereal y luego Lucilio Baso, será al mismo tiempo el gobernador de la provincia, al tratarse del único destacamento estacionado en el lugar. Estos gobernadores tenían rango pretoriano y sólo en un período posterior, cuando fue acuartelada en Judea la legión VI *Ferrata* y el legado de la misma dejó de ser simultáneamente gobernador, la provincia adquirió un rango consular. Fue eliminada la anterior subordinación a los gobernadores de Siria y el nombre oficial de la provincia continuó siendo el de Judea, como lo atestiguan las monedas (cf. nota a VII 157), aunque más tarde la denominación habitual será *Syria Palaestina;* cf. H.-G. PFAUM, «Remarques sur le changement de statut administratif de la province de Judée», *Israel Exploration Journal* 19 (1969), 225-233.

[5] Este primer campamento se había levantado frente a la torre Psefino (cf. V 133).

enemigos ni sus fortificaciones ni la grandeza de las ciudades ni la audacia irracional ni la bestial crueldad del adversario serían capaces de escapar nunca al valor de los romanos, aunque algunos de los enemigos con frecuencia se encontraran con que la Fortuna estaba de su lado. Añadió 8
también que era un honor que ellos hubieran concluido la guerra, que duraba ya mucho tiempo, pues, cuando la empezaron, no deseaban un resultado mejor que éste. Sin embar- 9
go, para ellos más glorioso y brillante que este hecho era el que todos habían aceptado gustosos a los que ellos mismos habían elegido y enviado a su patria[6] para dirigir y administrar el Imperio romano, el que todos aprobaban sus decisiones y estaban agradecidos a los que habían hecho esta elección. En consecuencia, dijo que admiraba y quería a to- 10
dos, pues sabía que ninguno de ellos había demostrado un ardor menor del que había podido. Manifestó que enseguida 11
concedería las recompensas y los honores a los que habían luchado brillantemente con un vigor inmenso, a los que habían adornado su vida con proezas y a los que con sus éxitos habían dado una gloria mayor a su ejército. Añadió que ninguno de los que habían querido esforzarse más que otros se vería privado de su justo premio. En efecto, ésta iba a ser 12
para él la mayor preocupación, pues prefería recompensar el valor de los que le habían acompañado en la guerra que castigar sus errores.

Inmediatamente ordenó a los que tenían asignado este 13
cometido leer la lista de los que habían actuado con distinción en la guerra. A cada uno le llamaba por su nombre, les 14
alababa según se le iban acercando y se alegraba como si se trataba de sus propios éxitos. Les impuso coronas de oro, collares, pequeñas lanzas también de oro y les hizo entrega

[6] Es decir, la dinastía de los Flavios; cf. IV 601-604.

15 de estandartes fabricados en plata. A cada uno de ellos le ascendió a un grado superior. Por otra parte, les repartió también del botín una gran cantidad de plata, de oro, de ves-
16 tidos y de otros objetos conseguidos en los saqueos. Cuando todos recibieron sus honores, según el propio Tito había considerado que lo merecía cada uno, éste expresó sus votos por el bienestar de la totalidad de su ejército, bajó entre una inmensa aclamación y celebró los sacrificios en acción de gracias por la victoria. Inmoló todos los bueyes que en gran cantidad habían sido dispuestos en los altares y se los
17 repartió al ejército para el banquete. Tito en persona participó con sus oficiales de la fiesta durante tres días, luego envió al resto[7] de sus fuerzas allí donde le pareció más conveniente y a la décima legión le encomendó la guardia de Jerusalén sin mandarla de nuevo al Éufrates, que es donde
18 antes estaba[8]. Al recordar que la duodécima legión, que dirigía Cestio, se había retirado ante los judíos[9], la sacó de todo el territorio sirio, pues antes había estado en Rafanea[10], y la envió a la llamada Melitene[11], que está junto al Éufrates
19 en los límites de Armenia y Capadocia. Consideró oportuno que dos legiones, la quinta y la decimoquinta, se quedaran
20 con él hasta que llegara a Egipto. Bajó con su ejército a Cesarea Marítima, dejó allí el grueso del botín y ordenó poner

[7] La legiones V *Macedonica*, XII *Fulminata* y XV *Apollinaris;* cf. III 65 y V 41.

[8] Sobre la guarnición del Éufrates, véase nota a V 44.

[9] La derrota de la legión XII *Fulminata* a las órdenes de Cestio se ha narrado en II 500 ss.

[10] Ciudad de la Siria Superior, al noroeste de Emesa.

[11] Región y ciudad de Capadocia, a orillas del Éufrates, en la que se estableció uno de los campamentos fronterizos del Imperio. Trajano embellecerá y acrecentará la importancia de este enclave.

bajo custodia a los prisioneros de guerra, pues el invierno impedía navegar a Italia[12].

Vespasiano en Italia. Tito en Cesarea de Filipo

Cuando Tito César se hallaba dedica- 21
do al asedio de Jerusalén, Vespasiano embarcó en una nave mercante y viajó desde
Alejandría a Rodas. Desde allí navegó en 22
trirremes, pasó por todas las ciudades del recorrido, que le recibieron con júbilo, se trasladó de Jonia a Grecia y, luego, de Corcira[13] al promontorio de Yapigio[14],
desde donde continuó el trayecto por tierra. Tito partió de 23
Cesarea Marítima y se dirigió a la llamada Cesarea de Filipo, en la que permaneció durante mucho tiempo y donde
ofreció todo tipo de espectáculos. En esta ciudad perecieron 24
muchos prisioneros de guerra, unos fueron arrojados a las fieras y a los demás se les obligó a luchar en grupos unos
contra otros, como si fueran enemigos[15]. En aquel lugar 25

---

[12] *Autobiografía* 417-421 añade algunos detalles que no están consignados en este relato, como es el hecho de la preocupación de Josefo por algunos de sus familiares y compatriotas. A petición del historiador Tito perdonó a tres de sus amigos que acababan de ser crucificados en el camino de Técoa.

[13] Actual isla de Corfú.

[14] La península Tarentina, en Apulia, en el extremo sudeste de Italia.

[15] Estas crueles diversiones romanas venían desarrollándose en territorio palestino desde épocas anteriores, aunque sin la participación en ellas de víctimas judías. A partir del reinado de Herodes son muchos los lugares en los que se levantaron anfiteatros (el de Jericó, I 666; Cesarea, I 415, y el de Alejandría, II 490), ya que este monarca era aficionado a organizar luchas de fieras, según recuerda *Antigüedades* XV 273. Las costumbres religiosas hebreas rechazaban la participación y la asistencia a estos espectáculos, como muy bien lo expresa el *Salmo* 1, 1-2; *I Macabeos* 1, 14-15; *II Macabeos* 4, 9-17 o el Talmud *(Berakot* IV 2, 7 d); en general sobre los espectáculos públicos en tierras judías véase nota a I 415.

Tito también se enteró de la captura de Simón, hijo de Giora, que tuvo lugar de la siguiente manera[16].

Simón es apresado

26 Este Simón, que estaba en la Ciudad Alta durante el asedio de Jerusalén, cuando el ejército romano llegó al interior de las murallas y devastó toda la ciudad, tomó entonces a sus amigos más fieles y con ellos también a unos picadores de piedra, así como la herramienta necesaria para su trabajo y provisiones que pudieran ser suficientes para muchos días, y con todos ellos se
27 escondió en un subterráneo que no estaba a la vista. Avanzaron dentro toda la profundidad de la antigua galería y, cuando se encontraron con tierra firme, la minaron con la esperanza de poder continuar más adelante y salvarse tras
28 hacer un agujero de salida en un lugar seguro. Sin embargo, la realidad de los hechos demostró que esta esperanza era falsa, pues cuando los minadores apenas habían avanzado un poco con dificultad, las provisiones estaban ya a punto
29 de acabarse, aunque las tenían racionadas. Entonces Simón, que pensaba engañar a los romanos dándoles un susto, se revistió de una túnica blanca, se abrochó encima un manto púrpura y salió de debajo de la tierra[17] en aquel mismo lu-
30 gar en el que antes estaba el Templo. Al principio, los que lo vieron se llenaron de asombro, luego se aproximaron a él
31 y le preguntaron quién era. Simón no les respondió nada, sino que mandó llamar a su general. Rápidamente corrieron a avisarle y se presentó Terencio Rufo, que tenía encomendado el mando del ejército. Éste se enteró por boca de Simón

[16] Esta captura se ha mencionado en VI 433.

[17] Para ello se sirvió de una de las múltiples galerías subterráneas que había debajo del Templo y de la ciudad de Jerusalén; cf. nota a VI 71.

de toda la verdad, le puso encadenado bajo custodia e informó a César de cómo había sido capturado. En castigo por 32
la crueldad que había ejercido contra sus conciudadanos, que él había dirigido con una tiranía tan terrible, Dios puso a Simón a merced de sus peores enemigos. No cayó en sus 33
manos a la fuerza, sino que se entregó voluntariamente al suplicio, después de que él mismo había ejecutado cruelmente a muchos judíos bajo la falsa acusación de pasarse a los romanos. En efecto, la maldad no escapa a la cólera de 34
Dios ni es débil su justicia, sino que el tiempo persigue a los que han actuado en contra de ella y da a los culpables su más severo castigo, cuando creían haberse librado ya de ella por no haber sido castigados inmediatamente. Esto es lo que aprendió Simón al caer bajo el furor de los romanos. Ade- 35
más, el hecho de que saliera de debajo de la tierra propició en aquellos días el descubrimiento de un gran número de otros sediciosos en las galerías subterráneas. Simón fue conduci- 36
do lleno de cadenas ante César, que había regresado a Cesarea Marítima. Este último ordenó que le guardaran para la celebración del triunfo que se preparaba en Roma.

Espectáculos con prisioneros judíos en Cesarea y Berito

Durante su estancia en Cesarea, Tito 37
festejó con esplendor el cumpleaños de su hermano[18], en cuyo honor ejecutó una gran cantidad de prisioneros judíos. El nú- 38
mero de los que perecieron luchando con las fieras, abrasados por las llamas y en peleas entre ellos alcanzó más de dos mil quinientos. No obstante, aunque les aniquilaban de múltiples formas, a los romanos esto les parecía un castigo menor. A continuación César llegó a Berito, 39

[18] Domiciano, nacido el 24 de octubre del año 51 d. C.

una ciudad fenicia colonia de los romanos[19]. Allí hizo una parada más larga y celebró con una brillantez aún mayor el aniversario de su padre[20] con magníficos espectáculos y con
40 otros dispendios que desplegó con ingenio. Al igual que ocurrió antes, también fue ejecutada una gran cantidad de prisioneros de guerra.

Los judíos de Antioquía

41 Por aquel entonces sucedió que los judíos, que se habían quedado en Antioquía, fueron acusados y corrieron el peligro de ser aniquilados, pues se alzó contra ellos la ciudad de los antioquenos a causa de las calumnias que entonces se habían levantado contra ellos y por los acontecimientos que habían tenido lugar no mucho
42 antes[21]. Hay que hablar brevemente sobre estos hechos, para que así sea más fácil la comprensión de lo que ocurrió después.

43 La nación judía estaba muy diseminada entre la gente de todo el orbe habitado, sobre todo estaba fusionada de una forma destacada en Siria por la proximidad de este país y era muy numerosa en Antioquía debido al tamaño de esta ciudad y, en especial, porque los reyes que sucedieron a Antíoco[22] habían procurado seguridad a los judíos para vivir
44 allí. Pues Antíoco, llamado Epífanes[23], devastó Jerusalén y

---

[19] Berito (Beirut) recibió el título de colonia con Augusto por su apoyo a Roma en las campañas bélicas de Oriente Próximo. Allí estuvieron asentadas las legiones V *Macedonica* y VIII *Augusta*.

[20] El 17 de noviembre Vespasiano cumplía sesenta y un años.

[21] Sobre la importante comunidad judía de esta ciudad puede consultarse la obra de G. Downey, *A History of Antioch in Syria*, Princeton, 1961, págs. 382 ss.

[22] Antíoco I Soter (280-261 a. C.), hijo de Seleuco I Nicator, fundador de la dinastía Seléucida.

[23] Antíoco IV Epífanes (175-164 a. C.).

saqueó el Templo[24], mientras que los que accedieron al tro-
no después de él devolvieron a los judíos de Antioquía todas
las ofrendas de bronce, las depositaron en su sinagoga[25] y
les otorgaron participar de la ciudadanía en igualdad de con-
diciones que los griegos[26]. Los monarcas posteriores les 45
trataron de la misma forma, por lo cual los judíos aumenta-
ron en número y embellecieron el Templo con ornamentos y
con magníficas ofrendas[27]. Constantemente atraían a un gran

---

[24] En el 170 a. C.; cf. I 31 ss.

[25] La sinagoga, que más tarde será el centro del judaísmo, apenas aparece en la obra de Josefo (cf. II 285, *Contra Apión* II 75 o *Antigüedades* XIX 300), frente a las numerosas menciones en el *Nuevo Testamento*, en Filón de Alejandría y en las inscripciones. La sinagoga era conocida también con el nombre griego de *prosechnê* y *proseuchê* en la Diáspora (cf. Filón de Alejandría, *Contra Flaco* 41, 47-49, *III Macabeos* 7, 20, y *Autobiografía* 277), mientras que en Palestina se emplea el vocablo, también griego, *synagogê* (equivalente al hebreo *bet knesset)*, referido aquí por nuestro historiador, y cuyo significado originario de «congregación» pasa en esta época a significar «casa de reunión». A juicio de algunos autores Josefo no muestra interés por las sinagogas, porque no llegó a comprender el movimiento sinagogal que en estos momentos cobraba fuerza; cf. G. F. Moore, *Judaism in the first century of the christian era. The age of Tannaim,* Cambridge, 1950, I, págs. 281-307, y A. Momigliano, «Cio che Flavio Giuseppe non vide», *Biblioteca di Storia Antica* 9 (1980), 9-21; en general sobre esta institución véase la compilación de trabajos de J. Gutman (ed.), *The Synagogue,* Nueva York, 1974.

[26] Según anota Josefo en *Contra Apión* II 39, fue Seleuco I Nicator el que concedió el derecho de ciudadanía a los judíos de Antioquía.

[27] En VI 335 se han descrito estas ofrendas. Este Templo sólo puede ser el de Jerusalén, el único al que podía venerar toda la nación judía. Sin embargo, tampoco podría descartarse del todo el hecho de que se tratara de la sinagoga de Antioquía, que pudo haber heredado alguno de los ornamentos del Templo de Jerusalén confiscados por Antíoco Epífanes. La unión entre el Templo y la propia existencia de los judíos era tan fuerte que se llegaron a erigir algunos templos al margen del de Jerusalén, como fue el de Leontópolis (cf. VII 421-425), el de los samaritanos del monte

número de griegos a sus ritos religiosos y de algún modo
46 éstos formaban ya parte de la comunidad judía[28]. En el preciso momento en que estalló la guerra, nada más desembarcar Vespasiano en Siria y cuando el odio contra los judíos
47 estaba en su punto álgido en todos los lugares[29], entonces un tal Antíoco, un judío muy respetado a causa de su padre, que era el jefe[30] de esta comunidad en Antioquía, entró en el teatro, cuando estaba reunida la asamblea de los antioquenos, y denunció a su padre y a otros bajo la acusación de que habían decidido quemar toda la ciudad en una sola noche. Asimismo entregó a algunos judíos extranjeros que ha-
48 bían sido cómplices de la conspiración. Cuando el pueblo escuchó estas palabras, no contuvo su cólera, sino que ordenó prender fuego inmediatamente a los culpables que les habían traído. Enseguida todos ardieron en el teatro. Luego
49 arremetieron contra la multitud judía, pues creían que la única manera de salvar a su patria era castigar con la mayor
50 rapidez a aquella gente. Antíoco alimentaba aún más su cólera e hizo sacrificios a la manera de los griegos, pues pen-

---

Garizim (cf. III 307) o el de Qasr el Abad en Transjordania, levantado por el Tobíada Hircano a finales del siglo III a. C.

[28] Éste es uno de los pocos testimonios, recogidos en la literatura, de proselitismo judío, al que hay que añadir el caso de las mujeres de Damasco reseñado en II 560. No obstante, el proselitismo judío era activo en Roma y en toda la cuenca del Mediterráneo, como parece testimoniar *Mateo* 23, 15 o *Contra Apión* II 282. Las mujeres eran las más adeptas a convertirse al judaismo: tal es el caso de Fulvia, una dama de la nobleza romana de Tiberio (cf. *Antigüedades* XVIII 82), y quizá el de la esposa de Nerón Popea (cf. *Antigüedades* XX 195); cf. E. M. SMALLWOOD, *The Jews under Roman Rule from Pompey to Diocletian,* Leiden, 1976, págs. 206 y 278.

[29] Cf. III 29 ss.

[30] Este magistrado, jefe de la comunidad judía, está atestiguado en ciudades de Asia y de Egipto. El cargo era anual y su elección tenía lugar en la fiesta de los Tabernáculos.

saba que esto demostraba su cambio y su odio contra las costumbres judías. Ordenó que obligaran a los demás a ha- 51
cer lo mismo, pues de esta forma se pondría en evidencia a los conspiradores al negarse a ello. Los antioquenos se sirvieron de esta prueba: pocos fueron los judíos que acataron esta prescripción y los que no la aceptaron fueron ejecutados. Antíoco, que había recibido soldados de parte del gene- 52
ral romano, se comportó cruelmente con sus propios conciudadanos: no les dejó cumplir con el descanso sabático[31], sino que les obligó a realizar todas las tareas que hacían los demás días[32]. Les forzó a ello con tanto rigor que el descan- 53
so del sábado no sólo fue abolido en Antioquía, sino que en poco tiempo partiendo de allí se extendió igualmente a otras ciudades[33].

El incendio de Antioquía

A estos males que acaecieron por 54
aquel entonces a los judíos de Antioquía vino a añadírseles una segunda desgracia, para cuya exposición hemos narrado los acontecimientos precedentes. Cuando tu- 55
vo lugar el incendio del Mercado Cuadrado, de las residencias de los magistrados, de los archivos y de las basílicas[34],

---

[31] Cf. nota a IV 99.

[32] Cf. nota a IV 99.

[33] *Antigüedades* XII 121 refiere el episodio de una revuelta antijudía en Alejandría, en la que la población gentil de la ciudad solicitó a Vespasiano y Tito la abolición de los derechos de ciudadanía de los judíos, que finalmente no fue otorgada por los príncipes romanos.

[34] Agusto, Agripa, Herodes y Tiberio embellecen esta ciudad, cuyo artífice había sido Antíoco IV, con diversas construcciones romanas: el mercado, ágora o foro del barrio de Epifania, la basílica de César, el panteón, un teatro, un anfiteatro, termas, templos y otros edificios públicos; véase el estudio de J. Lassus, «La ville d'Antioche à l'époque ro-

y cuando a duras penas se sofocó el fuego que con gran fuerza se extendía por toda la ciudad, entonces Antíoco
56 acusó de esta acción a los judíos. Aunque antes no hubieran tenido ninguna enemistad contra los hebreos, los habitantes de Antioquía, afectados por lo sucedido, enseguida habrían dado crédito a esta calumnia, pero ahora, con mucha más razón, por los hechos ocurridos anteriormente se inclinaron a creer las palabras de Antíoco, casi como si
57 ellos hubieran visto a los judíos propagar el fuego. Todos se lanzaron contra los acusados con una inmensa rabia
58 igual que si se hubieran vuelto locos. Con dificultad pudo contener sus ímpetus un tal Gneo Colega[35], legado del gobernador, que pidió permiso para informar a César de lo
59 ocurrido. Pues aún no había llegado Cesenio Peto[36], al que
60 había enviado Vespasiano como gobernador de Siria. Colega llevó a cabo una concienzuda investigación y descubrió la verdad: ninguno de los judíos acusados por Antío-
61 co había participado en los hechos, sino que algunos indiviudos criminales, forzados por las deudas que tenían, habían maquinado todo, pues pensaban que si prendían fuego al Mercado y a los archivos públicos, se librarían de
62 las reclamaciones. Por su parte los judíos, por las acusaciones que pesaban sobre ellos y por la incertidumbre sobre el futuro, se hallaban inmersos en un mar de terribles angustias.

---

maine d'après l'archéologie», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II 8, 1977, págs. 54-102.

[35] Fue cónsul en el año 93 d. C.; cf. Tácito, *Agrícola* 44.

[36] Fue cónsul en el 61 d. C. Más adelante, VII 219 ss., se narrará su campaña contra Antíoco, rey de Comagene.

Vespasiano es aclamado en Roma

Tito César, cuando le llegó la noticia 63
de que su padre había sido recibido por muchas ciudades italianas como una persona anhelada y de que en especial Roma le había acogido con gran entusiasmo y brillantez, se llenó de una inmensa alegría y satisfacción y con mucho gusto se vio libre de las preocupaciones que por
él tenía. Cuando Vespasiano aún se hallaba lejos, todos los 64
habitantes de Italia le estimaban en su interior, como si ya hubiera venido. Tantas eran las ganas que tenían de verlo que para ellos la espera de su visita significaba ya su llegada y
sentían por él un afecto libre de toda coacción. Pues el Se- 65
nado, por el recuerdo de las desgracias ocurridas durante los cambios de emperadores[37], estaba muy deseoso de recibir a un príncipe investido del prestigio de la vejez[38] y de la gloria de las hazañas militares y además sabía que su ascenso al poder sería únicamente para la salvación de sus súbditos.
Por su parte, el pueblo, cansado de las guerras civiles, de- 66
seaba aún con más ahínco que él viniera, pues esperaba entonces librarse plenamente de las calamidades y confiaba conseguir la seguridad al mismo tiempo que la prosperidad.
El éjercito era el que sobre todo tenía puestos sus ojos en él, 67
pues en especial los soldados conocían la magnitud de sus éxitos bélicos. Como ellos habían sufrido la incapacidad y la cobardía de los otros emperadores, deseaban desprenderse de tanto oprobio y pedían que se aceptara al único que podía salvarlos y devolverles el honor. Ante la buena dispo-
sición que había por parte de todos los personajes más emi- 68

---

[37] Cuatro emperadores, Nerón, Galba, Otón y Vitelio, entre los años 68 y 69.

[38] Vespasiano acababa de cumplir sesenta y un años (cf. VII 39), y su edad había sido uno de los elementos que había pesado en su aclamación como emperador; cf. IV 592.

nentes no pudieron esperar más, sino que se apresuraron a ser los primeros en saludarle a bastante distancia de Roma.
69 El resto de la gente no se resistió a aplazar su encuentro con Vespasiano, sino que todos en tropel salieron de la ciudad, pues les parecía que era más simple y fácil partir que quedarse. Fue entonces la primera vez que la ciudad tuvo la alegre sensación de quedarse sin sus habitantes, habida cuenta de que eran menos los que permanecieron en ella que los que
70 salieron. Cuando se dio la noticia de que Vespasiano estaba cerca y cuando los que se habían anticipado informaron de la afabiliadad con que él había tratado a todos ellos, el resto de la población sin excepción, junto con sus mujeres e hijos,
71 salieron a recibirlo a los caminos. La gente, a la que el emperador se iba acercando, por la alegría de verlo y la mansedumbre que se desprendía de su persona, profería todo tipo de exclamaciones y le llamaba benefactor, salvador y el único que era digno de ser emperador de Roma. Toda la ciudad, como un templo, estaba repleta de guirnaldas e in-
72 cienso. Una vez que a duras penas, a causa de la multitud que le rodeaba, pudo entrar en el palacio, él en persona hizo sacrificios a los dioses del hogar en acción de gracias por su
73 llegada. La multitud se dispuso a festejarlo. Se celebraron banquetes por tribus, familias y grupos de vecinos y suplicaron con libaciones a Dios[39] para que Vespasiano permaneciera durante el mayor tiempo posible en el principado de

---

[39] El sincretismo religioso de Flavio Josefo hace que incluso los propios romanos veneren al Dios hebreo, en lugar de a sus dioses patrios, aunque en este caso hay que contar con la divinización de la elección de Vespasiano y de los Flavios como emperadores, que nuestro autor viene argumentando a lo largo de toda la obra con ingredientes mesiánicos judíos. Nuestro autor anuncia una Roma eterna dentro la ideología difundida por el Imperio. En *Antigüedades* X 276-277, Flavio Josefo hace a Daniel profetizar la victoria de Roma sobre los judíos.

Roma y para que sus hijos y los descendientes de éstos conservaran siempre el poder sin que nadie se les opusiera. Así 74 recibió afectuosamente a Vespasiano la ciudad de Roma y pronto llegó a una gran prosperidad.

Insurrección en Germania y en la Galia. Petilio Cereal y Domiciano

Antes de este momento, cuando Ves- 75 pasiano estaba en Alejandría y Tito continuaba con el asedio de Jerusalén, una gran parte de los germanos fue inducida a la rebelión[40]. Los galos vecinos hicieron 76 causa común con ellos y compartieron sus grandes esperanzas de liberarse también del yugo romano. A los germanos 77 les empujó a la rebelión y a emprender la guerra en primer lugar su propia naturaleza, carente de buen juicio y dispuesta a lanzarse al peligro a la menor esperanza[41]. En se- 78 gundo lugar el odio que sentían hacia sus dominadores, pues saben que su nación sólo ha sido sometida a la fuerza a la esclavitud por los romanos[42]. Sin embargo, la ocasión del momento es lo que más valor les dio de todo. En efecto, 79 veían que el Imperio Romano estaba agitado por dentro por los continuos cambios de emperadores y sabían que todas las regiones del mundo habitado, que estaba en su poder, estaban expectantes y revueltas. Por tanto creyeron que a causa de las desgracias y de las disensiones de los romanos éste era para ellos el mejor momento. Dieron impulso a su 80 decisión y les abrumaron con esas esperanzas dos de sus je-

---

[40] Estos acontecimientos aparecen también en TÁCITO, *Historias* IV 12-37, 54-79 y V 14-26. Ahora bien, la rebelión de Germania y Galia no tienen nada que ver con la guerra de los judíos, sino que más bien parece un añadido de Josefo para ilustrar las hazañas de Vespasiano y Tito.

[41] Cf. TÁCITO, *Germania* XIV.

[42] Esta conquista ha sido recordada en el tan mencionado discurso del rey Agripa; cf. II 377-378.

fes, un tal Clásico y un tal Vitelio, que desde hacía mucho
81 tiempo ansiaban abiertamente esta revuelta. Enardecidos por la ocasión de la situación presente expusieron su plan y tenían la intención de poner a prueba a las enfervorizadas masas.
82 Cuando la mayoría de los germanos estaba ya de acuerdo con la revuelta y el resto no manifestó su oposición a ella, Vespasiano, como si le inspirara una Providencia divina, envió una carta a Petilio Cerealio[43], que había sido antes legado de Germania, en la que le concedía la dignidad consular y le encomemdaba partir para hacerse cargo del go-
83 bierno de Britania. Mientras Cerealio iba de camino hacia donde se le había mandado, se enteró de la rebelión de los germanos. Cayó sobre ellos, cuando ya estaban reunidos todos sus efectivos, les presentó batalla, mató a un gran número de ellos y les obligó a olvidarse de su locura y a entrar en
84 razón. Aunque Cerealio no se hubiera apresurado por llegar tan rápidamente a aquel lugar, los germanos iban a pagar su
85 castigo en un corto espacio de tiempo. Pues tan pronto como llegó a Roma la noticia de su revuelta, César Domiciano, enterado de ello, a diferencia de otras personas de su edad, pues era demasiado joven, no dudó en hacerse cargo
86 de un asunto de tan grande envergadura. Inmediatamente se puso en marcha contra los bárbaros, él que poseía el valor innato de su padre y que se había forjado una experiencia
87 superior a su edad. Los germanos, cuando oyeron hablar de su llegada, se asustaron y se entregaron a él, pues veían que el mayor beneficio que podían sacar de su miedo era caer de
88 nuevo bajo el mismo yugo sin sufrir más desgracias. Tras reestablecer el orden en todos los asuntos de la Galia de un

[43] Este pariente de Vespasiano, que había participado en la guerra de Britania, es enviado de nuevo a este lugar en el año 71 d. C. como gobernador; cf. TÁCITO, *Agrícola* VIII 17.

modo apropiado, de manera que en el futuro ya no sería fácil volver a sublevarse en aquella zona, Domiciano volvió a Roma con una gloria y una fama por sus hazañas, superiores a lo que era propio de su edad, pero dignas de su padre[44].

Los sármatas invaden Mesia. Rubrio Galo les hace frente

En los mismos días de la revuelta de 89
los germanos, que acabo de exponer, tuvo
lugar un acto de audacia de los escitas
contra los romanos. Entre los escitas, los 90
llamados sármatas[45], que eran muy nu-
merosos, cruzaron el Istro[46] sin ser vistos e invadieron la
otra orilla[47]. Cayeron contra los romanos con gran violencia
y dureza por lo absolutamente inesperado de su ataque y
mataron a muchos de los romanos de la guarnición. Ejecuta- 91
ron también al legado consular Fonteyo Agripa[48], que salió
a su encuentro a luchar valerosamente. Recorrieron todos
los territorios de la provincia asolando y saqueando cuanto
se encontraron. Cuando Vespasiano tuvo noticia de estos 92

---

[44] La actuación de Domiciano en estos hechos se presenta en términos bastante exagerados, en la conocida línea de propaganda flaviana de nuestro autor, si lo comparamos con el relato paralelo de Tácito, *Historias* IV 85-86, o el testimonio de Suetonio, *Domiciano* II.

[45] Los sármatas no eran escitas, pero desde el siglo III a. C. habían sometido a estos últimos y ocupaban el antiguo territorio escita de las grandes llanuras de la Europa oriental. El influjo cultural y político de Escitia se hacen sentir en un campo muy extenso, hasta el punto de que los autores de la Antigüedad, al confundir conceptos geográficos con étnicos, consideran escita, y posteriormente sármata, a todas las tribus que habitaban esta zona del este europeo.

[46] El Danubio.

[47] Tácito, *Historias* IV 54, simplemente menciona, sin dar más detalles, esta guerra de los sármatas.

[48] Procónsul de Asia en el año 69 y gobernador de Mesia en el 70; cf. Tácito, *Historias* III 46.

hechos y de la devastación de Mesia, envió a Rubrio Galo[49]
93 para castigar a los sármatas. Muchos perecieron a manos suyas en los combates y los supervivientes se refugiaron
94 llenos de miedo en su propia región. De esta forma el general puso fin al conflicto bélico y se preocupó de la seguridad futura, pues distribuyó por la comarca guarniciones más numerosas y más fuertes de modo que a partir de entonces
95 los bárbaros no pudieran atravesar el río. Así la guerra de Mesia tuvo un rápido desenlace.

Tito recorre Siria. Su estancia en Antioquía

96 Tito César permaneció durante un tiempo en Berito, según hemos dicho antes[50], desde allí se puso en marcha y en todas las ciudades de Siria, por las que pasó, ofreció fastuosos espectáculos, en los que hizo uso de los prisioneros judíos para que se mataran entre ellos a la vista de todos. Durante el trayecto vio un
97 río, cuya naturaleza merece la pena detallar. Éste discurre entre Arcea[51], en el reino de Agripa[52], y Rafanea, y presenta
98 una particularidad sorprendente. Es muy abundante su caudal, cuando fluye, y no es lenta su corriente, sin embargo de pronto durante seis días sus fuentes se agostan y ofrece todo
99 él el aspecto de un lugar seco. Luego, como si no se hubiera producido ningún cambio, en el séptimo día vuelve a fluir igual que antes. Se ha observado que siempre sigue exacta-

---

[49] TÁCITO, *Historias* II 51 y 99, cita a este personaje en la guerra de Otón contra Vitelio.

[50] Cf. VI 39.

[51] Ciudad del nordeste de Trípoli, en el Líbano, conocida ya desde el siglo XIV (cf. *Génesis* 10, 17 y *Antigüedades* I 138) e identificada con la actual Arqa; cf. ABEL, *Geógraphie...*, II, pág. 4.

[52] En la descripción del reino de Agripa, en III 56-58, no se menciona la ciudad de Arcea.

mente este orden, por lo que se le ha dado también el nombre de Sabático en alusión al séptimo día de la semana, que es sagrado para los judíos[53].

Cuando los habitantes de Antioquía se enteraron de que 100
Tito estaba cerca, por la alegría que tenían no aguantaron quedarse dentro de las murallas, sino que se apresuraron a
salir a su encuentro. Avanzaron lejos de la ciudad más de 101
treinta estadios no sólo los hombres, sino también una mul-
titud de mujeres junto con sus hijos. Nada más verle llegar, 102
colocados a ambos lados del camino, le tendieron sus manos, le saludaron con todo tipo de aclamaciones y se dieron
la vuelta para ir con él a Antioquía. Entre todas estas acla- 103
maciones le pedían sin cesar que expulsara a los judíos de la
ciudad. Tito no aceptó sus demandas, sino que escuchó sus 104
palabras en silencio. No obstante, los judíos tenían un gran y terrible miedo al no tener claro lo que él pensaba y lo que
iba a hacer. Pues Tito no se quedó en Antioquía, sino que rá- 105
pidamente se puso en camino hacia Zeugma[54], en el Éufrates, donde acudieron también emisarios enviados por Vologeses[55], rey de los partos, para llevarle una corona de oro
por su victoria sobre los judíos. Tito la aceptó, agasajó a la 106
delegación real con un banquete y desde allí retornó a An-
tioquía. El Senado y el pueblo de los antioquenos le pidie- 107
ron insistentemente que acudiera al teatro, donde le esperaba toda la población que allí se había congregado. Él ac-

[53] Plinio, *Historia natural* XXXI 24, describe las peculiaridades de este rio, pero en sentido contrario a como lo hace aquí Josefo, pues en el autor romano el río fluye dutrante todos los días de la semana excepto el sábado, en que se seca. Probablemente se trataría de una de tantas fuentes que manaban de forma intermitente en Siria y Palestina y que en este caso se ha llegado a identificar con el río Neba el Fuarr.

[54] En la orilla derecha del Éufrates superior, frente a Apamea, con la que estaba unido por medio de un puente de barcas.

[55] Vologeses I, del que se hablará con más detalle en VII 237 y 242.

108 cedió con amabilidad. Como de nuevo ellos le insistieron con mucha pertinacia y le pidieron repetidamente que echara a los judíos de la ciudad, él les dio la siguiente respuesta
109 atinada: «Pero es que su patria, donde era preciso enviarles, dado que son judíos, ha sido destruida y ya no hay ningún
110 lugar que pueda acogerlos.» Los antioquenos renunciaron a esta primera petición y le hicieron una segunda. Le solicitaron que acabara con las tablillas de bronce, en las que esta-
111 ban escritos los derechos de los judíos. Pero Tito no accedió tampoco a ello, sino que dejó como estaba anteriormente la situación de los judíos en el territorio de Antioquía y se dirigió a Egipto.

Tito se apodera de Jerusalén

112 En el trayecto se acercó a Jerusalén. Al comparar su triste aspecto abandonado frente al esplendor que antes tenía la ciudad, y al recordar la grandeza de las construcciones demolidas y la belleza de antaño
113 se lamentó por la destrucción de la ciudad. No se vanaglorió, como hubiera hecho otro, de haberla tomado por la fuerza, a pesar de ser tan grande y tan poderosa, sino que muchas veces había maldecido a los culpables de haber iniciado la revuelta y de haber propiciado este castigo contra Jerusalén. Así de claro era que no había querido hacer manifestación de su propio valor con las desgracias de la gente
114 que fue castigada[56]. Entre los escombros de la ciudad aún se encontró una cantidad no pequeña de las muchas riquezas
115 que en ella había. Los romanos desenterraron un gran número de ellas, la mayor parte las consiguieron por las indica-

[56] Hasta el final de la obra se mantiene la apología de Tito y se destacan sus cualidades humanas, en especial la compasión; cf. apartado 5 de la Introducción.

ciones que les dieron los prisioneros de guerra: oro, plata y otros objetos de gran valor que sus dueños habían escondido bajo tierra en previsión de los inciertos avatares de la guerra.

Tito se dirige a Roma

Tito continuó el viaje fijado a Egipto 116
y llegó a Alejandría tras atravesar lo más
rápidamente posible el desierto[57]. Como 117
decidió navegar hasta Italia, volvió a enviar las dos legiones[58] que le acompañaban a los lugares de donde procedían: la quinta a Mesia y la
decimoquinta a Panonia. Entre los prisioneros de guerra eli- 118
gió a sus jefes, Simón y Juan, y otros setecientos hombres, que destacaban por su estatura o belleza, y ordenó conducirlos inmediatamente a Italia, pues quería llevarlos consigo
en la celebración del triunfo. Cuando concluyó la travesía 119
por mar según era su deseo, Roma le dio una acogida y un recibimiento igual a lo que había hecho con su padre[59], aunque para Tito lo más glorioso fue que su padre en persona
saliera a su encuentro a recibirlo. La multitud de los ciuda- 120
danos se llenó de una alegría sobrenatural al ver juntos entonces a los tres príncipes[60].

---

[57] Este trayecto, incluido el mencionado desierto, ha sido descrito en IV 659-663. SUETONIO, *Tito* V, narra el viaje de Jerusalén a Egipto y la noticia de que Tito se ciñó en Menfis la diadema, según uno de los ritos de Apis, y que a raíz de ello corrió el rumor de que pretendía coronarse emperador de Oriente. Tras las escalas de Regio y Puteoli, Tito llegó a Roma, donde Vespasiano se sorprendió de la rápida llegada de su hijo, que quería desmentir en persona los falsos rumores.

[58] La V y la XV; cf. VII 19.

[59] Cf. VII 63 ss.

[60] Vespasiano, Tito y Domiciano.

Triunfo de Vespasiano y Tito

121 No muchos días después determinaron celebrar en común un solo triunfo por sus victorias, aunque el Senado había decidido por votación festejar uno para cada
122 uno de ellos. Cuando llegó el día fijado en el que iba a tener lugar la solemne procesión de la victoria, ninguno de los numerosísimos habitantes de la ciudad se quedó en casa, sino que todos salieron fuera y ocuparon los lugares donde sólo podían caber de pie, sin dejar más que el espacio necesario para que pasara la comitiva que iban a ver.

123 Todo el ejército, por centurias y cohortes, a las órdenes de sus jefes salió cuando aún era de noche y se detuvo no en las puertas del palacio de arriba[61], sino cerca del templo de Isis[62], pues es allí donde habían pernoctado entonces los
124 emperadores. En el momento en que ya amanecía salieron Vespasiano y Tito coronados con laurel y revestidos con los tradicionales ropajes de púrpura y se dirigieron a los Pórti-
125 cos de Octavia[63]. Allí aguardaban su llegada el Senado, los magistrados de alto rango y los miembros del orden ecues-
126 tre. Se había erigido delante de los pórticos una tribuna, en la que había sillas de marfil para los príncipes. Éstos se acercaron y se sentaron en ellas. Enseguida el ejército los aclamó y todos dieron numerosos testimonios de su valor. Los príncipes no llevaban armas, estaban revestidos de seda
127 y coronados de laurel. Vespasiano, después de recibir los vítores de sus súbditos, que aún querían manifestarle más, hi-

---

[61] El palacio del Palatino.

[62] El Templo de Isis y Serapis había sido construido por Calígula en el año 38 en el Campo de Marte.

[63] Cecilio Metelo erigió en el 147 a. C. estos pórticos en la ladera oeste del Capitolio, junto al teatro de Marcelo. Augusto los reconstruyó y dedicó a su hermana Octavia en el 23 a. C.

zo una señal de silencio. Se produjo entonces en todos una 128
profunda calma; él se levantó, se cubrió con el manto la
mayor parte de la cabeza y pronunció las acostumbradas
oraciones. Lo mismo hizo también Tito. Después del rezo 129
Vespasiano dirigió a todos los congregados unas breves pa-
labras y dejó ir a los soldados a tomar el banquete que se
acostumbra a ofrecerles por parte de los emperadores. Él 130
mismo se retiró hacia la puerta que recibe su nombre por el
hecho de que por ella pasan siempre las comitivas del triun-
fo[64]. Allí los tres comieron algo, se pusieron las vestimentas 131
triunfales, hicieron sacrificios a los dioses que están situa-
dos junto a la puerta y llevaron la procesión del triunfo a
través de los teatros, para que la multitud pudiera verlo con
mayor facilidad.

El cortejo triunfal en Roma[65]

Es imposible describir, como se me- 132
rece, la cantidad de aquellos espectáculos
y su magnificencia en todo lo que uno
podría imaginarse por sus obras de arte,
por sus diversos tipos de opulencia y por
su peculiar naturaleza. Pues aquel día se habían reunido pa- 133

---

[64] La *Porta Triumphalis*, que seguramente estaba situada entre la *Porta Flumentana* y la *Porta Carmental*, no lejos del río Tíber (para su localización véase L. Richardson, *A New Topographical Dictionary of Ancient Rome*, Londres, 1992, pág. 301). En este punto es donde los generales romanos vencedores, tras pasar por la *Via Triumphalis*, deponían los haces y el *imperium* y entraban en la ciudad; cf. Cicerón, *Contra Pisón* 55, Tácito, *Anales* I 8, Suetonio, *Augusto* 100, y Dión Casio, LVI 42.

[65] Sobre el ritual e itinerario de este acto, civil y religioso, de acción de gracias del vencedor en honor a Júpiter Óptimo Máximo pueden consultarse las obras de E. Makin, «The triumphal route with particular reference to the Flavian Triumph», *Journal of Roman Studies* 11 (1921), 25-37, y H. S. Versnel, *Triumphus. An inquiry into the origin, development and meaning of the Roman Trumph*, Leiden, 1970.

ra demostrar la grandeza del Imperio romano casi todas las riquezas que alguna vez han tenido los hombres más felices, objetos asombrosos y muy valiosos, conseguidos uno a uno
134 y en diversos lugares. Se podía ver una gran cantidad de plata, oro y marfil labrada en todo tipo de formas, que no era transportada como en una procesión, sino que, por así decirlo, corría como el caudal de un río. Se llevaban tejidos de la más extraña púrpura y otros bordados con la técnica babilonia con representaciones figurativas de gran realismo.
135 Eran tantas las piedras preciosas transparentes que había en el cortejo, unas engastadas en coronas de oro y otras en diversas joyas, que no tendría sentido que consideráramos a
136 ninguna de ellas como una rareza. Asimismo eran transportadas las estatuas de sus dioses[66], admirables por su grandeza y realizadas con un arte de gran nivel. Ninguna de ellas estaba hecha de un material que no fuera precioso. Iban muchas especies de animales, recubiertos todos ellos de los or-
137 namentos apropiados. Igualmente iba revestida de ropajes de color púrpura y tejidos con oro la multitud de hombres que transportaban cada uno de estos grupos de animales. Los que habían sido seleccionados para ir en la propia comitiva del triunfo llevaban sobre ellos una vestimenta mara-
138 villosa y muy suntuosa que destacaba sobre el resto. Además se podía contemplar cómo la muchedumbre de los prisioneros de guerra iba bien ataviada. La variedad y belleza de sus ropajes no dejaban ver la angustia que producían
139 la vejaciones sufridas en sus cuerpos. Lo que más admiración causaba del desfile triunfal era la disposición de los ta-

[66] Se refiere a los dioses romanos, lo que indica que en este caso concreto Josefo se presenta como un judío, no como un romano. Sobre el conflicto de nuestro autor a la hora de escribir su historia como un judío, como un romano, como un griego o como un «extranjero», véase nota a V 17.

blados[67] que llevaban, pues a causa de su tamaño provoca-
ban temor y desconfianza por su seguridad durante su trans-
porte. Muchos de ellos estaban compuestos de tres y cuatro 140
pisos, y la suntuosidad de su estructura producía a la vez
placer y miedo. Gran parte de estos andamiajes estaban re- 141
cubiertos de telas de oro y todos estaban rodeados por incrus-
taciones de oro y marfil tallado. La guerra, que aparecía re- 142
presentada en sus diversos episodios por muchas escenas,
propiciaba un visión muy realista de sí misma. Se podía con- 143
templar un país próspero devastado, escuadrones de enemi-
gos muertos al completo, unos que huían y otros que eran
llevados como prisioneros, murallas de una altura extraordi-
naria demolidas por las máquinas, fortificaciones muy sóli-
das conquistadas, recintos de ciudades llenos de gente to-
talmente arrasados, un ejército que penetraba en el interior 144
de los muros, un lugar totalmente sembrado de muerte, las
súplicas de los enemigos que no eran capaces ni de levantar
sus brazos, el fuego que ardía en los templos, casas que se
venían abajo encima de sus dueños, y, tras una gran desola- 145
ción y abatimiento, se podían contemplar ríos que corrían
no a través de una tierra cultivada ni servían para beber a los
hombres ni a los animales, sino que lo hacían por medio de
una región que ardía en llamas por todos lados. Esto era lo
que iban a sufrir los judíos por haberse entregado a la gue-
rra. El arte y el gran tamaño de estas reproducciones mos- 146
traban los acontecimientos a los que no los habían visto,
como si hubieran estado presentes en ellos. Sobre cada uno 147
de los decorados estaba representado el general de la ciudad
conquistada, tal y como había sido capturado. Detrás seguían

[67] El término griego es *pêgmata,* o el latinizado *pegma,* que se utiliza para designar las máquinas y escenarios teatrales móviles.

148 muchas naves[68]. Los demás despojos iban todos juntos sin orden, pero de entre ellos destacaban los que habían sido cogidos del Templo de Jerusalén: una mesa de oro[69], cuyo peso era de varios talentos, y un candelabro también de oro, que tenía una forma diferente de la que acostumbramos a
149 usar nosotros[70]. La barra central partía de un pie y de ella salían unos delgados brazos, cuya disposición era muy parecida a la de un tridente, y cada uno de ellos tenían en su extremo una lámpara hecha de bronce. Estos brazos eran siete, para aludir al valor que este número siete tiene entre
150 los judíos[71]. A continuación era transportado el último de los
151 despojos, la Ley de los judíos[72]. Detrás marchaban muchos hombres que llevaban las estatuas de la Victoria, todas ellas
152 hechas de marfil y oro. A continuación desfilaba en primer lugar Vespasiano y en segundo lugar Tito; Domiciano cabalgaba con ellos, vestido con distinción y con un caballo que era digno de verse[73].

---

[68] Con estas naves se quería conmemorar la famosa batalla naval del lago de Gennesar; cf. III 522 ss.

[69] La mesa de los doce panes de la proposición; cf. V 217.

[70] Estos objetos han sido descritos en V 216 ss. y actualmente pueden verse en los relieves del Arco de Tito en Roma, levantado tras la muerte del emperador por Domiciano en el año 85.

[71] El número siete y sus múltiplos simbolizan la idea de abundancia, de perfección y de totalidad. Es la cifra sagrada por excelencia. Con ella se rige el curso del tiempo: la semana (*Éxodo* 31, 15) o el año sabático (*Levítico* 25, 1.7). Asimismo, el número siete aparece con frecuencia en rituales y se asocia a objetos sagrados (cf. *Levítico* 1, 6-17 y *Tobías* 12, 15); cf. M. Lurker, *Wörterbuch Biblischer Bilder und Symbole* = *Diccionario de imágenes y símbolos de la Biblia*, Córdoba, 1987, págs. 213-214.

[72] El propio Josefo había pedido salvar otros ejemplares de esta Ley, es decir, de los libros del Pentateuco, después de la destrucción de Jerusalén; cf. *Autobiografía* 418.

[73] Cf. Suetonio, *Domiciano* II.

Ejecución de Simón

La procesión triunfal acabó en el tem- 153
plo de Júpiter Capitolino. Llegados allí se detuvieron, pues una antigua costumbre de la patria mandaba permanecer en ese lugar hasta que se anunciara la ejecución
del general de los enemigos. Éste era Simón, el hijo de Gio- 154
ra, que entonces había desfilado entre los prisioneros de guerra. Con una cuerda al cuello lo arrastraron hacia un lugar sobre el Foro[74], mientras era azuzado por los que le llevaban. Existe una ley romana que prescribe ejecutar allí a los que han sido condenados a muerte por sus crímenes.
Cuando se dio a conocer que ya había muerto, todos acla- 155
maron y comenzaron los sacrificios. Los príncipes, después de celebrarlos con las acostumbradas oraciones, se retiraron
al palacio. Éstos invitaron a determinadas personas a un 156
banquete, mientras que todos los demás tenían dispuestos en
su casa los preparativos para el festín. Pues la ciudad de 157
Roma celebró ese día la victoria de su ejército sobre los enemigos, el final de sus discordias civiles y el comienzo de sus esperanzas de prosperidad[75].

---

[74] La cárcel Mamertina, al noroeste del Foro. En la estancia superior aguardaban los acusados la celebración del juicio, mientras que en la inferior, llamada *Tullianum,* estaban los presos por delitos capitales y allí solían ser ejecutados.

[75] Vespasiano y Tito acuñaron monedas con el lema *Judaea capta, Juadaea victa,* en las que estaba representada una mujer llorosa sentada bajo una palmera y detrás de ella un legionario romano. DIÓN CASIO, LXVI 7, 2, sugiere que los Flavios no tomaron el apelativo de *Judaicus* por la existencia de la Diáspora judía a lo largo y ancho del Imperio romano; una discusión sobre este aspecto puede verse en P. KNEISSL, *Die Siegestitulatur der römischen Kaiser,* Gotinga , 1969, pág. 42, y SMALLWOOD, *The Jews...,* págs. 329-330.

Erección del Templo de la Paz

158 Después de festejar el triunfo y de consolidar con firmeza el Imperio romano, Vespasiano decidió levantar un templo a la Paz[76]. En muy poco tiempo se terminó esta construcción, que presentaba un aspecto por encima de lo que podía concebir la
159 mente humana. Utilizó en él las extraordinarias riquezas de su propiedad y, además, lo embelleció con las obras más destacadas de la Antigüedad en pintura y escultura.
160 En efecto, en aquel templo fueron reunidos y expuestos todos los objetos que antes los hombres para verlos tenían que recorrer todo el orbe habitado, porque deseaban contemplar estas piezas, que estaban unas en un país y otras
161 en otro. También colocó allí como ofrenda los vasos de oro del Templo de los judíos, de los que estaba orgullo-
162 so[77]. Ordenó guardar en su palacio la Ley hebrea[78] y los velos de púrpura del santuario[79].

[76] El Templo de la Paz fue levantado en el año 75, según noticia de Dión Casio, LXV 15, al sudeste del Foro, entre la *Via Sacra* y la *Via Carinae*. Este evento es unos de los argumentos utilizados para fechar la composición de la obra; cf. el apartado 3 de la Introducción. Un incendió destruyó este templo en tiempos de Cómodo (cf. Herodiano I 14, 2).

[77] Williamson, en su traducción, anota cómo estos objetos fueron robados por los vándalos y llevados al norte de África en el 455, recuperados en Constantinopla en el 534 por Belisario y cómo luego han permanecido en una iglesia de Jerusalén hasta el siglo x, fecha en que ya no se vuelve a saber nada de ellos.

[78] Cf. VII 150.

[79] Cf. V 212, 219 y VI 389-390.

Lucilio Baso toma la fortaleza del Herodio. Descripción de Maqueronte y sus alrededores

163 Lucilio Baso, que había sido enviado como legado a Judea y que había recibido el ejército de manos de Cereal Vetiliano[80], conquistó la fortaleza del Herodio[81] con sus ocupantes. 164 A continuación decidió ir contra Maqueronte[82] con la legión décima y con todas las tropas que había reunido, pues estaban dispersas en numerosos destacamentos. Era muy necesario destruir esta fortaleza, para que la sólida posición de este lugar no empujara a rebelarse a muchos judíos. 165 Efectivamente, la naturaleza del lugar era muy apropiada para producir en los que la ocupaban una firme esperanza de salvación, así como dudas y miedo en sus atacantes. 166 Pues la parte amurallada es una altura rocosa tan elevada que hace imposible su expugnación y, por su parte, la naturaleza había procurado que también fuera inaccesible. 167 Por todos los lados estaba rodeada por barrancos cuya profundidad era insondable, y no era posible atravesarlos fácilmente ni rellenarlos con terraplenes por ningún sitio. 168 El valle que bordeaba la fortaleza por occidente se extendía sesenta estadios[83] y acababa en el lago Asfaltitis[84]. La misma Maqueronte tenía en esta dirección su cima más elevada, que destacaba sobre todas las demás. 169 Los barrancos del Norte y del Sur eran de una dimensión inferior a la del que acabamos de describir, aunque también era imposible atacar a través de ellos. 170 La pro-

---

[80] Aunque los manuscritos transmitan la lectura de Vetiliano, el personaje no puede ser otro que Sexto Cereal Vetuleno, legado de la quinta legión durante el ataque del monte Garizim; cf. III 307-315.

[81] Cf. nota a IV 518.

[82] Esta fortaleza, situada en la extremidad nordeste del Mar Muerto, era una de las más importantes de Judea, según la opinión de Plinio, *Historia natural* V 16, 72; cf. también *Antigüedades* XVIII 119.

[83] Poco más de 11 kilómetros.

[84] Otro de los nombres dados al Mar Muerto.

fundidad del barranco de la parte oriental no era menor de cien codos[85] y acababa junto a una montaña que estaba situada enfrente de Maqueronte.

171 El rey de los judíos, Alejandro[86], cuando observó esta situación natural del lugar, fue el primero que levantó allí una fortaleza, que luego destruyó Gabinio[87] en su lucha
172 contra Aristobulo. Herodes, durante su reinado, consideró que este lugar era el que merecía más atención de todos para ser fortificado con solidez a causa de su proximidad con los árabes, ya que estaba situado en un punto estratégico frente
173 al país de aquéllos. Rodeó con murallas y torres un amplio espacio y edificó allí una ciudad, desde donde un camino
174 subía a la parte alta. La cima la rodeó también de una muralla y en sus esquinas colocó torres de sesenta codos cada
175 una de ellas. En medio del recinto construyó un magnífico
176 palacio por la grandeza y belleza de sus aposentos. En los lugares más apropiados dispuso numerosas cisternas que recogieran el agua de la lluvia y que pudieran suministrarla con abundancia, como si de esta forma él mismo quisiera rivalizar con la naturaleza para superar con fortificaciones hechas por el hombre la inexpugnabilidad de aquel lugar.
177 Además guardó en este lugar una gran cantidad de armas arrojadizas y de máquinas de guerra y pensó en dejar preparado a sus habitantes todo lo que podía darles valor para hacer frente a un asedio muy largo.

178 En el palacio estaba plantada una ruda, digna de admiración por su tamaño, pues su anchura y altura no eran meno-
179 res a las de una higuera. Se decía que este vegetal existía ya

---

[85] Sobre el empleo de esta medida en la obra de Josefo veáse nota a V 36.

[86] Alejandro Janeo (107-78 a. C.); cf. I 85 ss. y *Antigüedades* XIV 83.

[87] Fue legado de Pompeyo en la guerra contra Aristobulo (cf. I 140) y gobernador de Siria entre los años 57-55 a. C. (cf. I 160 ss.).

desde la época de Herodes y posiblemente habría durado
más tiempo, si los judíos que se asentaron en este lugar no
la hubieran cortado. En el barranco que rodea la ciudad por 180
el norte hay un lugar llamado Baara[88], que produce una raíz
que lleva su mismo nombre. Tiene el color parecido al del 181
fuego; al atardecer produce unos resplandores que hacen
que no sea fácil cogerla por parte de los que se acercan y
quieren arrancarla, sino que se escapa y no se queda quieta
hasta que no se derrama sobre ella orina de mujer o sangre
de menstruación[89]. No obstante, también entonces los que la 182
tocan tienen una muerte segura, a no ser que se dé la cir-
cunstancia de que lleven la mencionada raíz colgada de la
mano. También se la puede cortar sin peligro de la siguiente 183
forma: se excava en círculo alrededor de la planta, de forma
que sólo quede enterrada una parte muy pequeña de la raíz.
Después se le ata un perro y, cuando éste se lanza para per- 184
seguir a la persona que lo ha amarrado, la arranca fácil-
mente. El perro muere inmediatamente, como víctima, en
lugar de aquel que iba a cortar la planta. Así, los que la co-
gen después no tienen ya que temer nada. A pesar de tantos 185
peligros, esta planta es muy buscada por una única cualidad:
con sólo acercarla enseguida expulsa de los enfermos los
llamados demonios, es decir, los espíritus de los hombres
malvados que se introducen en los vivos y los matan, si no
se les ayuda. En este lugar fluyen fuentes de aguas calientes 186
que tienen sabores muy diferentes unas de otras, pues unas

---

[88] Este lugar, conocido también con el nombre de Bares o Baaru, se ha identificado con las aguas termales del actual Wadi Zerqa Main, al norte del desfiladero de Maqueronte; cf. Eusebio, *Onomástico* XLV-XLVI, y Abel, *Geógraphie...*, I, págs. 200 y 460.

[89] En la descripción del Mar Muerto, IV 480, la orina de mujer y la sangre menstrual también tienen la propiedad de despegar el asfalto de sus aguas.

187 son amargas y otras muy dulces. Hay también numerosos manantiales de aguas frías, que no sólo tienen sus fuentes
188 unas junto a otras en las zonas más bajas, sino que, lo que es aún más admirable, cerca se puede ver una cueva poco pro-
189 funda, protegida por arriba por una roca que sobresale. Encima de ella se alzan dos especies de senos, poco distantes el uno del otro. De uno nace una fuente de agua muy fría y del otro otra muy caliente, que al mezclarse propician un baño muy agradable que cura las enfermedades, muy especialmente las relacionadas con los nervios. Este lugar posee también minas de azufre y de alumbre.

El asedio de Maqueronte por Baso

190 Después de examinar el terreno, Baso decidió hacer una incursión cubriendo de tierra el barranco oriental. Se hizo cargo de las obras y se esforzó por levantar pronto el terraplén y por medio de él lle-
191 var a cabo un fácil asedio. Los judíos, que estaban sitiados en el interior de Maqueronte, se separaron de los extranjeros[90] y les obligaron a quedarse en la parte baja de la ciudad y a exponerse al peligro los primeros, pues consideraban
192 que eran una multitud inútil. Mientras, ellos se apoderaron y permanecieron en la fortaleza a causa de la solidez de su fortificación y en previsión de su propia salvación, ya que creían que, si entregaban la ciudad a los romanos, consegui-
193 rían su perdón. Pero antes querían poner a prueba las esperanzas que ellos tenían de huir del asedio. En consecuencia, todos los días hacían salidas llenos de valor. Muchos de ellos perecieron al entrar en combate con los soldados que trabajaban en los terraplenes, aunque también mataron a

[90] Seguramente se trata de los nabateos, que ocupaban las regiones limítrofes.

numerosos romanos. En la mayoría de los casos era la oca- 194
sión del momento la que decidía la victoria en uno y otro
bando: en el caso de los judíos, cuando caían sobre los ene-
migos en un momento de descuido, y en el caso de los ro-
manos que se hallaban en los terraplenes, cuando tomaban
precauciones y hacían frente al ataque bien protegidos. Sin 195
embargo, el final del asedio no iba a tener lugar en estas re-
friegas, sino que un hecho fortuito ocurrido de forma ines-
perada obligó a los judíos a entregar la fortaleza. Entre la 196
gente sitiada en la ciudad había un joven, llamado Eleazar,
dotado de una valiente audacia y de una fuerza emprende-
dora. Este individuo se había distinguido en las incursiones 197
anteriores, pues había exhortado a muchos a salir a impedir
la realización de los terraplenes y en los combates había in-
fligido numerosas y terribles pérdidas a los romanos. Tam-
bién hacía más fácil el ataque de los que se atrevían a
acompañarle y les procuraba una retirada sin peligro, al ser
él el último en abandonar el lugar. No obstante, en una oca- 198
sión, finalizada una batalla y retirados ya los soldados de
uno y otro bando, Eleazar, que con desprecio pensaba que
ya no había ningún enemigo que volviera a emprender la lu-
cha, se quedó fuera de las puertas y se puso a hablar con los
que estaban encima de la muralla con toda su atención
puesta en aquéllos. Un soldado de las líneas romanas, Rufo, 199
de origen egipcio, vio la ocasión y de repente, sin que nadie
lo esperara, fue corriendo con sus hombres, lo levantó en
alto junto con sus armas y no paró hasta llevarlo al campa-
mento romano, mientras que los que lo veían desde la mu-
ralla se quedaron paralizados de espanto. El general ordenó 200
traer al judío desnudo y llevarlo a la posición que fuera más
visible para los que miraban desde la ciudad y le azotó con
látigos. El sufrimiento de este joven afectó intensamente a
los judíos. Toda la ciudad lloró por él y su lamento fue ma-

yor de lo que cabía esperar por la desgracia de un solo hom-
201 bre. Cuando Baso vio esta reacción, dio inicio a una estratagema contra los enemigos. Quería intensificar su dolor, para que se vieran forzados a entregar la ciudad a cambio de la salvación de Eleazar. Y, en efecto, sus esperanzas se cumplie-
202 ron. Mandó levantar una cruz[91], como si en ella fuera a colgarse inmediatamente a Eleazar, y así produjo una angustia aún mayor en los que observaban este espectáculo desde la fortaleza. Ellos gritaron y gimieron que no podían soportar
203 este inmenso sufrimiento. Entonces Eleazar les pidió que no le dejasen soportar la más cruel de las muertes y que se rindieran a la fuerza y a la Fortuna de los romanos, ahora que ya todos estaban en sus manos, para así obtener su propia
204 salvación. Los judíos se conmovieron ante sus palabras y, ante los muchos ruegos que por él hicieron dentro de la ciudad, ya que Eleazar pertenecía a una importante y numerosa familia, cedieron a la compasión en contra de su índole na-
205 tural. Rápidamente eligieron y enviaron a algunos emisarios para negociar la entrega de la ciudad con la petición de que les dejaran abandonar Maqueronte sanos y salvos y llevarse
206 de allí a Eleazar. Los romanos y su general aceptaron estas condiciones, si bien la gente que estaba en la ciudad baja[92], al enterarse de que los judíos habían hecho el acuerdo de forma particular, decidieron huir en secreto por la noche.
207 Cuando éstos abrieron las puertas, los judíos que habían negociado el tratado se lo comunicaron a Baso, ya sea porque sentían envidia de que éstos se salvaran o para que no se les
208 echara a ellos la culpa de su huida. Los más valientes de los que salieron de la ciudad tuvieron tiempo de abrirse camino

[91] Sobre la práctica de este suplicio entre los judíos véase la nota a IV 317.

[92] Los extranjeros citados en VII 191.

y escapar, mientras que fueron degollados mil setecientos hombres de los que quedaron dentro y esclavizados las mujeres y los niños. Sin embargo Baso, que era consciente de que había 209
que respetar los acuerdos hechos con los que habían entregado la fortaleza, los dejó marchar y les devolvió a Eleazar.

Batalla de Jardes

Solucionado este problema, Baso se 210
dirigió con su ejército al bosque llamado Jardes[93], puesto que le había llegado la noticia de que allí se habían reunido muchos de los que antes se habían fugado del asedio de Jerusalén y del de Maqueronte. Cuando llegó 211
al lugar y se percató de que la noticia no era falsa, empezó por rodear todo el terreno con jinetes, para que la caballería hiciera imposible la huida a los judíos que osaran abrirse camino. A los soldados de infantería les encomendó talar el bosque en el que aquéllos se habían refugiado. Por ello los 212
judíos se vieron obligados a realizar alguna acción heroica, pues tal vez podrían huir si se arriesgaran en una lucha audaz. Así, todos en tropel con grandes gritos se lanzaron y cayeron sobre los que les cercaban. Los romanos resistieron 213
con fuerza. La batalla duró mucho tiempo, porque los unos actuaban con una gran desesperación y los otros por el deseo de obtener la victoria. Sin embargo, el desenlace del combate no fue el mismo para ambos contendientes. De to- 214
dos los romanos perdieron la vida doce y unos pocos fueron heridos, mientras que ninguno de los judíos escapó de esta refriega, sino que murieron todos, que no eran menos de tres mil. Entre ellos perdió también la vida su general, Judas, el 215

[93] Este bosque, situado en algún lugar de la Transjordania, no ha sido identificado.

hijo de Ari, del que antes hemos dicho[94] que estaba al frente de un destacamento en el asedio de Jerusalén y que se escapó sin ser visto al meterse por una de las minas subterráneas.

Vespasiano impone un tributo a los judíos

216 Por aquel mismo tiempo Cesar envió una carta a Baso y a Laberio Máximo, que era el procurador, con la orden de
217 arrendar todo el territorio judío. No fundó allí ninguna ciudad, sino conservó esta región como propiedad personal[95]. Solamente concedió a ochocientos veteranos del ejército una zona para establecerse en ella, llamada Emaús, a treinta estadios de Jerusalén[96].
218 Por otra parte, impuso a los judíos, en cualquier sitio donde estuvieran[97], un impuesto de dos dracmas cada uno que ordenó entregarlo todos los años en el Capitolio, como antes

[94] En VI 92 se cita a este zelote, aunque no se menciona su huida.

[95] Judea era propiedad personal del emperador, que la administraba por medio de un representante suyo, un *procurator*, como era este Laberio Máximo, o un *legatus Augusti pro praetore*, como era habitual en las provincias imperiales.

[96] Esta Emaús no es la citada en II 63, conocida también por el nombre de Nicópolis, sino la Emaús bíblica (cf. *Lucas* 24, 53), la actual Qulonieh (la romana Colonia), a 8 kilómetros al sur de Jerusalén; sobre los problemas de identificación de este enclave, véase SCHÜRER, *Historia...*, I, págs. 654-655.

[97] Es decir, la Diáspora, que de esta forma recibía un reconocimiento oficial por las autoridades imperiales. Paradógicamente esta Diáspora permitió a los judíos sobrevivir a la conquista romana y a la catástrofe bélica de los años 66 al 74. Más allá de Palestina y de las zonas limítrofes las consecuencias de la guerra entre la población judía fueron más bien modestas, al igual que lo había sido la participación de la Diáspora en la guerra; cf. SMALLWOOD, *The Jews...*, págs. 356-388.

lo habían hecho en el Templo de Jerusalén[98]. Ésta era la situación de los judíos en aquel momento[99].

Antíoco, rey de Comagene, acusado de conspiración

219 En el cuarto año del reinado[100] de Vespasiano aconteció que Antíoco, rey de Comagene[101], y toda su familia sufrieron tremendas desgracias por la siguiente causa. Cesenio Peto, que entonces era go- 220
bernador de Siria, ya sea porque dijo la verdad o por el odio que sentía hacia Antíoco, pues no se aclaró totalmente la realidad de los hechos, envió una carta a César. En ella de- 221

[98] Por prescripción bíblica todo judío adulto tenía que pagar el impuesto de medio siclo, dos dracmas, para contribuir al mantenimiento del Templo; cf. *Éxodo* 30, 13; *Nehemías* 10, 32 (sólo se habla de medio siclo); *Mateo* 17, 24 y *Antigüedades* XVIII 312. Roma mantiene este *iudaicus fiscus* y lo transfiere al templo de Júpiter Capitolino, ya que el templo de Yahveh ha desaparecido. Domiciano cometió una serie de abusos en la percepción de este impuesto hasta que Nerva reestableció la situación anterior, como anotan Suetonio, *Domiciano* XII, y Dión Casio, LXVI 7; cf. M. Hadas-Lebel, «La fiscalité romaine dans la littérature rabbinique», *Revue des études juives* 143 (1984), 5-29.

[99] Flavio Josefo omite cualquier tipo de referencias de antijudaísmo en la política imperial, como, por ejemplo, la noticia del historiador cristiano del siglo II Hegesipo recogida por Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica* III 12, 32. Según este autor bajo Vespasiano, Domiciano y Trajano tuvo lugar una importante persecución contra los judíos, en especial contra aquellos que eran de origen davídico, para así acabar con la descendencia real en la que aún se tenían puestas las esperanzas mesiánicas de los hebreos.

[100] El 72-73 d. C.

[101] Sobre esta región, al norte de Siria, y sobre Antíoco IV y su dinastía véase la nota a V 461 y la obra de R. D. Sullivan, «The Dynasty of Comagene», *Auftieg und Niedergang der Römischen Welt*, II 8 (1977), 732-798. La historia de Comagene y la de los alanos que viene después no guarda relación con la guerra de los judíos contra Roma, si bien le sirve al autor para ilustrar la política romana en el restablecimiento de las fronteras del Imperio.

cía que Antíoco y su hijo Epífanes habían determinado sublevarse contra Roma y habían concluido un tratado con el
222 rey de los partos[102]. Por tanto, era preciso adelantarse a ellos para que no tomaran la iniciativa en estas operaciones y no revolvieran con esta guerra todo el Imperio romano. César
223 no podía quedarse sin prestar atención a esta denuncia, que había caído en sus manos, pues la proximidad de los dos reyes hacía que el asunto adquiriera una importancia digna de
224 tener en cuenta. Samosata, la capital de Comagene, está ubicada junto al Éufrates, de modo que para los partos, en caso de que tuvieran tales intenciones, les era fácil pasar allí y ser recibidos en condiciones de seguridad.

Cesenio Peto invade Comagene

225 En consecuencia, se creyó en las palabras de Peto. Éste, cuando recibió el poder para llevar a cabo lo que considerara oportuno, no perdió tiempo, sino que de repente, sin que Antíoco y los suyos presintieran nada, penetró en Comagene con la sexta legión,
226 junto con cohortes y algunas alas de caballería. Luchaban con él el rey de la llamada Calcídica[103], Aristobulo, y el de

---

[102] Los partos constituían una seria amenaza para la política de Roma en Oriente y, como se ha visto en el Proemio, a ellos va dirigida también esta obra. Sin embargo, los partos como tal no intervinieron en la guerra del 66-74, si bien tanto Agripa II, en su famoso discurso (cf. II 388-389), como Tito (cf. VI 343), recuerdan la llamada de los judíos de Jerusalén a sus hermanos de Adiabene, súbditos del reino parto; cf. DIÓN CASIO, LXVI 4, 3, y J. NEUSNER, *A history of the Jews in Babylonia*, Leiden, 1965, I, págs. 64-67.

[103] Esta Calcídica puede ser el reino de Calcídica o Calcis, al sur del Líbano, dentro del antiguo reino itureo, de cuyo rey Herodes de Calcídica y de la Armenia Inferior se ha hablado en I 552, II 217, 221, 223 y 252. Su hijo Aristóbulo, referido aquí, también ha sido citado anteriormente en II 221 y 252. No obstante la denominación de teritorio calcídico se aplica

la región conocida por el nombre de Emesa, Soemo[104]. Los 227 romanos no encontraron resistencia a su invasión, pues ninguno de sus habitantes quiso enfrentarse a ellos. Pero An- 228 tíoco, a quien la noticia le había sorprendido inesperadamente, ni siquiera llegó a pensar en una guerra contra los romanos, sino que decidió abandonar todo su reino en el estado en que se encontraba y partió con su mujer y sus hijos, pues pensaba que de esta manera ante los ojos de los romanos él demostraría que estaba libre de las acusaciones que se le imputaban. Cuando se hallaba a cien estadios de la 229 ciudad, en la llanura, levantó allí su campamento.

Peto envió soldados para que se apoderaran de Samo- 230 sata y por medio de ellos conquistó la ciudad. Mientras, él en persona, con el resto de su ejército, se dispuso a atacar a Antíoco. Sin embargo el rey, ni siquiera obligado por la ne- 231 cesidad del momento, quiso emprender ningún acto bélico contra los romanos, sino que se lamentó por su suerte y decidió soportar lo que fuera necesario. No obstante, para sus 232 hijos, que eran jóvenes experimentados en la guerra y que destacaban por su fuerza física, no era fácil aceptar esta desgracia sin luchar. Por ello, Epífanes[105] y Calínico echaron mano de la fuerza. Durante todo el día combatieron en 233 una dura batalla, en la que ellos mostraron una brillante valentía, y al atardecer dejaron de hacerlo, sin que sus fuerzas se hubieran visto aminoradas. Pero a Antíoco no le pareció 234 aceptable quedarse en este lugar, a pesar del resultado de esta batalla. Cogió a su mujer y a sus hijas y con ellas huyó

---

también a la ciudad de *Chalcis ad Bellum,* que en el 92 a. C. fue incorporada a la provincia de Siria; cf. SCHÜRER, *Historia...*, I, págs. 725-728.

[104] Emesa, al norte de Siria, es la actual Homs. Sobre la monarquía de este pequeño reino, cf. R. D. SULLIVAN, «The Dynasty of Emesa», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt,* II 8 (1977), 198-219.

[105] Véase su actuación delante de los muros de Jerusalén en V 460 ss.

a Cilicia[106]. Con esta acción deshizo la moral de sus propios
235 soldados. Estos últimos hicieron defección y se pasaron a los romanos, como si su reino hubiera sido ya sentenciado
236 por Antíoco. El desánimo era evidente en todos ellos. Entonces Epífanes y los suyos, antes de quedarse totalmente sin aliados, tuvieron que ponerse ellos mismos a salvo de los enemigos. En total fueron diez los jinetes que les acom-
237 pañaron al cruzar el Éufrates. Desde allí, conducidos sin peligro hasta el rey de los partos, Vologeses, no fueron tratados como fugitivos, sino que fueron acogidos con todo honor, como si aún disfrutaran de su anterior prosperidad.

Antíoco hace la paz con Vespasiano

238 Cuando Antíoco llegó a Tarso[107], en Cilicia, Peto le envió un centurión que le
239 condujo encadenado a Roma. Vespasiano no soportó que le llevaran ante su presencia de esa manera, pues creía que era mejor respetar la antigua amistad que dejarse llevar por una
240 implacable cólera bajo el pretexto de la guerra. Por tanto ordenó que le quitasen las cadenas, cuando Antíoco aún estaba de camino, y que no lo trajeran a Roma, sino que de momento viviera en Lacedemonia. Le concedió también importantes rentas para que no sólo disfrutara de una vida de
241 abundancia, sino también propia de un rey. Cuando se enteraron de estos hechos Epífanes y los que estaban con él, que antes habían temido mucho por su padre, se vieron entonces libres de la gran preocupación que embargaba sus almas.

[106] Región del sudeste de Asia Menor en una posición estratégica entre Anatolia y Siria. En el 101 a. C. Roma la convirtió en provincia.

[107] En época romana Tarso, a orillas del río Cidno, era la capital de Cilicia. Esta ciudad, también conocida con el nombre de Antioquía de Cilicia, contaba con una importante comunidad judía, de la que procedía el apóstol Pablo; cf. *Hechos de los Apóstoles* 21, 39 y 22, 3.

Además, se esperanzaron con reconciliarse con César, 242
pues Vologeses había escrito a este último sobre ellos. A
pesar de su situación próspera, sin embargo no soportaban
vivir fuera del Imperio romano. César, en su bondad, les
concedió plenas garantías de seguridad y ellos se presenta- 243
ron en Roma. Su padre vino inmediatamente desde Lace-
demonia a reunirse con ellos y así vivieron allí tratados
con toda dignidad.

Los alanos invaden Media y Armenia

El pueblo de los alanos que, como he- 244
mos dicho antes en algún momento[108],
eran escitas que habitaban cerca del Ta-
nais[109] y de la laguna Meótide[110], tenían 245
por aquel entonces el propósito de invadir
y hacer pillaje en Media y en regiones aún más lejanas. Ne-
gociaron con el rey de Hircania[111], pues éste era el que con-
trolaba el acceso, que el rey Alejandro había cerrado con
unas puertas de hierro[112]. Cuando aquél les autorizó pasar, 246
atacaron en masa a los medos, que no se lo esperaban, y sa-
quearon un país muy poblado y abundante en todo tipo de
ganados, sin que nadie se atreviera a oponerles resistencia.
Puesto que Pacoro[113], el rey del lugar, lleno de miedo se re- 247
fugió en parajes de difícil acceso, sin llevarse nada, excepto
a su mujer y a sus concubinas, que habían sido hechas pri-

---

[108] En ningún lugar de la obra de Flavio Josefo se habla de los alanos.

[109] Es decir, el río Don.

[110] El Mar de Azof.

[111] Reino situado al sudeste del Mar Caspio.

[112] Son las famosas *Pylae Caspiae,* un desfiladero montañoso en la cordillera del Tauro, a 60 kilómetros de la actual Teherán, que constituían el paso natural de Media e Hircania a Partia. Este lugar fue el escenario de uno de los episodios de la lucha de Alejandro Magno contra el rey Darío; cf. ARRIANO, *Anábasis de Alejandro Magno* III 19, 2.

[113] Hermano de Vologeses I, rey de Partia; cf. VII 237.

sioneras y a las que a duras penas pudo rescatar mediante el
248 pago de cien talentos. Por consiguiente, con gran facilidad y sin entablar combate llegaron hasta Armenia devastando y sa-
249 queando todo lo que se ponía en su camino. El rey armenio Tiridates[114], que salió a su encuentro y que tuvo una refriega
250 con ellos, casi fue capturado vivo en ella. Pues uno de los alanos le echó un lazo y estuvo a punto de llevárselo a rastras, si Tiridates no hubiera cortado la cuerda con su espada
251 y se hubiera dado prisa en huir. Los alanos, enfurecidos aún más por este enfrentamiento, dejaron asolado el país y se volvieron a su tierra, no sin antes llevarse una gran cantidad de prisioneros y un botín diverso de ambos reinos.

Flavio Silva ataca Masadá. Los sicarios

252 A la muerte de Baso se hizo cargo del mando en Judea Flavio Silva[115]. Cuando éste vio que toda la región había sido ya dominada por medio de la guerra, excepto una sola fortaleza, que aún mantenía la rebelión, reunió a todas las tropas[116] que tenía en aquellos lugares y emprendió una campaña contra dicho enclave,
253 llamado Masadá[117]. Un personaje poderoso, Eleazar[118], estaba al mando de los sicarios que ocupaban esta fortaleza, descendiente de Judas que, como antes expusimos[119], había

[114] También era hermano de Vologeses I.

[115] L. Flavio Silva fue cónsul en el año 81.

[116] Éstas eran la legión *X Fretensis,* que había quedado como guarnición en Jerusalén (cf. VII 5, 17), y las tropas auxiliares.

[117] Fortaleza situada en la cumbre de una peña aislada al sudeste de la orilla occidental del Mar Muerto. En 1838 fue identificada por E. Robinson y E. Smith con la actual Sebbeh. ABEL, *Geógraphie...,* II, pág. 380, la considera como una de las *mesadoth* o peñones aislados y escarpados por los que erró el rey David a través del desierto de Engadí (cf. *I Samuel* 24, 1).

[118] El hijo de Jairo, citado en II 447.

[119] Cf. II 118.

convencido a muchos judíos para que no se inscribieran, cuando Quirino fue enviado a Judea a realizar el censo[120]. En 254
aquel entonces los sicarios[121] se alzaron contra los que querían someterse a los romanos y les trataron en todo momento como enemigos: saquearon y rapiñaron sus posesiones y prendieron fuego a sus casas. Iban diciendo que esta gente no se 255
diferenciaba en nada de los extranjeros[122], pues con tanta cobardía entregaban la libertad de los judíos, que era el objeto de aquella guerra, y manifestaban claramente su preferencia por la esclavitud bajo el poder romano. Pero estas palabras 256
no eran más que un pretexto para encubrir su crueldad y su codicia. Sus actos demostraron con evidencia esta afirmación. En efecto, los que se unieron a ellos en la revuelta y 257
les ayudaron en la guerra contra Roma fueron los que sufrieron las atrocidades más crueles a manos suyas[123]. Y 258
cuando se descubrió que de nuevo sus excusas eran falsas, actuaron aún con mayor severidad contra las personas que en su justa defensa les echaban en cara su maldad. Aquella 259
época fue quizá para los judíos tan fructífera en todo tipo de perversidades, que no hubo hecho criminal que no se cometiera y, aunque uno quisiera forjar en su imaginación otras atrocidades, no podría hallar ninguna nueva. Tan infectados 260
estaban todos, en público y en privado, y tanto disputaban

[120] El conocido censo de Quirino ha sido referido en II 117.

[121] Sobre los sicarios, su ideología y la etimología de su nombre véase la nota a II 254 ss.

[122] En boca de los sicarios obviamente se emplea el término *allófylos*, «extranjero», habitual en los textos judíos en lengua griega, no el de *bárbaros*, que pertenece a la tradición de la historiografía grecorromana, como se ha visto en VII 86 y 94, por ejemplo.

[123] Josefo en el relato de Masadá continúa con la tesis que ha seguido a lo largo de la narración de toda la guerra judía: el pueblo judío es inocente y son los rebeldes, en este caso los sicarios, los responsables de todos los males.

entre sí para superarse unos a otros en sus impiedades contra Dios y en sus injusticias contra el prójimo: los poderosos trataban mal al pueblo y éste se esforzaba por matarles a
261 ellos. Aquéllos deseaban actuar como tiranos, mientras la multitud anhelaba acciones violentas y saquear los bienes de
262 los ricos. En primer lugar fueron los sicarios los que iniciaron los crímenes y la crueldad contra sus compatriotas, sin omitir ninguna palabra injuriosa y sin dejar de cometer nin-
263 guna acción criminal contra las víctimas de sus ataques. Sin embargo, Juan[124] demostró que los sicarios eran más moderados que él, puesto que no sólo ejecutó a todos los que le daban justos y útiles consejos y los trató como los peores enemigos de entre los ciudadanos, sino que desde su cargo público cubrió a su patria de multitud de desgracias, como las que podría haber llevado a cabo un hombre que ya había
264 osado cometer impiedades contra Dios. En su mesa había dispuestos alimentos prohibidos y se había apartado de la norma de pureza prescrita por la ley patria[125], de modo que no había que asombrarse si no se comportaba con humanidad y compasión con los hombres una persona que tanto furor había mostrado en sus impiedades contra Dios. Y, por
265 otra parte, ¿cuál es el crimen que no cometió Simón, el hijo de Giora o qué violencia no dejó de cometer contra los
266 hombres libres que le nombraron tirano?[126]. ¿Qué amistad o que relación familiar no hizo que esta gente fuera más audaz en sus crímenes cotidianos? En efecto, creían que maltratar a los extranjeros era obra de una innoble perversidad, mientras que pensaban que les reportaría un gran lustre la cruel-
267 dad contra los seres más próximos a ellos. No obstante, la

---

[124] Juan de Giscala.

[125] Sobre los diversos ritos de purificación, véase nota a IV 205.

[126] Cf. IV 574 ss.

locura de los idumeos superó la demencia de estos últimos. Sus individuos más perversos degollaron a los sumos sacerdotes[127], para que no quedara la más mínima parte del respeto a Dios, acabaron con todo lo que aún restaba
de organización política[128] y en toda situación impusieron 268
una anarquía absoluta, en la que se destacaron los llamados zelotes, cuyo nombre estaba justificado por su ac-
tos[129]. Pues imitaron toda clase de crímenes, sin omitir 269
celosamente cualquier atrocidad que se recuerde que haya
ocurrido anteriormente. A pesar de ello, se dieron ellos 270
mismos este nombre por el celo que ponían en realizar el bien, ya sea por burlarse de sus víctimas, a causa de su natural ferocidad, o porque para ellos los mayores críme-
nes eran considerados como algo bueno. No obstante, cada 271
uno de ellos obtuvo el final que le correspondía, pues Dios
les dio a todos el castigo que se merecían. Cayeron sobre 272
ellos todos los tormentos que puede soportar la naturaleza humana hasta el último momento de su vida, que afronta-
ron en medio de los más diversos sufrimientos. Pero se 273
podría decir que padecieron menos de lo que merecían sus actos, pues no había posibilidad de hallar un castigo ade-
cuado a ellos. No sería éste el momento de lamentarse, 274
como corresponde, de los que perecieron a manos de la crueldad de los zelotes. Por tanto, retorno a la narración de la historia que he dejado interrumpida[130].

El general romano se dirigió con sus efectivos contra 275
Eleazar y los sicarios que con él ocupaban Masadá. Rápidamente conquistó toda la región y estableció guarniciones en

---

[127] Cf. IV 314 ss.

[128] Acerca de la organización del Estado judío durante la revuelta, véase la nota a IV 318.

[129] El nombre de los zelotes ha sido comentado en nota a IV 161.

[130] Cf. VII 253.

sus enclaves más convenientes[131]. Levantó un muro alrede-
276 dor de toda la fortaleza[132], para que ninguno de los sitiados pudiera huir con facilidad, y distribuyó guardias a lo largo de la misma. El general romano acampó[133] en el lugar que
277 le pareció más adecuado para el asedio. Allí las rocas de la fortaleza se unían a la montaña próxima, si bien hacían difícil el aprovisionamiento de todo lo necesario. Pues no sólo
278 los víveres se transportaban desde lejos y a costa de grandes fatigas por parte de los judíos que tenían asignado este cometido, sino que también había que traer el agua al campamento, dado que el lugar no poseía ninguna fuente cerca[134]. Cuando Silva dejó solucionadas estas cuestiones previas,
279 emprendió el asedio, que requería de una gran habilidad y esfuerzo a causa de la solidez de la fortaleza, cuya naturaleza es la siguiente.

---

[131] El asedio romano de Masadá es uno de los acontecimientos que más fama han adquirido de toda la obra de Josefo. Cuando tuvo lugar la expugnación de esta fortaleza, en los primeros meses del año 73, nuestro autor se encontraba en Roma, por lo que no fue testigo ocular de los hechos, como ocurrió en la toma de Jerusalén. Las fuentes de su relato han de buscarse en los *commentarii* oficiales de la campaña y en relatos orales de los supervivientes.

[132] Se trata de un muro de circunvalación y bloqueo similar al que se levantó en la toma de Jerusalén; cf. V 509.

[133] La arqueología ha sacado a la luz dos campamentos, uno al sudeste de la fortaleza, a unos 700 metros, y otro en el noroeste, a 300 metros, frente al terraplén.

[134] Las poblaciones más cercanas eran Engadí, a unos 17 kilómetros, y Hebrón, a 35, pues el Mar Muerto, distante 4 kilómetros, no servía como agua potable.

Descripción de la fortaleza de Masadá[135]

Se trata de una roca de un gran perí- 280
metro, muy alta[136], a la que rodean por to-
das partes profundos barrancos, escarpa-
dos, cuyo fondo es imperceptible por la
vista e intransitables a pie por cualquier
ser vivo, excepto por dos lugares donde la roca permite su-
bir de un modo nada sencillo. Uno de estos caminos parte 281
del lago Asfaltitis, al este, y el otro, por donde es fácil transi-
tar, al oeste. Al primero de ellos le dan el nombre de «ser- 282
piente» por su parecido con ella por su estrechez y sus múl-
tiples vueltas. Pues este camino corta por entre los salientes
rocosos de los precipicios, muchas veces retrocede sobre sí
mismo, luego se va extendiendo a pequeños trechos y así a
duras penas consigue seguir adelante. Es preciso que quien 283
camine por esta senda apoye con firmeza un pie tras otro.
Existe un claro peligro de muerte al pasar por allí, ya que a
ambos lados se abren precipicios con una profundidad que
puede dejar aterrorizado a la persona más audaz. Después 284
de haber recorrido por este camino treinta estadios, sólo
queda la cumbre, que no termina en un pico escarpado, sino
en una llanura en la propia cima. En ella levantó por prime- 285
ra vez una fortaleza el sumo sacerdote Jonatán[137] y la llamó
Masadá. Más tarde el rey Herodes puso un gran empeño en

---

[135] Las excavaciones realizadas en el yacimiento de Masadá entre los años 1963 y 1965 por Y. Yadin permiten corroborar una lectura arqueológica del relato de Josefo que ahora se inicia. El conocidísimo libro del mencionado autor, *Masada, Herod' fortress and the Zealots' last stand*, Londres, 1966, puede servirnos de guía en la lectura de este pasaje. Más bibliografía sobre Masadá se encuentra en L. H. Feldman, *Josephus and Modern Scholarship (1937-1980)*, Berlín-Nueva York, 1984, págs. 763-790 y 964-967.

[136] Sobre el nivel del Mar Muerto se eleva a 365 metros y de 100 a 175 sobre el nivel de los valles que la rodean.

[137] Hermano de Judas Macabeo; cf. I 48.

286 la disposición del lugar. Construyó una muralla de siete estadios a lo largo de todo su perímetro, hecha de piedra blan-
287 ca, con una altura de doce codos y una anchura de ocho. En esta muralla se erguían treinta y siete torres de cincuenta codos de altura, desde las que se podía acceder a los edificios que estaban construidos a lo largo de toda la parte interior
288 del muro. El rey destinó al cultivo la cima, dado que era fértil y su suelo más blando que el de cualquier otra llanura, para que, si alguna vez les faltaran las provisiones que venían del exterior, no sufriera el hambre la gente que había
289 confiado su propia salvación a esta fortaleza. Levantó también allí un palacio en la pendiente occidental, debajo de las murallas que había en la cumbre, orientado hacia el norte. El muro del palacio tenía una gran altura y solidez y contaba
290 con cuatro torres en sus ángulos de sesenta codos. La disposición de las estancias interiores, de los pórticos y de los baños era de gran variedad y suntuosidad; por todas partes las construcciones estaban sostenidas por columnas de una sola pieza y las paredes y suelos de las habitaciones estaban re-
291 cubiertos con mosaicos de varios colores. En las proximidades de todos los lugares habitados, arriba, en los alrededores de palacio y delante de las murallas había excavadas en la roca numerosas y amplias cisternas para conservar la lluvia. El monarca se las había ingeniado para que así hubiera tanta abundancia de agua como de la que disponen los que tienen
292 fuentes. Un pasadizo excavado, que desde fuera no se veía, iba desde el palacio a lo más alto de la cima. Pero ni los caminos que estaban a la vista podían ser utilizados fácilmente
293 por los enemigos. Pues, según hemos descrito antes[138], el acceso por el lado oriental es intransitable por su naturaleza y Herodes había cerrado la entrada occidental en su parte

[138] VII 281-283.

más estrecha por una amplia torre, a una distancia de no menos de mil codos de la cumbre, que no se podía cruzar ni era sencillo apoderarse de ella. Este acceso tenía una salida complicada incluso para los viandantes que pasaban por allí sin estar expuestos a ningún ataque. Así es como estaba la 294
fortaleza protegida por la naturaleza y por la mano del hombre para hacer frente a las incursiones enemigas.

Más aún se podría admirar uno de la riqueza y del buen 295
estado de conservación de las provisiones que en su interior estaban almacenadas. Pues había una gran cantidad de trigo, 296
de sobra suficiente para un largo tiempo, mucho vino y aceite y también había amontonado todo tipo de legumbres secas y dátiles. Eleazar, cuando se apoderó a traición junto con los sica- 297
rios de la fortaleza[139], se encontró con todos estos productos en buen estado y que en nada desmerecen a los frutos que acababan de ser recogidos. No obstante, desde que se hizo este acopio de víveres hasta que los romanos tomaron el lugar pasaron casi cien años[140], si bien estos últimos hallaron intactos los productos que aún quedaban. Se podría creer, sin riesgo de equivo- 298
carse, que la causa de esta conservación es el aire, que por la altura que alcanza la cima de este enclave no tiene ningún tipo de mezcla con la tierra y el fango. También se halló una gran y 299
variada cantidad de armas que había sido atesorada allí por el rey, suficiente para diez mil hombres, hierro sin trabajar, bronce e incluso plomo, lo que indicaba que estos aprovisionamientos habían sido llevados a cabo por razones importantes. En efecto, 300
se dice que Herodes había preparado esta fortaleza como un refugio para sí mismo en vistas a un doble peligro, uno de parte del pueblo judío, por temor a que le derrocara y estableciera en

[139] Cf. II 408 y 433.

[140] Más bien se trata de 104 ó 105 años, desde el 32-31 a. C. hasta la conquista por los romanos en el 73 d. C.

el trono a los reyes anteriores a él[141], y el otro, más importante y
301 peligroso, de parte de la reina de Egipto, Cleopatra. Esta soberana no ocultaba su propósito, sino que con frecuencia hablaba con Antonio, le pedía que matara a Herodes y le rogaba que le
302 ragalase a ella el reino de los judíos[142]. Realmente era más digno de admiración el que Antonio, a pesar de estar perdidamente esclavizado por el amor hacia ella, nunca accediera a estas peticiones, que no el hecho de que se esperase que se negara a ha-
303 cerle tal obsequio. Por estos temores Herodes fortificó Masadá y así dejó a los romanos lo que iba a ser el último bastión de su guerra contra los judíos.

El asedio de Masadá

304 Cuando el general romano, según hemos dicho[143], levantó un muro exterior alrededor de todo el lugar, tomó las precauciones más cuidadosas para que nadie pudiera huir y puso manos al asedio, si bien no encontró más que un solo punto donde se pudieran
305 levantar los terraplenes. Detrás de la torre[144] que cubría el camino que llevaba desde el oeste al palacio y a la cumbre la roca presentaba un saliente, de una gran anchura y muy prominente, a unos trescientos codos por debajo de la parte
306 más elevada de Masadá, que llamaban Roca Blanca[145]. Silva subió a este promontorio, se asentó en él y ordenó a su ejército que transportara allí tierra. Se levantó un sólido terraplén de doscientos codos gracias al concienzudo trabajo de los soldados y a las muchas manos que en él participaron.

[141] La dinastía de los Asmoneos.

[142] Sobre estos hechos véase I 359-362 y *Antigüedades* XV 64 ss.

[143] Cf. VII 275.

[144] Cf. VII 293.

[145] O Leuce, si mantenemos la denominación griega. La roca alcanza unos 300 metros de altura sobre el nivel del Mar Muerto.

Sin embargo, el espacio de este terraplén no parecía suficiente ni firme para subir allí las máquinas. Por ello se construyó encima una plataforma de grandes piedras, bien ajustadas entre sí, de cincuenta codos de altura y de anchura. La disposición de las máquinas era, en general, muy similar a la que primero Vespasiano, y después Tito, habían diseñado para los asedios. Se levantó además una torre de setenta codos, recubierta toda ella de hierro[146], desde donde los romanos dispararon con las oxibelas[147] y las balistas[148] y así rechazaron a los que combatían desde la muralla y no les dejaron asomar la cabeza. En este momento Silva, que tenía preparado un enorme ariete, ordenó atacar el muro con repetidos golpes y, a duras penas, pudo hacer allí un boquete y derribar una parte del mismo. Pero los sicarios se habían adelantado a construir con rapidez en el interior una segunda muralla, que no iba a sucumbir de la misma forma ante las máquinas enemigas, pues la habían hecho sin rigidez para que fuera capaz de amortiguar la fuerza de las embestidas de la siguiente manera. Colocaron a lo largo grandes vigas unidas entre sí por sus extremos. Había dos filas paralelas de estas vigas, con una distancia de separación igual a la anchura de un muro, y en medio de ellas echaron tierra. Para que no se desplomara esta tierra, al elevar el terraplén, sujetaron las vigas colocadas a lo largo con otras en sentido transversal. Para los romanos esta obra era muy similar a una construcción de albañilería, aunque los golpes de las máquinas se veían amortiguados al dar contra una estructura que no resistía las embestidas y se hacía más sólida con las sacudidas que la iban ensamblando progresivamente. Cuando Silva se percató de esta estratagema, pensó que lo mejor era prender fuego a la mu-

307 308 309 310 311 312 313 314 315

[146] Este tipo de protección se ha visto también en V 297.
[147] Cf. nota a IV 266.
[148] Cf. nota a IV 19.

ralla y, por ello, ordenó a los soldados que lanzaran contra ella
316 sin parar antorchas encendidas. Como el muro estaba casi todo él hecho de madera, fue pasto del fuego rápidamente y a causa de la inconsistencia de la construcción el fuego se extendió en
317 toda su profundidad en una gran llamarada. Una vez iniciado ya el incendio, el viento del norte que soplaba en contra de los romanos produjo temor entre ellos. Pues venía desde arriba y desviaba las llamas en su contra, y casi estaban ya al borde de la desesperación por el hecho de que tenían la idea de que sus má-
318 quinas iban a arder en el incendio. Sin embargo, luego el viento cambió de repente de dirección, como si fuera obra de la Providencia divina[149], y sopló con intensidad en sentido opuesto y llevó contra el muro las llamas, y así prendió en toda su exten-
319 sión. En consecuencia, los romanos, asistidos por la ayuda de Dios, se retiraron satisfechos al campamento. Decidieron atacar al día siguiente a los enemigos y esa misma noche pusieron más cuidado en las guardias, para que ninguno de ellos huyera sin ser visto.

Arenga de Eleazar a los sitiados. Sus dos discursos

320 No obstante, a Eleazar no se le pasaba por la cabeza el escapar de Masadá ni iba
321 a permitir hacerlo a ningún otro. Cuando vio que el muro había sido devastado por el fuego, no pensó en ninguna otra forma de salvación ni de heroísmo[150], sino que puso ante sus ojos lo que los romanos les harían a ellos, a sus mujeres y a sus

[149] La toma de Masadá testimonia la intervención de Dios en los actos humanos, en este caso también en favor de los romanos, como también ocurrió en Gamala (cf. IV 70) o en la propia Jerusalén; cf. apartado 5 de la Introducción.

[150] La resistencia de Masadá se ha convertido, por este relato de Josefo, en un auténtico símbolo y mito nacionalista, que se ha utilizado incluso en la formación del moderno estado de Israel.

hijos, en caso de que obtuvieran la victoria, y decidió que todos debían morir. Tras considerar que ésta era la mejor 322 solución, habida cuenta de las circunstancias del momento, reunió a los más valerosos de sus compañeros y les exhortó a llevar a cabo esta acción con las siguientes palabras: «Mis 323 valientes, hace tiempo que tomamos la decisión de no ser esclavos ni de los romanos ni de ningún otro, sino de Dios, pues sólo él es el auténtico y justo señor de los hombres[151]. Ahora llega el momento que nos reclama poner en práctica nuestro propósito. Nosotros, que antes no hemos soportado 324 una esclavitud sin peligros, no debemos ahora llenarnos de deshonor, porque, si caemos vivos bajo el yugo romano, sufriremos irremediables castigos, además de la servidumbre. Pues nosotros hemos sido los primeros en sublevarnos y seremos los últimos en luchar contra ellos. Creo que es Dios 325 quien nos ha concedido esta gracia de poder morir con gloria y libertad, algo que no les ha sucedido a otros que han resultado vencidos en contra de lo que esperaban. Está claro 326 que nosotros mañana seremos conquistados, aunque tenemos la posibilidad de elegir libremerte una muerte noble en compañía de nuestros seres queridos. Los enemigos, que tienen grandes deseos de cogernos vivos, no pueden impedirnos hacer esto, ni nosotros somos capaces ya de vencerles en el combate. Cuando deseábamos reivindicar nuestra 327 libertad y nos salió todo mal entre nosotros mismos y, lo que es peor, en relación con los enemigos, tal vez teníamos que haber sospechado enseguida desde el principio la decisión de Dios y habernos dado cuenta de que el pueblo, que

---

[151] Éste es el principio doctrinal básico de los zelotes y los sicarios (cf. II 118, 254 y *Antigüedades* XVIII 28). Los rebeldes judíos pensaban que con la expulsión de los romanos sería más inmediata la venida del reino de Dios. Roma simbolizaba el mal, que según el libro de *Daniel* (11 y 12) sería el final de la historia terrena y el principio de la era mesiánica.

antes había sido amado por él, ahora había sido condenado.
328 Porque, si Dios nos hubiera sido propicio o, al menos, moderadamente hostil, no habría permitido la muerte de tanta gente ni habría abandonado su santísima ciudad al fuego y a
329 la destrucción por parte de los enemigos. ¿Es que nosotros somos los únicos de la raza judía que esperamos sobrevivir y conservar nuestra libertad, como si fuéramos inocentes ante Dios y no hubiéramos participado en ningún crimen, después de haber
330 enseñado a los demás a actuar de esta manera? Así pues, veis cómo Dios ha demostrado que nuestras expectativas eran vanas, al traer sobre nosotros una situación terrible que desborda
331 nuestras esperanzas. Pues ni la naturaleza de esta fortificación, que es inexpugnable, ha servido para salvarnos, sino que, a pesar de que contábamos con abundancia de provisiones, una gran cantidad de armas y un sinfín de otros recursos, de una manera evidente nos hemos visto privados por el propio Dios de nuestra
332 confianza de salvación. Realmente, el fuego que se dirigió contra los enemigos[152] no se volvió de forma espontánea contra el muro levantado por nosotros, sino que la causa de ello fue la cólera provocada por las numerosas iniquidades, que en nuestra locura nos hemos atrevido a cometer contra nuestros compa-
333 triotas. Recibamos castigo por estos crímenes, no de nuestros peores enemigos, los romanos, sino de Dios por nuestras propias manos, puesto que esta forma de suplicio es más soportable
334 que aquél[153]. Que nuestras mujeres mueran sin ser injuriadas y nuestros hijos sin conocer la esclavitud. Después de que estos últimos perezcan, concedámonos mutuamente un noble favor al
335 conservar la libertad como una hermosa tumba. Pero previa-

[152] Por la Providencia divina que cambió el rumbo del viento, como se acaba de indicar en VII 317.

[153] THACKERAY, en el comentario de su traducción, observa en estas palabras una reminiscencia de ideas bíblicas, como las recogidas en *II Samuel* 24, 14.

mente prendamos fuego a nuestros bienes y a la fortaleza, pues, sé perfectamente, que los romanos se disgustarán de no apoderarse de nuestras personas y de no conseguir ninguna ganancia.
Dejemos solamente los víveres, dado que, cuando ya estemos 336
muertos, éstos serán el testimonio de que no fuimos vencidos por el hambre, sino que, según decidimos desde un principio, hemos preferido la muerte a la esclavitud».

Éstas fueron las palabras de Eleazar, que, sin embargo, 337
no afectaron por igual al ánimo de todos los presentes. Unos estaban decididos a obedecer y estaban casi henchidos de
placer con la idea de una muerte gloriosa. Otros, en cambio, 338
más sensibles, se apiadaron de las mujeres, de sus hijos y, sobre todo, de su propia inexorable muerte; se miraron los unos a otros con lágrimas y así dieron a entender que no
estaban de acuerdo con esta decisión. Cuando Eleazar se dio 339
cuenta de que estaban asustados y de que eran débiles en su espíritu ante la magnitud de la hazaña, temió que con sus lamentos y con sus súplicas ablandasen también a los que
antes habían escuchado sus palabras sin titubear. En conse- 340
cuencia, no cedió en sus exhortaciones, sino que se dio valor a sí mismo y, lleno de una gran audacia, habló con bri-
llantes palabras sobre la inmortalidad del alma[154]. Con gran 341
indignación clavó su mirada fijamente en los que lloraban y dijo[155]: «En verdad estaba muy engañado al pensar que luchaba en defensa de la libertad con hombres valientes, que

[154] Resulta muy curioso que en boca de un radical judío se pongan ideas filosóficas griegas sobre la inmortalidad del alma, en la misma línea que se ha visto ya en II 154 ss., III 372 ss. o VI 47. Esta doctrina del alma recogida en este discurso no pertenece a las «leyes de nuestros padres y de Dios» ni a las de los antepasados hebreos, a pesar de lo que dice Eleazar.

[155] Este discurso recoge algunas de las ideas expuestas por el rey Agripa antes de la revuelta (cf. II 345-401), aunque, eso sí, con una finalidad y sentido inversos a las de aquél.

342 estaban dispuestos a vivir con honor o a morir. Sin embargo, no os distinguís de la gente normal ni en valor ni en audacia, vosotros que sentís miedo de la muerte, que os libraría de los peores males, cuando no deberíais demoraros en aceptar-
343 la ni esperar ningún consejero al respecto. Desde antaño, desde que tuvimos uso de razón, las leyes de nuestros padres y de Dios, confirmadas por las obras y las doctrinas de nuestros antepasados, no han dejado de enseñarnos que el vivir es para los hombres una desgracia, mientras que no lo
344 es la muerte. Esta última al conceder la libertad a las almas las deja ir a un lugar que es propio de ellas y que es puro, donde estarán exentas de todo sufrimiento, mientras que si están atadas a un cuerpo mortal y llenas de sus males, están ya muertas[156], por decir la auténtica verdad, pues no es con-
345 veniente la asociación de lo divino con lo mortal. El alma encadenada al cuerpo tiene una gran fuerza, pues hace que sea su órgano sensorial, le mueve, sin ser vista, y le dirige a
346 acciones por encima de su naturaleza mortal. Pero, cuando el alma se ve libre del peso que la arrastra hacia la tierra y que la deja suspendida sobre ella y va al lugar que le es propio, entonces disfruta de una dichosa fuerza y de un poder ilimitado y permanece invisible a los ojos humanos, como el
347 mismísimo Dios. Porque ni siquiera se la ve, hasta que está en el cuerpo: se aproxima de una forma invisible y se separa de nuevo, sin que nadie se percate de ello. Ella misma tiene una sola naturaleza incorruptible, aunque al cuerpo le pro-
348 duce cambios. Pues todo lo que el alma toca, vive y florece[157], mientras que muere y se marchita aquello de lo que se

[156] Sin duda hay que ver aquí una reminiscencia de la doctrina filosófica griega, originalmente pitagórica, pero difundida por Platón, de *sôma sêma*, «el cuerpo es una tumba».

[157] El comentario de Ricciotti señala aquí la reminiscencia de una expresión de origen sofocleo, *Traquinias* 235.

aparta. Así de grande es en ella la abundancia de inmortalidad. Que el sueño sea para vosotros la prueba más evidente 349
de mis palabras, pues en él las almas, sin la distracción del cuerpo y encerradas en sí mismas, disfrutan de un descanso muy placentero, pues se unen a Dios, por la similitud de naturaleza que con él tienen[158], vagan por todas partes y vaticinan numerosos acontecimientos futuros. ¿Por qué, entonces, te- 350
memos a la muerte, cuando nos gusta el reposo del sueño? ¿Cómo no va a ser insensato que busquemos la libertad durante la vida y neguemos aquella que es eterna? Por tanto, 351
es preciso que nosotros, que hemos sido educados según los preceptos de nuestra patria, seamos para los demás ejemplo de aceptación de la muerte. Pero, si necesitamos también del testimonio de pueblos extranjeros, miremos a los indios, que profesan la práctica de la sabiduría[159]. Ellos, que son perso- 352
nas de bien, aguantan de mala gana el tiempo de la vida, como una necesaria carga impuesta por la naturaleza. Se es- 353
fuerzan por liberar sus almas de los cuerpos y, sin que ningún mal les presione o les empuje a ello, por el deseo de una existencia inmortal anuncian previamente al resto de la gente que están a punto de partir. No hay nadie que se lo impida, sino que todos les consideran felices y cada uno de ellos les entrega cartas para sus familiares. Así es como cre- 354
en que es de segura y de una verdad tan extrema la relación

---

[158] En términos similares se expresa Josefo en el discurso a sus compañeros en Jotapata en III 372.

[159] En *Contra Apión* I 179 se recoge la tradición según la cual los judíos, que en la India reciben el nombre de calanos, por el gimnosofista Calano, descienden de filósofos de aquel lugar. FILÓN DE ALEJANDRÍA, *Todo hombre honrado es libre* 93-96, *Sobre Abraham* 182, y PLUTARCO, *Alejandro* VI 5, mencionan la noticia de que este tal Calano se dejó consumir por el fuego delante de Alejandro Magno; cf. KROLL, «Kalanos», *Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft,* X 2, cols. 1544-1546.

355 de las almas entre sí. Después de haber escuchado los encargos que se les ha encomendado, entregan su cuerpo al fuego, para que su alma se separe totalmente pura de él, y
356 mueren en medio de himnos de alabanza. Sus seres más queridos les acompañan en la muerte con más complacencia que la de las demás personas cuando despiden a sus ciudadanos para un viaje muy largo. Lloran por ellos mismos, mientras tienen por dichosos a aquellos que ya han adquiri-
357 do un rango inmortal. ¿Acaso no es para nosotros una vergüenza tener unos sentimientos inferiores a los indios y deshonrar de una manera indigna por culpa de nuestra cobardía nuestras leyes patrias, que son motivo de envidia para
358 todos los hombres? Pero, aunque desde el principio se nos hubieran enseñado normas contrarias a éstas, a saber, que para el hombre el bien más preciado es la vida y que la muerte es una desgracia, sin embargo la ocasión del momento nos exhorta a soportar la muerte con firmeza de espíritu, pues vamos a perecer por decisión de Dios y obligados
359 por la necesidad. Pues, según parece, hace ya tiempo que Dios ha tomado contra toda la nación judía la decisión de que seamos privados de la vida, dado que no vamos a hacer
360 uso de ella de un modo conveniente[160]. No os echéis a vosotros mismos las culpas ni les deis las gracias a los romanos por el hecho de que la guerra contra ellos haya acabado con todos nosotros, ya que esto no ha sucedido por la fuerza de aquéllos, sino que es una causa superior la que les ha
361 concedido una aparente victoria. Pues, ¿Cuáles son las armas romanas por las que murieron los judíos, que vivían en

---

[160] Al final de su historia Josefo pone en boca de los sicarios la frase clave de su obra, a saber, que Dios es el que ha decidido la suerte de esta guerra y el que ha abandonado a los judíos y se ha puesto del lado de los romanos; a este respecto puede verse, por ejemplo, el discurso de Josefo a los sitiados en Jerusalén, donde aparece este razonamiento (V 412).

Cesarea?[161]. Éstos no tenían ninguna intención de rebelarse 362
contra los romanos, sino que mientras celebraban el séptimo día de la semana la multitud de los habitantes de Cesarea se lanzó contra ellos y los degolló junto con sus mujeres e hijos, sin que ni siquiera ellos pudieran ofrecer ninguna resistencia con sus manos. Esta gente no respetó ni a los mismos romanos, que, por habernos rebelado, nos tenían a nosotros
como los únicos enemigos. Pero alguien podrá decir que 363
siempre habían existido diferencias entre los cesarenses y los judíos que vivían entre ellos y que se aprovecharon de la
ocasión para saciar su antiguo odio. ¿Qué podemos decir de 364
los judíos de Escitópolis?[162]. Éstos osaron luchar contra nosotros en favor de los griegos, pero no se unieron a noso-
tros, sus compatriotas, para hacer frente a los romanos. De 365
mucho le sirvieron a los judíos la benevolencia y la fidelidad que tuvieron con los escitopolitanos: fueron ejecutados cruelmente por ellos, junto con todas sus familias, y así re-
cibieron la recompensa por aliarse con esta gente. Pues los 366
judíos de allí, como si ellos quisieran hacérselo a sí mismos, soportaron aquellos males que los habitantes de Escitópolis les habían evitado sufrir de parte nuestra. Sería ahora muy largo hablar de cada uno de estos episodios de forma parti-
cular. Sabéis que no hay ciudad en Siria en la que no se ha- 367
yan masacrado a los judíos que en ella habitaban y que la gente de allí era más enemiga nuestra que de los romanos.
En ese país los damascenos, sin que pudieran inventar una 368
justificación razonable, llenaron su ciudad de una matanza abominable al degollar a dieciocho mil judíos junto con sus
mujeres y familias[163]. Nos hemos enterado de que son más 369

[161] Estos hechos han sido narrados en II 457 ss.

[162] Cf. II 466 ss.

[163] Cf. II 559 ss., donde se mencionan sólo diez mil quinientos judíos muertos.

de sesenta mil los hebreos que han perecido bajo torturas en Egipto[164]. Tal vez estos últimos murieron porque en una tierra extranjera no hallaron nada con que oponerse a los enemigos. Sin embargo, a todos los que en su propio país han emprendido la guerra contra los romanos, ¿qué es lo que les ha faltado de aquello que podía darles esperanzas de una
370 completa victoria? Pues a todos les dieron valor para la revuelta las armas, las murallas, las inexpugnables construcciones de las fortalezas y un espíritu que no se acobarda
371 ante los peligros que se afrontan en pro de la libertad. Pero estos elementos, que fueron suficientes por un breve espacio de tiempo y que nos infundieron esperanzas, se convirtieron en el origen de males mayores. Todo fue conquistado, todo sucumbió ante los enemigos, como si todo ello hubiera sido dispuesto para hacer muy renombrada la victoria de los romanos y no para la salvación de los judíos, que se habían
372 ocupado de su preparación. Es justo considerar dichosos a los que murieron en la lucha, pues cayeron en defensa de la libertad, sin traicionarla. ¿Quién no va a sentir lástima de la cantidad de judíos que han sucumbido a manos romanas? ¿Quién no se dará prisa en morir antes que padecer sus
373 mismos infortunios? Algunos han muerto torturados en el potro o atormentados por el fuego y por el látigo, otros, medio devorados por las fieras, han sido conservados vivos para servirles de pasto una segunda vez, tras haber sido objeto de
374 burla y risa por parte de los enemigos[165]. Pero hay que considerar más desgraciados que aquéllos a los que aún viven, que, aunque piden sin cesar la muerte, no logran conseguir-
375 la. ¿Dónde está la gran ciudad, la metrópoli de toda la raza

[164] Cf. II 487 ss.

[165] Sobre los espectáculos romanos con judíos como víctimas véase nota a VII 24.

judía, la urbe que estaba fortificada con tantas series de murallas, protegida con tantas fortalezas y elevadas torres, que apenas podía dar cabida a los instrumentales dispuestos para la guerra y que contenía tantos millares de hombres que combatían por ella[166]? ¿Qué le ha sucedido a esta ciudad, 376
que creíamos que tenía a Dios como su fundador? Ha sido destruida y arrancada de raíz y sólo queda como recuerdo suyo el campamento de sus destructores, que aún se levanta sobre sus ruinas. Miserables ancianos permanecen junto a 377
las cenizas del santuario y unas pocas mujeres han sido conservadas por los enemigos para servir al ultraje más vergonzoso. ¿Quién de nosotros, al dar vueltas a estos hechos en la 378
cabeza, va a soportar ver el sol, aunque pudiera vivir sin peligro? ¿Quién es tan enemigo de su patria o quién será tan cobarde o tan apegado a la vida, que no se arrepienta de haber vivido hasta ahora? ¡Ojalá que todos hubiéramos pere- 379
cido antes de ver aquella sagrada ciudad demolida por las manos enemigas, antes de ver nuestro Templo santo destruido hasta sus cimientos de un modo tan sacrílego! Pero, 380
dado que nos ha alentado la noble esperanza de que tal vez podríamos vengarnos de nuestros enemigos en nombre de esta ciudad, y dado que ahora esta esperanza se ha esfumado y nos ha dejado solos en esta circunstancia apremiante, démonos prisa en morir con honor, tengamos piedad de nosotros mismos, de nuestros hijos y mujeres, mientras nos sea posible autocompadecernos. Pues nacimos para morir y para 381
ello hemos engendrado a los nuestros, y ni siquiera la gente feliz puede escapar de este final. Sin embargo, la naturaleza 382
no impone a los hombres el ultraje, la esclavitud y el ver a nuestras mujeres llevadas a la deshonra junto con nuestros

[166] Sobre la población de Jerusalén durante el asedio véase la nota a IV 137 y V 569.

hijos, sino que estas desgracias las soportan, a causa de su cobardía, los que, aunque tienen la posibilidad de morir an-
383 tes de padecerlas, no quieren hacerlo. Nosotros, confiados en exceso en nuestra valentía, nos levantamos contra los romanos y ahora, al final, no les hemos hecho caso cuando nos
384 daban consejos para que nos salváramos[167]. ¿Quién no se imagina, entonces, su cólera, si nos capturan vivos? ¡Qué desdichados serán los jóvenes que con su fuerza física resistirán numerosas torturas! ¡Qué desdichados serán también los de mayor edad, que no podrán aguantar los infortu-
385 nios! Uno verá que su mujer es arrastrada a la fuerza y escuchará, mientras tiene sus manos atadas, la voz del hijo
386 que llama a su padre. Pero mientras nuestras manos estén libres y tengan una espada, ¡que ejecuten una noble acción! Acabemos nuestra vida sin haber sido esclavizados por los enemigos y abandonemos la vida libres, junto con nuestros
387 hijos y mujeres. Esto es lo que nos aconsejan nuestras leyes[168], esto es lo que nos piden nuestras mujeres e hijos. Dios nos ha puesto en este estado de necesidad; los romanos desean lo contrario y temen que alguno de nosotros muera
388 antes de la conquista de Masadá. Démonos prisa para dejarles el estupor de nuestra muerte y el asombro de nuestra audacia en lugar de la satisfacción que esperan obtener con nuestra captura.[169].

---

[167] Cf. VI 350.

[168] La Ley judía, el Pentateuco, no contiene ningún precepto de este tipo, sino que parece más bien de corte estoico, como suele ocurrir en los discursos que Josefo introduce en estos momentos.

[169] Un estudio detallado de estos discursos puede verse en V. Nikiprowetzky, «La mort d'Eléazar fils de Jaire et les courants apologétiques dans le *De Bello Judaico* de Flavius Josèphe», *Mélanges A. Dupont-Sommer*, París, 1971, págs. 461-490. Este elogio de la muerte, que realmente sorprende en boca de un judío, ha de insertarse en el contexto de la literatura apocalíptica hebrea de época intertestamentaria, que adopta un

Los judíos de Masadá se suicidan

Todos interrumpieron su discurso, aunque Eleazar quería continuar con sus arengas, y, llenos de un desenfrenado ardor, le instaron a poner manos a la obra. Como si estuvieran poseídos por un espíritu divino, se alejaron de allí con el deseo de adelantarse unos a otros, pues creían que era una demostración de su valentía y de su buen juicio el no aparecer entre los últimos. ¡Así de grande era el deseo, que se apoderó de ellos, de 389
matar a sus mujeres, a sus hijos y a sí mismos! Y realmente, 390
en contra de lo que uno podría pensar[170], no desfallecieron cuando se dispusieron a ejecutar su acción, sino que mantuvieron con firmeza la resolución que habían tomado al escuchar las palabras de Eleazar. En todos reinaba un sentimiento personal y afectivo, pero por encima estaba la razón, que es la que había tomado la mejor decisión para sus seres
más queridos. Abrazaban y se agarraban a sus mujeres, co- 391
gían en sus brazos a sus niños, con lágrimas en los ojos les
daban sus últimos besos y al mismo tiempo, como si actua- 392
ran con manos ajenas, llevaban a término su decisión. Tenían como consuelo de esta necesaria matanza el pensamiento de los males que habrían sufrido a manos enemigas.
Al final no se vio que nadie se amedrentara en una audacia 393
de tal envergadura, sino que todos fueron pasando a cuchillo

sinfín de elementos de la cultura helenística imperante. En efecto, como se ha dicho más arriba, los argumentos para justificar el suicidio no están tomados de la Biblia, sino de la filosofía griega.

[170] El suicidio es contrario a la tradición judía, si bien en este contexto es utilizado como un auténtico topos literario, habitual en la historiografía grecorromana. S. D. Cohen, «Masada. Literary tradition, archaeological remains and the credibility of Josephus», *Journal of Jewish Studies,* 1982, págs. 387-398, recoge dieciséis ejemplos de este tipo, a los que hay que añadir el caso de Razis, que en la lucha de Nicanor contra Judas Macabeo se clavó una espada (cf. *II Macabeos* 37-45).

a sus más próximos familiares. ¡Qué gente más desdichada, para quien matar por necesidad a sus mujeres e hijos con sus
394 propias manos les parecía el más pequeño de los males! Pero, como ya no podían soportar su aflicción por lo que habían hecho y como creían que harían una injusticia con los muertos, si seguían viviendo aunque sea un breve espacio de tiempo más, rápidamente hicieron un montón con todas
395 sus pertenencias y le prendieron fuego. Entre ellos eligieron a suerte a diez para que fueran los verdugos de todos. Cada uno se tumbó junto a su mujer y a sus hijos, que yacían muertos, se abrazó a ellos y entregó su cuello sumiso a los
396 que tenían encomendado esta funesta tarea. Después de que éstos degollaran a todos sin inmutarse, siguieron la misma norma del sorteo entre ellos, de modo que el que fuera elegido matara a los nueve restantes y al final se suicidara. De esta forma todos tenían la confianza de que no habría ninguna diferencia entre unos y otros en ejecutar o sufrir esta
397 crueldad. Al final los nueve ofrecieron su cuello, mientras que el último y único que quedaba pasó su mirada por encima de la gran cantidad de cadáveres que yacían en el suelo, por si aún había en medio de la inmensa matanza alguno que necesitara su mano. Cuando vio que todos estaban muertos, provocó un gran incendio en el palacio y con toda la fuerza de su mano se clavó en su cuerpo su espada com-
398 pleta y cayó al lado de sus familiares. Estos individuos murieron con la idea de que no habían dejado viva a nadie de
399 su gente para que cayera en manos de los romanos. Sin embargo, una anciana y otra mujer, que era pariente de Eleazar[171] y que destacaba sobremanera del resto de las mujeres por su inteligencia y su educación, se habían escondido con

[171] Al igual que en la toma de Gamala sólo se salvan dos mujeres; cf. IV 81-82.

sus cinco hijos sin que nadie los viera en las galerías subterráneas, que conducían el agua potable por debajo de la tierra, mientras los demás judíos discurrían sobre la forma de
matarse. El número de las víctimas alcanzó un total de no- 400
vecientos sesenta, con las mujeres y niños incluidos. Esta 401
catástrofe tuvo lugar el día quince del mes de Jántico[172].

Los romanos, que aún esperaban una batalla, desde el 402
amanecer estaban ya armados y, tras colocar pasarelas sobre los terraplenes para que sirvieran de puente de acceso a la
fortaleza, asaltaron Masadá. Pero, al no ver a ninguno de los 403
enemigos, sino sólo una terrible soledad por todas partes y, en el interior, fuego y silencio, se quedaron perplejos ante lo que había sucedido. Finalmente, como si fueran a empezar a disparar, lanzaron grandes gritos, para que alguno de los de
dentro les respondiera. Las mujeres escucharon este vocerío, 404
salieron de los subterráneos y contaron a los romanos cómo se habían desarrollado los acontecimientos. Una de ellas expuso con todo detalle y claridad las palabras de Eleazar y de
qué modo se había llevado a cabo la matanza. Los romanos 405
no les prestaron mucha atención, ya que no se creían la magnitud de la audacia. Apagaron el fuego, se abrieron rápidamente camino a través de él y llegaron al interior del
palacio. Cuando allí se toparon con el montón de muertos, 406
no se alegraron, como suele ocurrir con los enemigos, sino que se llenaron de admiración por la valentía de su resolución y por el firme menosprecio de la muerte que tanta gente había demostrado con sus obras[173].

---

172 SCHÜRER, *Historia...*, I pág. 653, sitúa el suicidio masivo de Masadá al día siguiente de la Pascua, en la primavera del año 73, a pesar de que hay opiniones que optan por abril del 74.

173 La traducción latina de esta obra, conocida como el Pseudo Hegesipo, acaba aquí su relato, con la caída de Masadá, pues en este momento, tras la muerte de Cristo, Dios ha abandonado a su pueblo. Josefo, ajeno a

Los sicarios se refugian en Egipto.

Los romanos acaban con la revuelta judía de Alejandría

407 Una vez que Masadá fue conquistada de esta manera, el general romano dejó en la fortaleza una guarnición y se retiró con
408 su ejército a Cesarea[174]. Realmente ya no quedaba en la región ningún enemigo, sino que toda ella había sido subyugada por completo por la larga guerra, que a muchos judíos, incluso de las zonas más alejadas, les había
409 provocado inquietud y la amenaza de una sublevación. Además, después de estos acontecimientos, sobrevino la muerte
410 de muchos judíos en Alejandría de Egipto. Pues los sicarios, que habían podido escapar de la revuelta y refugiarse allí, no se contentaron con haberse salvado, sino que de nuevo se dedicaron a actividades subversivas y convencieron a muchos de los que les habían dado cobijo para que reivindicaran su libertad, para que no se creyeran que los romanos eran superiores a ellos y para que tuvieran a Dios como el
411 único señor. Pero, como algunos notables judíos se les opusieron, los degollaron y a los demás les hostigaron con sus
412 continuas llamadas a la revuelta. Cuando los jefes del Consejo de los Ancianos[175] vieron esta actitud demente, consi-

---

esta perpectiva, continúa su historia con otros acontecimientos. Por su parte el texto hebreo de la *Guerra de los judíos*, el *Josippon* del siglo x, transforma este episodio mediante la eliminación del suicido y la inclusión de una lucha heroica.

[174] Al igual que en los tiempos de los procuradores, la residencia de los gobernadores es en esta época Cesarea, no Jerusalén. Aquella ciudad, mencionada por TÁCITO, *Historias* II 78, como *Caesarea Iudaeae caput*, fue convertida por Vespasiano en colonia romana con el nombre oficial de *Colonia prima Flavia Augusta Caesariensis*. No obstante, el propio TÁCITO, *Historias* V 8, distingue entre la capital nacional de los judíos, que es Jerusalén, y la capital de la provincia romana.

[175] FILÓN DE ALEJANDRÍA, *Contra Flaco* 10, informa de cómo el etnarca de la comunidad judía de Alejandría estaba, desde el año 11 d. C.,

deraron que no era seguro para ellos dejarles actuar así, sino que reunieron en asamblea a todos los judíos y en ella denunciaron la locura de los sicarios y demostraron que ellos eran los culpables de todos los males. Dijeron también que 413
éstos, al no tener, después de haber huido, ninguna esperanza segura de salvación, pues los romanos les matarían en cuanto los cogieran, hacían partícipes ahora de sus desgracias a los que no tenían nada que ver con sus crímenes. Por 414
consiguiente, pidieron a la multitud que tomara precauciones ante el desastre que los sicarios representaban y que los entregaran a los romanos para así disculparse ante ellos. Los 415
judíos, que comprendían la magnitud del peligro, se dejaron convencer por estas palabras, se lanzaron con gran ímpetu contra los sicarios y se apoderaron de ellos. Inmediatamente 416
capturaron a seiscientos y, no mucho después, apresaron y devolvieron a sus lugares de origen a cuantos se habían refugiado en Egipto y en la Tebas egipcia. No había nadie que 417
no se quedara maravillado de su tenacidad ni de su locura, que tal vez haya que llamar firmeza de carácter. Pues, aun- 418
que se ensayó con ellos todo tipo de tormentos y de daños corporales con el único fin de que reconocieran a César como su señor, sin embargo ninguno cedió ni estuvo dispuesto a hacer esta confesión, sino que todos mantuvieron sus convicciones, por encima de las coacciones, como si aceptaran los suplicios y el fuego con un cuerpo insensible y un alma que casi se alegraba con ello. Lo que más atónitos dejó a los 419
que veían este espectáculo fueron los niños de corta edad, pues ninguno de ellos pudo ser obligado a llamar señor a

supervisado por una Gerusía o un Consejo de Ancianos; cf. también *Antigüedades* XIV 117, XIX 282-283, y P. Jouguet, *La vie municipale dans l'Égypte romaine,* París, 1911, págs. 38-39.

César. ¡Tan grande era el poder que tenía la fuerza de su audacia sobre la debilidad de sus cuerpos!

Final del templo de Onías en Egipto

420 Lupo[176], que entonces gobernaba Alejandría, envió rápidamente a César in-
421 formación sobre esta revuelta judía. Éste, que miraba con desconfianza los movimientos revolucionarios de los judíos y que temía que de nuevo se reagruparan y captaran para su causa a otros aliados, ordenó a Lupo destruir el templo judío que había en el territorio conocido por el nombre de Onías[177].
422 Este lugar[178] está en Egipto y fue fundado con este nombre
423 por el siguiente motivo. Onías, hijo de Simón, uno de los sumos sacerdotes de Jerusalén, escapó de Antíoco[179], rey de Siria que estaba en guerra con los judíos, y llegó a Alejandría. Allí fue recibido amistosamente por Ptolomeo[180] a causa del odio que sentía contra Antíoco y le dijo que le procuraría la alianza del pueblo judío, si accedía a sus peti-
424 ciones. Como el rey prometió hacer lo que pudiera, Onías le pidió permiso para edificar un templo en algún sitio de Egipto y venerar a Dios según las costumbres de sus padres.
425 Pues de esta forma los judíos serían aún más hostiles con

[176] Ésta es la única mención que conocemos sobre este personaje.

[177] La historia de este templo ha sido recordada en I 31, 33, 190 y *Antigüedades* XII 387 y 22, XIII 62-73 y XX 236 y ss., aunque los textos son contradictorios tanto en el nombre del fundador, Onías III o IV, como en la fecha de erección, 160 ó 147; cf. H. DELCOR, «Le temple d'Onias en Egypte, réexamen d'un vieux problème», *Revue Biblique* 75 (1968), 188-205.

[178] El territorio de Onías, Leontópolis, estaba situado al nordeste de Menfis y ha sido identificado con la actual Tell el-Yehudiye, «Colina de los judíos», 31 kilómetros al norte del Cairo.

[179] Antíoco Epífanes; cf. VII 44.

[180] Ptolomeo VI Filométor; cf. *Antigüedades* XIII 62.

Antíoco, que había devastado el Templo de Jerusalén, tendrían más afecto hacia él y muchos hebreos se concentrarían en este país por la tolerancia para practicar su religión.

Ptolomeo, convencido por las palabras de Onías, le con- 426
cedió un territorio, que distaba de Menfis ciento ochenta estadios, en el distrito llamado Heliópolis[181]. Onías constru- 427
yó allí una fortaleza y levantó un templo no como el de Jerusalén, sino muy parecido a una torre, con grandes piedras y una altura de sesenta codos. Sin embargo, en la disposi- 428
ción del altar imitó al de Jerusalén y adornó el lugar con los mismos objetos votivos, excepto la forma del candelabro[182].
Pues no puso un candelabro, sino que forjó una lámpara de 429
oro, que destellaba una luz brillante, y la colgó de una cadena dorada. Todo el recinto estaba rodeado por un muro de ladrillos cocidos y sus puertas eran de piedra. Además, el 430
rey concedió un gran terreno, que produjera ingresos, para que los sacerdotes tuvieran abundancia de todo y hubiera muchas provisiones para el culto divino. Sin embargo, Onías 431
no había hecho esto por un motivo inocente, sino que estaba resentido por haber sido desterrado de Jerusalén y quería rivalizar con los judíos de esa ciudad. Por ello pensó que, si levantaba este templo, se atraería a mucha de la población de allí. Existía una antigua profecía, pronunciada seiscientos 432
años antes por un personaje de nombre Isaías[183], según la cual la construcción del templo de Egipto iba a ser llevada a cabo por un hombre judío. De esta forma se erigió este templo.

---

[181] La *Historia de Egipto* de MANETÓN situaba a Moisés como primer sacerdote de Heliópolis, que fue expulsado de allí por ser leproso. JOSEFO, en *Contra Apión* I 250-387, critica las calumnias antijudías de este relato.

[182] Cf. V 217 y VII 148-149.

[183] *Isaías* 19, 19; cf. *Antigüedades* XIII 68. El cómputo de años es bastante exacto, pues Isaías se sitúa entre el 740 y 700 a. C. y la construcción del Templo de Leontópolis después del 170 a. C.

433 Cuando el gobernador de Alejandría, Lupo, recibió las cartas de César, se dirigió al templo, se apropió de alguna de
434 sus ofrendas y clausuró el lugar. Al poco tiempo murió Lupo y fue sucedido en el gobierno por Paulino, que no dejó en el templo ninguno de los objetos votivos, pues había proferido grandes amenazas contra los sacerdotes, si no le entregaban todo. No dejó acercarse al recinto sagrado a los
435 que querían cumplir con sus prácticas religiosas, sino que cerró las puertas y dejó el lugar totalmente inaccesible, de forma que allí no quedó ninguna huella del culto a Dios.
436 Habían transcurrido trescientos cuarenta y tres años desde la edificación del templo hasta su destrucción[184].

Los sicarios de Jonatán se sublevan en Cirene. El gobernador Catulo en contra de los judíos y de Flavio Josefo

437 La demencia de los sicarios se adueñó también, como una peste, de las ciudades
438 próximas a Cirene. Se había refugiado allí Jonatán, un individuo muy malvado, tejedor de profesión, que convenció a un gran número de gente pobre para que le siguiera y la condujo al desierto con la promesa
439 de mostrarle señales y apariciones[185]. Estas actividades y engaños pasaron desapercibidos a todos los demás, si bien los judíos[186] más notables de Cirene denunciaron ante el

[184] La cifra no es correcta: desde la erección del templo, poco después del 170 a. C., hasta su cierre por Vespasiano en el 73 a. C. han pasado doscientos cuarenta y tres años. No obstante en el número trescientos cuarenta y tres se han querido ver razones místicas de valor simbólico de los números (7×7×7) en lugar de un error; cf. el comentario *ad loc.* de THACKERAY.

[185] La importancia de este tipo de retiradas al desierto en las revueltas judías ha sido comentada en notas a IV 174 y 407.

[186] Ya desde antiguo fue numerosa la comunidad judía de Cirene, que tuvo enfrentamientos con los habitantes griegos del lugar (cf. *Antigüedades* XVI 169-170). En Jerusalén existía una sinagoga para los judíos de

gobernador de la Pentápolis de Libia[187], Catulo, la salida y las maquinaciones de Jonatán. El jefe romano envió solda- 440 dos de caballería y de infantería y así sometió con facilidad a aquellos judíos, que estaban desarmados. La mayoría de ellos perecieron en la lucha, mientras que algunos fueron capturados vivos y llevados ante Catulo. El autor de la con- 441 jura, Jonatán, pudo entonces escapar y, tras una intensa y muy concienzuda búsqueda por toda la región, fue apresado y conducido ante el gobernador. Ingenió la forma de librarse del castigo y con ello dio pie a Catulo para que cometiera injustos crímenes, pues acusó falsamente a los judíos más 442 ricos de ser los instigadores de su conjura. El gobernador 443 romano admitió con presteza tales calumnias, exageró mucho los hechos y les añadió un gran color trágico, para que diera la impresión de que él también había terminado con éxito una guerra contra los judíos. Pero lo peor de ello fue 444 que, además de creer sin ningún miramiento sus mentiras, el propio Catulo fue maestro de los sicarios en esta materia. Ordenó a Jonatán que denunciara a uno de los judíos, Ale- 445 jandro, con el que tenía una manifiesta enemistad por haberse enfrentado con él hacía tiempo. Incluyó también en la calumnia a su mujer Berenice y empezó por condenar a muerte a estos dos. Luego ejecutó de golpe a mil hombres, a todos los judíos que sobresalían por su riqueza. Pensó que 446

Cirene, a la que debían ir en peregrinación (cf. *Hechos de los Apóstoles* 2, 10; *Marcos* 15, 21); cf. S. Applebaum, *Jews and Greeks in ancient Cyrene*, Leiden, 1979. La revuelta judía de Cirene es mencionada también por otras fuentes literarias: Artemidoro, *La interpretación de los sueños* IV 24, Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica* IV 2, 2-3, y Orosio, VII 12, 6, entre otras.

[187] Pentápolis es otro de los nombres de la provincia romana Cirenaica (cf. Plinio, *Historia natural* IX 31), que recibe esta denominación por estar constituida por las colonias de Berenice, Hadriané, Teuqueira, Ptolemaida y Cirene, a la cabeza.

podía cometer estos crímenes impunemente, ya que confiscaba los bienes de estos judíos para el tesoro imperial.

447 Para que ninguno de los judíos de otras regiones denunciara su injusticia, llevó aún más lejos su mentira y persuadió a Jonatán y a algunos de los que habían sido arrestados junto con él para que acusaran de rebelión a los judíos más
448 insignes de Alejandría y de Roma. Uno de los inculpados de
449 esta forma insidiosa era Josefo, el autor de este libro[188]. Pero esta trama no resultó según esperaba Catulo, pues llegó a Roma con Jonatán y sus hombres encadenados y pensaba que la investigación se centraría en las falsas acusaciones
450 hechas por iniciativa suya delante de él. Vespasiano, que sospechaba la trama, indagó la verdad y, cuando descubrió que la acusación contra estos hombres era injusta, a petición de Tito, los dejó absueltos de las imputaciones e impuso a Jonatán la pena que se merecía: fue torturado y luego quemado vivo.

451 Gracias a la bondad de los emperadores Catulo no tuvo que soportar entonces más que una reprimenda. No mucho tiempo después enfermó de una complicada e incurable dolencia y murió de un modo miserable: recibió su castigo no sólo en el cuerpo, sino que la enfermedad le afectó grave-
452 mente a su espíritu. Estaba totalmente transtornado por el miedo y continuamente gritaba que veía delante de él los fantasmas de las personas que había asesinado. Como no podía resistirlo, se tiraba de la cama, como si le estuvieran
453 torturando o quemando con fuego. La enfermedad iba aumentando progresivamente su intensidad y las entrañas se le salían del cuerpo a causa de las úlceras que tenía. De esta

[188] En *Autobiografía* 424 JOSEFO recuerda cómo fue acusado de haber entregado armas y dinero a los sublevados de Cirene.

manera murió, como un destacado ejemplo de que la Providencia divina castiga a los malvados [189].

Epílogo a la «Historia de la guerra de los judíos»

Éste es el final de nuestra historia, 454
que prometimos transmitir con toda exactitud a los que quieran sabér de qué modo se desarrolló esta guerra de Roma contra
los judíos [190]. Dejo que los lectores juz- 455
guen su estilo literario [191], pero, en relación con la verdad de los hechos, no tengo ningún rubor en decir que éste ha sido el único objetivo que he perseguido en toda la narración.

---

[189] Acerca de la actuación de la Providencia divina en el acontecer histórico, véase el apartado 5 de la Introducción.

[190] Cf. el Proemio de la obra, I 1-30.

[191] Según el comentario de THACKERAY ésta puede ser una alusión a la traducción griega de la obra original aramea, mencionada en I 3.

ÍNDICE DE NOMBRES *

Abila: IV 438.
Abraham: IV 31; V 380.
Acatela (padre de Simón): VI 148; *vid.* también Caata.
Acaya: IV 499.
Ácimos, fiesta de los: IV 402; VI 290, 421; *vid.* también Pascua.
Acra (ciudadela de Jerusalén): V 137-139, 253; VI 354.
Acrabatene: IV 504, 511, 551.
Adiabene: IV 567; V 147, 252, 474.
Adida: IV 486.
Aftia: IV 155.
Ageo: VI 270.
Agripa I: V 148, 152.
Agripa II: IV 2, 14, 498, 500.
Aín: IV 511, 517.
alanos: VII 244, 250-251.
Albino: VI 305.
Alejandría: IV 605-606, 612-613, 631, 656-657; V 2, 44, 169, 287; VI 238; VII 21, 75, 409.
Alejandro (alabarca de Alejandría): V 205.
Alejandro (judío de Cirene): VII 445.
Alejandro (Magno): V 465; VII 245.
Alejandro (Tiberio): IV 616; V 45, 205, 510; VI 237, 242.
Alejandro Janeo: V 304; VII 171.
Alexas (soldado judío): VI 92, 148
Almendro, piscina del (en Jerusalén): V 468.

* En este índice no sólo se han incluido los nombres propios de persona o de lugar, sino también las personificaciones, los gentilicios y aquellos términos más destacados desde el punto de vista institucional, histórico y religioso.

Aluro: IV 522.
Amígdalo: *vid.* Almendro, piscina del.
Amato, baños de: IV 11 .
Ananías (hijo de Masbalo): V 532.
Ananías (padre de Jesús): VI 300.
Anano (hijo de Bagadato): V 531; VI 229.
Anano (sumo sacerdote): IV 151, 160, 162, 193-194, 196-197, 203, 205, 209, 211, 215-216, 218-219, 224, 226, 228-229, 232, 236, 238, 288, 296-297, 301, 316, 318, 321-322, 325, 349, 508 .
Anano (sumo sacerdote), tumba de: V 506.
Anficaleo (padre de Zacarías): IV 225.
Antígono (hijo de Aristóbulo II): V 398.
Antíoco IV (rey de Comagene): V 461; VII 219-221, 225, 228, 230, 234-235, 238, 240.
Antíoco IV Epífanes: V 394; VI 436; VII 44, 423.
Antíoco V Eupátor: VII 423.
Antíoco Epífanes (rey de Comagene, hijo de Antíoco IV de Comagene): V 460, 462-463; VII 221, 232, 236, 241.
Antioquía: IV 630; VII 41, 43-44, 47, 53-54, 56, 100, 102, 105-106, 111.
antioquenos: VII 41, 47, 51, 107, 110.
Antipas (familiar de Agripa II): IV 140.
Antípatris: IV 443.
Antonia (fortaleza): V 146, 149, 183, 192, 238, 240, 244-246, 260, 267, 304, 356, 358, 467, 469, 486, 523; VI 15, 23, 30, 32, 45, 68, 74, 82, 86, 93, 133, 135, 145, 149, 165-166, 246, 249, 311 .
Antonio (Marco Antonio): VII 301.
Antonio Primo: IV 495, 633-634, 636, 639, 643, 645, 650, 654.
Apeleo (mes): IV 654.
árabes: V 556; VII 172.
Arabia: V 160.
Arcea (Arca del Líbano): VII 97.
Ardala: VI 360-361.
Aregetes (padre de Sifa): IV 141.
Ari (padre de Simón): VI 92, 148; VII 215.
Arino (padre de Simón): V 250.
Aristeo: V 532.
Aristobulo II (hijo de Alejandra): V 396, 398; VII 171.
Aristobulo (hijo de Herodes, rey de Calcidia): VII 226.
Armenia: VII 18, 248.
Arquelao (hijo de Magadato): VI 229.

Artabaces: I 363.
Artemisio (mes): V 302, 466; VI 296.
Artorio: VI 188.
Ascalón: IV 663.
Asfaltitis (Mar Muerto): IV 437-438, 453, 455-456, 474, 476; VII 168, 281.
asirios: V 303, 387-388, 504.
Asmoneos: V 139.
Asoqueo (Sisac): VI 436.
Augusto: V 562.
Azoto: IV 130.

Baara: VII 180.
Babilonia: V 212, 389, 391; VI 437, 439.
babilonios: V 411; VI 104, 250, 268, 439.
Bagadato (padre de Anano): V 531.
Baris (padre de Zacarías): IV 335.
Baso: *vid.* Lucilio Baso.
Batanero, monumento del: V 147.
Bedríaco: IV 547.
Belga (padre de Meiro): VI 280.
Berenice (esposa de Alejandro, judío de Cirene): VII 445.
Berito: IV 620; VII 39, 96.
Besimot: IV 438.
Betabris: IV 447.
Betela: IV 551.
Betenabris: IV 420.
Betezuba: VI 201.
Betletefa: IV 445.
Betso: V 145.
Bezeta: V 149, 151, 246; *vid.* también Ciudad Nueva.
Bitinia: VI 81.
Boeto: V 527.
Britania: VII 82.
britanos: VI 331.
Brixelo: IV 548.

Caata (padre de Simón): IV 271; V 249; *vid.* Acatela.
Cafartoba: IV 447.
Cafetra: IV 552.
Cagiras (hijo de Nabateo): V 474.
Calcídica: VII 226.
Calínico (rey de Comagene): VII 232.
Campamento de los asirios: V 303, 504.
Capadocia: IV 632; VII 18.
Capitolio: IV 495, 645, 647; VII 153, 218.
Carabin: IV 552.
Cares: IV 18, 68.
cartagineses: VI 332.
Casa de los Garbanzos (aldea próxima a Jerusalén): V 507.
Cástor: V 317-319, 322, 325, 327-328, 330.
Catulo (gobernador de la Pentápolis de Libia): VII 439, 440-441, 444, 449, 451.
Cecinna Albino: IV 547, 634, 640, 644.
Cedrón, barranco del: V 70, 147, 252, 254, 303, 504; VI 92.

centurión: IV 37-38, 437; V 502; VI 81, 175, 262; VII 238.
Cereal, Petilio: VII 82-84.
Cereal Vetiliano: VII 163; *vid.* Cereal Vetuleno.
Cereal Vetuleno, Sexto: IV 552-552; VI 131, 237, 242; VII 163.
César (Claudio): *vid.* Claudio.
César (Domiciano): VII 85; *vid.* también Domiciano.
César (Tito): V 63, 67, 94, 97, 121-122, 128, 262, 287, 311, 318, 325, 329, 331, 341, 347, 373, 457, 488, 503, 524, 541, 566; VI 56, 70, 83, 89-90, 95, 115, 129, 133, 142, 154, 163, 182, 215, 246, 256, 258, 260, 263, 265-266, 284, 325-326, 356, 386-387, 414, 416; VII 1, 5, 21, 31, 36, 39, 58, 63, 96.
César (Vespasiano): VII 220, 223, 242-243, 418, 420, 433; *vid.* también Vespasiano.
Cesarea de Filipo: VII 23.
Cesarea Marítima: IV 88, 130, 419, 443, 491, 501, 550, 588, 620, 663; V 1, 40; VII 20, 23, 36, 361, 407.
Cesenio Peto: VII 59, 220, 225, 230, 238.
Cestio Galo: V 41, 267, 302; VI 338, 422; VII 18.
Cidasa: IV 104.
Cilicia: VII 234, 238.
Cirene: VI 114; VII 437, 439.
Ciro el Grande: V 389; VI 270.
Ciudad Baja: IV 581; V 11, 137, 140, 253; VI 363.
Ciudad Alta: V 11, 137, 139, 245, 252, 260, 356, 445; VI 325, 363, 374.
Ciudad de los Elefantes: IV 611.
Ciudad Nueva: V 151, 246, 269, 331, 504; *vid.* también Bezeta.
Ciudadela de Jerusalén: V 137; *vid.* también Acra.
Civil: VII 80.
Clásico: VII 80.
Claudio: V 152.
Cleopatra (esposa de Marco Antonio): VII 300.
Clusot (padre de Fineas): IV 235.
Colega: *vid.* Gneo Colega.
Comagene: V 461; VII 219, 224-225.
Comandante del Templo: VI 294.
Consejo (= Sanedrín): IV 214, 243; V 144, 533; VI 353.
Consejo de Ancianos (en Alejandría): VII 412.
Copto: IV 608.
Corcira: VII 22.
Corea: IV 449.
Corinto, puerta de: V 201.
Cremona: IV 634, 642.

Dafne (lugar próximo al lago Semeconitis): IV 3.
Dagón (divinidad filistea): V 384.
Daisio (mes): IV 449, 550.

Daleo (padre de José): VI 280.
Damasco: VII 368.
David: V 137, 143; VI 439.
decurión: IV 36, 442; V 503.
Destino: IV 257, 297; V 355, 572; VI 14, 49, 84, 108, 250, 267, 314, 428; *vid.* también Fortuna.
Diáspora: VI 442.
Dios: IV 26, 33, 104, 150-151, 163-164, 191, 281, 288, 323, 362, 370, 382, 388, 543, 573, 626; V 2, 19, 39, 60, 187, 218, 236, 278, 434, 367-368, 377-378, 380-382, 384, 386-387, 389-390, 392, 394, 396, 398, 400, 404, 407-408, 412-413, 415, 438, 458-459, 519, 559, 564; VI 4, 38, 94-95, 97-101, 104, 108, 110, 171, 215, 250, 285-286, 288, 295, 300, 310, 335, 371, 390, 319, 401, 411, 433, 438; 33-34, 73, 101, 131, 136, 260, 263-264, 267, 271, 319, 323, 325, 327-328, 330-331, 333, 343, 346, 349, 358-359, 366, 376, 387, 410, 424, 435.
Doleso: IV 416.
Domiciano: IV 646, 649, 654; VII 37, 85, 88, 152.
Domicio Sabino: V 340.
Dorcas (padre de Juan): IV 145.
Distro (mes): IV 413.

Ebucio: IV 36.
Efraín: IV 551.
egipcios: IV 176; V 379, 381; VII 199.
Egipto: IV 402, 530-531, 605, 609, 616; V 1, 45, 99, 379, 382-383; VI 341, 418, 436; VII 19, 111, 116, 300, 369, 406, 409, 416, 422, 424, 432.
Eleazar (hijo de Jairo): VII 253, 275, 297, 320, 337, 339, 389, 391, 399, 404.
Eleazar (hijo de Simón): IV 225; V 5, 12, 21, 99, 250.
Eleazar (padre de María): VI 201.
Eleazar (prisionero judío de Maqueronte): VII 196, 198, 201-205.
Eleazar (compañero de Simón, hijo de Giora): VI 227.
Elefantina (ciudad de Egipto): IV 611.
Elías: IV 460.
Eliseo: IV 460-464.
Emaús (Nicópolis): IV 444, 449; V 42, 67, 532; VI 229.
Emaús (localidad próxima a Jerusalén): VII 217.
Emesa: VII 226.
Eneas: V 326-327.
Engadí: IV 402.
Eniaquim (tribu sacerdotal): IV 155.
Epífanes: *vid.* Antíoco Epífanes (rey de Comagene).
Escitópolis: IV 54, 87, 453; VII 364.

Escopo (monte): V 67, 106, 108.
Esenios, puerta de los: V 145.
España: IV 494.
espectáculos circenses: VII 23, 37, 49, 96, 132.
Espinos, valle de los: V 51.
Esrón (padre de Simón): V 6.
Estrutio: *vid.* Gorrión, piscina del.
Etiopía: IV 608.
Éufrates: V 44, 252; VI 343; VII 17, 105, 224, 236.
Europa: IV 598.
Ezequías (hijo de Cobaris): V 6.

Fani (hijo de Samuel): IV 155.
Faraón: *vid.* Necao (Faraón).
Faros: IV 613; V 169.
Fasael (hermano de Herodes): V 166.
Fasael, torre de: V 166; VII 1.
Fenicia: VII 39.
Ferete: IV 512.
Filipo (hijo de Jácimo): IV 81.
Fineas (general idumeo, hijo de Clusot): IV 235.
Fineas (guardián del Tesoro del Templo): VI 390.
Fonteyo Agripa: VII 91.
Foro Romano: IV 494, 546; VII 154.
Fortuna: IV 40, 179, 238, 243, 366, 438, 591, 607, 622; V 78, 88, 121-122, 367, 461, 465; VI 44, 57, 63, 173, 282, 399-400, 413; VII 7, 203; *vid.* también Destino.
Frigia: IV 632.
Frontón Heterio: VI 238, 242, 416, 419.

Gabat Saúl: V 51.
Gabinio: VII 171.
Gadara: IV 413-414, 417, 419.
Galba: IV 494, 498-499, 546.
Galia: IV 440, 494, 547, 634; VII 88.
Galilea: IV 84, 120, 127, 249; V 408; VI 339; .
galileos: IV 1, 96, 105, 558.
Galo: IV 37.
galos: VII 76.
Gamala: IV 2, 4, 11, 26, 49, 54, 59, 62, 78, 83, 160.
Gamalas (padre de Jesús): IV 160.
Gamaliel (padre de Simón): IV 159.
Garis: V 474.
Gaulanítide: IV 2 .
Gaza: IV 662.
Genat, puerta de: V 146.
Gerasa: IV 487, 503.
Germania: IV 546, 586, 595.
germanos: VI 331; VII 75, 89.
Gerusía (en Alejandría): *vid.* Consejo de Ancianos.
Gión: IV 225.
Giora (padre de Simón): IV 503; V 11; VI 114; VII 25, 154, 265.
Gipteo: V 474; VI 92, 148.
Giscala: IV 1, 84, 86, 92, 123, 123-124, 130, 208.

Gneo Colega: VII 58, 60.
gobernador: IV 616, 621, 633; V 46; VI 303, 305; VII 58-59, 220, 433, 439, 441, 443.
Gofna: IV 551; V 50; VI 115, 118.
Gorión (hijo de José): IV 159, 358.
Gorpieo (mes): IV 83; VI 392, 407, 435.
Gorrión, piscina del (en Jerusalén): V 467.
Gran Llanura (de Asoquis): IV 54.
Gran Llanura (del valle del Jordán): IV 455.
Grapte: IV 567.
Grecia: IV 501; VII 22.
griegos: IV 496.

Hebrón: IV 529-530.
Helena (reina de Adiabene): V 55, 119, 147; V 253; VI 355.
Heliópolis: VII 426.
Heracleópolis: IV 660.
Herodes el Grande: V 161, 166, 238, 245, 398; VII 172, 179, 285, 294, 300-301, 303.
Herodes (rey de Calcidia, hijo de Aristobulo), monumento de: V 108, 507.
Herodio (fortaleza próxima a Jerusalén): IV 518, 555; VII 163.
Hiperbereteo (mes): IV 63, 83.
Hípico, torre de: V 134, 144, 147, 161, 163, 284, 304; VII 1.
Idumea: IV 232, 446-447, 511, 515, 516, 523, 529, 534, 552, 556.
idumeos: IV 224, 228-229, 231, 233, 236, 270, 273, 279, 281, 283, 288, 290, 291, 295, 300, 305-310, 314, 326, 345, 348, 351, 353-354, 517, 520, 522, 526, 535, 566, 568, 570; V 248-249, 290, 358; VI 92, 148, 378-381; VII 267.
Imperio: IV 441, 499, 502, 589, 592, 599, 601, 605, 616, 622-623, 626, 652, 657; V 2, 310; VI 241, 330, 342; VII 9, 79, 133, 158, 222, 242.
indios: VII 351, 357 .
Isis, templo de: VII 123.
Istro: VII 90.
Itabirion: IV 1, 54, 61.
Italia: IV 545, 587, 591, 598, 632, 634; V 367; VII 20, 63, 117.
Iza: IV 567; *vid.* también el siguiente.
Izates (rey de Adiabene): V 147; VI 356.

Jácimo (padre de Filipo): IV 81.
Jacobo (hijo de Sosas): IV 235, 521-522; V 249; VI 92, 148, 380.
Jamnia: IV 130, 444, 663.
Jántico (mes): IV 577; V 99, 567; VI 290; VII 401.
Jardes: VII 210.

Jeconías: VI 103.
Jericó: IV 431, 450-451, 459, 461, 474-475, 486; V 42, 69.
Jerusalén: IV 61, 89, 104, 106, 115, 120-121, 127, 129, 135, 138, 146, 235, 353, 376, 399, 401, 412, 451, 474, 486, 490-491, 497, 503, 513, 540, 551, 554-556, 577, 578, 658; V 2, 40, 42, 51, 67, 70, 98, 133, 136, 148, 258, 334, 360, 408, 411, 493, 496, 499, 520; VI 1, 102, 201, 301, 304, 306, 407, 421, 435, 438, 442; VII 4, 17, 21, 26, 44, 75, 112-113, 148, 210, 215, 217-218, 423, 426-428, 431.
Jesús (hijo de Ananías): VI 300, 302, 307.
Jesús (hijo de Gamalas): IV 160, 238, 270, 283, 316, 322, 325.
Jesús (hijo de Nun): IV 459.
Jesús (hijo de Zebedeo): VI 387.
Jesús (sumo sacerdote): VI 114.
Jonatán (Macabeo, hijo de Matías): VII 285.
Jonatán (sicario de Cirene): VII 438-439, 441, 445, 447, 449-450.
Jonatán (soldado judío): VI 169, 173, 176.
Jope: IV 663.
Jordán: IV 433, 450-451, 454-455, 474; VI 201.
Jordán, Pequeño: IV 3.
José de Gamala: IV 18, 66.
José (hijo de Daleo): VI 280.
José (padre de Gorión): IV 159.
José (sumo sacerdote): VI 114.
Josefo, Flavio: IV 9, 18, 56, 66, 623-624, 626-627, 629; V 114, 261, 325-326, 361-362, 372, 375, 420, 533, 541-542, 544, 546-547; VI 94, 96, 98, 99, 111-112, 114, 118, 129, 365; VII 448.
Josué: *vid.* Jesús (hijo de Nun).
Jotapata: IV 1, 4, 624; V 544.
Juan de Giscala: IV 85, 98, 103, 104, 106, 111, 114-115, 117, 121, 126, 208, 212, 214-216, 226, 389, 395, 503, 559, 564-565; V 5, 10, 36, 100, 250, 254, 266, 278, 304, 358, 423, 440, 455, 469, 528, 562; VI 15, 28, 31, 71-72, 92, 95, 112, 124, 148, 191, 326, 377, 433-434; VII 118, 263.
Juan (el idumeo): IV 235; V 290.
Juan (hijo de Dorcas): IV 145.
Juan Hircano: V 259, 304, 356, 468; VI 169.
Judas (el galileo): VII 253.
Judas (hijo de Ari): VI 92; VII 215.
Judas (hijo de Judas): V 534.
Judas (hijo de Mareoto): VI 148.
Judas (hijo de Mertón): VI 92.
Judas (hijo de Quelcías): V 6.
Judea: IV 406, 409, 473, 545, 550, 657; V 41; VI 2, 238; VII 163, 252.

judíos: *passim.*
Julia (ciudad de Perea, llamada también Betaramata): IV 438.
Julia (ciudad de la Gaulanítide, llamada también Betsaida): IV 454.
Juliano (centurión): VI 81-84, 88, 90.
Juliano, Marco Antonio (procurador de Judea): VI 238.
Júpiter Capitolino: VII 153, 218.

Laberio Máximo: VII 216.
Lacedemonia: VII 240, 243.
Larcio Lépido: VI 237.
Lázaro: V 567.
legado: VI 343; VII 58, 82, 91, 163.
Legislador (= Moisés): V 401.
Leuce: *vid.* Roca Blanca.
Leví (padre de Juan de Giscala): IV 85.
Levia: IV 141.
Ley Judía: IV 99, 100, 102, 157, 182, 184, 223, 258, 348, 382; V 237, 402, 406; VI 101-102, 334; VII 150, 162, 264, 343, 357, 387.
Líbano: V 36.
Liberal: VI 262.
Libia: IV 608; VII 439.
Lida: IV 444.
Longinos (jinete romano): V 312.
Longo: VI 186.
Loos (mes): VI 220, 250, 374.
Lucio Annio: IV 487.
Lucilio Baso: VII 163, 190, 201, 207, 209-210, 216, 252.
Lucio: VI 188-189.
Lupo: VII 420-421, 433.

Mabarta: IV 449.
macedonios: V 460, 463, 465.
Magadato (padre de Arquelao): VI 229.
Magasaro: V 474.
Malaquías: VI 92.
Maneo: V 567.
Maqueronte: IV 439, 555; VII 164, 168, 170, 191, 205, 210.
Mar de Egipto: IV 609.
Mar Muerto: *vid.* Asfaltitis.
Mar Rojo: IV 608.
Marco Antonio: *vid.* Antonio (Marco Antonio).
Mareoto (padre de Judas): VI 148.
María (hija de Simón): VI 201.
Mariamme, torre de: V 170; VII 1.
Masadá: IV 399, 404, 504, 516, 555; VII 252, 275, 285, 303, 305, 320, 387, 402, 407.
Masbalo (padre de Ananías): V 532.
Matías (hijo de Boeto): IV 574; V 527, 529, 531; VI 114.
Matías (sumo sacerdote): VI 114.
Media: VII 245.
medos: IV 176; V 246.
Meiros: VI 280.

Melitene: VII 18.
Menfis: IV 530; VII 426.
Mendesio (distrito de Egipto): IV 639.
Meotis (lago): VII 244.
Mertón (padre de Judas): VI 92.
Mesia: IV 619, 633, 643; VII 92, 95, 117.
Mesopotamia: IV 531.
Moab: IV 454.
Moisés: *vid.* Legislador.
Monobazo (rey de Adiabene): V 252-253.
Montaña de Hierro (en Arabia): IV 454.
Muciano: IV 32, 495, 605, 621, 624, 632, 654; V 43.
Mujeres, torre de las: V 55, 110.

Nabateo (padre de Cagiras): V 474.
Neápolis: IV 449.
Necao (Faraón): V 379.
Nerón: IV 440, 491 ss., 497, 623; VI 337, 341, 422.
Nicanor: V 261.
Nicópolis (ciudad de Egipto): IV 659.
Níger: IV 359-363.
Nilo: IV 608, 611, 659; V 383.
Ninfidio: IV 492.
Nun (padre de Jesús): IV 459.

Occidente: VI 301.
Octavia, Pórticos de: VII 124.
Ofla: V 145, 254; VI 354.
Olivos, monte de los: V 70, 135, 504; VI 157.
Onías: VII 421, 423-424, 426-427, 431.
Oriente: IV 614; VI 301.
Oseas (padre de Simón): VI 148.
Ostracine: IV 661.
Otón: IV 494, 499, 546-548, 634.

Palestina: V 384.
Palomar, roca del (en Jerusalén): V 505.
Panemo (mes): V 567; VI 22, 67, 94, 177.
Panonia: IV 619; VII 117.
partos: VII 105, 221, 224, 237.
Pascua: VI 423; *vid.* también Ácimos.
Paulino (gobernador de Egipto): VII 434 .
Pedanio (jinete romano): VI 161.
Pelusio: IV 610, 660-661.
Pentápolis: VII 439.
Pentecostés, fiesta de: VI 299.
Perea: IV 413, 439, 450; VI 202, 274.
Peristereo: *vid.* Palomar, roca del.
Peto: *vid.* Cesenio Peto.
Petra: IV 454.
Plácido: IV 57, 59-61, 410, 421, 426, 429, 433, 438-439.
Plintina: IV 610.
Pompeyo: V 396, 408-409, 506; VI 329, 436.
prefecto de los campamentos: VI 237-238.

Prisco (centurión romano): VI 175.
procurador: VI 238; VII 216.
profeta: IV 289, 386-388, 460, 625-626V 391; VI 109, 285-287, 300; VII 434.
Providencia: IV 219, 366, 622; VII 82, 318, 453.
Psefino (torre): V 55, 133, 147, 159.
Ptolomeo VI Filométor: VII 423-426.
Pudente: VI 172.
Puertas de Hierro (Puertas del Caspio): VII 245.
purificación: IV 218; VII 100, 194, 227.

Quelcías (padre de Judas): V 6.
Queseros, barranco de los: V 140.
Quirino: VII 253.

Rafanea: VII 18, 97.
Rafia: IV 662.
Rinocorura: IV 662.
Roca Blanca (en Masadá): VII 305.
Rodas: VII 21.
Roma: IV 134, 137, 359, 493-494, 501, 549, 585-586, 588, 592, 596, 606, 631, 634, 645, 652, 656, 658; V 345; VI 358; VII 36, 63, 68, 71-74, 85, 88, 119, 157, 221, 238, 240, 243, 257, 447, 449, 454.
romanos: *passim.*
Rubrio Galo: VII 92.
Rufo (soldado romano): VII 199.

sábado: IV 99, 103; VII 52-53; *vid.* también Séptimo día.
Sabático (río): VII 99.
Sabino (hermano de Vespasiano): IV 645, 647, 649.
Sabino (soldado romano): VI 54, 59, 61-62.
Salomón: V 137, 143, 185; VI 269.
Samaria (o Samarítide; región de Palestina): IV 449; V 50.
Samosata: VII 224, 230.
Samuel (padre de Fani): IV 155.
Sanedrín: *vid.* Consejo.
santuario del Templo: IV 150, 323, 388; V 16, 102, 184, 188, 204, 207, 211, 215, 219, 225-226, 229, 406, 412, 459, 565; VI 74, 99, 120-121, 126, 165, 240, 249, 251, 254, 261, 316, 346, 388; VII 162, 377.
Sancta Sanctorum (del Templo de Jerusalén): V 219, 236; VI 260.
Sara: V 379.
sármatas: VII 90, 92.
Saúl: *vid.* Gabat Saúl.
Sedecías: V 391.
Seleucia: IV 2, 4.
Senado (de Antioquía): VII 107.
Senado (de Roma): IV 596, 600; VII 65, 121, 125.
Semeconitis (lago): IV 2.

Senaquerib: V 387.
Sennabris: IV 455.
séptimo día: IV 582; V 230; VII 99, 362; *vid.* también Sábado.
Sicarios: IV 400, 516; VII 253-254, 262-263, 275, 297, 311, 410, 412, 414-415, 437, 444.
Sidón: I 249, 361, 422, 539; II 101, 479, 504.
Siene: IV 608, 610.
Sifa (hijo de Aregetes): IV 141.
Siloé, piscina de: V 140, 145, 252, 410, 505; VI 363, 401.
Silva: VII 252, 279, 306, 310.
Simón (hijo de Ari): VI 92, 148.
Simón (hijo de Arino): V 250.
Simón (hijo de Caata): IV 271; V 249; VI 148.
Simón (hijo de Esrón): V 6.
Simón (hijo de Gamaliel): IV 159.
Simón (hijo de Giora): IV 353, 503, 508, 514, 516-518, 520, 522, 524-526, 529, 534, 536, 538-540, 543, 556, 558, 564, 573-574, 577, 579, 584; V 11-12, 21, 23, 104, 169, 248, 252, 266, 278, 304, 309, 322, 358, 423, 440, 455, 473, 527-528, 530-531, 534, 536-537, 540; VI 72, 92, 114, 148, 191, 227, 229, 326, 360, 377, 380, 433; VII 26, 29, 31-32, 34, 36, 118, 154, 265.
Simón (hijo de Oseas): VI 148.
Simón (hijo de Taceas): IV 235.
Simón (padre de Eleazar): IV 225; V 5.
Simón (padre de Onías): VII 423.
sinagoga: VII 44.
Siria: IV 32, 501, 609, 620, 662; V 2, 42, 387, 520; VI 317; VII 18, 43, 46, 59, 96, 220, 367, 423.
sirios: IV 38; V 384-385, 550-551, 556; VII 18.
Sodoma: IV 453, 483, 485.
Soemo (rey de Emesa): VII 226.
Sogane: IV 2, 4.
Solima (antigua denominación de Jerusalén): VI 438.
Somora: IV 454.
Sosas (padre de Jacobo): IV 235, V 249.
Sosio: V 398, 408; VI 436.
sumo sacerdote: IV 147-148, 153-155, 160, 164, 238, 271, 315, 318, 347, 504, 572, 574, 582; V 36, 230, 236, 259, 304, 468, 506, 527; VI 114, 169, 389, 422; VII 267, 285, 423.

Tabernáculos, fiesta de los: VI 300.
Tabor: *vid.* Itabirion.
Taceas: IV 235.
Tamna: IV 444.
Tanais: VII 244.
Tanis: IV 660.

Tariquea: IV 1-2.
Tarso: VII 238.
Tebas (ciudad de Egipto): VII 416.
Técoa: IV 518.
Templo del Becerro de Oro (junto al lago Semiconitis): IV 3.
Templo de Isis (en Roma): VII 153.
Templo de Jerusalén: IV 151, 162, 171-172, 181-182, 191, 196, 198, 200-201, 203, 215-216, 218, 228, 253, 261-262, 272, 277, 280, 300, 305, 311, 313, 323, 336, 343, 388, 568, 570-571, 577-578, 582; V 5, 7, 10-11, 13, 19, 22, 25, 36, 37, 67, 99-102, 104, 137, 139, 144-145, 149, 156, 184-187, 193-195, 201, 207, 209, 220, 227, 233, 237-238, 242-243, 245-246, 250, 254, 260, 278, 304, 334, 352, 356-257, 362, 383, 389, 391, 394, 397, 403, 405, 411, 416, 444, 456, 458, 517, 562-564; VI 71, 74, 82, 85, 96-97, 110, 120-121, 123, 126, 128, 130, 143, 149-150, 151, 156, 163-164, 168, 192, 216, 220, 228, 234, 238-241, 244, 248, 251-252, 258-260, 266, 268, 271, 274-275, 277-278, 280-281, 283, 285, 290, 292-295, 299-301, 309, 311, 316, 323, 325, 328, 346, 348-349, 364, 388, 390, 416, 438; VII 1, 30, 44-45, 148, 161, 218, 379, 425.
Templo de Júpiter Capitolino (en Roma): VII 153.
Templo de Onías (en Egipto): VII 421, 424, 427, 431-434, 436.
Templo de la Paz (en Roma): VII 158, 160.
Templo de Zeus Casio (en las fronteras de Egipto y Siria): IV 661.
Terencio Rufo: VII 31.
tesoro imperial: VII 446 .
Tesoro sagrado: V 187, 200; VI 282, 387.
Tiberíades (ciudad de Galilea): IV 11.
Tiberíades (lago): IV 456.
Tiberio Alejandro: *vid.* Alejandro (Tiberio).
Tigelino: IV 492.
Tiridates: VII 249.
tirios: IV 104.
Tiropeón: *vid.* Queseros, barranco de los.
Tito: IV 32, 70-71, 87, 92, 99, 101, 103-104, 112, 115-116, 118, 130, 498, 501, 597, 628, 658; V 1, 40, 43, 45-47, 50, 54, 56, 59, 61-65, 68, 81, 84, 87, 89, 90, 92-93, 96, 106, 114, 125-127, 133, 159, 258, 251, 276, 281, 288-289, 292, 295, 303, 310-311, 316-317, 319-320, 322, 324-325, 331,

334-335, 340, 346, 348, 356, 366, 408-409, 422, 446, 450, 455, 463, 486, 491, 495, 498, 503, 510, 519, 522, 530, 540, 549, 553, 567; VI 33, 54, 82, 93, 95, 118, 124, 130, 134, 136, 146, 163, 184, 217, 220, 228, 230, 236-238, 241, 243, 249, 252, 254, 261, 266, 316, 321, 323, 327, 352, 356, 362, 278, 380, 383, 385, 409, 415, 418, 440; VII 16-17, 21, 23, 25, 37, 63, 75, 96, 100, 104, 106, 111, 116, 119, 124, 152, 308, 450.
Tito Frigio: VI 237.
Tmuis: IV 659.
toparquía: IV 444-445, 504, 511.
Trajano (legado de la Legión X): IV 450.
tribuno: IV 663, 640; V 48, 503; VII 131, 238.

Valente: IV 547.
Vespasiano: IV 118, 130, 498, 501, 597, 628, 658; V 1, 40, 43, 45-47, 50, 54, 56, 59, 61-65, 68, 81, 84, 87, 89, 90, 92-93, 96, 106, 114, 125-127, 133, 159, 258, 261, 276, 281, 288-289, 292, 295, 303, 310-311, 316-317, 319-320, 322, 324-325, 331, 334-335, 340, 346, 348, 356, 366, 408-409, 422, 446, 450, 455, 463, 486, 491, 495, 498, 503, 510, 519, 522, 530, 540, 549, 553, 567; VI 33, 54, 82, 93, 95, 118, 124, 130, 134, 136, 146, 163, 184, 217, 220, 228, 230, 236-238, 241, 243, 249, 252, 254, 261, 266, 316, 321, 323, 327, 352, 356, 362, 278, 380, 383, 385, 409, 415, 418, 440; VII 16-17, 23, 25, 37, 63, 75, 96, 100, 104, 106, 111, 116, 119, 124, 128, 152, 308, 450.
Vindex: IV 440.
Vitelio: IV 495, 546-547, 549, 586, 588-589, 594, 596, 598, 606, 619, 631, 634.
Vologeses (rey de Partia): VII 105, 237, 242.

Xisto: IV 581; V 144; VI 191, 325, 377.

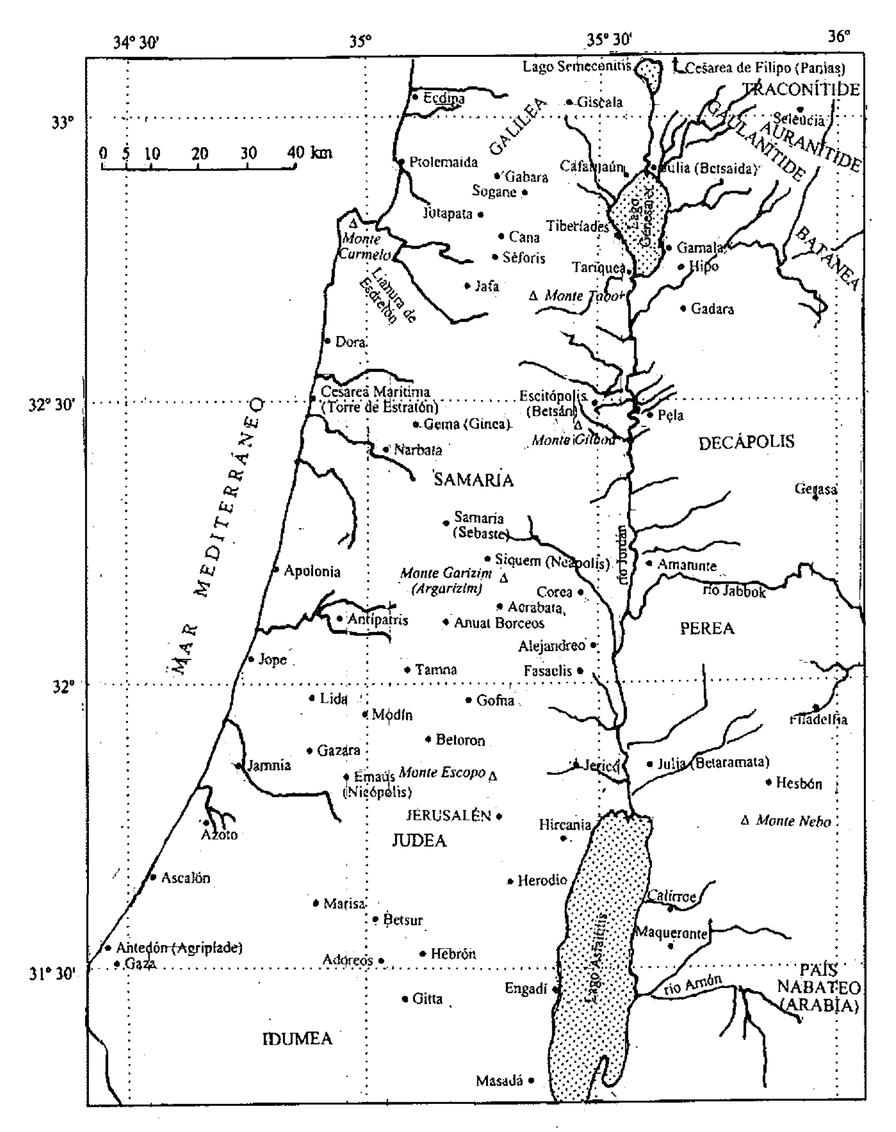
Yapigio, promontorio de (en el sudeste de Italia): VII 22.

Zacarías (hijo de Anficaleo); IV 225.
Zacarías (hijo de Baris): IV 335-336, 338, 343.
Zebedeo (padre de Jesús): VI 387.
zelotes: IV 160, 162, 193, 197, 199, 201, 204, 209, 215-216, 218, 223, 224, 284, 291, 298, 302, 305-307, 310, 326, 340, 342, 346, 355, 363, 377, 381, 386-388, 490, 514, 538, 544,

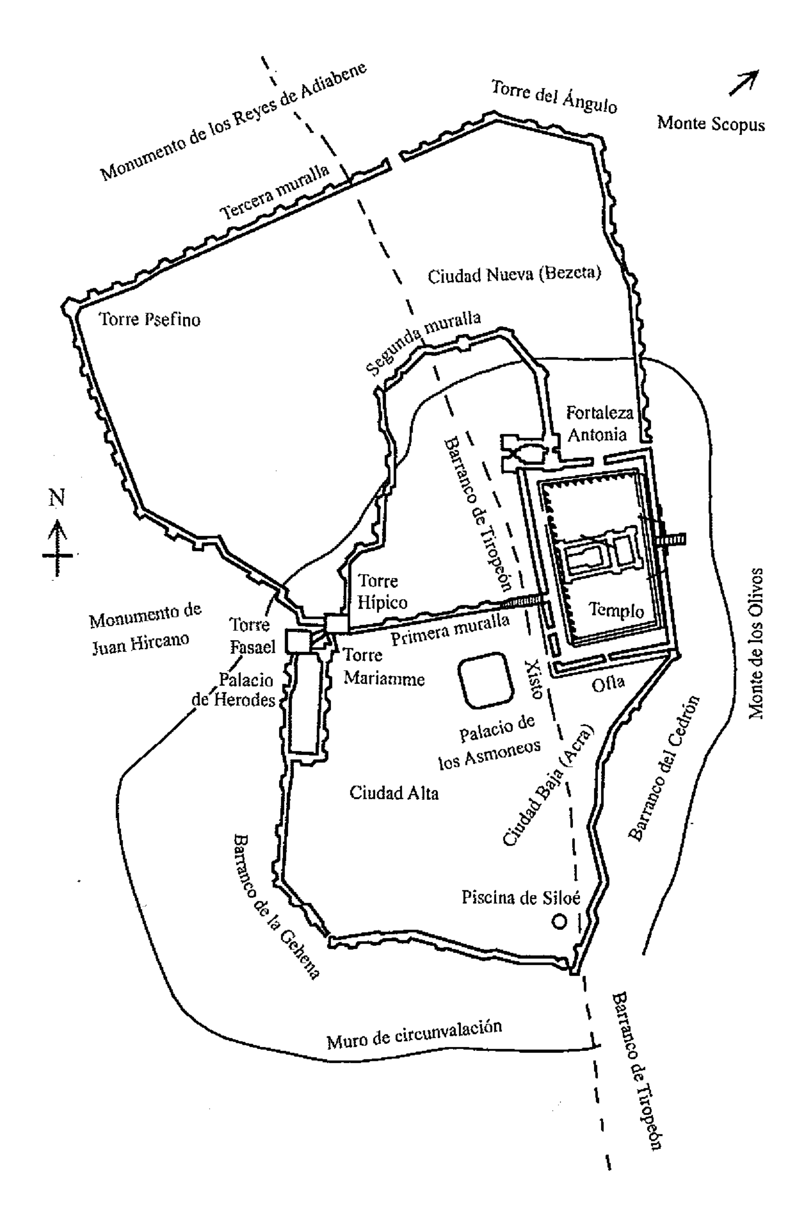
556, 558, 567-568, 570, 574-575, 577-579; V 3, 5, 7, 101, 103, 250, 358, 528; VI 92, 148; VII 268, 274.
Zeugma (en el Éufrates): VII 105.
Zeus Casio: IV 661.
Zoara: IV 482.
Zodíaco: V 214, 217.



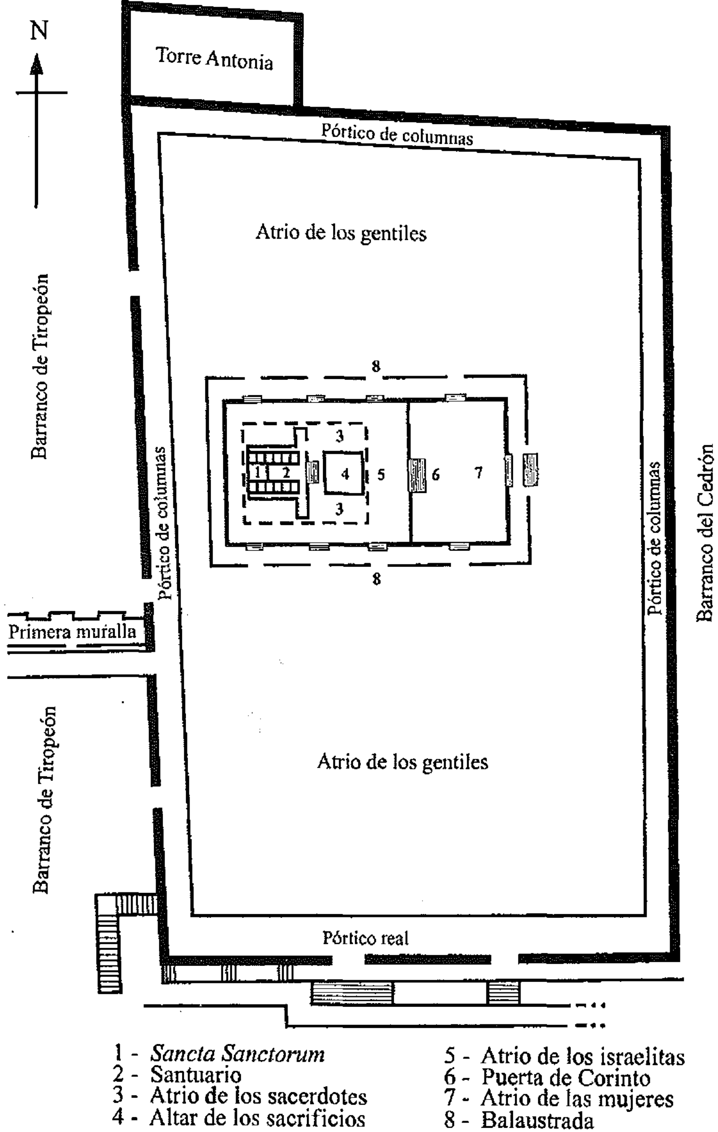
APÉNDICE



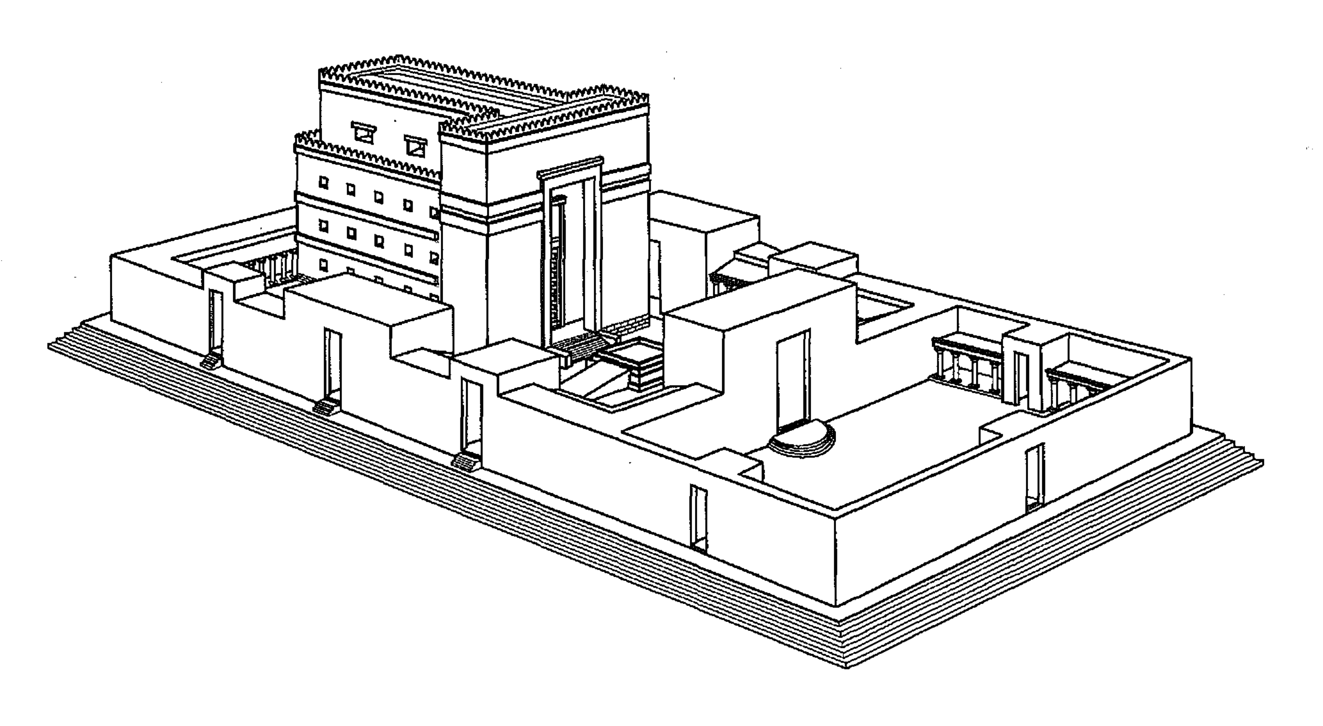
Palestina en el siglo I d. C.



Jerusalén en el año 70 d. C.



Templo de Jerusalén



Templo de Jerusalén (reconstrucción de Th. A. Busink)

ÍNDICE GENERAL

Págs.

Libro IV 7

Nota textual.......................... 9

Sinopsis.............................. 11

Texto 13

Libro V.................................. 127

Nota textual.......................... 129

Sinopsis.............................. 131

Texto 133

Libro VI.................................. 241

Nota textual.......................... 243

Sinopsis.............................. 245

Texto................................. 247

Libro VII 321

Nota textual.......................... 323

Págs.

Sinopsis 325
Texto 327

ÍNDICE DE NOMBRES 401

APÉNDICE 417